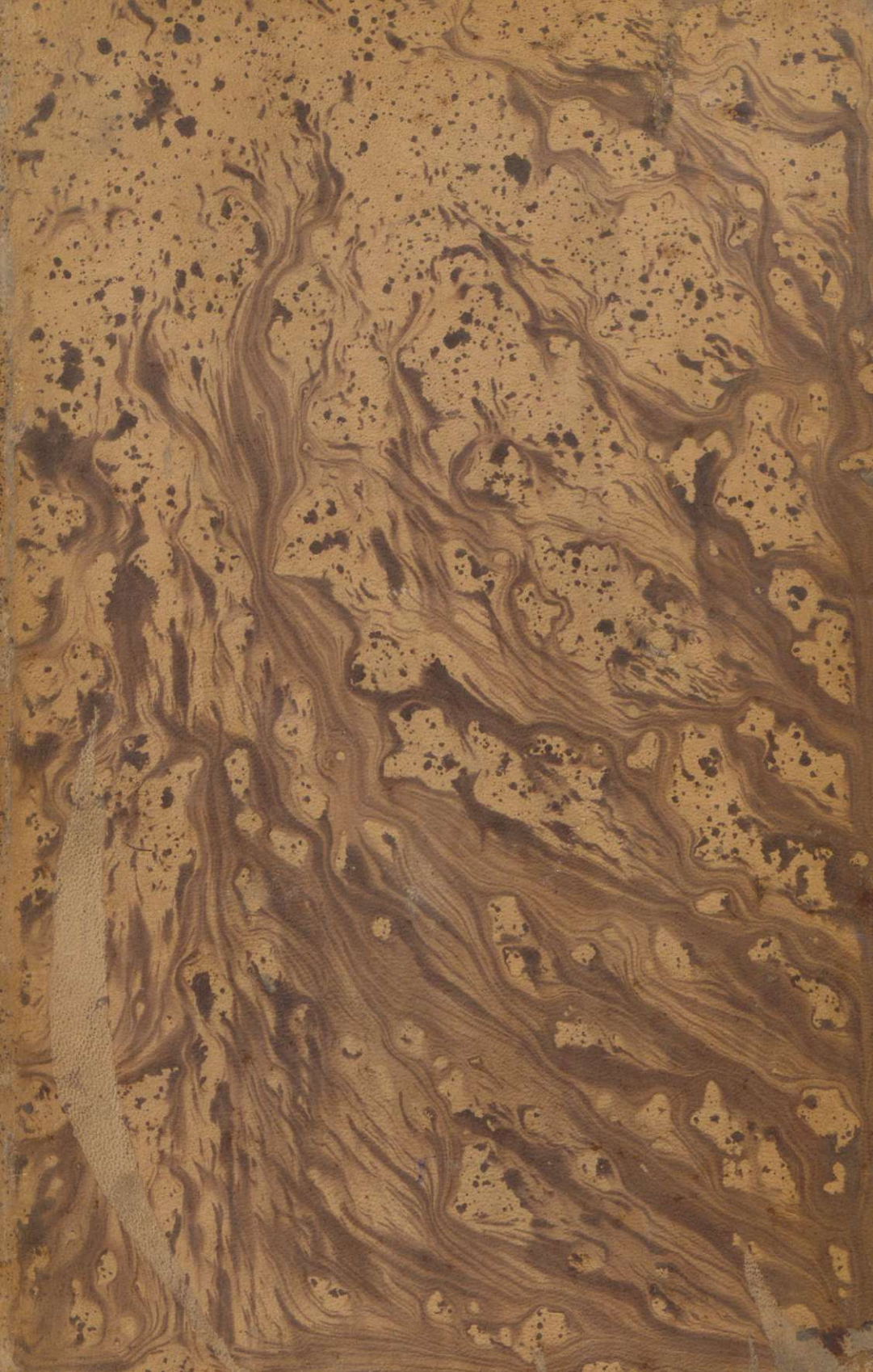
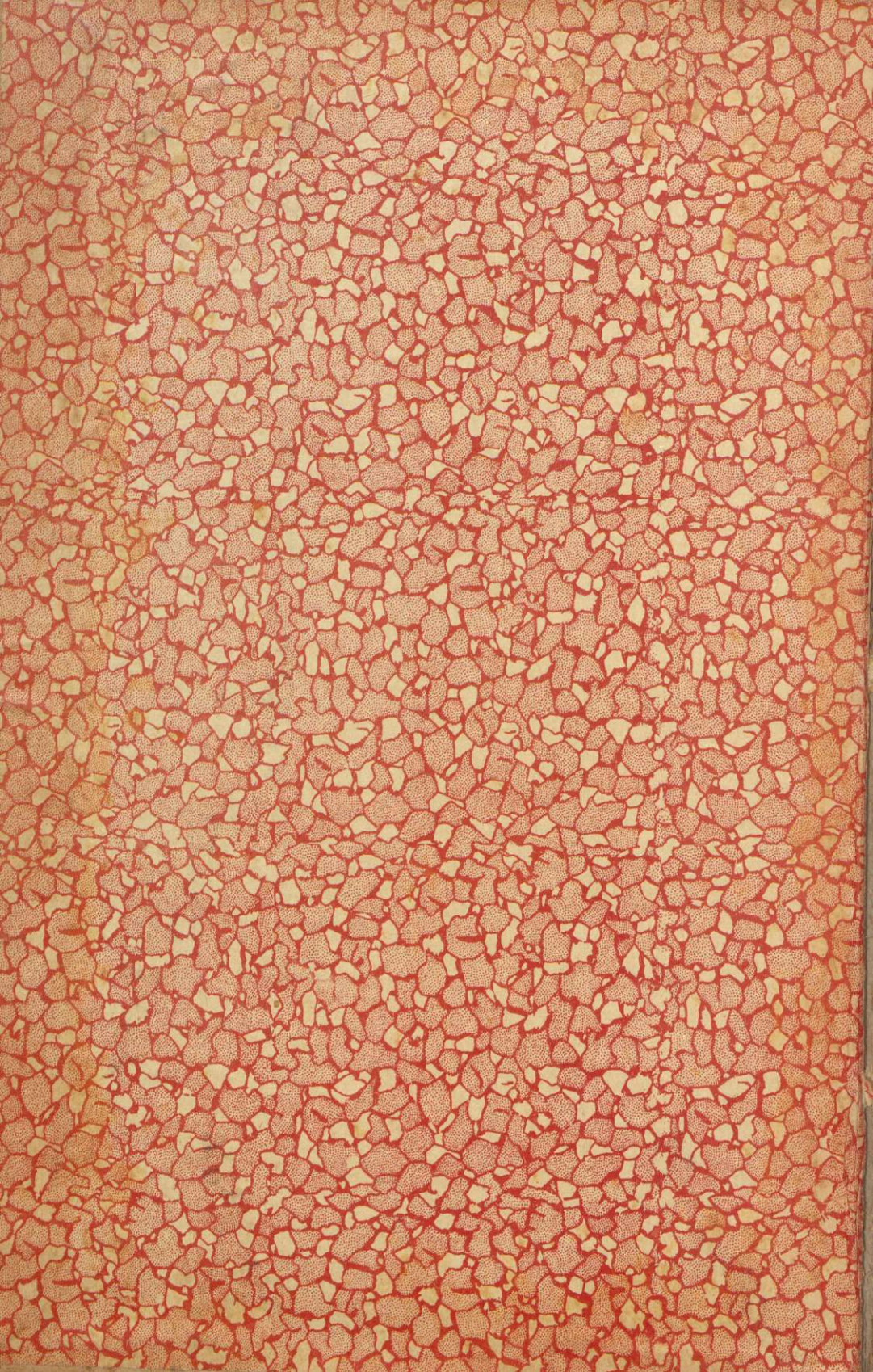
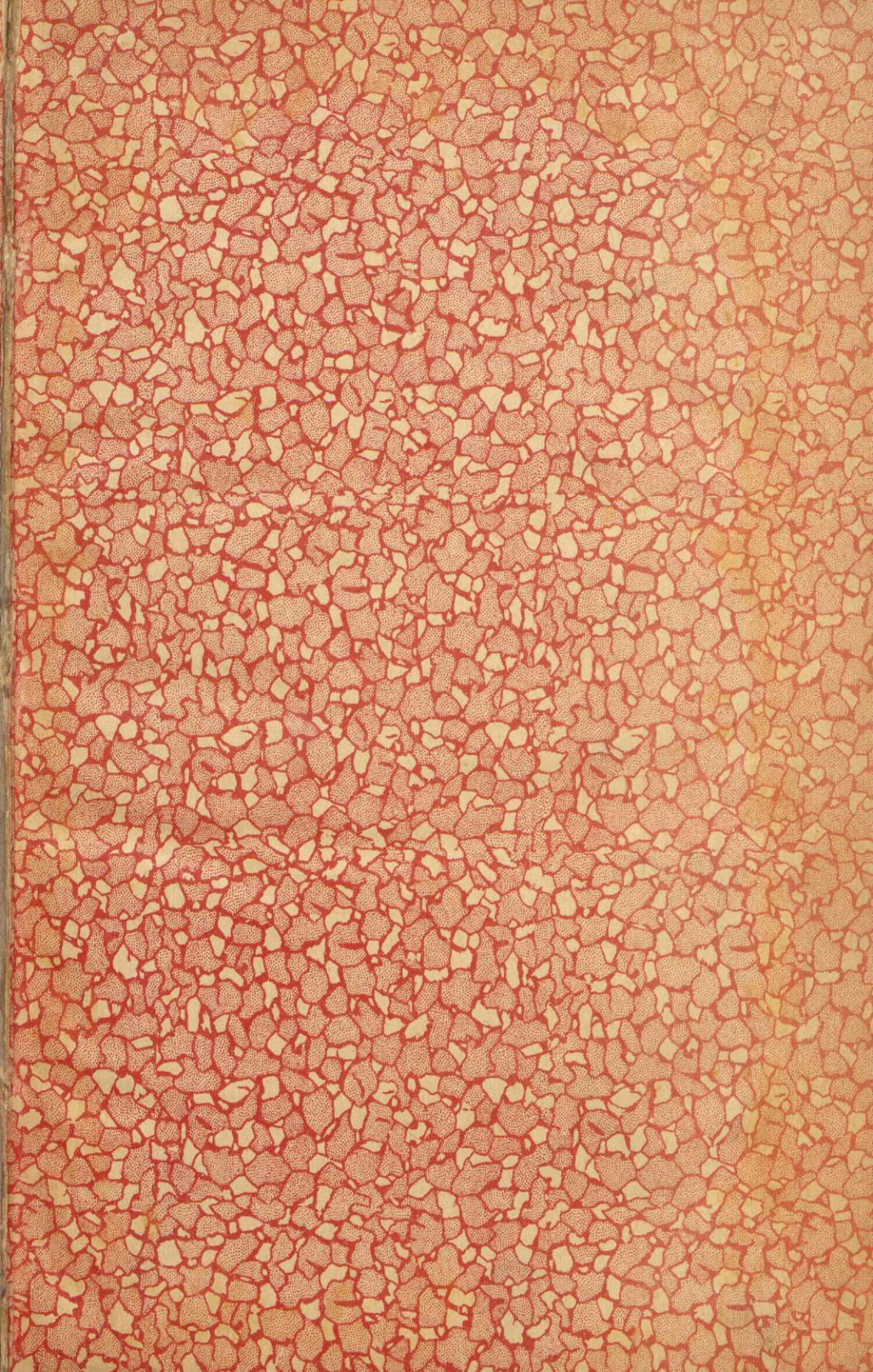








C137
P1A6

SOR BÁRBARA
DE SANTO DOMINGO.





VIDA
DE LA SIERVA DE DIOS
SOR BÁRBARA DE SANTO DOMINGO
RELIGIOSA QUE HA SIDO
DEL
CONVENTO DE MADRE DE DIOS
EN SEVILLA

ESCRITA POR EL LICENCIADO

D. JOSÉ ANTONIO ORTIZ URRUELA,
PRESBITERO.



SEVILLA: 1888

Tipografía de EL OBRERO DE NAZARET
Farnesio, 1

LICENCIA DEL PRELADO.

SECRETARÍA
DE
CÁMARA Y GOBIERNO
DEL
ARZOBISPADO DE SEVILLA.



S. Ema. Rma. el Cardenal Arzobispo mi Sr. ha tenido á bien conceder la licencia solicitada para la impresion y publicacion de la Vida de Sor Bárbara de Santo Domingo, escrita por el Ldo. D. José Antonio Ortiz Uruela.

Al participarlo á V me encarga S. Emnencia que procure corregir en el manuscrito todo aquello que crea oportuno, dadas las circunstancias en que se escribió y las en que ha de publicarse; debiendo depositarse dos ejemplares en esta Secretaría despues de hecha la impresion.

Dios guarde á V. m. a. Sevilla 28 de Junio de 1888.

Francisco Garcia Sarmiento

Sr. Dr. D. Francisco Mateos Gago.



ADVERTENCIA DEL EDITOR

IMPOSIBLE parecerá que un libro como el presente haya encontrado graves dificultades y tropiezos para entrar en el dominio público.

Su célebre autor, el infatigable Apostol que por tantos años edificó á Sevilla, el Presbítero D. José Antonio Ortiz Urruela, quiso publicarlo en Madrid algun tiempo antes de su inesperada y sentida muerte; pero el censor eclesiástico le puso el grave reparo de que en el Prólogo, y al hablar incidentalmente y con viva y justa indignacion de la llamada ley del Matrimonio Civil, habia calificado de *efímero y ridículo* al reinado de D. Amadeo.

No se conformó el autor con la censura, porque decia con gracia que aquellos calificativos le parecían cada dia

mas justos y oportunos, y recogió su manuscrito, del cual no tuve más noticia, hasta que su hermano y heredero don Isidro, me entregó una copia hace dos años muy largos, suplicandome que la publicase, corrigiendo lo que me pareciera conveniente, llenando algunas pequeñas lagunas, evacuando citas de textos que faltaban en el manuscrito y enmendando las muchas erratas que habia sacado la copia por la dificultad que ofrecía la confusa letra del original.

Creo yo que, andando el tiempo, han de buscarse con gran empeño los escritos y aun los datos biográficos del señor Ortiz Urruela, el celebrado autor de las Cartas al conde de Montalembert, el teólogo de Pio IX que figuró en la Congregacion de *Negocios internacionales* durante el tiempo que duraron los trabajos preparatorios para el Concilio Vaticano; y por honrar su esclarecido nombre y pagarle la estimacion que siempre me tuvo y los aplausos que tributó en vida á lo que él llamaba mi energía y la pureza de mis doctrinas, me hize cargo con muchísimo gusto de publicar su libro; pero á los primeros pasos tropecé con otra dificultad más grave, y que hasta el presente me ha impedido su impresion.

Al largo Prólogo que se me remitió, original de puño y letra del autor, en doce hojas en folio, le faltan las cuatro primeras, ó sea una tercera parte. Por más diligencias que se han hecho, no ha sido posible encontrarlas; y aunque en Sevilla han quedado varias copias hechas por buenos amanuenses en vida del autor, esas hojas del Prólogo faltan en las que yo he podido consultar; lo cual prueba que la pérdida es ya muy antigua.

Afortunadamente el Sr. Ortiz Urruela dejó á medio escribir la biografia de otra ilustre religiosa; y de su Prólogo,

combinado con el de la presente, he podido arreglar y completar, sin ingerencias extrañas, el que verá el piadoso lector.

He suprimido los calificativos al reinado de D. Amadeo, para que no se vuelva á ofender ningun censor amadeista; y aun he modificado ó suprimido del todo otras alusiones políticas esparcidas en varios capítulos del libro, para satisfacción de los que, sin ponerse en las circunstancias en que el autor escribía, no creen oportunas tales digresiones. Si ellos hubieran presenciado como presencié yo, la inicua expulsion de las religiosas en los dias de la revolucion del 68; si hubieran visto sacar á puñados del convento de Madre de Dios á una religiosa que no tendría menos de noventa años, no serían tan rigoristas con el zeloso autor de un libro en que se describe la biografía de una religiosa de esa misma comunidad, muerta fuera de la casa en que había hecho su profesion.

Otro reparo encontró el censor de Madrid en las primeras páginas de la biografía, en que contaba su autor, que los padres de Sor Bárbara retardaron su bautismo durante 15 dias por la suma pobreza en que se encontraban, hasta que el Sr. Canónigo Santistevan sufragó los gastos. No se explica, segun el Censor, esa tan extremada pobreza en un campanero dependiente del Excmo. Cabildo Catedral; á mas de que es sabido que la Iglesia administra el Bautismo gratuitamente á los pobres que nada pueden pagar.

Pero ni la Iglesia era responsable de la falta de aquellos padres que no solicitaron el bautismo; ni el Casimiro Jurado, padre de la sierva de Dios, era, como se ha dicho, campanero de la Catedral; sino un infeliz ho-

jalatero que prestaba el servicio de tocar el *alba*, recibiendo por ello 110 reales mensuales y una habitacion de balde, la última, y mas inmediata á las campanas, de las seis que existen en la famosa torre Giralda.

La verdadera dificultad está en que la partida bautismal de la sierva de Dios contradice lo que se ha contado acerca de la tardanza en su Bautismo; puesto que Sor Bárbara, segun el documento, fué bautizada al tercero dia de haber nacido. He aquí su partida copiada á la letra por mí mismo del libro 79 de Bautismos del Sagrario de la Santa Iglesia Metropolitana y Patriarcal, folio 245 vuelto:

«En la Ciudad de Sevilla Capital de su Provincia á nueve de Febrero del presente año de la fecha: Yo el infrascripto Cura interino del Sagrario de la Sta. Patriarcal Iglesia de esta Ciudad, bautizé solemnemente á una niña que nació el dia siete de dicho mes y año, á las cinco de la mañana, hija legítima de Casimiro Jurado natural de esta Ciudad, de oficio ojalatero y de María Josefa Antunez natural de Guadalcanal, Provincia de Extremadura; siendo sus abuelos paternos Juan Jurado y Antonia Cortez: maternos Miguel Antunez y Magdalena Ortega: los abuelos paternos naturales de Sevilla, y los maternos Miguel natural de Vejer en Portugal y Magdalena de Guadalcanal: se le puso por nombres Bárbara, María del Socorro, Romualda, Ricarda de la Sma. Trinidad; fué su madrina D.^a Bárbara Rodriguez natural de esta ciudad, casada, vecina de esta collacion á quien advertí el parentesco espiritual y obligaciones que por él se contraen: fueron testigos Joaquin Rodriguez soltero, y Josef Gómez, casado, digo soltero carpintero, vecinos de esta collacion, y para que así conste estendí y au-

torizé la presente partida en el libro corriente de Bautismos de esta Parroquia á nueve de Febrero de mil ochocientos cuarenta y dos.—Entre renglones—Yo el infrascripto Cura interino del Sagrario de la Sta. Patriarcal Iglesia de esta Ciudad=vale.»

»Br. MANUEL DE LA BASTIDA

» *Cura int.^o* »

Facilmente comprenderá cualquiera que ni el respetabilísimo Sr. Torres Padilla, Confesor de Sor Bárbara por espacio de muchos años, ni su íntimo amigo y confidente el Sr. Ortiz Urruela habian de inventar lo de la detencion del bautismo de aquella niña, y hasta la intervencion del señor Santistevan á quien el biógrafo no conoció personalmente; y sin embargo ambos estuvieron siempre en esa creencia, porque así lo contaban los padres de la interesada. ¿Cómo, pues, no resulta esa circunstancia en la partida bautismal? ¿Seria quizas que, avergonzados los padres de su tardanza, ocultaron, al bautizar á la hija, el verdadero dia de su nacimiento?

Sea lo que fuere, me ha parecido conveniente exponer estos hechos, y juzgue el piadoso lector segun le plazca de estas menudencias que, despues de todo, no tienen importancia alguna.

Lo que importaba mas á los que habiamos conocido á la sierva de Dios Sor Bárbara de Santo Domingo y tratado muy de cerca á sus buenos y pobrísimos padres, era que se hiciese del dominio público la biografia de la humilde religiosa escrita por el Sr. Ortiz Urruela, lo cual se ha conseguido al fin á costa de graves contradicciones.

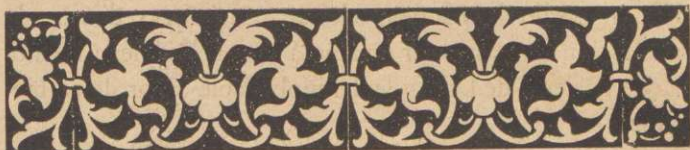
Por mi parte doy gracias al Señor por haberme permi-

tido, en medio de mis ocupaciones y achaques diarios, la satisfaccion de contribuir en algo á honrar la buena memoria de la sierva de Dios y la del inolvidable autor de su biografía.

Sevilla 9 de Julio de 1888.

FRANCISCO MATEOS GAGO.





PRÓLOGO DEL AUTOR

POR QUÉ Y PARA QUÉ SE ESCRIBE ESTA BIOGRAFIA

Stupebanus autem audientes tam
recenti memoria, et prope nostris
temporibus, testatissima mirabilia
tua in fide rectâ et catholicâ ecclesiâ.

(D. AUGUST. *Confes.* Lib. VIII. cap. 6)

MUCHAS razones tengo para poner al frente de este pequeño libro las palabras que acabo de copiar de una de las obras más acabadas que han salido de la pluma de los hombres. Esas palabras y todas las páginas que la siguen en los capítulos 7.º y 8.º del libro VIII de *Las Confesiones* de San Agustin, demuestran que de todos los trabajos en que se puede servir á la Iglesia y dar gloria á Dios, uno de los más importantes es el escribir la vida de aquellos de entre nuestros contemporáneos que, por la práctica de la virtud, se han

elevado á la perfeccion, demostrando así prácticamente, no solo que puede ser bueno el que verdaderamente quiera serlo, sino que la Iglesia, por cuyo medio comunica Dios á las almas su gracia, sin la cual nadie puede resistir al mal ni practicar el bien, es siempre madre fecunda de Santos.

Sin la relacion que el sacerdote Simpliciano hizo á San Agustin de la conversion del retórico Victorino, y las noticias que le dió Ponticiano de la vida de los Padres del Desierto y del efecto que la lectura de ella produjo en el ánimo de varios cortesanos, San Agustin, ó no se habría convertido jamás, ó hubiera oscilado largos años entre la verdad y el error, entre la virtud y el vicio, perdiendo ese tiempo y esterilizando los esfuerzos de su poderosa inteligencia, con grave daño para sí, con gravísimo perjuicio para la Iglesia Católica.

Pero Agustin oye lo que ha hecho Victorino, y su corazon arde en deseos de hacer lo mismo: *Sed ubi mihi homo tuus Simplicianus de Victorino ista narravit, exarsi ad imitandum* (Confes. lib. VIII. cap. 5). Ponticiano por su parte no le habia referido milagros ningunos de San Antonio ni de los Anacoretas, sino únicamente sus virtudes, y sin embargo San Agustin se asombra al oirlas: *Stupebamus*; como si una vida verdaderamente virtuosa fuese el mayor de todos los prodigios de Dios: *testatissima mirabilia tua*. Más aun; lo que sorprendió sobre todo á San Agustin, es que eso pasase en su tiempo; que hubiese todavía en el mundo tanta virtud, cuando en él había visto tanta corrupcion, de la cual él mismo había sido víctima: *tam recenti memoriâ et prope nostris temporibus*.

«Y estaba de espaldas con Dios, añade el Santo más ade-

lante, y Vos, señor, mientras me hablaba Ponticiano, me obligabas á dar una vuelta, para que poniéndome cara á cara con Vos, viese yo toda mi deformidad, todas mis manchas, todas mis llagas. Las veía y me horrorizaba; y no me era posible huir de mí mismo. Si me esforzaba por apartar de mí los ojos, el narrador seguía clamando; y Tu me obligabas á verme de nuevo á mí mismo dando con esa narracion tal claridad á mis ojos que no podia menos de reconocer, palpar y aborrecer mi indignidad.» (Ibid. cap. 7.)

Finalmente despues de aquella lucha horrible, cuya gráfica descripcion puede verse en el capítulo siguiente de aquel admirable libro, la noticia de las vidas de los Santos arranca á San Agustin aquel grito: *Surgunt indocti*.... «Se levantan los ignorantes y arrebatan el cielo, mientras nosotros, con nuestra ciencia y sin corazon nos revolcamos por el cieno, ¿Y tendremos vergüenza de seguirlos? ¿No deberíamos más bien tenerla de no seguirlos?» (Ibid. cap. 8.)

No es necesario decir mas. Todos saben el feliz término que tuvo aquella honda impresion causada en el ánimo de San Agustin por los ejemplos saludables de algunos de sus contemporáneos. Mucho habian hecho las lágrimas y las oraciones de Santa Mónica. No poco habian logrado la elocuencia y la virtud de San Ambrosio; pero el golpe de gracia lo recibió el corazon de San Agustin por la noticia de las vidas de los Santos.

El impío Volney, en sus llamadas *Lecciones de historia*, solo notables por su impiedad, hacia notar, con mal fin, las grandes ventajas que habia sacado siempre la Iglesia cristiana de que se escribiesen las vidas de sus Santos. Y en efecto, las *Actas de los Mártires* redactadas por los *Notarios*

asignados por los antiguos Papas á cada distrito de Róma, al efecto de que escribieran las vidas de los soldados de Cristo que sucumbian bajo el peso de la persecucion, despertaban en los demas fieles el deseo de imitarlos. Sin la noticia de lo que hacian unos mártires, no habria habido imitadores, y se hubiera frustrado el designio de Dios, el cual era, como dice Tertuliano, que «la sangre de los mártires, fuese semilla de cristianos.»

Dada la paz á la Iglesia por Constantino, la noticia de lo que hicieron Pablo, Antonio y sus compañeros, llevó á tantos otros á la soledad, que se pobló el desierto, llenando de gozo al cielo y de admiracion á la tierra; y ya hemos visto que, aun mucho mas allá del círculo que rodeaba ese desierto, producía estupendos resultados la narracion de lo que hacian sus moradores. Casi en el mismo tiempo el ejemplo de unas y otras elevaba á la perfeccion no pocas almas escogidas por Dios en el Patriciado de Roma, las cuales bajo la direccion de San Jerónimo, que escribió las vidas de algunas de ellas para ejemplo y estímulo de otras, llegaron al ápice de la mas admirable santidad.

¿Y qué diríamos de los siglos medios en los que una buena parte de la literatura, no solo sagrada sino profana, consistía en las vidas de los Santos? Así se formó aquel *contagio sagrado*, espresion que no vacilo en emplear, aunque hayan abusado de ella los impíos, que formó la verdadera sociedad católica, y que demostró prácticamente que la Iglesia sabe y puede santificar á las almas en todas las condiciones de la sociedad y en todos los estados de la vida.

El protestantismo, impotente para formar un solo santo, esto es, un solo verdadero y perfecto cristiano, se decla-

ró, como era natural, enemigo del gran medio que, en las vidas de los Santos, tiene la Iglesia para demostrar su propia santidad que es una de las notas de su divinidad.

Los protestantes que negaban el dogma de la intercesion de los Santos, profanaban sus reliquias, destruyendo los templos que bajo su advocacion estaban consagrados á Dios. Por lo mismo no es extraño que ni ellos ni los que se han dejado dominar por el espíritu del protestantismo, que son la mayor parte de los historiadores, de los biógrafos y de los literatos modernos, hayan perseguido con el arma del ridículo, ya que no pudieran de otro modo, al que escribe vidas de católicos virtuosos, ó aprecia y recomienda este género de literatura. Lo cual bastaría para que los verdaderos católicos la estimasen y la cultivaran con mas empeño. Que regla segura es para fallar en favor de la bondad y utilidad de una cosa, el odio con que la miren y persigan los enemigos de la Iglesia. Y como las vidas de los Santos tienen en su favor el odio de incrédulos y protestantes, grandísimo debe ser el bien que de ellas resulte al pueblo cristiano.

Mientras los protestantes se afanaban por destruir la memoria de los Santos que habia tenido la Iglesia en los siglos anteriores, haciendo de su parte todo lo posible para que no los tuviera en lo sucesivo, Dios se burlaba de ellos, dando á su Iglesia grandes santos, que no le ha escaseado en los siglos posteriores, ni aun en los tiempos de general indiferencia y de espantosa corrupcion que nosotros alcanzamos. La Iglesia no solo defendia con valor y energía la memoria y el culto de sus antiguos Santos, lanzando en Trento el anatema contra los nuevos Iconoclastas, que, bajo el nom-

bre de protestantes, querian destruir las imágenes y negaban la intercesion de aquellos amigos de Dios, sino que alentaba á los que, ya con nuevos trabajos literarios sobre los Santos antiguos, ya con publicaciones sobre los Santos contemporáneos, hacian el importantísimo servicio de presentar ó recordar á los fieles ejemplos de virtud, que habian de contribuir poderosamente, como siempre sucedió, á retraerlos del mal, y á impulsarlos á la práctica del bien.

A esta época corresponden los trabajos clásicos del insigne César Baronio, y los del P. Pedro de Ribadeneira, el cual hizo notar en el Prólogo á la *Vida de San Francisco de Borja*, escrita antes de su beatificacion, que «los ejemplos de nuestros contemporáneos tienen mucha mas influencia sobre nosotros, que los ejemplos análogos de los que nos han precedido.»

Poco despues los Bolandos, que emprendieron y han proseguido la mayor empresa de biografia sagrada que se conoce, en la prodigiosa coleccion que lleva el título de *Acta Sanctorum*, han recibido la aprobacion y la bendicion de la Iglesia, que así continua demostrando cuanta importancia dá á este género de literatura por el bien que hace á las almas.

No quiero omitir aquí un hecho de nuestros dias, notable por las circunstancias del que lo hizo, y del tiempo y del lugar en que lo llevó a feliz término.

Al pronunciarse de una manera tan rápida como admirable en los años de 1844, 45 y 46, el gran movimiento religioso de las universidades de Oxford y Cambridge que arrebató al protestantismo muchas de las mas elevadas inteli-

gencias y de los mas nobles corazones que habia en su seno, llevándolas á los brazos de la Iglesia Católica, uno de los convertidos mas ilustres, el P. Faber, cuya alma estaba inflamada en el zelo de un apostol, notó entre otros muchos vacíos que tres siglos de heregía habian creado en Inglaterra, uno que él trató inmediatamente de llenar. Este vacío era el de las *Vidas de los Santos*. Por eso, apesar de sus multiplicadas ocupaciones en el confesonario y en el púlpito que no le dejaban un momento libre y que le abrumaban de trabajo, trató de publicar y publicó una coleccion, en mas de *cuarenta* tomos, de *Vidas de los Santos modernos*.

Antes que él su amigo y compañero el Dr. Newman, hoy Prepósito de la Congregacion de San Felipe Neri, de Birmingham, aun siendo todavia protestante, conociendo la necesidad y utilidad de este género de lectura, dirigió la notable publicacion titulada *Vida de los Santos Ingleses*, algunas de las cuales, como la de San Esteban Hastings, escrita por el que es hoy P. Saint-John en el mismo Oratorio, puede tenerse como una bellissima joya de la literatura inglesa.

Los amigos, como los enemigos de la religion católica, convienen en que uno de los medios mas eficaces de promover el bien y evitar el mal entre los fieles es la lectura de las biografias de personas virtuosas, y en este principio se funda la razon principal que me ha obligado á escribir el pequeño libro que presento al público.

El 17 de Noviembre de 1872 ocupando yo el púlpito de la bellissima Iglesia aneja al Real Monasterio de San Clemente de esta ciudad, vino el sacristan á suplicarme que, cortando el panegírico de Santa Gertrudis la Magna, que acababa de comenzar, entrase al Monasterio á auxiliar á una religio-

sa que se moría. No era la religiosa de las Monjas Bernardas que componen el Monasterio de San Clemente, fundado por el Rey San Fernando en memoria y como en accion de gracias por la conquista de Sevilla; sino de la comunidad de religiosas dominicas llamadas de *Madre de Dios*, que, arrancadas de su convento por la revolucion de 1868, fueron trasladadas al citado Real Monasterio donde permanecen todavía.

El nombre de la religiosa moribunda el día 17 y que falleció en la madrugada del 18, era *Sor Bárbara de Santo Domingo*. Su cuerpo, que por ocho días permaneció enteramente incorrupto, comenzó á dar alguna muestra de corrupcion el día 8.º por la tarde; y el 9.º despues de celebrarse nuevamente vigilia y Misa de *Requiem* por su alma, estando el cadáver presente, fué despues sepultado en uno de los claustros del mencionado Monasterio. La aclamacion unánime de la santidad de esta religiosa por parte de todas cuantas vivian con ella, la extraordinaria afluencia de toda clase de personas de la ciudad por ver su cadáver ó por tener alguna de sus reliquias, y el hecho extraordinario de su incorrupcion, hacen que, generalmente, no solo se la reconozca como una alma santa, sino que se desee vivamente tener noticias de su vida.

Repetidas instancias se me hicieron para que redactara esta biografía; pero siempre me opuse formalmente, fundándome sobre todo en mi escasa competencia para tratar de esta materia. Se ha dicho que para traducir bien un libro se necesita saber tanto como su autor; y pudiera decirse que para escribir bien la vida de un santo, sería indispensable que fuera santo el biógrafo. Tal debió ser el pensamiento

del angélico Doctor Santo Tomas cuando, al encontrar á San Buenaventura ocupado en escribir la leyenda de San Francisco, se retiró diciendo: «Dejemos al Santo que trabaje por el Santo.»

Y sin embargo he terminado por acceder á los ruegos de aquellas personas respetables, temeroso de que Dios me hiciera cargo, si no emprendía este trabajo, de todo el bien que quizás dejaría de hacerse si quedaran ignoradas ó se relegaren á él olvido las virtudes y la muerte de aquella sierva suya.

No faltará quien murmure de mi trabajo por haberlo consagrado á perpetuar la santa memoria de una pobre religiosa; porque, dirán, si se tratara de la santidad de un Obispo, de un párroco ó siquiera de una hija de la caridad, sería quizás oportuno dar á luz sus virtudes para edificación de los fieles que directamente hubieran sido objeto de la santidad de ese Obispo, ó del zelo de aquel párroco, ó bien de la abnegacion de la religiosa hospitalaria. Pero ¿de una monja! Pues ¿de qué sirven las monjas, especialmente en el siglo positivista en que estamos viviendo y del cual somos parte? He aquí una objecion que pueden hacer contra mi trabajo no solo los impíos, sino muchos que se precian de cristianos católicos y aun piadosos.

«¡Somos parte del siglo!» He aquí una palabra que todo lo aclara, que todo lo explica. Vivir en el siglo es una cosa y otra muy distinta es ser parte del siglo. Vivir en el siglo y ser verdadero y aun virtuoso católico no es imposible; pero ser parte del siglo, pensar como el siglo piensa, sentir como él siente, amar lo que el siglo ama y aborrecer lo que él aborrece, eso si que es absolutamente incompatible con ser

católico verdadero, es decir, católico sincero en la fé y práctico en las costumbres.

Corrumpere et corrumpi hoc sæculum vocatur, decian los antiguos; y si de todo siglo puede decirse que es corruptor y corrompido ¿qué deberemos decir del siglo XIX? No le calumniará por cierto quien afirme que en él, cual en inmundia cloaca, han venido á reunirse, mezclándose y confundiéndose con hedionda y repugnante fermentacion todos los errores y los vicios todos de los siglos precedentes. Apesar de lo cual no es una vergüenza ni una desgracia vivir en este siglo. No es una vergüenza por que el hombre nace cuando Dios quiere enviarlo á este mundo; y lo que Dios hace no envilece, sino ennoblece; y mucho se ennoblecerá el que habiendo nacido en tiempos tan desgraciados como los nuestros, viva en ellos como verdadero cristiano. No es tampoco una desgracia haber nacido en estos dias, porque cuanto mayores sean las dificultades que se encuentran para ser bueno, tanto mayor será el mérito de serlo y la recompensa mayor por haberlo sido.

Bastaría lo dicho para explicar por qué, el que diga que es parte de este siglo, condenará el que se dé publicidad á la vida ejemplar de una religiosa santa. Este siglo que afecta despreciar á las monjas, en realidad las aborrece. Si solamente las despreciara, contento con despojarlas de sus legítimos haberes, reduciéndolas injustamente á la miseria, las dejaría servir en paz á Dios en su retiro, siguiendo los dictámenes de su conciencia, y cumpliendo las aspiraciones de su corazon. Pero como las aborrece, las persigue; y no contento con arrebatarles lo suyo, las lanza de sus asilos y las excita á la apostasia, aunque inútilmente.

La explicacion de todo ello, se encuentra expresamente consignada en el Evangelio «Si el mundo os odia, sabed que antes me ha odiado á mí. Si fuerais del mundo, el mundo os amaría, porque le perteneciais; mas como no sois del mundo, sino que yo os elegí sacándoos del mundo, por eso el mundo os aborrece. Acordaos de la palabra que os he dicho: No es mayor el discípulo que el maestro. Si á mi me han perseguido tambien os perseguirán á vosotros.» (Joan. 15: 18, 19 y 20). Cuando el siglo XIX y los que se jactan de ser parte de él, esto es, de pensar y sentir como él, demuestren que no han perseguido ni persiguen á Jesucristo, entonces tendrán derecho para decir que si persiguen á los institutos religiosos y vejan á sus individuos no es en odio á Jesucristo.

Pero se insistirá en que hubiera sido mejor escribir la vida de una alma que directamente hubiera trabajado en favor de la humanidad, sirviéndola ostensible y materialmente. La tendencia de este siglo es á materializarlo todo, hasta lo más espiritual; y así no es extraño que si tolera que haya Santos, exija que sean solamente los que se ocupen en remediar los males materiales que el vicio causa y deja como señales de su paso y trofeos de sus triunfos. Pero este siglo no comprende que hacen, ni de que pueden servir en la tierra esas almas que no se ocupan en obras materiales.

Sin embargo ningun siglo ha tenido mayor ni más urgente necesidad de esa clase de almas que el siglo XIX. Parecido á la infame Pentápolis, que por no encerrar en su seno ni siquiera diez de esas almas, pereció miserablemente bajo el peso de un castigo, cuyo recuerdo se conserva á traves de las edades, comprobado por un hecho permanente, el siglo

XIX, si no fuera porque á despecho suyo hay en él todavía muchas de esas almas que oran cuando él no ora, y expian sus maldades con su penitencia, seria justamente víctima de escarmientos espantosos. No pocos se han verificado ya, no obstante el contrapeso que el bien hace al mal; pero aun han de ser mucho más terribles los castigos que han de tener lugar, si la impiedad logra desterrar de la tierra esas almas que Dios ama y que todo el mundo aborrece.

No hay teoría más falsa que la de creer inútil á la sociedad, como hoy se cree, la existencia de las almas que, en la obscuridad y el retiro, llevan una vida de sacrificio y oración consagradas á Dios por los votos religiosos. Teológicamente hablando, esa opinion no solo es falsa sino impia; puesto que la Iglesia en todos tiempos ha manifestado su preferencia por la vida contemplativa sobre la activa.

Desde que nuestro Señor Jesucristo, hospedado en casa de Lázaro, reprendió á Marta por su inquieta solicitud en las ocupaciones materiales, simbolo de la vida puramente activa, elogiando la vida contemplativa en Magdalena que estaba sentada á sus pies, de la cual dijo que habia elegido la *mejor parte* (Luc. 10: 42), la Iglesia no se ha separado de esta enseñanza de su divino Fundador. Por eso mientras que la vemos dar su aprobacion solemne y favorecer con grandes privilegios á los institutos de vida puramente contemplativa, observamos que nunca ha aprobado institutos de vida puramente activa.

Hasta los institutos de Caballeria cristiana, como los de los Templarios, San Juan de Jerusalem, Santiago, Calatrava, Montesa, etc., tenían reglas en las cuales se combinaba la vida activa y marcial de los campamentos con la vida ascéti-

ca y contemplativa. Y la razon es obvia. La vida contemplativa es á la activa lo que la sávia al arbol, que por ella vive y es fecundo. Ocultamente bebe el arbol la sávia en el seno de la tierra por medio de sus raizes; y ese jugo que es como la sangre que circulando en el cuerpo humano le dá vida, impide que el arbol se esterilize y se seque. Ocultamente toma el alma en la vida contemplativa la fuerza con que puede entregarse á los trabajos de la vida activa; la cual sin esa fuerza que bebe en Dios por la contemplacion, se esterilizaria, se desecaria y moriria. Quitad la vida contemplativa, y habreis acabado con la vida activa. «Si no solo de pan vive el hombre» (Math. 4: 4.), aunque sea un hombre comun, ¿cómo podrán vivir sin otro pan que el material aquellas almas que, consagradas á Dios en la vida activa, son el consuelo, el alivio y la esperanza en la tierra de tantas otras almas dolientes, culpables ó desgraciadas?

Pero la Iglesia tiene otras razones aun más poderosas, no solo para defender la vida contemplativa de los ataques de la impiedad ó la ignorancia, sino aun para considerarla como superior á la vida mixta de accion y contemplacion.

La Iglesia parte en este punto del principio de la *reversibilidad* de los méritos; principio conocido y aceptado por todo el género humano, como lo ha demostrado luminosamente el Conde de Maistre (1). Este principio es la base de todo el Cristianismo, cuyo dogma, cuyo culto y cuya moral descansan sobre el sólido fundamento de que los méritos de Jesucristo son *reversibles* á todo el género humano. «El justo padece por los injustos» (Petr. 3: 18); «Cristo pagó lo

(1) Soirées de Saint Petersburg: IX Entretien.

que no había robado» (Psalm. 68: 5); «Jesus oró no por sí, sino por nosotros» (Juan. 17: 20). He aquí tres verdades de fé que debidamente estudiadas, nos explican por qué la Iglesia ha favorecido, recomendado y defendido la vida contemplativa en todos tiempos, tal cual la practican en los claustros las almas perfectas; tal cual la practicó Bárbara de Santo Domingo.

Estas almas oran con Cristo; padecen, sufren, se mortifican con Cristo. La oracion y el sacrificio de Jesucristo aplacaron la justa ira de su eterno Padre, haciendo perdonar al mundo culpable. Esta obra de Cristo debia ser continuada, y lo ha sido y todavía lo es, por las almas que voluntariamente se sacrifican en la vida religiosa. El fin de los institutos monásticos no es solo facilitar á cada alma en particular su salvacion; sino procurar la de otras muchas cuya conversion y perseverancia se obtienen con la oracion y el sacrificio. Por eso la Iglesia cuya mision en la tierra es salvar las almas, conociendo que no es nada el que siembra ni el que riega *sino Dios que da el incremento* (I. ad Cor. 3:7), desea que haya almas puras que, orando y sacrificándose como víctimas agradables á Dios, atraigan del cielo sobre la tierra los torrentes de la divina misericordia.

En este sentido tiene la Iglesia más necesidad de esta clase de institutos que de los institutos docentes y de los encargados de la predicación. Oigamos esta profunda palabra del Conde de Maistre: «Se pregunta algunas veces ¿de qué sirven esas terribles austeridades, ejercitadas por ciertas órdenes religiosas, que son tambien *sacrificios*? Tanto valdría precisamente preguntar, ¿de qué sirve el cristianismo, puesto que absolutamente descansa sobre el mismo dogma,

mas extendido, *de la inocencia pagando por el crimen?*»

Era casi necesario que diese estas explicaciones para que nadie extrañe ni censure que yo me proponga dar á conocer al público la vida de una humilde religiosa, que, hasta el momento de su muerte, estuvo casi completamente desconocida é ignorada. Sus hermanas y compañeras de religion, con algunas pocas personas mas, sabian que Bárbara de Santo Domingo era una alma santa, y como tal la apreciaban y hasta la veneraban en secreto. Muere la humilde religiosa, y Dios se digna descubrir, ya por la incorrupcion de su cadáver, ya por un entusiasmo popular que no se puede atribuir á pura curiosidad, ya de otras mil maneras, cuán agradable le habia sido aquella vida de oracion y sacrificio. Sevilla supo entonces que habia tenido encerrada en su seno una criatura privilegiada por Dios; y poco despues ha sabido toda España, y se ha sabido fuera de España, el tesoro de gracias y virtudes que Sevilla ha perdido, al perder lo que tenia en Bárbara de Santo Domingo.

Pero no, no lo ha perdido; porque si en vida, con sus oraciones y sacrificios, Bárbara apartó de su ciudad natal muchos azotes que la justicia divina hubiera sin duda descargado sobre ella, desde el cielo, donde creemos con todo fundamento que está gozando el premio de sus virtudes, Bárbara no se olvidará de Sevilla. No, no lo ha perdido tampoco, porque el providencial descubrimiento y la rápida divulgacion de la santidad de Bárbara, estimulará á otras muchas almas á aspirar á la perfeccion y á trabajar para santificarse cada cual en su estado.

Defunctus adhuc loquitur (Ad Hebr. 11: 4), dice el Espiritu Santo por el justo. Bárbara de Santo Domingo no habló

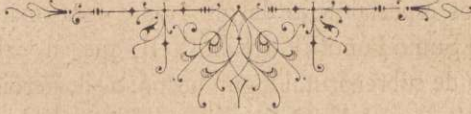
en vida; pero ha hablado tan elocuentemente despues de su muerte, que muchas almas se han movido mas por ese suceso á procurar ser buenas, que si hubiesen asistido á una mision. Escribir y publicar la vida de Sor Bárbara es contribuir á que ese saludable movimiento continúe, se aumente y se generalize. «El Rey ha muerto; viva el Rey,» se decia antiguamente. «Una santa ha muerto; una, muchas santas viven,» es lo que quizas se podrá decir algun dia por el bien que la noticia de las virtudes de esta sierva de Dios pueda producir en los que atentamente leyeren su vida.

Al concluir esta introduccion, yo debo protestar, como protesto solemnemente, en cumplimiento de los decretos Pontificios, especialmente del que sobre esta materia promulgó el Sumo Pontífice Urbano VIII, que al calificar en este libro de sobrenatural algun hecho, ó de heroica alguna virtud, asi como al dar algunas veces el epíteto de *sierva de Dios* ó de *Santa* á Bárbara de Santo Domingo, ó á alguna otra persona no canonizada ni beatificada, no es mi ánimo prevenir de ningun modo el juicio de la Santa Iglesia, al cual en todo gustosamente me someto, ni tampoco es mi intencion dar á los acontecimientos que voy á referir otra fé que la puramente humana, mientras no decida otra cosa la autoridad Eclesiástica, única competente en la materia.

Con lo cual termino recomendando mi libro, no á la benevolencia del lector, que tiene derecho á juzgarlo como le parezca justo, sin contemplaciones de ningun género hácia el autor, de quien será todo lo imperfecto que en él se encuentre; sino á la proteccion de Dios, por cuya gloria em-

prendo el trabajo de escribirlo. Si Dios lo bendice, las almas sacarán fruto de su lectura, y con esto solo estarán satisfechas todas mis aspiraciones.

Sevilla 21 de Febrero de 1873.





LIBRO PRIMERO.

CAPÍTULO I

DEL NACIMIENTO É INFANCIA DE SOR BÁRBARA
DE SANTO DOMINGO.

LA religion es la única que verdaderamente ennoblece al hombre. Obra de un Dios que no solamente es padre de todos, sino que no hace aceptación de personas, únicamente tiene en cuenta la virtud y el mérito para enaltecer y premiar á los hombres; la Iglesia Católica, Apostólica, Romana, que es la sola verdadera esposa de Jesucristo, se complace cuando entre sus hijos, á quienes discierne los hono-

res exteriores de la Santidad, hay algunos que en vez de descender de casa ilustre ó de llevar en sus venas noble sangre, han nacido entre el pueblo y pertenecen á familias oscuras y desconocidas. Lastimosamente engañan al pueblo, los impíos y los revolucionarios que le enseñan á aborrecer á la Iglesia. Ella es la única que como lo ha hecho en los siglos pasados, podía actualmente y en los venideros tiempos, ilustrar á las clases populares, sacando de entre ellas á sus hombres grandes y á sus santas mujeres. No es que la Iglesia rechaze á los que pertenecen por su nacimiento á la aristocracia, no. La Iglesia que hace ilustres á los que no lo son, hace más ilustres á los que lo son, y esta gloria exclusivamente suya, es tambien una prueba de la divinidad de su origen y de la santidad y verdad de sus dogmas y de su disciplina.

Era, si no necesario, por lo menos conveniente, hacer esta observacion preliminar, al comenzar á escribir la vida de la sierva de Dios Sor Bárbara de Santo Domingo. Su persona tiene hoy una verdadera importancia para todo el vecindario piadoso de Sevilla, y aun fuera de esta ciudad y su provincia, se tiene hoy conocimiento de ella y aun se desean noticias detalladas sobre su vida y virtudes. Casi al mismo tiempo que ella, han muerto varias personas ricas ó pertenecientes á la aristocracia, y su memoria ha perecido al perderse en el lejano horizonte el fúnebre sonido del bronce sagrado que anunciaba su muerte. Sus despojos mortales, han sido conducidos al cementerio en carros elegantes, seguidos de lujosos trenes, pertenecientes á personas de la clase del difunto; pero esto ha sido todo. Con simpatia ó sin ella se les ha visto pasar á su postrera morada, y quizás

la mayor prueba de interes que ha podido dárseles, es no preguntar de qué modo vivieron. Como si no bastase que la muerte les hubiese arrebatado de nuestra vista, ha sido necesario correr entre los muertos y los vivos el denso velo del olvido. Una vida sin piedad, y tal vez sin fè, no podía tener otro término que ese.

No así la sierva de Dios, cuya vida voy á escribir. El día 7 de Febrero de 1842 ocurría en el seno de una familia pobre y oscura, un hecho que á primera vista no pasaba de la categoría de los más comunes. Casimiro Jurado y Josefa Antunez veían bendecido por Dios, segunda vez, su verdadero lejítimo y cristiano matrimonio, con el nacimiento de una niña. Al mismo tiempo que el Rosario de Nuestra Señora de la Antigua pasaba en procesion al pié de la torre de la Catedral á las cinco de la mañana dió su madre á luz á esta niña con fèlicidad.

Moraban sus padres en aquella célebre é histórica torre árabe llamada la *Giralda*, por ser su padre campanero de la Iglesia Metropolitana (1). De modo que por el sitio y la hora en que nació esta niña, se podía ya entrever que ella venia al mundo bajo la doble proteccion de Jesus y de Maria; de Jesus, que mora real y positivamente en el tabernáculo; y de Maria que en el doble simulacro de la Antigua y de los Reyes, ha afirmado ser la Reina y la Protectora de Sevilla y de sus hijos, no dejándose desalojar de aquel sitio durante la dominacion de los moros, y tomando de nuevo solemne posesion de él, al conquistar esta tierra San Fernand (2). En nuestros tiempos ha habido un orador de club

(1) Véase la *Advertencia del Editor*.

(2) Es tradicion, consignada por Zuñiga en sus *Anales*, que la Vir-

que pensara en convertir la magnífica Catedral edificada al pié de la Giralda, en un gran *café*; y otro sectario, más que impio estúpido, queria ser de los primeros en vibrar la palanqueta para derribar aquel gran monumento, uno de los primeros de su género que existe en el mundo, gloria del arte cristiano y admiracion de propios y extraños. Cuando los moros acosados en Sevilla por las huestes cristianas que los combatian bajo las órdenes de hombres como Garcí Perez de Vargas, amenazaron con destruir la Giralda antes de entregar la ciudad, D. Alfonso el Sabio, que combatia bajo las órdenes de su padre San Fernando, les hizo saber que por cada piedra ó ladrillo que quitasen de la Giralda, habia de cortar la cabeza á un moro. ¿Qué diria el Sabio Rey si hubiese sabido lo que en el siglo XIX, que se precia de entendido y justo apreciador de las artes, han dicho algunos hombres más ligeros, tal vez, que impios, no de la Giralda sino de la Catedral de Sevilla que, artisticamente considerada, vale cien veces más que la Giralda, por más que esta sea digna de admiracion?

Esta torre habia de tener otro género de ilustracion por haber nacido en el cuarto núm. 5 de ella (1) la sierva de Dios Bárbara de Santo Domingo. Por muchos dias no fué

gen de la Antigua, existía antes de la invasion de los sarracenos, y que éstos no pudieron ó no se atrevieron á borrarla. La sagrada imagen de Ntra. Sra. de los Reyes fué hecha de orden de San Fernando.

(1) Las habitaciones de la Torre no tienen numeracion, sino las cuestras ó rampas que forman la subida. La habitacion en que nació Sor Bárbara está en la rampa número 30. Estaba dividida por un techo formando piso alto de construccion relativamente moderna que ha desaparecido en el último arreglo de este año. (Nota del editor.)

posible darle ni aún el primero de estos nombres, porque la suma pobreza de sus padres impidió durante dos semanas, bautizarla (1).

La caridad de un canónigo, D. Fernando Santistéban, remedió este mal, dando lo necesario para el bautismo. Este Sacramento se le administró en la pila de la parroquia del Sagrario situada en la última capilla de la nave derecha de la Catedral, al pié del célebre cuadro de Murillo, que representa el niño Jesus, bajando del Cielo á los brazos de San Antonio de Pádua. Ese mismo divino niño, andando el tiempo, habia de hacer favores análogos á aquella niña de cuya alma tomaba entonces posesion, por una gracia que jamás habia ella de perder; que bien puede asegurarse que esta sierva de Dios pasó por la tierra, y ha ido al cielo sin mancillar la estola cándida de la inocencia bautismal.

Prevenida su alma con bendiciones de dulzura, parece que recibió de Dios el favor de que en ella la conciencia entrase en ejercicio, mucho ántes que en otros niños. Solo así se explican ciertos hechos que refiere su madre, manifestándose pronta á ratificarlos con juramento si necesario fuese. Dice esta respetable anciana, que desde que nació esta niña, hasta que terminó su lactancia, ella no tomaba el pecho los viernes, sino una sola vez; notándose ademas en ella durante ese período, esto es, en los tres primeros años de su edad, mucha humildad, mucha mansedumbre y que en nada molestaba á su madre. A los tres años, cuando comenzó á hablar manifestó una singular piedad. No era su madre quien la invitaba á rezar, sino que por el contrario, las invitaciones partian de la hija á la madre.

(1) Véase el final de la *Advertencia del Editor*.

Mas admirable era que, á esas invitaciones, iba unido un extraordinario discernimiento del mérito y excelencia de las devociones; pues daba desde esa edad la preferencia á la Santa Cruz y á las cinco llagas del Redentor, así como al Rosario de la Santísima Virgen, que es la reina de todas las devociones á María, segun la opinion del Padre Faber (1). Tomaba además esta niña para orar la forma en que lo hacia Moises para conseguir la victoria de su pueblo contra los Amalecitas, poniendo los brazos en cruz; forma sagrada y misteriosa que consagró la antigüedad cristiana (2), y que solo puede verse con desden ó con indiferencia, por los cristianos indiferentes ó superficiales. De todos modos esta niña preludiaba así, hasta en las formas, su santidad futura. Su devocion á la Cruz en tan tierna edad, era como una profecía, tanto de sus voluntarias y asombrosas penitencias, como de las pruebas terribles á que Dios habia de sujetarla; y su devocion á María en el Rosario, lo era de como ella habia de santificarse profesando la vida religiosa, en un instituto que tiene por fundador y Padre al ínclito español Santo Domingo de Guzman, que por sí mismo y por medio de sus hijos, ha convertido y y santificado á tantas almas con la devocion del Rosario.

(1) El P. Faber, que es el mayor maestro de espíritu que ha habido en la Iglesia despues de San Francisco de Sales, no solo llama al Rosario la reina de las devociones á María, sino que dice que el Rosario es para el comun de los fieles, lo que el Breviario para el clero. Además añade, que hoy casi no se puede ser católico, sin amar y practicar la devocion del Rosario. (*Notes on doctrinal subjects.*)

(2) Véase la obra de Monseñor Gauime, titulada *Le signe de la Croix*.

A los seis años de edad, comenzó á ayunar esta niña, por más que su madre quisiera impedirselo. Sin desobedecerla, y sobre todo sin agraviarla, ella iba adelante con su mortificacion; «no vé V. que buena estoy y qué robusta» decia Bárbara con gracia é inocencia á su madre; así como cuando ésta la sorprendia cubierta de cilicios, que ella misma fabricaba con las cuerdas rotas de las campanas la decia: «Déjemelos V., tengo gusto en ello. ¡Si V. supiera cuán bueno es esto, y cuanto padeció por nosotros Nuestro Señor.» Al ayuno y á la maceracion añadía la vigilia en tan temprana edad, pues se levantaba de noche á orar. En este ejercicio de la oracion, puede decirse que fué Bárbara perfecta desde niña, y que Dios premiaba su devocion de una manera visible. En efecto, aún ántes de cumplir los seis años, como su padre que habia estudiado para clérigo, tenía un Oratorio y rezaba el oficio divino, Bárbara le acompañaba; así como se hacía luego acompañar de su madre, para ir á las *cuarenta horas*, aunque estuviesen muy léjos. Su madre se alarmaba por la comida que habia dejado cociéndose en el fuego; más Bárbara la aseguraba que nada adverso sucedería; y así fué; porque nunca, al volver á casa, hallaron que hubiese sucedido lo que aún empleando mucha vigilancia, suele suceder con la comida. En la misa que diariamente oía, estaba aquella niña siempre de rodillas. Sola ó acompañada, siempre que oraba lo hacia con edificante devocion.

En cuanto á la educacion moral nunca dió que hacer, y mucho ménos dió que sentir á sus padres. Jamás su Madre tuvo que castigarla, ni aún del modo más suave y leve. Ella y su marido la consideraban como un ángel; y lo era en

efecto, por la pureza de sus costumbres, por la modestia de su semblante, por su dulce amabilidad y por su absoluto desprendimiento. Enemiga de la vanidad, nunca presumió de sus dotes naturales de las cuales no del todo carecía; pues si bien no puede decirse que fuese hermosa, no era desgraciada en su rostro; y sobre todo, especialmente en sus últimos años y en sus horas postreras, respiraba su semblante tanta fineza y tal dulzura, que se revelaba en él la belleza de su alma, haciéndola á la vez amable y respetable. Aún muerta, como han podido comprobarlo los que han examinado su cadáver ó visto su retrato, no habia en ella nada de repulsivo. Joven y seglar no usó galas; ni siquiera se sirvió del espejo. Honestamente vestida, no llamaba la atencion ni por los adornos ni por una exageracion de incuria en el vestir que hubiera hecho odiosa en ella la piedad. En esto, como en todo, hizo ver esta alma privilegiada, que comprendía bien que toda virtud puede degenerar ó por exceso ó por defecto, en el vicio contrario; y esto solo prueba en una alma joven y sin instruccion metódica en la religion, cual era la de Bárbara, que Dios era su maestro íntimo, y que la hacia conocer lo que otros, aún empleando los medios ordinarios, no llegan á alcanzar.

Respecto á su instruccion, sin embargo, es necesario decir, que no la descuidó, fiando solo en que Dios la comunicaria, sin trabajo, lo que trabajando ella podía aprender. Estudiaba los rudimentos de la religion en el Catecismo explicado, y su historia en el histórico. Comprendía y retenía tanto del uno y del otro, que luego convertida en maestra de un hermano suyo, mayor que ella dos años, le instruía en los misterios y en las prácticas de la religion y de la pie-

dad, no por rutina, sino con inteligencia de lo que decía; haciéndose especialmente notable lo que decía respecto al Santísimo Sacramento, y á la Pasion de Nuestro Señor Jesucristo. Era de oír esta niña diciendo á su hermano que solo suspiraba por visitar los Santos Lugares, sufriendo despues el martirio, para irse al cielo. Esta ocupacion en favor de su hermano, fué un objeto á que especialmente se dedicó Bárbara, como si desde niña supiese que «los que enseñan á practicar la justicia, brillarán como estrellas perpétuamente en la eternidad.» (Dan. 12: 3.)

Más no limitó su trabajo para instruirse solamente á las materias religiosas. Dando á estas la preferencia que merecen y con subordinacion á ellas, quiso Bárbara instruirse en todo lo que es necesario, ó por lo ménos conveniente, que sepa una muger. Sus padres no podian, por su falta de recursos, costear su educacion; ántes bien era necesario que ella se instruyese como pudiera, para ayudar á sus padres con su trabajo. En una de las épocas en que los gobiernos liberales de España han cometido la injusticia de no pagar á la Iglesia la mezquina asignacion que, en forma y con la obligacion de restitucion debian dar á la misma Iglesia, de cuyos bienes injustamente se apoderaron, el pobre campanero Casimiro Jurado no percibía su modesto haber, y su hija Bárbara, que habia aprendido á coser y bordar, sin que nadie la enseñase, trabajaba de manos para ayudar á su familia. Ofrecíala su madre parte de lo que le daban por su trabajo; instábala y aún la hacia una especie de fuerza para que la tomase; pero ella se resistía, practicando así á la vez dos virtudes muy agradables á Dios: la piedad filial y el amor á la pobreza. Notóse siempre en Bárbara, más que el talento na-

tural para aprender, la facilidad de hacer, y de hacer bien, lo que los hombres no le habian enseñado. Así sabia bien escribir y la gramática, que luego ella misma enseñó á su hermano, sin haber tenido maestro. En algunos pequeños manuscritos que, por hacer bien y bajo obediencia, dió á otra persona, se observa que escribía como si hubiese aprendido la retórica, porque escribía no ciertamente con la correccion de un maestro, pero si con el orden lógico de ideas y la propiedad y sobriedad de expresion, en que consiste el escribir bien.

En resúmen, la madre de esta niña declara: «que es imposible escribir todos los hechos y circunstancias que demostraban su virtud admirable; y que tanto ella como su esposo la consideraban mas como un ángel, que como una humana criatura. Esto, concluye la madre, nos llenaba de gozo y de asombro, reputándonos indignos de tener tal hija.»





CAPÍTULO II

DE LA JUVENTUD DE BÁRBARA Y DE SU VOCACION
AL ESTADO RELIGIOSO.

LA torre árabe de la Giralda habia de encerrar este tesoro por espacio de diez y ocho años. Nótese que decimos encerrar y no defender, porque es necesario reconocer que aquel sitio, por otra parte sagrado, lejos de ser el más propio para amparar la inocencia de esta niña, habria contribuido á pervertirla, si Dios no la hubiese auxiliado con su gracia, y si ella, por su parte, no hubiera cooperado con esta misma gracia, empleando el ayuno, la mortificacion, la modestia y

otros medios para no ser víctima de la corrupcion. El rubor hace bajar los ojos, no solo á una tímida doncella, sino á toda persona decente, cuando se sube á la Giralda; porque faltando no solo á la religion sino á la decencia, al decoro y á la buena educacion, muchos de los que suben á la torre, dejan consignado en sus muros, el testimonio de la ignominia, y de la vileza que se encierran en su corazon. Bárbara no se contaminó, teniendo que subir y que bajar tantas veces por entre aquellos muros, sin duda porque haciendo púdico velo de sus ojos virginales á los párpados, jamas levantó su vista para ver lo que habia á su derecha, á su izquierda ó sobre su cabeza.

Otro peligro habia para ella en la torre. Algunas señoras inglesas, sin duda protestantes, de las que vienen á visitar á Sevilla, querian atraerla con halagos, ó con aplausos, admiradas por otra parte de la dulzura angelical de su rostro. Bárbara ó las esquivaba ocultándose con una rara humildad, ó las miraba con una saludable repulsion, porque profesaban la heregia. El haberse debilitado entre los católicos ese sentimiento de horror á la heregia, dice el P. Faber, es una de las causas de que nuestra fé sea tan lánguida, y nuestra piedad tan poco sólida. El ver con horror á la heregia es uno de los instintos de las almas santas; y aunque es cierto que los hereges son prójimos y que, como á prójimos, debemos verles con caridad, no es menos cierto que como la heregia no está en el aire, sino en un sugeto, para que la heregia no nos contamine, debemos mantenernos alejados del herege. Menos perniciosa que el herege es la lepra ó cualquiera otra enfermedad contagiosa; y nadie con más empeño que los que declaman contra la repulsion de

los verdaderos católicos hacia la heregia y los hereges, aconsejan ó mandan que sin piedad se rechaze al que está atacado de enfermedad contagiosa. Recomendable es pues, no solo como una virtud de Bárbara, sino tambien como una prueba de que Dios le daba desde niña los instintos de la santidad, ese recato con que ella, haciéndose invencible á los halagos de las señoras protestantes inglesas se mantenía alejada de ellas.

Otro género de peligro corrió esta niña en la Giralda. Una turba de esas á las cuales los mismos revolucionarios llaman inconscientes, invadió la torre para celebrar con repique de campanas, uno de tantos sucesos más ó menos culpables ó desgraciados que forman la historia de la dominacion del liberalismo en España. Ebrios de cólera y probablemente de vino, aquellos furiosos, no solo quisieron matar á Casimiro Jurado, sino que pusieron una pistola al pecho de su hija Bárbara que era muy jóven todavía. Solo por una especie de milagro escapó viva esta niña de aquel peligro, durante el cual ella permaneció inalterable, sea que reputase una felicidad encontrar así una especie de martirio; sea que Dios le diese interiormente la seguridad de que la defendería; ó sea esta en fin solamente una manifestacion de la energía y firmeza de carácter que estaba unido en ella á una dulzura á toda prueba y á una serenidad inalterable con que el mismo Dios la había dotado.

No consta que fuera de la torre, aunque Bárbara salía poco de ella, y nunca salió sino acompañada, corriesen su vida ó su inocencia otros peligros; pero digo solamente que no consta, no que no los hubiese encontrado. Por que, ¿que no es hoy peligro para el pudor y la virtud de una jóven,

en las plazas, en las calles, y aun en las casas que se dicen morigeradas, de las ciudades modernas, que se reputan mas cultas y adelantadas en las vias del progreso? Los objetos que se ven, las palabras que se oyen y casi hasta el ambiente que se respira, están impregnados de inmoralidad. Esto, en ciertos sitios, que jamás visitó Bárbara, reviste las más cínicas formas y toma las más alarmantes proporciones; pero aun fuera de esos sitios, hasta en los lugares sagrados, que la brutal osadía del vicio no respeta, la inocencia no está hoy segura, sino por una especie de milagro. Llena el alma de dolor el observar que, hasta la niñez se ha hecho apostol del vicio, practicándolo publicamente, casi sin saber lo que hace. Los ángeles del Cielo, encargados de la guarda de las almas predestinadas, deben verse obligados á cubrir frecuentemente con sus alas el rostro y los oídos de esas personas, para que no se contaminen, ni se dejen contaminar. Era Bárbara, sin duda, una de esas almas, puesto que la inmoralidad no pudo abrir en ella brecha.

Pero en fin, no basta haber triunfado de los peligros, cuando por necesidad nos encontramos en medio de ellos. Cuando es posible hay obligacion de evitarlos. Si ellos son necesarios, Dios nos dá para no sucumbir, auxilios eficaces; pero si pudiendo huir permanecemos en ellos, Dios no tiene obligacion de socorrernos en ese caso. Fué esta sin duda, una de las consideraciones que movieron á Bárbara para hacerse religiosa; pero no fué este sólo motivo, el que la impulsó á tomar esa resolucion. Data su vocacion de mucho antes de que, por su edad, pudiera verse en peligros; y son de un órden más elevado los motivos que determinaron á esta virtuosa jóven, para entrar en el claustro.

Declara su Madre que, no teniendo Bárbara más que seis años ya le dijo que Dios la llamaba á ser capuchina; y como su madre la hiciese ver que ese proyecto no podia realizarse, porque careciendo ella de esta hija, no tendría quien la asistiese en sus enfermedades, la niña le contestó: «No tenga V. cuidado. Yo pido á Dios que V. esté siempre buena, para que no me necesite.» Desde entonces hasta ahora que cuenta 72 años de edad, Josefa Antunez no ha vuelto á padecer nada en su salud, la cual antes de que la digese eso su hija, estaba sujeta á diversos achaques y enfermedades. A la edad de seis años, Bárbara no podia conocer por experiencia ni aun por noticias ajenas, lo que era el mundo y el peligro que en el corre la inocencia, peligro de que se vé libre en el claustro. De aquí se deduce que su deseo de ser religiosa, procedía de una ilustracion especial de Dios. Dabala sin duda á conocer el mismo Dios sin intervencion de enseñanza humana, la excelencia del estado religioso. Amaba mucho á Dios aquella niña; y le contemplaba pobre, desnudo y perseguido. Imitarle era su más ardiente aspiracion; y por eso quería ser religiosa, para ser pobre, despreciada y perseguida. Abrazar la vida religiosa, cuando esta era respetada, y cuando al profesarla se aseguraban consideraciones y comodidades, pudiera entrar en el cálculo de almas indolentes y egoistas, aunque así y todo la vida religiosa siempre trae consigo sacrificios que los que la atacan y vilipendian no serían capaces de practicar. Pero es una especie de heroismo abrazar la vida religiosa, hoy que no hay armas, ni aun las más vedadas, por infames y viles que sean, que contra ese género de vida no se empleen. Gracias á Dios, aunque pocas, no faltan todavía algunas de esas almas, que se propo-

nen vivir, no sólo conforme á la letra, sino tambien segun el espíritu del Evangelio; y una de estas almas cuya existencia consuela á la Iglesia é infunde confianza á los fieles, era Bárbara Jurado y Antunez.

El primer deseo de esta joven, cuya vocacion fué siempre á la vida religiosa, la inclinaba á hacerse Capuchina. Asi lo decía á su Madre, cuando no tenia más que seis años de edad; y todavia tres años antes de morir, cuando ya se habia hecho Santa, bajo la regla de Santo Domingo, se la renovó el deseo de profesar la de San Francisco entre las Capuchinas. Ni lo uno ni lo otro era ciertamente porque ella despreciase los otros institutos religiosos, ni mucho menos porque creyese que solo se podía salvar siendo Capuchina. Si como se dice en un libro, del cual se ha hecho el más grande elogio, al afirmar que es el mejor libro que ha salido de manos de los hombres, una vez que los que componen la Sagrada Biblia no son obra de los hombres sino de Dios (1); si como dice la *Imitacion de Cristo*, es odioso y peligroso hacer comparaciones entre los santos, cuyos méritos respectivos solo Dios puede calificar; odioso y peligroso es hacer comparaciones entre los diversos institutos, que la inagotable fecundidad de la Iglesia ha dado á luz para el bien de las almas y la salvacion del mundo. Es la Iglesia aquella esposa del Rey del cielo que está á su lado cubierta con vestido de oro, recamado con variedad de adornos. Cada uno de estos tiene su mérito y corresponde á un fin particular, sin

(1) Este juicio es de Fontenelle. Lo citamos por lo mismo que este no es un autor ascético. Por esto conocerán los católicos, que tesoro tienen en ese admirable libro, por desgracia más celebrado que leído.

que por eso dejen todos de tender á un fin comun y general. Aun aquellos institutos que, por desgracia, no conservan su primitivo fervor, á consecuencia de la humana flaqueza, no se hacen del todo estériles para el bien. Santa Teresa dá testimonio de que aun en ellos se sirve á Dios. Mas todavía; es un fenómeno constantemente observado, que á veces en esos institutos en que algo se ha mitigado el rigor de la primera observancia, la gracia de Dios suele comunicarse con tanta abundancia y de una manera tan eficaz á ciertas almas, que ellas se elevan á una alta y admirable perfeccion. De este modo Dios ocurre simultáneamente á impedir dos géneros de errores. El uno malicioso de los detractores de los institutos religiosos, los cuales, bajo pretexto de relajacion, quieren destruirlos; cuando por relajado que se suponga á cualquiera de esos institutos, siempre será cierto que sus individuos serán mejores en costumbres que los enemigos de esos mismos institutos. El segundo es el de aquellos que perteneciendo á ellos y no trabajando por su propia perfeccion, quieren escusarse atribuyendo sus defectos á la falta de observancia en la comunidad. De nada le sirve, al que no quiere ser perfecto, que lo sean las personas con quienes vive; así como, aunque le sea más difícil, no le es imposible al que quiere perfeccionarse, hacerlo aunque viva entre imperfectos. Esto no es decir que lo fuera el instituto que abrazó al fin la jóven cuya vida voy escribiendo. Es al contrario prevenir cualquiera interpretacion desfavorable, que pudiera alguno fundar en el hecho de haber sido el primer deseo de Bárbara hacerse Capuchina.

Si nos ponemos á conjeturar las razones de esta inclinacion las encontraremos en el amor que ella tenia á la po-

breza y á la mortificacion en el sentido más absoluto. La virtud predilecta de San Francisco fué la pobreza hasta llegar á decir Bossuet que aquel varon seráfico la amó *desesperadamente*; y Bárbara amó tambien, toda su vida, esta virtud que tan honrada y tan admirablemente practicada fué por Aquél á quien ella habia escogido para esposo de su alma. Siendo rico, dice San Pablo, como que era dueño y Señor de todo el Universo, que por El fué criado y por El subsiste, ha querido el Verbo Divino, por nosotros hacerse pobre (2 Cor. 8: 9.); tan pobre que segun su propio testimonio, no tenia ni una piedra en que reclinar su cabeza. (Math. 8: 20.).

La otra virtud que despues de la pobreza amó mas San Francisco, fué la mortificacion, practicándola de la manera asombrosa que se lee en su vida, y que se descubre en las admirables reglas que, inspirado por Dios, compuso para sus hijos y para sus hijas. Los Capuchinos y las Capuchinas, entre las familias franciscanas se distinguen por el rigor con que practican la mortificacion prescrita ó aconsejada por su Seráfico Fundador; y esta era sin duda, la segunda razon que Bárbara tenia para querer abrazar este instituto, con preferencia á otros. Dios que seguramente no la llamaba á él, puesto que no la proporcionó los medios necesarios para realizar su deseo (1), la tenia reservada para que, con mas mérito suyo y mayor edificacion de los prójimos, practicase esas dos virtudes, la pobreza y la mortificacion, en otro ins-

(1) Entre las señales más seguras de que Dios, no quiere de una alma alguna cosa, se debe contar la de que no le dé aptitud ó medios para hacerla. Aviso á los que sin talento, sin capacidad ó sin recursos, quieren ser lo que Dios no quiere que sean.

tituto, que es aquel en que al fin profesó. En él fué pobre con mas mérito, por lo mismo que lo que hacia para practicar esas dos virtudes, en un instituto ménos rígido en esta parte que el de las Capuchinas, fué más espontáneo más libre y, por consiguiente, mas meritorio. Con más provecho porque edifica más ver un sacrificio que no se hace por deber sino por amor, que ver el que se hace por una estricta obligacion. Ya veremos á su tiempo, como Bárbara hecha religiosa, practicó con tal perfeccion las virtudes de pobreza y mortificacion, que ella no hubiera podido hacer mas, aún cuando hubiese sido la más observante Capuchina.

He indicado que Dios no habia dado medios á esta jóven para cumplir su deseo de entrar en aquel instituto. Cuando habia más piedad, las Autoridades Eclesiásticas no tenian inconveniente en permitir que los Monasterios de Capuchinas admitiesen novicias sin dote, confiando en que las limosnas de los fieles tan bien retribuidas con las oraciones de esas almas santas, las cuales tantas veces han apartado de las cabezas culpables, los golpes de la divina indignacion (1), bastarian para que no faltase lo necesario á esas pobres de Jesucristo, que jamás han aspirado á lo superfluo. Pero desde que la revolucion desplegó su saña contra todos los institutos monásticos, no se ha creido prudente que una jóven se ligue con votos solemnes, que durante toda su vida debe cumplir, sin

(1) El Papa Benedicto XIV, siendo arzobispo de Bolonia, decia á sus diocesanos que si se habian salvado de la peste, lo debian á las monjas. El Papa San Gregorio Magno, decia lo mismo á los romanos aludiendo á las invasiones de los bárbaros, enviados por Dios, como dice Chateaubriand en sus *Estudios Históricos*, allá donde se debia mucho á la justicia. Monseñor Dupanloup, Obispo de Orleans dice: «Hoy quienes salvan al mundo son las religiosas.»

que de algun modo se asegure su subsistencia; y por eso es que, aunque menos que en otros institutos, se necesita un dote para ser Capuchina. Bárbara no lo tenía, pues sus padres eran tan pobres, que ya hemos visto que aun carecian de lo necesario; y aunque ella trabajaba de manos, ya se sabe cuan corta es la retribucion del trabajo de una mujer; además de que lo que ella ganaba lo entregaba á su madre, sin querer recibir de esta nada de ello, y como he indicado, tambien se consumia cada dia.

En tales circunstancias, Bárbara, como lo han hecho otras muchas jóvenes, como lo hizo una con quien ella habia de tener muchos rasgos de semejanza en su fisonomía espiritual (1), apeló al recurso de trabajar en aprender la música, para pretender una plaza de organista. Con una caridad que Dios sin duda le habrá premiado, el célebre organista de la Catedral, D. Manuel Sanclemente, y despues otro eclesiástico por encargo de aquel mismo maestro, le enseñaron la música, regalándole el segundo un piano. El estudio de la música, fué el único que hizo esta jóven bajo la direccion de maestros. Lo demas que ella sabia, y sabia cuanto puede saber una persona de su sexo y de su clase, lo aprendió por sí misma, lo cual prueba su aptitud, su talen-

(1) Aludo á Ana Catalina Emmerich, religiosa agustina de Dulmen, diócesis de Munster, en Westfalia; que vivió en olor de santidad y favorecida por Dios con gracias extraordinarias en los últimos años del siglo XVIII y en los primeros del XIX, muriendo en 1824. Oberbeg, Sailex y Brentanó, personajes de primera nota en Alemania, Cazales y el Abad Dom Gueranguer, eminentes eclesiásticos franceses contemporáneos se han ocupado mucho de Sor Emmerich. Ya tendremos ocasion de volver á hablar de ella.

to y su amor al trabajo; á la par del favor que Dios la dispensaba desarrollando su inteligencia y bendiciendo sus esfuerzos.

Pero todos sus progresos en la música no podían conducirla á su fin de ser Capuchina, porque las religiosas de este instituto no usan el órgano, ni de consiguiente se puede entrar á su convento para ser organista. Hizoselo comprender así el canónigo D. José Morodo (1), un día que, acompañada de su madre, se retiraba de la Capilla de Nuestra Señora de los Reyes, á la cual nunca dejaba Bárbara de hacer una visita, cuando bajaba á la Catedral. Había sucedido aquella tarde, según refiere su madre, que postrada Bárbara delante de la Sagrada Imágen de María, abriendo los brazos, exclamó en voz alta y con gran fervor: «Madre mía, en tus manos está el dote; dámelo.» Después de esto, al encontrarse con el canónigo Morodo, que iba de la Capilla de San Pedro al coro, este señor preguntó á la madre de Bárbara: «Esta niña ¿quiere ser monja?»—«Sí, señor, y Capuchina,» contestó la misma jóven; al oír lo cual su madre, como siempre que hablaba de ir á aquel monasterio, manifestó repugnancia. «Irás á Madre de Dios, repuso el Sr. Morodo, donde está vacante una plaza de organista.» No era esto lo que Bárbara deseaba desde niña, como hemos visto; pero la necesidad y el deseo de no desagradar á sus padres, á quienes siempre amaba y respetaba mucho, la hicieron aceptar este partido. Ella tenía en aquel convento, una tia religiosa, Sor

(1) La mala letra del original ha hecho que unos amanuenses llamen Mondo y otros Maroto á este Sr. Canónigo, que fué nuestro gran amigo. (Nota del Editor.)

María de la Consolacion Saborido. El Sr. Morodo la ofreció costear los gastos de su entrada, toma de hábito y profesion cumpliendo generosamente su palabra.

Aquí, antes de concluir este capítulo, haré una observacion. Los pobres no han tenido, ni tienen, ni pueden tener mejor amigo que la Iglesia. ¿Quién ha hecho, ni hace lo que ella ha hecho por los desvalidos y miserables? Y al favorecer á los pobres ¿qué no ha hecho la Iglesia por la familia, por la Sociedad y especialmente por los ricos? Ella ha instruido á los pobres en la doctrina celestial y sublime de la paciencia en los trabajos y del respeto á los derechos agenos. Ella ha aliviado sus penas, ha consolado sus dolores y de este modo, los ha hecho resignarse con su suerte. Poco he escrito de la vida de una pobre, y sin embargo ya hemos visto que sin el auxilio de un digno ministro de la Iglesia, ella no hubiera sido hecha tan pronto cristiana; que sin la caridad de otro benemérito eclesiástico, no habria podido aprender lo necesario para fijar su suerte; y que sin el interes que por ella se tomó otro sacerdote generoso tampoco hubiera podido llegar á ser como lo fué, un nuevo honor para un instituto religioso, fundado por un ilustre español gloria de su pátria. Si en vez de encontrar esta jóven en su tránsito sobre la tierra esos tres respetables eclesiásticos, hubiera encontrado á tres de esos que se llaman filántropos ¿qué hubiera sido de ella? Alguno de ellos habria dicho á sus padres, que en vez de bautizarla, la dejasen vivir como una planta silvestre; ó lo que es peor que envolviéndola en una bandera, la criasen así en la vida de los llamados *libre-pensadores*, cuyo primer absurdo es el nombre que se dan á si mismos, pues mal puede pensar ni libre ni no libremente,

el que no piensa; y no piensa el que cree que no tiene alma, y que no hay más realidad que la materia. Algun otro de esos filántropos, quizás habria aconsejado á esta jóven, que aprendiese la música, más no para tocarla en una Iglesia, ni mucho ménos para entrar en un convento; sino para ir á formar parte del acompañamiento de una ópera, ó de la comparsa de un teatro, desde donde, pasase á la cama de un hospital y á la fosa prematura de un cementerio. La Divina Providencia que con ojo atento vela sobre todos nosotros, y cubre especialmente con sus alas á las almas predestinadas, deparó á Bárbara Jurado, no tres filántropos sino tres almas caritativas y cristianas, tres sacerdotes que apartando los obstáculos que se oponian á sus santos deseos y á sus nobles aspiraciones, le facilitaron ser lo que fué, una digna esposa de Jesucristo y un nuevo honor para su patria.





CAPÍTULO III

DE LA ADMISION DE BÁRBARA EN EL MONASTERIO
DE MADRE DE DIOS.—DE SU NOVICIADO Y VIRTUDES QUE
PRACTICÓ EN ÉL.—DE SU PROFESION Y CIRCUNSTANCIAS
EXTRAORDINARIAS QUE CONCURRIERON EN ELLA.

No es cosa tan llana y fácil, como á primera vista parece, ser admitida una jóven en un convento; porque si bien es cierto que toda corporacion tiene el instinto de conservacion y aumento, por lo cual las religiosas ordinariamente desean que haya pretendientes al hábito; tambien es positivo que no dejan de hacerse indagaciones bastante minuciosas, resultando á veces que no son recibidas algunas á

quienes faltan las cualidades necesarias. La admision de una novicia, no es obra de la autoridad de una prelada, ni siquiera se determina esto tan solo por las religiosas más autorizadas del convento; de modo que basten pocos pareceres y un corto número de votos para que se dé el hábito á la pretendiente. No es asi como se procede en las Comunidades religiosas: En ellas se dá voto á casi todas las profesas, para la admision de novicias; esto que por un lado puede producir algunos inconvenientes, tiene por otro muchas ventajas. A más de consultar así á la paz de las comunidades, porque no es lo mismo tener una compañera por eleccion propia que tenerla impuesta, la necesidad de dar su voto pone á cada una en la obligacion de examinar las condiciones y cualidades de las pretendientes, evitándose de esta manera los engaños, ó las sorpresas de que pudiera ser víctima una Prelada, si de su voluntad sola dependiese la admision de las novicias.

Esta circunstancia de haber de votar todas, ó la mayor parte de las religiosas la admision de una novicia, hace que pocas veces reunan estas á su favor todos los votos, y por eso cuando esto sucede, como sucedió en el caso de Bárbara, debe creerse que algo debe haber en la aspirante que no sea comun. Cuando ella fué al convento de Madre de Dios, acompañada del Presbítero Don Juan Reina, para que este la examinase en el piano delante de las religiosas, todas estas, al verla y oirla, unánimemente resolvieron admitirla. Si alguna le hubiera negado su voto y hoy viviera, mucho tendría de que arrepentirse; puesto que en cuanto dependió de si, ella habria hecho lo posible por privar á la comunidad del honor y de la felicidad de haber tenido en su seno una

religiosa tan santa como Bárbara. Por el contrario las que votaron su admision, bien pueden felicitarse y deben dar gracias á Dios, de que les dió acierto en aquella ocasion tan importante.

Admitida en el convento, Bárbara no fué sin embargo vestida inmediatamente del hábito, sino que estuvo allí de seglar algun tiempo. El confesor que en ese periodo de tiempo la oia de penitencia, decia por fuera que en el convento de Madre de Dios confesaba á una santa; y aunque en el decirlo pudiera haber tal vez alguna ligereza, ese testimonio es una nueva prueba de la virtud de la jóven aspirante.

Habiendo tomado el hábito, entró Bárbara en el noviciado no á aprender la virtud y formarse en la vida religiosa, sino á edificar á todas las monjas, comenzando por su maestra. Esta, que vive aun, no obstante que cuenta noventa y un años de edad, dice de ella: «Fué ejemplar en el año de noviciado; muy obediente, muy humilde y muy penitente.... Su madre, cuando me hablaba, me decia: Mi hija, aun siendo muy pequeña, era muy mortificada.»

A este testimonio tan honroso para Bárbara, se puede añadir el de otra religiosa que es actualmente maestra de novicias, la cual dice: «Queriendo mi prelada diga lo que »haya notado en nuestra hermana Sor Bárbara de Santo Domingo, digo así: que habiendo tenido la dicha de ser »testigo ocular de todas sus acciones por espacio de doce años »consecutivos, debo decir en justicia con toda verdad, todo »cuanto noté en ella. Confieso que el dia que fué á ser »vista por la comunidad, noté en su humilde semblante una »cosa que llamaba al interior. Se veia en ella algo de angelical y sus pocas palabras edificaban..... Su obediencia era tal

»que en los primeros seis meses que estuvo de pretendien-
»ta, se sentaba á estudiar la música y no se levantaba hasta
»que la Prelada se lo mandaba. Tenia virtud para pasar todo
»el dia de este modo, si la Prelada hubiera querido esta
»prueba de ella. En el año de noviciado hacía puntualmente
»lo que una niña de nueve años le mandaba; y esto se supo
»porque viéndola una religiosa de pié, la preguntó qué ha-
»cía allí; á lo cual respondió que esperaba á la niña, porque
»esta la habia dicho que no se fuese hasta que ella vol-
»viera.»

Dos religiosas que fueron sus connovicias se expresan en los términos siguientes: «Desde que el Señor me hizo la
»merced de conocer á la Madre Santo Domingo, estando
»en el noviciado de compañera suya noté, que el Señor que-
»ría á esta criatura para cosas grandes, pues aun de seglar,
»la veia un espíritu de union con Dios y á la vez de mortifi-
»cacion con voluntad para todo lo que se ofrecia, y un
»fervor que parecia haber tocado al ápice de la perfeccion.
»Esto era de seglar y novicia.» Así se expresa la una. La
otra dice: «Lo que observé en nuestra amada hermana en el
»Señor, mi queridísima connovicia Sor Bárbara de Santo
»Domingo, y lo digo con toda verdad, es que desde el dia
»en que su Divina Majestad se dignó llevarme al noviciado
»en su Santa compañía, hasta el dia en que fué á recibir el
»premio de sus trabajos, llevándosela Dios Nuestro Señor á
»descansar á su eterna gloria, no puedo decir que la noté ni
»la más leve falta, pues era observantísima en todas las cosas
»de nuestra religion y santa regla. Su humildad era grande,
»su obediencia pronta y su caridad tanta, que todos los traba-
»jos los quería tomar para sí, á fin de que nadie los pasara.

»Se compadecía de todas en general y en todo era lo mismo.
 »Nunca la conocí en su semblante ni el menor disgusto.
 »Tan amable se quedaba con la que le hablaba ásperamente, como si la hablara con dulzura. Siempre ví su génio igual. Nunca pude saber cuando le agradaban las cosas, ó cuando le disgustaban. Era igual en todo.» Otra religiosa dice: «Desde el año 59 que tuvimos la honra de que esa privilegiada criatura entrara en el convento de Madre de Dios, del orden de Predicadores, no he visto mas que una suma perfeccion en todas sus obras; y tanto que al mirarla he dicho más de una vez: ¿Es posible que una criatura pueda ser tan constante en la virtud, sin variar ó aflojar alguna vez?» Otra religiosa añade: «Puedo decir en conciencia que solo ví en ella buenos ejemplos y el tiempo que estuvo de seglar en el convento, fué en todo sentido irreprehensible, humilde y docil; y desde que le echaron el hábito aumentó sus virtudes en grado heróico.»

En resúmen, por estos testimonios multiplicados, sinceros é irrecusables, que las religiosas han dado sin comunicarse unas á otras lo que iban á decir, ni en esto ni en lo demas relativo á esta sierva de Dios, como atestigua la Prelada, por cuya orden los han dado, resulta que Bárbara, en vez de ser novicia en la virtud y perfeccion cuando entró en el convento y durante el año de su probacion, era maestra en todo género de virtudes y estaba muy adelantada su santidad mucho tiempo antes de su profesion religiosa. Si como dice Santo Tomas, la religiosa no tiene obligacion de ser de hecho y desde luego perfecta, aunque la tiene de procurar serlo, trabajando para ello, mucho ménos corre esa obligacion á una novicia, la cual entra en el noviciado

justamente para aprender la virtud y ensayarse á ser perfecta. Mas hé aquí en Bárbara, una excepcion de esa regla; por lo cual puede con razon decirse de ella, que «se levantó como un gigante á recorrer su camino.» (Psalm: 18: 6).

Si antes de conocerla, de tratarla y de admirar sus virtudes, con solo verla y examinar las muestras involuntarias de su bondad en su semblante y modales, las Religiosas de Madre de Dios se determinaron pronta y unánimemente á admitirla en su comunidad, fácilmente se puede congeturar, con cuanto gozo y premura, lá dieron todas sus votos para que profesara. Si hemos de creer á su madre, que dice poder jurarlo, sucedió en el dia de la profesion de Bárbara, una cosa extraordinaria. Por tres veces una blanca y hermosa paloma salió del coro, donde estaba Bárbara, dirigiéndose á la parte alta del altar mayor, para ponerse junto al grupo que representaba á la Santísima Trinidad, volviendo despues al córo. Si el hecho es cierto y no es imposible que lo sea, el puede significar, ya que Dios premiase la tierna devocion que Bárbara profesaba á este augusto misterio, el primero y más alto de nuestra religion; ya que el Padre, el Hijo y el Espiritu Santo miraban, con agrado y aceptaban con gusto, el triple sacrificio que Bárbara hacía de sí misma, por medio de los tres votos de obediencia, pobreza y castidad. Justo era que el Eterno Padre, á quien tanto complació su Divino Hijo haciéndose obediente hasta la muerte, mostrase su agrado á Bárbara que se asociaba á ese sacrificio de obediencia, mereciendo que el Eterno Padre la tratase como hija. Justo era que el Divino Hijo, que vino á la tierra para ser pobre porque no podia serlo en el cielo, reconociese como hermana á Bárbara que siempre desasida

de los bienes terrenos practicó, siendo religiosa, la virtud de la pobreza del modo más admirable. Justo era en fin que el Espíritu Santo manifestase su complacencia á Bárbara, que no habiendo pensado nunca en esposo terreno, por el voto de castidad y por su angélica pureza, se unia en aquel acto al esposo divino, para serle fiel hasta la muerte, como lo fué en efecto. Pero aun cuando fuera una piadosa alucinacion, ó una ilusion óptica, la de la Madre de Bárbara, el hecho es que esta, por lo que su vida fué antes y despues de su profesion, merecia tener por símbolo una paloma. Pura, sencilla y pacífica, como esta ave, de seglar y de religiosa, nunca dejó de merecer que se la comparase con la paloma.

Respecto de la pureza dan unánime testimonio todas cuantas personas la trataron y observaron de cerca, que era Bárbara como un ángel en esta delicada, y hermosa virtud. En cuanto á su sencillez, Bárbara aunque dotada de muy claro entendimiento, jamas perdió el candor de la infancia. En cuanto á la dulzura y mansedumbre, que caracterizan á las almas pacíficas, es igualmente unánime el testimonio de que Bárbara nunca tuvo disputas, ni disgustos con nadie; y eso que, segun hubo ocasion de observar, y ella misma lo confesaba, su génio natural era violento.

Otra circunstancia ocurrió en la profesion religiosa de Bárbara; y es que el predicador, casi al subir al púlpito olvidó el sermon que llevaba preparado. Así es que todo su discurso se redujo á demostrar que aquella novicia era el ángel de Dios. Si esto se hubiese hecho de intento, habria sido una grave falta, por el peligro á que exponia á aquella alma de envanecerse; cuando lo que convenia, sobre todo,

era inculcarle la humildad; porque esta virtud es la base y cimiento indispensable de todas las virtudes. Pero esto mismo prueba cuan sólida era la humildad de Bárbara, la cual, ó no se fijó en aquellos elogios, ó si atendió á ellos, los despreció encastillandose en el conocimiento de su nada y en el sentimiento íntimo de su propia indignidad. Entretanto, lo que aquel orador dijo era una verdad retrospectiva y profética. Retrospectiva, porque, en efecto, Bárbara hasta profesar, habia vivido como un ángel; profética, porque de la misma manera vivió hasta la muerte, como si fuese un ángel sobre la tierra.





CAPÍTULO IV

DE COMO UNA VEZ PROFESA, BÁRBARA SIGUIÓ PROGRESANDO
EN TODAS LAS VIRTUDES.

Si alguien que no sea católico instruido y práctico, lee este libro esclamará aquí: «¿*Ut quid perditio haec?* ¿Para qué se emplea el tiempo en escribir esta vida y se gasta el dinero en darla á luz? ¿Qué utilidad puede resultar de su lectura? Una monja más, una esposa ménos. He aquí, en resúmen, lo que se celebra en este escrito. Pues á fe que más valia deplorarlo; y en vez de hacerlo memorable, relegarlo al olvido.»

El apostol San Judas nos habla en su Epistola Católica, de los hombres que habrán de venir al mundo, segun lo profetizó Enoch, cuyos convites son mancha, sus comilonas sin rubor, que se apacientan á sí mismos, nubes sin agua, arrastradas en todas direcciones por el viento, árboles de otoño, sin fruto ni raiz, dos veces muertos; agitados como las fieras olas del mar, que arrojan la confusion como espuma, estrellas á las cuales está reservado ser sepultadas en las tinieblas eternas. Estos en fin, dice el Santo Apostol, son hombres «*animales* que no tienen el Espíritu de Dios.» (Jud. 12, 13 y 19). Pues para estos hombres, nuestro trabajo es perdido. «Una monja más y una esposa y madre ménos,» dicen ellos; ellos que por lo ordinario si no quieren que haya monjas, tampoco quieren que haya esposas ni madres. Buscando tan solo los torpes placeres, huyendo del yugo santo del matrimonio, ellos saben el secreto de que la mujer, sin ser virgen, tampoco sea madre. Verdadera peste de la sociedad y de la familia, verdaderos enemigos del género humano, esos hombres son los que más declaman contra los institutos monásticos; como si aun cuando se hiciesen monjas un número de mujeres diez veces mayor de las que en realidad componen los institutos religiosos, no quedaran bastantes mujeres en el mundo para que ellos tuvieran esposas. Peores que Neron, el cual deseaba que el género humano no tuviera más que una sola cabeza, para proporcionarse el placer de cortársela de un golpe, ellos hacen más que decapitar la humanidad; ellos la hacen imposible. ¡Pobres mujeres, las que unan su suerte á cualquiera de esos monstruos!

Si la religion no tuviera asilos para la mujer, seria más

necesario hoy que nunca crearlos, siquiera no fuese más que para amparar á ese ser debil, contra la tiranía de esos hombres, que declaman contra las religiosas y las persiguen con un instinto brutal y bajo una inspiracion satánica, nada más que porque la vida de esas personas, consagradas á Dios, es una protesta viva contra la prescripcion del vicio. Mientras haya una alma virgen que se consagre á Dios, que sea fiel á Dios, que ore por los que no oran, que se sacrifique por los que tienen horror al sacrificio y solo aspiran á gozar, la virtud tendrá todavía un pié en la tierra; el bien puede renacer; el mal no ha consolidado del todo su imperio en el mundo. Esta es la verdadera razon del odio de los impíos y de los hereges á los institutos monásticos, y esta es tambien la razon por que la Iglesia los ama, los autoriza, los propaga y los defiende.

¿Ut quid perditio haec? No; nada se perdió; antes al contrario, mucho se ganó con la profesion de Bárbara de Santo Domingo. Este fué el nombre que ella tomó al profesar, y con este nombre fué despues conocida casi exclusivamente de todos. La eleccion de este nombre puede decirse que fué tambien una inspiracion del Cielo. Santo Domingo es una de las glorias más puras y mas brillantes de la Iglesia, y el odio que le profesan los hereges, al cual se asocian los impíos, hace esa gloria mucho mayor. Nació el Patriarca Santo Domingo en España, de una familia tan ilustre que existe un árbol genealógico, en el cual se demuestra que la real familia de Borbon á la cual corresponde de derecho el trono de España, está entroncada con la del fundador del benemérito Orden de Predicadores. Esa familia tiene ademas la honra de que perteneciese á ella el héroe de Tarifa, Guz-

man el Bueno. Pero no es la nobleza de la sangre lo que hace mas recomendable á Santo Domingo; ni lo son tampoco sus talentos y su instruccion, tan vasta y profunda que la órden que le reconoce por Padre, celebra en su honor la Misa de Doctor de la Iglesia. Su celo y su apostolado; hé aquí los verdaderos títulos de Santo Domingo, á la gloria de que goza. Pues en su zelo y en su apostolado le imitó su hija Bárbara, cuya vida voy escribiendo.

El zelo de Santo Domingo era ardiente, ilustrado, incansable y desinteresado. Deseaba él con ansia la gloria de Dios y la salvacion de las almas. Pero ese zelo no era ciego; sino guiado por las luces divinas de la gracia. Algunos tienen zelo, y este zelo les hace emprender grandes y dificiles cosas; mas luego se cansan, desfallecen y abandonan las obras comenzadas. En otros el zelo no vá acompañado de la abnegacion. No así en el patriarca Santo Domingo. Jamás se fatigó, nunca abandonó lo que habia emprendido, y en ello buscó siempre y exclusivamente el honor de Dios y el provecho del prógimo.

Pues bien, estos mismos caracteres tuvo el zelo de Bárbara. Ella amaba á Dios con un amor ardentísimo; tan ardiente, que las afecciones de corazon, que comenzó á padecer casi desde que profesó, tratadas en vano como enfermedades naturales por la ciencia médica, no reconocian otra causa, que el amor vivísimo que á Dios tenia. Mas tarde, como tuvieron ocasion de observar las religiosas que con ella vivian, ese mismo ímpetu de amor divino la sacaba fuera de sí. De tal manera zelaba Bárbara la gloria de Dios, que en sus últimos dias, al oir la relacion de una irreverencia que se habia cometido con el Santísimo Sacra-

mento, esto la alteró tan visiblemente, que se cree con razon, que aquella fué una de las concausas de su postrera enfermedad y de su muerte. Unida á Dios y amiga por consiguiente de la soledad, del silencio y del retiro, Bárbara se encargó gustosamente de servir de pedagogo á otras personas más jóvenes que ella; las cuales aspirando á la virtud, por orden de sus confesores, ó con licencia de ellos, no solo iban á conferir con Bárbara las cosas de su espíritu, sino que la tomaron por admonitora. Cuanto bien hizo á esas almas Bárbara, solo Dios y los confesores de esas mismas personas lo saben. Existen algunos pocos manuscritos en que ella daba ciertos puntos de meditacion á esas personas; y en esos escritos respira el suave y delicioso perfume de la virtud más humilde, más sólida y sincera.

No limitó Bárbara la accion de su zelo á esas solas almas. Dan testimonio otras religiosas de que, unas veces yendo á buscarla, otras buscadas por ella, recibieron de sus lábios lecciones importantísimas; sucediendo en más de una ocasion, que como si estuviese dotada Bárbara del don de discrecion de espíritus, se la decia una cosa y ella acertaba con la verdad, que no estaba en lo que se la decia, aun cuando hablase con sinceridad la que se la consultaba. Hé aquí, en prueba de esto, los términos en que se expresa una religiosa: «La encargaba que me corrigiese, cuando me oyera una palabra ociosa; y cuando esto sucedia, me decia: *Pero tu intencion fué esta*. Y ciertamente era lo que me decia, aunque muchas veces atendida mi palabra, aparecia del todo contraria.» Enseñaba sin darse aires de maestra. Corregia, envolviéndose ella misma en la correccion; ó diciendo que sus defectos eran mayores que aquellos que estaba repre-

diendo. Cuando habia que enmendar, no decía, *enmiéndate*, sino enmendémosnos. Su semblante siempre sereno, y su voz siempre igual, hacian aceptable y gustosa la correccion. Era, pues, su zelo, como el de Santo Domingo de Guzman, ardiente y al mismo tiempo ilustrado. Era sobre todo, un zelo caritativo, sin lo cual esa llama destruye, mas no purifica. Era ademas un zelo incansable. Cualquiera otra, en lugar de Bárbara, se habria excusado de ese encargo delicado y enojoso, alegando sus quehaceres ó la necesidad de atenderse á si misma. No así Bárbara, aunque tenia sobre si un peso verdaderamente abrumador.

Aunque de una manera extraordinaria se consiguió para ella un dote, no por eso abandonó el órgano. La cantora que no sabia bien su oficio, acudia á ella para que la instruyese; y por cierto que con humildad que la honra, esta religiosa confiesa que ella fué un tormento para Bárbara, haciéndola repetir hasta cerca de cien veces una misma cosa. Atestigua otra religiosa, que todas las de la Comunidad, en sus necesidades, acudian á Bárbara, y la encontraban siempre dispuesta á servir las, haciéndose toda para todas. Su Prelada dice que Bárbara era «sus pies y sus manos.» Muchos años fué enfermera, trabajando de día y de noche, sin tomar más que cuatro horas de sueño, y pidiendo ademas para sí, la mayor parte de tan penoso trabajo. Agréguese á esto la consideracion de su escasa salud y de la estenuacion que debian producir en ella sus continuas austeridades y asombrosas penitencias; y asi se podrá formar una idea del mérito que, por lo incansable, ademas de lo ardiente é ilustrado tenia el zelo de Bárbara por la gloria de Dios y el bien de las almas. Finalmente era su zelo desinteresado. Ni el agradecimiento de

las que favorecia, ni el aplauso de las demas, pues procuraba que todos ignorasen lo que hacia, fueron jamas los móviles de su zelo. Más todavia; es de creer que ella, como Santa Gertrudis, tuviera hecho un pacto con Dios de hacerlo todo por su honra y gloria y por provecho del prójimo, sin ocuparse ni aun del mérito que por esas obras pudiera ella adquirir.

En cuanto al Apostolado de Santo Domingo de Guzman, es sabido que todos sus sudores y toda su elocuencia se habian frustrado ante la obstinacion de los hereges Albigenses. Dió de esto las quejas á la Bienaventurada Virgen Maria, la cual le excitó á emprender el Apostolado de la Oracion, predicando el Santísimo Rosario. Tambien es sabido el maravilloso fruto que produjo este género de apostolado. Solo el mismo Santo Domingo convirtió con él cien mil hereges; y sus hijos en Europa, Asia, Africa, y sobre todo en América, han convertido millares de almas con este género de apostolado, al cual se han asociado tantas de sus ilustres hijas, especialmente Catalina de Sena en el antiguo y Rosa de Lima en el nuevo mundo.

Bárbara ejerció este mismo apostolado. Las ofensas que hacen á Dios los pecadores, especialmente los que por su estado estaban más obligados á serles fieles, eran para esta santa jóven ocasion de un verdadero martirio. No se contentaba Bárbara con orar por su conversion. Se ofrecia como víctima por ellos, pidiendo á Dios que la impusiese á ella los castigos que merecian, con tal de que se convirtiesen y El los perdonase. Sus largas, crueles y misteriosas enfermedades, de algunas de las cuales sanó con solo que la obediencia la mandase pedir á Dios salud, no tenian probablemente

otra causa que esta. El oficio de intercesor es permanente en la Iglesia. La divina víctima del Calvario se digna asociarse á otras almas, para padecer por nosotros y alcanzar misericordia. No solo los teólogos y los autores místicos, reconocen esta verdad. El Conde de Maistre, que es el más grande publicista de los tiempos modernos, trata extensamente esta materia, y sostiene con admirable lucidez y copia de razones esta opinion, en el capítulo de los *sacrificios*, que es uno de los más profundamente pensados y más elocuentemente escritos de la mejor de sus obras, que son *Las Veladas de San Petersburgo*.

El sacrificio sin la oracion no bastaria para alcanzar de Dios lo que se pide; así como la oracion sin el sacrificio, no sería suficiente para obtener el perdon. Bárbara reunia las dos cosas. Puntualísima en asistir á la oracion comun y oficial de las demas religiosas, que es el oficio divino rezado en el coro, Bárbara hacia que una de sus compañeras la llamase al coro, á las cinco de la mañana, aunque estuviese enferma. Lo que observaron en ella algunas otras religiosas, mientras estaba en el coro, prueba que Dios, no solo aceptaba su oracion, sino que la favorecía extraordinariamente en ella. Lo que ella misma comunicó sobre esto, por obediencia al director de su conciencia, es verdaderamente admirable. No lo es menos lo que se sabe, por no haber podido ocultarlo su humildad respecto á sus mortificaciones; mas como de esto tendremos que hablar por separado, basta esta indicacion para probar que Bárbara, como el Santo Fundador de su orden, cuyo nombre tomó en su profesion, ejercia el apostolado de la oracion y del sacrificio, animada siempre del zelo por la mayor gloria de Dios y por el bien de las almas.

Una vez profesora era necesario proveerla, sin faltar á la pobreza, de las cosas necesarias; pero Bárbara desde luego aprovechó aquella ocasion, para afirmarse más en el espíritu y en la práctica de la mas absoluta y completa abnegacion. «Cuando profesó, dice la Prelada, quise equiparle la celda, »segun se acostumbra, es decir, ponerle una mesita con un »crucifijo, una estera si quiera de dos varas, algunas sillas, »una cortina en la puerta, ya que no la tuviese en la ventana y algunos cuadros. Dió gracias por todo y nada quiso »admitir; tan nada que en su celda no tenia mas que escasa »ropa, sus Breviarios, una Cruz hecha por ella misma de »unas varas secas de jazmin, y una estampa de la Santísima »Virgen de papel inferior. Cuando tenia necesidad de sentarse lo hacia en la ventana que tenia en la celda.» El inventario de lo que se la queria dar y el de lo que en realidad tenia, hablan muy alto contra los detractores de los institutos monásticos. Pero especialmente la lectura de lo que tenia Bárbara en su celda sugiere dos reflexiones. La circunstancia de haber ella convertido las ramas de un jazmin en cruz, nos revela el arte admirable con que las almas unidas á Dios, todo por decirlo así, lo sobrenaturalizan. En realidad no hay flor que no se pueda convertir en cruz, que no oculte en sí una cruz; mientras que no hay cruz que no se pueda convertir en flor para el alma perfecta. La estampa de papel, representando una imágen de la Santísima Virgen, nos recuerda que, de una estampa de Jesus crucificado en papel, que poseia Santa Gertrudis partió en zig-zag aquel rayo de luz, que imprimió en su corazon, las cinco llagas del Divino Redentor. Para una alma santa importa poco la materia y la forma de las cosas, porque ella atiende

á la sustancia y se vá á la esencia, al centro, al fin de todo, que es Dios. Dos estampas de poco valor y de muy escaso mérito artístico, bastan á Santa Gertrudis y Bárbara, para conmoverse, para sentir en cierto modo, la presencia de sus augustos originales: mientras que al hombre mundano y carnal, le deja insensible la vista, la contemplacion de las obras maestras del arte cristiano, en que se representan de modo mas patético, los pasos mas tiernos y mas instructivos de la vida de *Jesus* y de *María*.

Mas no fué solamente la pobreza la virtud que Bárbara desde su profesion comenzó á practicar con la perfeccion que pudiera hacerlo la profesa más antigua y adelantada en la vida espiritual. Ella que desde que entró en el convento, y aun antes de entrar en él, jamas dió motivo de censura, ni la mas leve en su conducta, ha merecido el unánime testimonio de las dos Comunidades en cuyo seno vivió y murió, de que nunca se la notó ni el mas pequeño defecto. Sobre este punto hay que hacer tres observaciones, todas igualmente honrosas para la difunta. La primera es que la exencion de defecto, ó siquiera no sea otra cosa que el tenerlos menores y en mas pequeño número, es ya una gran perfeccion, atendida la flaqueza natural del hombre. La segunda, que en Bárbara, no habia ninguna hipocresía ni disimulo; tanto porque esto no la era congenial, cuanto porque ella, léjos de negar ó querer disimular las faltas que tuviese, se creia con las que no tenia en realidad. La tercera es que, viviendo entre tantas parsonas, tratándola íntima y familiarmente y ofreciéndosela como se la ofrecieron á Bárbara tantas ocasiones ya de probar su paciencia, ya de verse expuesta á la vanidad, ya de caer en otros defectos mas ó menos graves,

nunca se la notó ninguno de ellos. Si el testimonio de dos ó tres testigos respetables basta para acreditar una verdad, nosotros tenemos á la vista los atestados de las religiosas del Convento de Madre de Dios y de el de San Clemente, que por separado y sin saber las unas lo que las otras declaraban, unánimemente, dicen que jamas observaron en Bárbara ni la mas mínima falta. Por eso alguna de ellas dice que creia *imposible* esto en una criatura. Mas como para Dios no hay nada *imposible* (Luc. i. 37.), la divina gracia ha realizado ese imposible en Bárbara de Santo Domingo. Por eso las que no la imitan no podrán excusarse con que es imposible á la humana flaqueza esa imitacion; porque lo que la divina gracia obró en Bárbara, no solo está dispuesto á hacerlo Dios en las demas, sino que ardientemente lo desea.

No haria yo cumplida justicia á Bárbara en esta parte, si no expusiera el mérito que en ella tenia la exencion de ciertos defectos, puesto que por sus circunstancias, ella debió encontrarse más expuesta á cometerlos.

Comenzaré por su humildad. Aquí se dirá tal vez que si Bárbara hubiese nacido en una cuna ilustre, entonces, si, tendria gran mérito el que hubiera sido humilde; pero que habiendo nacido y vivido en el siglo pobre, siendo nada en el mundo, no tiene mérito el que fuese humilde en la religion. Este argumento lo hará un observador superficial del corazon humano. Cualquiera que más profundamente lo conozca observará que, al contrario de lo que á primera vista parece, más fácil le es al que verdaderamente es grande, empequeñecerse, que al que es pequeño y de cualquier modo se encuentra elevado, ser modesto y humillarse. Ninguno suele ser más vano, que el que no tiene motivos para

serlo; ninguno más orgulloso que el que no ha sido nada; ninguno más exigente, que aquel á quien nada se debe. El corazon, corrompido por el pecado de origen, es como un resorte comprimido, que si no se le suelta estalla, y si se le suelta toma las más vastas proporciones que puede, si se prescinde de la religion.

Asi se observa que ninguno es menos humilde, por lo comun, que el que no ha sido nada. Cuanto más oscuros y pobres se consideran los principios de Bárbara, más resalta el mérito de su humildad. Ella no solo no se consideró como algo, cuando era mucho por su profesion y por el aprecio que le tenian cuantos la trataban, cosa que no podia ocultársele, sino que para contrarrestar esa misma estimacion, deseosa de que la despreciasen, recordaba la humildad y pobreza de su origen. «Yo, decia ella, no tengo porque huir »del trabajo, puesto que me he criado en la torre de la »Catedral, subiendo latas por ella.» «Yo, añadia otras veces, »no siento el calor, porque me he criado en la torre.» Otra, en sus circunstancias, lejos de manifestar ó recordar estos pormenores humillantes, se habria sonrojado si alguno hubiera hablado de ellos en su presencia.

Lo que se dice de la humildad de Bárbara, debe decirse de su amor á la pobreza. A la manera que el que no ha sido nada tiende á querer ser mucho, ó á ser tenido por mucho, dada la ocasion, así el que no ha tenido bienes, cuando puede pedir ó disponer de ellos como que trata de indemnizarse de las privaciones pasadas con los gozes presentes. No hizo esto Bárbara; sino que, por el contrario, si pobre, resignada y contenta fué al lado de sus padres, más pobre fué voluntariamente en el convento. En el menage, por lo su-

pérfluo; en el vestido, por el lujo; y en la comida por el abuso y la gula, se puede conocer muchas veces quien ha sido pobre y ha mejorado de posición. Pues en nada de esto se excedió jamás Bárbara; antes bien, hecha religiosa tuvo menos que en casa de su pobre padre. En el menage ya hemos visto que no quiso admitir de su Prelada ni aun lo poco que se daba á cada religiosa. En el vestido, dice la misma Prelada lo siguiente: «Teniendo yo que ocurrir á cuanto ella necesitaba, le solia preguntar como estaba de ropa, y me respondia que tenia de todo. No quedando yo satisfecha, la hice un dia que me la presentara, y vi algunas piezas sumamente pobres, por lo cual la dije: No quiero aprovechar tanto, que ya estos son andrajos; y me contestó que se podian remendar, aunque yo veia que no habia por donde tomarlos.» Respecto á la comida, una religiosa que habla de los casi continuos ayunos de Bárbara, especialmente de los que hacia á pan y agua tres dias á la semana, añade que «los dias que comia algo caliente, pedia que se la diese lo más malo de las yerbas que habia en la cocina.»

Lo mismo que de la humildad y pobreza de Bárbara debese decir de su obediencia. Cuando una persona se ha criado en mucha sujecion, si llega á encontrarse fuera del alcance de aquella autoridad que la dominaba, aspira más á la libertad é independencia que la que no se ha hallado en tanta obediencia. Pero no así Bárbara; la cual, si de seglar fué ejemplarmente dócil y sumisa á sus padres, hasta el punto de no darles ni el más mínimo disgusto, como declara su madre, de religiosa fué obedientísima, como su Prelada, su Maestra de novicias, sus compañeras de noviciado y todas

las religiosas de las dos comunidades de Madre de Dios y de San Clemente declaran con unanimidad. En efecto, es unánime ese testimonio en los atestados que tenemos á la vista, con la sola diferencia de que en los unos es positivo, y negativo en los otros.

Negativo en los de las religiosas que, por no haber vivido más en contacto con Bárbara, solo se contraen á decir que nunca la observaron ningun defecto, y, por consiguiente, ninguna desobediencia. Estas son las menos. Las más declaran positivamente que fué virtuosa en todo sentido, en lo cual sin duda, se incluye que fué muy obediente; y no pocas citando hechos concretos y refiriéndose á su larga y personal experiencia, declaran que Bárbara fué obedientísima.

Por último, para no alargarme demasiado y porque escribo una historia y no un panegírico de Bárbara de Santo Domingo, diré que de su laboriosidad, puede afirmarse lo que de su humildad, pobreza y obediencia. Aunque es tan justo que el hombre trabaje, sin embargo el trabajo es tan antipático, que por lo comun solo se trabaja por necesidad; y cuando esta necesidad cesa, el hombre arroja de si el trabajo como una carga insoportable. Por lo menos esta es la tendencia de nuestra naturaleza. La virtud sola ama el trabajo, porque reconoce en él como dice Bourdaloue, una pena y un preservativo del pecado; y porque recuerda que, como dice el Espiritu Santo, «así como el ave nació para volar, el hombre nació para el trabajo» (Job. 5: 7). Esto supuesto, el mérito de la laboriosidad de Bárbara resalta tanto mas, cuanto que pudiendo ella decir: «he estado en trabajos desde mi juventud» (Psalm. 87: 16.), al verse ya profesa y solo

obligada por su oficio de organista á tocar el órgano, pudiera haberse negado á otros trabajos. Más no fué así; sino que ella tomaba cuantas ocupaciones la daban y aun se atrevia á desempeñar las que á otras correspondian. Mas tarde, libre ya de la obligacion del órgano, por habérsele proporcionado un dote, Bárbara siguió tocando; y si entonces tocaba menos, trabajaba mas en otros oficios más penosos que el del órgano.

He querido consignar aquí estas observaciones, no solo en honor de la virtuosa religiosa, cuya vida me he encargado de escribir, sino tambien para que ellas sirvan de advertencia y de estímulo á algunas otras personas de su condicion, de su sexo y tal vez de su estado. Por lo dicho verán ellas cuan deforme es delante de Dios, que el alma se enorgullezca, cuando de algun modo con méritos ó sin ellos, se vé elevada; cuan incompatible es con la virtud, aceptar solo por necesidad la pobreza, procurando librarse de sus inconvenientes, aunque por voto se la haya profesado; cuan repugnante es á la obediencia verdadera y meritoria, el obedecer solo porque no se puede otra cosa; cuan opuesto al plan de Dios sobre nosotros, que solo trabajemos por necesidad; y que repugnemos el trabajo, cuando él no nos parece indispensable para ganar la vida. La verdadera virtud pide imite á Bárbara, la cual tan expontáneamente, cuando tenía necesidad, como cuando no la tenía, fué siempre humilde, pobre, obediente y laboriosa.



CAPÍTULO V

DE LA CARIDAD QUE ANIMABA Á BÁRBARA
DE SANTO DOMINGO.

YA he dicho algo en el capítulo anterior, respecto al amor de Dios, elevado á la potencia de un verdadero zelo, que ardia en el corazon de Bárbara de Santo Domingo; y aunque puramente de paso, tambien he hecho algunas indicaciones relativas á su caridad para con el prógimo. Pero esta es una materia de la mayor importancia, que merece tratarse aparte; y por eso voy á consagrarle, en este imperfecto trabajo, un capítulo especial.

Es la caridad, como todos saben, la mas perfecta de to-

das las virtudes. Sin ella las demas no son virtudes sino en la apariencia. El mismo amor á Dios, si no vá acompañado del amor al prógimo, es una ilusion que nos engaña. ¿Cómo amará á Dios á quien no vé, el que no ama á su prógimo á quien vé? (I. Joan. 4: 20). La verdadera é inmaculada religion, consiste en el ejercicio de la caridad (Jac. 1: 27). La fórmula que en el último juicio, empleará el Supremo Juez de vivos y muertos, para admitir ó rechazar de sí y de la eterna bienaventuranza á las almas, será relativa á la manera y al grado en que ellas hayan ejercido la caridad (Math. 25: 35 y 36).

Sin embargo, para evitar equivocaciones, las cuales serian funestas en materia tan delicada, debemos advertir que la caridad no es lo que muchos entienden hoy dia por caridad. Tienen por caridad la simple dispensacion de los socorros materiales á los necesitados, sin cuidarse de las necesidades espirituales. Piensan que es caridad, ser indiferente entre la verdad y el error, entre el vicio y la virtud. No; ni lo uno, ni lo otro es verdadera caridad. La caridad es la mayor de las virtudes, pero no es una virtud aislada. La caridad presupone y exige otras virtudes, especialmente la fê, sin la cual es imposible agradar á Dios (Heb. 11: 6), aunque se hagan muchos actos de filantropía. A la manera que un arbol sin raiz por mas frondoso que parezca, no podrá dar fruto; así la beneficencia, que no tenga por base á la fê, no puede ser fructífera. De la moderna filantropía, separada de la religion, puede decirse que lo que ella tiene, es una esteril abundancia. Apoderada de los recursos que, para el ejercicio de la caridad, legó á las generaciones futuras la piedad de nuestros padres, el bien que ella hace, no es todo el

que podía y debía hacer; y ese bien que hace, bastardeado en su origen ó sus formas, apenas socorre á los cuerpos y deja en casi absoluto abandono á las almas. Parecida á la caridad protestante, preparará espléndido lecho á un enfermo; mas no se atreverá á abrazarle, ni siquiera á acercarse á él, por temor de respirar un ambiente mortífero. La moderna filantropía mandará hacer obras de beneficencia, ó pagará para que se hagan; mas no las hará ella misma.

Otro error, hoy comun, tengo que combatir, antes de entrar á hablar de la ejemplar y heróica caridad de Bárbara de Santo Domingo. Ese error consiste en creer que la caridad cristiana no se puede ejercer, sino es en un teatro donde todo pueda verse. Asi hay en el dia muchos que dicen: «Que existan las Hermanas de la Caridad, enhorabuena; pero que haya monjas ¿para qué?» Nadie nos ganará en apreciar el mérito de las admirables Hijas de San Vicente de Paul, cuya abnegacion solo pueden conocer, los que las observan de cerca; y por muchos años yo he venido observándolas de esta manera. Pero hablar con elogio de las Hijas de la Caridad, como preámbulo para hablar mal de las demas religiosas, es mostrar un espíritu casi materialista, que desconoce ó ignora que el hombre tiene ademas de enfermedades corporales, enfermedades espirituales y que estas segundas suelen ser más graves y trascendentales que las primeras, por lo cual es necesario que haya quien las cure. Pero ademas de eso ¿quien dice que solo en un hospital se puede ejercer la caridad con los cuerpos? Pues que ¿no hay enfermos en los conventos? Y si los hay ¿por qué no ha de poder ejercerse allí la caridad con el prójimo, tan bien como la

ejercen las Hijas de San Vicente de Paul en un hospital?

He aquí lo que sucedía con Bárbara de Santo Domingo. Designada por la obediencia, para desempeñar el oficio de enfermera, ella lo hizo con la más admirable caridad. Esta palabra es susceptible de diversas interpretaciones, segun los actos que por esta virtud se ejerciten. Vez habrá en que será necesario una sola virtud, para ser caritativo, como cuando un rico da una limosna á un pobre, ó un sabio instruye á un ignorante. Pero en la asistencia y cuidado con los enfermos, el que con ellos practica la caridad, tiene que estar revestido de muchas virtudes á la vez. Debe tener compasion hácia los males ajenos; paciencia con los que los padecen; vigilancia para no dejarlos sufrir por descuido; constancia, para mostrarles un genio siempre igual; benignidad, para tratarlos con dulzura, sin resentirse por sus impertinencias; perseverancia para hacerles tomar los medicamentos aunque los rehusen, y amabilidad con todos, en todo, para todo y á pesar de todo.

He aquí lo que debe reunir la caridad con los enfermos, para que sea perfecta. He aquí por qué es tan rara esta perfecta caridad. El enfermero que tiene algunas de esas cualidades, no tiene las otras; no pocas veces en lugar de tener el enfermero esas cualidades, tiene los vicios ó los defectos opuestos. Pero Bárbara de Santo Domingo tuvo todas esas cualidades; y no en un grado comun, sino en un grado muy alto como vamos á ver.

Su vigilancia con las enfermas era tal, que no contenta con asistirles de día, lo hacia de noche, aun cuando no estuviesen de peligro. Atestigua una religiosa enferma, que Bárbara la acompañaba hasta las doce de la noche. Mientras

fué enfermera, no dormia más que cuatro horas cada día.

En cuanto á la compasion con los males ajenos, era tal la de Bárbara hácia las enfermas, que las asistia á todas sin repugnancia ni aprension. Una de las enfermas asistidas por ella, tenia una llaga fetidisima; y Bárbara no solo la curaba, sino por mortificarse, deteníase como á respirar, cual si fuese una suavísima fragancia el mal olor que aquella enferma exhalaba. Por compasion hácia otra religiosa enferma, pidió Bárbara á Dios la trasladase á ella el mal; y este mal fué el que la condujo al sepulcro, de modo que se le puede considerar como una mártir de la caridad.

La paciencia que Bárbara practicó constantemente toda su vida, en cuantas ocasiones se la ofrecieron, con toda perfeccion que nadie la vió jamás resentida ni colérica con nadie ni por nada, fué sobre todo admirable para con las enfermas. Hubo entre estas quien la tuviese cuatro horas con el vaso en la mano, sin querer tomar la medicina, y Bárbara ni se indignó, si se retiró por eso.

Los enfermos no solo necesitan remedios para el cuerpo. Decian los antiguos: *Mens sana in corpore sano*. Por lo comun el alma se afecta, se altera y frecuentemente se exacerba y se exaspera por consecuencia del malestar físico. Por eso la perfecta caridad para con los enfermos, debe ser benigna. Fuélo siempre la de Bárbara con las enfermas, á quienes asistia, como lo atestiguan varias de estas. Dicen que ella tenia siempre *una cara de risa*; expresion gráfica que revela la benignidad que rebosaba de su corazon henchido de verdadera caridad.

Pero la caridad con los enfermos, si ha de ser perfecta, á mas de ser vigilante, compasiva, paciente y benigna, debe

ser enérgica y constante para obligarlos, sin faltar á la amabilidad de que tanto necesitan, á que tomen las medicinas, ó se dejen hacer las operaciones que su curacion exige. La caridad de Bárbara tuvo tambien esa cualidad; así como tuvo la de la perseverancia en el desempeño de todas las otras cualidades anteriormente mencionadas.

Dá testimonio una religiosa, de que siendo su compañera en la enfermería, Bárbara en vez de tratar de recargarla mas de lo que correspondiera en justicia, trataba de aliviarse, haciendo lo que su compañera debería hacer; y esto lo hacia con tal arte que lejos de darse por ofendida la compañera, quedaba engañada, pero convencida de que Barbara tenia razon. Ambiciosa en el ejercicio de la caridad, llegó á atraerse el reproche de que todo queria hacerlo sola; más en esto sabia conducirse con tal disimulo, que cuando iban á la enfermería la Prelada ó personas de respeto, ella se daba traza de que, sin quedar descuidadas las enfermas, se creyese que ella estaba desocupada, ó que descansaba, aspirando sin duda á que la despreciasen, reputandola floja é indolente.

Si tal era el cuidado de Bárbara, para atender á las necesidades físicas de las enfermas, fácilmente se puede conocer cual sería su interes y solicitud por sus necesidades espirituales y morales. Aparte de lo que hacía con Dios, en favor de las enfermas, como tambien de lo que en caso de graves enfermedades practicara para que muriesen bien dispuestas, hay el testimonio de una ciega, la cual dice que todas las noches venia Bárbara á practicar con ella un acto de religion, el cual descubre lo ingenioso de su caridad y lo delicado de su piedad. Consistía este en escoger las dos, la enfer-

ma y la enfermera, por morada para aquella noche, una de las llagas del Divino Salvador, designando dos Santos, uno de la órden de San Benito y otro de la de Santo Domingo (pues la enferma era benedictina y la enfermera dominicana), para que puestos como centinelas á la puerta de aquel sagrado asilo, velasen sobre el espíritu de las dos religiosas voluntariamente presas en él.

Cuando veía una enferma disgustada, la delicadeza de la conciencia la hacia temer si por falta suya aquella enferma cometeria alguna ofensa contra Dios, resintiendose ó impacientandose por su torpeza, descuido ó negligencia en servirla. En esos casos Bárbara la pedia perdon preventivamente. La preguntaba en que le habia faltado. Estaba dispuesta á hacerlo todo, por tal de que estuviese contenta. Despues de esto no es extraño que las enfermas todas estuviesen no solo satisfechas, sino edificadas de la caridad de Bárbara, y que todas ellas, las que accidental y las que habitualmente han estado ó están mal de salud, sin ponerse previamente de acuerdo, hayan dado en sus deposiciones un testimonio unánime, de que Bárbara fué perfecta, en esto, como en todas las virtudes.

Aquí ocurre hacer una observacion importante. De nada hubiera servido que Bárbara de Santo Domingo hubiese sido una enfermera excelente, si llegado el caso, como llegó para ella muchas veces y por largo tiempo, no hubiese sabido ser una excelente enferma. Meritorio delante de Dios, es sin duda alguna, saber ejercer perfectamente la caridad, para con los enfermos; pero es todavía mucho más meritorio, saber en las enfermedades conducirse cristianamente y no caer en imperfecciones. El Padre Faber hace con justicia y

fundamento la observacion de que, en el plan de Dios, una de las cosas que más deben contribuir á la santificacion de las almas es la enfermedad, y sin embargo añade el mismo escritor, el hecho es que casi ningun enfermo sabe aprovecharse de esa visitacion de Dios; antes por el contrario, casi todos salen de las enfermedades, mas imperfectos que cuando cayeron en ellas.

No asi Bárbara de Santo Domingo. Su vida desde que profesó en la religion, fué una serie de graves y molestas dolencias. Acometiéronla primeramente unas afecciones al corazon, que la producian largas y violentas convulsiones, durante las cuales alguna vez, las uñas de sus dedos se clavaban en las escasas carnes de su cuerpo, produciendo efusion de sangre. Necesitabanse muchas personas para sujetarla, observandose que, á pesar de la violencia del mal, y cuando es de creer no estuviese completamente en sí, con todo ella no hizo jamas nada contra la modestia; antes bien parece que instintivamente cuidaba de que el hábito la cubriese completamente. La ciencia médica quiso curar aquellas afecciones, de cuyo verdadero origen hablaré en otra parte, como si fuera una enfermedad comun, y empleó para esto medios dolorosos y mortificativos, que no sirvieron para curar á Bárbara; pero si para hacerla padecer y para darle ocasion de ejercitar las virtudes de la docilidad, de la obediencia al médico, de la paciencia y de la gratitud para con las personas que entendian en la aplicacion de esos remedios y en sus consecuencias. Mas tarde Bárbara sufrió agudos y prolongados dolores de muelas, para cuyo alivio sela sugetó á la dolorosa operacion de extraerselas. Esta operacion fué desgraciada, haciendo padecer mucho á Bárbara,

la cual, lejos de impacientarse por la falta de pericia ó de fortuna en el dentista, lo excusaba y compadecía, sufriendo sus dolores en silencio y con admirable resignacion. Por último se la aplicó un boton candente á la mejilla, sufriendo con la misma paciencia que las otras operaciones.

Recuperada un tanto, especialmente en cuanto á las afecciones del corazon, el cual solia dilatarse extraordinariamente, su salud, fué siempre delicada, sobre todo poco antes de su muerte. Apareció en ella el *edema* y se temió con razon por su vida. El amor que Bárbara tenia á Jesucristo y el deseo de recibirle sacramentado, le daba fuerzas, y descalza se acercaba muchas veces al comulgatorio, porque la hinchazon de los piés no la permitia calzarse. Por cierto que esta hinchazon de sus pies dió ocasion á un acto que demuestra por una parte el amor de Bárbara á la pobreza, y por otra su espíritu de rendida obediencia. Para poder calzarse, habia abierto unos zapatos; y cuando estos por esa circunstancia, y por haber servido tanto, estaban ya tan inutilizados que no quedaba de ellos más que la suela, se presentó Bárbara á su Prelada, como ésta lo atestigua, pidiendo permiso para darlos de limosna. Con toda razon podia Bárbara presumir que semejante licencia no le seria negada; pero quiso tenerla expresa.

Sobre esto, refiere otra religiosa, que Bárbara acostumbraba decir: «Yo soy tan tonta que no entiendo lo que es licencia remota, ó presente ó interpretativa; por eso la quiero siempre expresa.» No era que fuese tonta ó menos avisada; sino que, por el contrario, como discreta que Dios la habia hecho, y sobre todo, porque aspiraba á ser perfecta, huia de las faltas, que por el abuso de esa clase de licencias

remotas ó presentes, pueden cometer las religiosas, contra el voto de pobreza, por el cual de tal modo abdican ellas la propiedad y el uso independiente de las cosas, que no pueden disponer ni del dominio ni del aprovechamiento de ellas, sin el consentimiento y permiso de sus preladas.

Mas volviendo á las enfermedades de Bárbara, ella se perfeccionó con esas visitaciones de Dios, sometiendo absoluta y humildemente á su santa y adorable voluntad, considerando que el Señor la hacia un gran favor y un honor inmerecido al tratarla como acostumbra tratar á sus amigos predilectos. El Espíritu Santo ha dicho «que Dios á los que ama los aflige» (Apoc. 3: 19); y á Santa Teresa le dijo el mismo Dios que el más precioso regalo que El puede hacer á sus amigos es el de enviarles trabajos, si vé que están dispuestos á llevarlos, no solo con paciencia, sino tambien con alegría. Es de creer que Bárbara llevó siempre así los suyos. No se notaba en sus males físicos ningun movimiento de impaciencia; y cuando no podia ocultar á los circunstantes lo que sufría, si se la preguntaba, dándole por hecho que estaba padeciendo, contestaba: «*Un poquito.*»

Sus mortificaciones voluntarias, aunque asombrosas, no le daban, sin duda, tanto mérito como esta ejemplar paciencia en las enfermedades; porque cuando Dios pone la mano en sus escogidos para purificarlos, suele ser la impresión más profunda y dolorosa, que cuando ellos se afligen por sí mismos. Además, en la mortificación voluntaria anima y sostiene la idea de que uno lo ha querido, y de que queriéndolo y haciéndolo se merece; mientras que cuando la prueba viene en el tiempo y modos que menos se piensa, el alma puede no estar prevenida para recibirla. Estabalo, si,

la de Bárbara, porque tenia por regla constante de conducta, no querer ni hacer en todo sino la santa voluntad de Dios.

En las enfermedades se incurre frecuentemente en muchos defectos, ora por quejarse de los que nos asisten, ora por agradecerles lo que por nosotros hacen y sufren, ora en fin, porque no nos sometemos á lo que para nuestra curacion nos preceptúan ó tienen que hacer con nosotros los facultativos. La naturaleza humana tiene tal horror y tanta repugnancia á padecer, que ni aun por el interes de sanar quiere sufrir; y si al fin se resuelve á someterse á un tratamiento doloroso, es reservandose el desquite de hablar contra el médico, contra las medicinas, contra el modo de administrarlas, ó contra la falta de habilidad, de prontitud ó de vigilancia en los que nos asisten. El niño inocente vé como su enemigo al médico si este le hace padecer. El hombre hecho no se despoja enteramente de este instinto. La virtud sola nos puede hacer superiores á todas estas miserias. En Bárbara nada hubo que reprehender en este punto, durante sus largas y penosas enfermedades. Dócil á cuanto se le ordenaba, puntual en dejarse aplicar la medicina, paciente y agradecida para con las enfermeras, conforme y aun alegre en medio de sus padecimientos, ella edificaba á todas, viniendo á ser su lecho de dolor, una cátedra, en donde prácticamente se aprendia á agradar á Dios y á dar buen ejemplo á los hombres.

El que escribe estas líneas, que no conocía á Bárbara de Santo Domingo, ni de vista, ni la habia hablado ni una sola vez, aunque tenia muchas noticias de su virtud y perfeccion por conductos fidedignos, fué llamado con premura, como

sacerdote, por ausencia de su confesor, cuando se creyó que iba á espirar, en la mañana del domingo 17 de Noviembre de 1872. La primera impresion que recibió, antes de hablar á la moribunda, con solo verla, fué la de que esta, como un cordero destinado al holocausto, sufría mucho; y sin embargo su semblante en el cual se reflejaba dulcemente su interior, aparecía tranquilo y sereno, como si nada padeciese. Llegó en aquellos momentos uno de los médicos que la asistian, y ordenó que se le diese un liquido. Era esta difficilísima operacion, no porque la enferma lo rehusase; sino porque inmóviles sus mandíbulas y probablemente paralizada su lengua, la moribunda no podía pasar nada. Renunciaron las religiosas y pupilas circunstantes á la idea de hacer que la enferma tragase la bebida; y conociendo el que esto escribe, lo que la obediencia por una parte y por otra el respeto al carácter sacerdotal podían sobre aquella alma, intentó hacer lo que parecía imposible; y en efecto la moribunda, con sublime resignacion, conservando siempre la inalterable dulzura de su semblante, tomó mucho mas de lo que se habia pensado darle.

Al hablar de la virtud de Bárbara cuando estaba enferma, no me he olvidado del epígrafe de este capítulo consagrado á su caridad con los enfermos. Esta caridad puede y debe uno ejercerla consigo mismo, porque la caridad bien ordenada comienza por sí propio. Entendió admirablemente esta caridad Bárbara, practicandola con su alma y con su cuerpo; con este haciendo lo posible para que sanase, si pudiera haber sanado; y con su alma sobrellevando con paciencia sus trabajosas enfermedades, con la esperanza de la eterna retribucion.



CAPÍTULO VI

DE LA ASOMBROSA MORTIFICACION PRACTICADA POR BÁRBARA
DE SANTO DOMINGO.

PARA el hombre animal de que habla el Apóstol San Judas (10: y 19); para el enemigo de la Cruz de Cristo, á que alude el apóstol San Pablo (Ad Filip. 3: 18.); para el que niegue que hay un pecado de origen, que corrompiendo nuestra humana naturaleza, hace necesaria la mortificacion de nuestras pasiones, con el fin de dominarlas y cumplir la ley divina; para el que desconozca que solo seremos glorificados en la vida futura, si con Cristo padecemos en la presente; para el que olvide que el mismo Jesucristo Nues-

tro Señor dijo, que convenía que hasta él, no obstante ser santo por excelencia é incapaz de cometer pecado, entrase en su gloria, por la via de los padecimientos y del sacrificio (Luc. 24: 26); para el cristiano, en fin, que lo es solo de nombre, lo que vamos á decir de la asombrosa mortificacion de Bárbara y aun el epigrafe mismo de este capítulo, mas que una letra muerta, es un enigma, una paradoja, un absurdo. Un enigma, porque el que no es práctico é ilustradamente cristiano, no comprende ni mucho menos puede darse cuenta á si mismo, ni explicar á otros, qué significa, á qué conduce, y cuáles son las ventajas de la mortificacion. Una paradoja, porque para el hombre que cifra su felicidad en huir del dolor y procurarse el placer, no puede ser sério, ni mucho ménos sensato, que alguien huya del placer y busque el dolor, ó por lo ménos se someta á él con alegría. Un absurdo, porque el racionalista no comprende como, no solo para preservarse personalmente del mal y para adquirir méritos, sino tambien para satisfacer por otros vivos ó difuntos, así como para retener el brazo de la justicia de Dios, ó para atraer sus misericordias, puede una persona buena condenarse á la mortificacion y consagrarse á la penitencia.

Pero para el verdadero é ilustrado católico, la mortificacion es necesaria. Es indispensable la penitencia, no solo á los pecadores, para satisfacer por sus culpas, sino tambien á los justos, ya para preservarse de las caidas, ya para tener algo que ofrecer por otros, cuando interceden por ellos. Mandaba Dios en la antigua ley, que en cierto dia del año, se tomase un macho de cabrio, al cual por su destino, de que vamos á hablar, se le llamaba *emisario*. Sobre aquella

víctima ponían las manos los sacerdotes, en señal de que cargaban sobre aquel inocente animal, los pecados del pueblo; y después de esta gráfica ceremonia, el *emisario* era arrojado al desierto, en donde le atacaban y le destruían las fieras. Referíase primera y principalmente esta ceremonia legal, á Nuestro Señor Jesucristo, sobre quien queriendolo y deseandolo El, puso el Padre Eterno todas nuestras iniquidades (Isai. 53: 6); y que cargado con la responsabilidad de ellas fué arrojado de la ciudad de Jerusalem, como el *emisario* del templo. El *emisario* daba en las garras de las fieras, que lo devoraban. Nuestro Señor Jesucristo, cayendo en las manos de los judíos, mas crueles que las fieras, fué sacrificado por ellos. Pero este Divino Salvador quiere hacer á ciertas almas, el honor de asociarlas á este sacrificio, aceptando sus mortificaciones, en descuento y satisfaccion de pecados ajenos. Del número de estas almas, fué sin duda, Bárbara de Santo Domingo.

Mas sería una equivocacion pensar que los justos se mortifican solamente por otros. No; que ellos tienen obligacion y necesidad de hacerlo por sí mismos y para sí mismos. Por ser justos no son impecables; y para no pecar, tienen que practicar la mortificacion cristiana. Cuanto más pura y santa es una alma, más siente y conoce su propia miseria; y al conocerla y sentirla, siente y conoce al mismo tiempo la necesidad de la mortificacion para no caer en pecado.

Ademas, para las almas verdaderamente buenas y que conocen á Dios, no hay falta que sea ligera; y aquello que á otros les parece perfecto, lo ven ellas, con la luz de Dios, lleno de mortificacion. Para espiarlas recurren esas almas á la

práctica de la mortificacion. Finalmente para esas almas, lo que Jesucristo hizo y recomendó, aunque no lo hubiese mandado, será siempre objeto de imitacion, y he aquí porque habiendo aquel Divino Salvador practicado toda su vida, desde que nació, la mortificacion, recomendandola con su ejemplo, esas almas no necesitan más para moverse á practicar esta virtud.

Hechas estas advertencias entremos á hacer un bosquejo, que es lo único posible, de la mortificacion que practicó Bárbara de Santo Domingo. Y decimos que esto no es más que un bosquejo, por que se ignoran, sin duda, la mayor parte de los actos de mortificacion que practicaba esta sierva de Dios. Las almas buenas ocultan, más que los pecadores sus culpas, las mortificaciones que practican y los sacrificios que hacen. Suele ser tan ingeniosa la humildad de esas almas, y éralo sin duda la de Bárbara, que ni las que más de cerca la observaban, siquiera estuviesen prevenidas y sobre sí, no podian descubrir muchas de sus mortificaciones. Hé aquí porque lo que voy á decir de las de Bárbara, no es ni puede ser más que un bosquejo; pero esto mismo nos dará una idea más alta de lo que era su espíritu de mortificacion y de penitencia; porque si lo que de ella se sabe en este particular es verdaderamente asombroso, ¿qué no será lo que por necesidad se ignora, en razon de haberlo ocultado con un velo impenetrable su modestia?

Dos géneros de datos tenemos para juzgar de lo que era la mortificacion que no pudo ocultar Bárbara. El primero es el testimonio de sus hermanas ó compañeras de religion. El otro los instrumentos de penitencia que se encontraron á

su muerte. Respecto de lo primero, no todas las religiosas dan testimonio de la mortificacion de Bárbara; porque no todas tuvieron ocasion de observarla de cerca, ademas de que esas cosas siempre se hacen ocultamente. Pero muchas, si, nos hablan de sus ayunos rígidos, casi perpétuos. Muchos dias Bárbara comia solo pan, y cuando comia algo buscaba lo más despreciable y repugnante. Era tambien notable por su exigüidad la cantidad que tomaba; de modo que no se sabe como con tan escaso alimento podia conservar la vida. A eso poco que tomaba, solia Bárbara echarle acibar, para hacer un ejercicio de penitencia el satisfacer la más urgente necesidad. Cuando ayunaba á pan y agua tres dias á la semana, no tomaba pan fresco, sino el duro; y pareciéndola esto poco todavia, andaba recogiendo, cuando era enfermera, los mendrugos que sobraban á las enfermas, aunque estas padeciesen de males exteriores y asquerosos. Habia perdido el gusto de los manjares; y cuando comia solo pan, y pan de las condiciones indicadas, solia decir que le sabia á miel, y que aquello poco la dejaba harta, hasta el punto de no poder comer más. No sabemos si este era un ardid de su penitencia, ó un artificio de su humildad, para quitar, delante de los hombres, el mérito á lo que hacia; ó si, lo que es más probable, Dios para compensar, aun en esta vida, la generosidad de su sierva, hacia que en efecto, aquellos mendrugos tuviesen tal sabor y tal vigor, que comunicasen á Bárbara ese gusto y ese fuerza á que ella aludia.

Ayunar es aplicar la segur á la raiz de la concupiscencia, dice San Francisco de Sales; el cual añade que todas las otras mortificaciones, sirven para podar ese árbol de sus ramas, dejando intacto el tronco, del cual aquellas ramas brotarán

de nuevo. Sin embargo no por eso se deben despreciar las otras mortificaciones; y la Iglesia las ha autorizado desde los tiempos más remotos en que comenzaron á usarlas las almas culpables para hacer condigna penitencia: las almas inocentes las vienen usando tambien, desde la más remota antigüedad, para conservarse en gracia, dominando sus pasiones.

Los cánones penitenciales, tan respetables por su antigüedad y por su origen, indican desde cuando se viene usando en la Iglesia la disciplina y el cilicio. Mas todavía no es aquel, aunque tan remoto y respetable, el verdadero principio del uso de esos instrumentos de penitencia. Juan Bautista aparece en el Evangelio vestido de una piel de camello, que más que para cubrirle, servia sin duda para mortificarle.

Burlarse, pues, del uso de estos medios de mortificación, es hacer burla de una cosa respetable y sagrada, que la Iglesia siempre ha respetado y recomendado, que ella respetará y recomendará hasta el fin. Puede hacerse una observacion y es, que los que más se burlan de esos instrumentos de penitencia, son los que más necesitan usarlos, mientras que los que los respetan y usan, son los que, por sus pecados, menos los necesitan: pues esta clase de personas, casi siempre se mortifican de esta manera por supererogacion.

En Bárbara de Santo Domingo, fué notable, desde su más tierna edad, su aficion á practicar este género de mortificación; pudiendo creerse que en esto, como en otras muchas cosas, Dios mismo se dignó servirla de maestro, por medio de sus interiores inspiraciones. Su madre nunca se separaba de su lado. Ella tenia pocas amigas, por su misma po-

sicion de familia. Siendo esta familia pobre, no podia proporcionarle muchos libros espirituales en que se instruyese á fondo en esta materia. De modo que al verla, desde muy niña, como lo atestigua su madre, ceñida con los deshechos de las cuerdas de las campanas, que se abandonaban por inútiles y que ella sabia aprovechar para hacer instrumentos de penitencia; al verla defender firme, pero modestamente, delante de su madre, el acto de estas mortificaciones; al considerar que lejos de entibiarse en ella con la edad, como sucede frecuentemente por desgracia con la piedad precoz, el amor á la mortificacion, este fué creciendo más y más cada día, perseverando en él Bárbara hasta la muerte; no es infundado creer, que recibió de Dios luces particulares, asi como tambien poderosos auxilios, para emprender y proseguir este género de martirio voluntario.

Por supuesto, ella nunca faltó á las mortificaciones prescritas en su regla, á menos que se opusiese á ello la obediencia; y aun en esos casos, sin faltar á esta última virtud, ella supo indemnizarse, practicando de otras maneras la mortificacion. Usaba no uno, sino muchos cilicios; y algunos de estos no de la forma ordinaria, sino de una clase que admirara como pudo llevarlos casi constantemente. Ceñia su cabeza con una cadenilla de hierro, equivalente á una corona de espinas. Llevaba sobre su cuello una gruesa y áspera sogá, hecha de crines de caballos. Rodeaba su cuerpo con un ancho cingulo fabricado de la misma materia. Vestia una túnica armada de puas. Sentábase sobre instrumentos punzantes, hechos de hierro. Cumplia en fin al pié de la letra la palabra del apostol «Llevad siempre al rededor vuestro la »mortificacion de Jesus» (2. Cor. 4: 10). Su tierna devocion

á la pasion de su Divino Esposo; el recuerdo de la palabra divina «haced segun el ejemplo que os he mostrado en el monte» (Ad. Heb. 8: 5); el odio santo á sí misma, recomendado en el Evangelio (Joan. 12: 25); el deseo de cumplimentar en sí misma lo que para su santificacion faltaba á la pasion de Cristo (Ad. Colos. 1: 24); y su ardiente zelo por la salvacion de las almas, que queria conseguir á fuerza de sacrificios, la elevaron á ese heroismo de mortificacion, que se extendia á todos los sentidos y que se entregaba al parecer á verdaderos excesos.

Su vista siempre modesta, su oido siempre mortificado, su olfato nunca complacido, su gusto contrariado de tantas maneras y su todo martirizado del modo dicho y con otros muchos artificios que sin duda se ignoran, hacian de Bárbara una viva y palpitante copia del Divino Crucificado. Al contemplar su arsenal de instrumentos de penitencia, parece que un estremecimiento involuntario se apodera de nosotros. Cristianos débiles como somos, siempre encontramos excusa para no practicar ni amar las mortificaciones, por cierto bien fáciles y sencillas, que nos ordena la Iglesia. Bárbara, mujer de nuestro tiempo, inocente como no lo somos nosotros, delicada de complexion, escasa de salud, y abrumada de trabajos, es con su vida penitente una protesta contra nuestra flojedad y cobardia. Sus ejemplos son á la vez un motivo de confusion y un estimulo para nosotros.

Si no la hemos imitado inocente, imitémosla penitente, siquiera en una parte de sus mortificaciones, y ya que no tengamos valor, aunque tal vez tuviéramos obligacion de imitarla en todo, imitémosla solo en lo posible. Obliga-

cion tenemos de hacerlo así, para satisfacer á la divina justicia por nuestras culpas pasadas. Necesidad tenemos tambien de hacerlo, para cortar las recaídas futuras. No olvidemos que el reino de los Cielos sufre violencia y que únicamente los que se la hacen, lo arrebatan (Math. 11: 12).

La mortificacion exterior, no es el fin de la vida cristiana ni aun de la vida religiosa; pero si es un poderoso medio, para que el alma se ponga en comunicacion con Dios y se una con El. Si el hombre no hubiese pecado, su cuerpo, que Dios habia creado para que le sirviese de instrumento para el bien, no necesitaría de la mortificacion. Despues del pecado, el cuerpo corrompido por el mismo pecado agrava á el alma; y solo cuando la mortificacion lo doma, es cuando él se presta á desempeñar las funciones principales para que Dios le creó, esto es, de ser un órgano al servicio de la inteligencia, segun la expresion de San Agustin. Por eso es que las personas mortificadas, son aquellas cuya inteligencia es mas clara, mas perspicaz y mas profunda; al paso que por privilegiada que sea una inteligencia, si está encerrada en un cuerpo inmortificado, si está sujeta á una carne rebelde que la esclaviza, esa inteligencia, ya que no se apague, se eclipsa y se oscurece. Por eso ha dicho el Espíritu Santo, que «la sabiduría no habitará en cuerpo sujeto al pecado» (Sab. 1: 4). Por eso, aunque no fuera mas que en el interes bien entendido de la ciencia y de la nobleza y elevacion de la razon humana, debería reprobarse el sibaritismo y recomendarse la mortificacion. Pero si esto sucede respecto de la ciencia adquirida y aun respecto á la ciencia puramente natural ¿qué deberá pensarse respecto á la ciencia sobrenatural? Viene esta á el alma inmediatamente de Dios, el cual se

complace en conversar con los sencillos (Marc. 10: 14.), y da inteligencia á los pequeñuelos (Luc. 10: 21); mas esa comunicacion entre Dios y el alma, no puede tener lugar, si, por la inmortificacion, el alma es esclava del cuerpo y el cuerpo esclavo del pecado y por consiguiente del demonio. «Sólo los limpios de corazon verán á Dios»; y el corazon no puede estar limpio, si la carne no se mortifica.

Hé aquí por qué era necesario hablar en particular de la mortificacion admirable de Bárbara. Mucho hay que decir de su vida sobrenatural, la cual, sin aquella mortificacion, no existiría. Ademas importaba dar á esta época sensualista grandes ejemplos, y Dios se los ha dado de asombrosa mortificacion, en mas de un país. En Francia han tenido á Juan Bautista Vianney, cura de Ars; en Alemania á Dominica Lazzar y Maria Movl, en Italia á Ana María Taigi; y en España, en Sevilla, tenemos á Bárbara de Santo Domingo. Pero esas grandes almas, que han comprendido la necesidad y gustado el divino placer del sacrificio, no solo han sido dadas al mundo como ejemplo, sino tambien como hostias de propiciacion y de impetracion. San Francisco de Sales, al oir en el tribunal de la penitencia á un pecador, lloraba con abundancia. Llamando esto la atencion al penitente, preguntó al confesor la causa de su llanto. «Lloro porque tú no lloras» respondió el ilustre obispo. Si á Bárbara de Santo Domingo se la preguntara por qué libre y espontáneamente, aunque siempre con dictámen y licencia de su confesor, se mortificaba tanto, ella pudiera responder: «Hago penitencia por los que no la hacen, me mortifico inocentemente, por los que culpablemente gozan.»

Mas la mortificacion exterior no es la única ni aun es la

mas excelente que un cristiano puede y debe practicar. Existe tambien la mortificacion interior, que es la principal y la mas necesaria. La mortificacion interior sin la exterior suele ser una ilusion; pero la exterior sin la interior es una detestable hipocresía. Tal era la de los fariseos, que tenian muy limpio el exterior del vaso, mientras que el interior estaba lleno de inmundicia (Mat. 23: 25-28); y que ayunando dos veces á la semana se tenian por justos, estando hinchados de soberbia y despreciaban á los demas como pecadores (Luc. 18: 9). De la mortificacion exterior pueden excusarnos algunas veces ciertas legítimas causas, especialmente las enfermedades graves y la verdadera necesidad de ocuparnos en trabajos fatigosos; bien que entonces lo que en realidad sucede, no es mas que cambiarse accidentalmente la forma de la mortificacion, por ser en ciertos casos mas penoso al cuerpo estar enfermo que ayunar, ó hacer una faena corporal que vestirse de cilicios. De modo que, vista la cuestion por este aspecto, en realidad nunca cesa para el cristiano la necesidad de la mortificacion exterior. El anciano como el jóven, el sano como el enfermo, en algo han de mortificarse; y solamente cuando el cristiano se mortifica, es cuando puede con verdad llamarse discípulo de Cristo.

Pero, si como vemos, la mortificacion exterior, bajo una ú otra forma, debe siempre practicarse, mucho mas debe decirse esto de la mortificacion interior por lo mismo que nuestra religion es una religion de espiritu y de verdad (Joan. 4: 23). La humildad, es la mortificacion de la soberbia; y Bárbara fué humilísima, no habiéndose jamas notado en ella sentimientos de orgullo, ni siquiera ligeros movi-

mientos de vanidad. La pobreza es la mortificacion del amor á las cosas terrenas; y ya hemos visto con cuanto amor y con que perfeccion abrazó y practicó Bárbara la pobreza. La castidad, es la mortificacion de la sensualidad; y Bárbara no solo fué casta, de una manera mas ejemplar, sino que conservó siempre intacta la virginidad; flor bellísima, honor de la tierra y objeto de las complacencias del cielo. La paciencia es la mortificacion de la ira; la mansedumbre es la expresion de la paciencia, así como la dulzura es su aroma mas fragante; y Bárbara, al decir de cuantos la conocieron y trataron, fué siempre paciente, mansa y dulce, á pesar de que su índole natural no la inclinaba al ejercicio de estas virtudes; por lo cual, era mayor su mérito al practicarlas con tanta perfeccion. La templanza es la mortificacion de la gula; y ya hemos visto, en este capítulo, como Bárbara practicó la abstinencia y el ayuno, sin haber asomado jamas en ella ni el ménor indicio de gula. La caridad, que no consiste en palabras ni en vanas demostraciones sino en la práctica de las buenas obras (Joan, 3: 18), es la mortificacion de la envidia; y Bárbara, que jamas envidió á nadie, que se alegró siempre del bien de los demas, y se dolió de sus males, hizo todo el bien que estuvo á su alcance, y en cuanto pudo, evitó ó alivió los males de sus prójimos. Finalmente, la diligencia es la mortificacion de la pereza; y de Bárbara atestiguan su madre natural y sus hermanas y compañeras en religion, que jamas se la vió ociosa, pudiendo decirse de ella, como de la muger fuerte, que «nunca comió el pan de balde, que sus dedos tomaron el huso, que fabricó el cinto para venderlo al Cananeo y que todos sus domésticos por ella estaban doblemente vestidos» (Prov. 31: 19-24). Si;

vestidos en lo material, porque jamas negó sus servicios á los que los solicitaban, y como todos se los pedian, á todos sirvió. Vestidos en lo espiritual, porque sus oraciones subian sin duda casi continuamente al trono de Dios, para pedir no solo por sus hermanas y compañeras, para que el Señor las conservase en su gracia, sino tambien por los extraños, por los enemigos, por los pecadores, para que el Señor los atrayese á sí, los perdonase, los convirtiese y los salvase. Algun dia sabrán los unos y los otros, los buenos y los malos, por quienes oraba y ofrecia sus mortificaciones Bárbara de Santo Domingo, cuanto deben á esa alma privilegiada, á la cual Dios no podia negar nada, porque era tan humilde, tan amante y tan mortificada.

Generosa Bárbara para con Dios, Dios se debia á si mismo el ser mucho mas generoso para con Bárbara, no rehusándola nada de cuanto la pidiera. Y de seguro, fuera de su amor y de su gracia, Bárbara no le pedia nada mas para si; no le pedia bienes de la tierra, porque no los necesitaba; antes prefería á la posesion y uso de ellos, no tener nada, para imitar mejor á su Divino Esposo. No le pedia honores, antes bien si Dios le hubiera preguntado que queria en premio de lo que ya le habia servido, Bárbara, animada de los sentimientos de Santo Tomas de Aquino, le habria dicho: «Señor, yo no quiero otra cosa si no á Tí», ó como San Juan de la Cruz habria pedido por recompensa «padecer y ser despreciado por El.» No le pedia satisfacciones sensuales, porque las miraba con santo horror; ni siquiera placeres intelectuales ó regalos de devocion sensible; porque conocia cuan grande es el mérito de un alma que sirve á Dios sin percibir salario en esta vida, segura de que el Señor

á quien sirve es un buen pagador, en cuya fidelidad y liberalidad debemos confiar, ilimitadamente.

¡O Bárbara! De todas tus virtudes, la que más necesitamos imitar, es tu noble y admirable mortificacion. El peor enemigo de la religion y de las almas, es la molicie, es ese sibaritismo desenfrenado, expresion á la vez del orgullo y de la sensualidad que corroe á la sociedad moderna. Si, como fundadamente lo creemos, gozas ahora en el Cielo delicias inefables, en premio de tu mortificacion asombrosa; si en recompensa de tu mortificacion interior reinas ahora en el cielo con Cristo, á quien te empeñaste en imitar con la mayor perfeccion posible en la tierra, intercede por nosotros para que alcancemos la gracia de practicar la mortificacion interior y la exterior. La exterior que nos emancipe de la tiranía de los sentidos, dándonos sobre ellos, saludable y completo dominio; y la interior, que dándonos y conservándonos el señorío de nuestra alma sobre sus pasiones, la lleve, la someta y la una á Dios.





LIBRO SEGUNDO

CAPÍTULO I

DE ALGUNAS NOCIONES PRELIMINARES SOBRE LA TEOLOGÍA
MÍSTICA, NECESARIAS PARA APRECIAR LO QUE EN ESTE
LIBRO SE VÁ Á DECIR, SOBRE LOS FAVORES
ESPIRITUALES QUE DIOS SE DIGNÓ
HACER Á SOR BÁRBARA DE
SANTO DOMINGO.

No es mi propósito darme aquí por maestro de la teología mística, ni mucho ménos enseñar á los que en esta, como en muchas otras cosas, bien pueden ser mis maestros. Casi puedo decir, que no escribo para ellos; pero hay un crecido número de personas, aun entre los eclesiásti-

cos, que á juzgar por su modo de ver las cosas y por la manera en que se expresan, siempre que se trata de cualquier fenómeno sobrenatural, pudiera pensarse de ellos, que, á lo ménos inconscientemente, niegan ó desconocen la existencia y la realidad del órden verdaderamente sobrenatural en la vida espiritual.

Y no los excusa, dígase lo que se quiera, decir que en eso hay muchos peligros de ilusion. Los hay, en efecto; però dar en esas ilusiones, ó creer en ellas, es un abuso que no basta para condenar el uso legítimo que se haga de lo que la teología mística nos enseña, acerca del discernimiento de espíritus, de las pruebas á que deben ser sometidas las almas, á quienes Dios se digna hacer algunos de esos especiales favores, del uso que estas almas deben hacer de esos mismos divinos favores y de la utilidad que de todo esto puede resultar á la Iglesia. Mas aun; el católico y especialmente el eclesiástico, que se haga eco de las burlas y sarcasmos con que los impíos reciben y saludan, el anuncio de esa clase de fenómenos sobrenaturales, ó él mismo es un impío ó no sabe lo que hace. En efecto, ya decia en la primera mitad de este siglo el sábio y virtuoso P. Javier de Ravignan, de la Compañía de Jesus, que uno de los artificios mas peligrosos del demonio en este mismo siglo, era hacer desconocer y negar su propia existencia. Es tan grande el mal que resulta de negar ó desconocer la existencia de los espíritus infernales, que se puede pensar que Dios, por atajar ese mal mas grave, ha permitido el gravísimo de que se propague y extienda tanto el espiritismo. No digan los que se burlan de los fenómenos sobrenaturales que ocurren en ciertas almas buenas, que ellos lo que niegan son las vi-

siones y revelaciones, profecias, éxtasis, raptos y demas cosas de este género, que se dicen ocurridas en ellas; y no la existencia de las potestades infernales, á cuya creencia estamos obligados, porque consta en el Evangelio y en otros libros sagrados, á cuyo contenido debemos dar asenso como á punto de fè.

Nó; esta excusa, no disculpa, ni siquiera atenúa la falta que, á lo ménos por ligereza, se comete recibiendo en son de mofa la noticia de los indicados fenómenos. No; eso no disculpa, porque si consta en la Sagrada Biblia la existencia de los demonios y la guerra constante que hacen á las almas en el órden sobrenatural por ódio á Dios, no ménos claramente consta en los mismos libros Santos que á esa guerra, Dios concurre, ya por si mismo, ya por medio de los Angeles y de los Santos, para defender, santificar y salvar á las almas. Y digo mas; esos mismos libros santos están llenos desde el Génesis hasta el Apocalipsis, de fenómenos extraordinarios del mismo género que aquellos con que en el seno de la Iglesia son favorecidas algunas almas santas. Desde el Querubin que Dios puso á la entrada del paraiso, despues que hubo arrojado de él á nuestros primeros padres, para impedirles que llegasen á el árbol de la vida (Genes. 3: 24); desde los tres ángeles que visitaron á Abraham en el Valle de Mambré (Genes. 18); desde aquel otro ángel que luchó con Jacob, á quien este no quiso dejar ir antes de que le bendijese, aunque él se lo rogaba, porque venia la aurora (Genesis 22); desde aquel otro ángel que se atravesó en el camino por donde venia Balaam, para maldecir al pueblo de Dios, obligandolo á detenerse asombrando la asquilla que montaba aquel falso profeta, á quien de una manera no mé-

nos sobrenatural, habló la misma asnilla (Núm. 22); desde el angel que habló á David, hasta aquel ante el cual pensó postrarse San Juan, la Biblia repito está sembrada de pruebas, que no solo acreditan la existencia del orden sobrenatural, sino que demuestran que en cierto modo, y no se tenga esto por un mero juego de palabras, nada es mas *natural* á Dios, que intervenir en las cosas humanas de una manera *sobrenatural*.

Que Dios interviene en estas cosas, solo lo pueden negar los deistas, los cuales creyendo en un Dios, que no es el Dios verdadero, sino un Dios que ellos forjan en su enferma fantasía, se deja relegar allá á los espacios imaginarios donde ellos se figuran que duerme ó está ocioso, sin mezclarse para nada en las cosas de los hombres. Pero este ente de razon, no es el Dios de los cristianos. Nuestro Dios es el Dios que vé los corazones (1. Reg. 16). Es el Dios trino y uno que dijo una vez, cuando los hombres en el delirio de su orgullo, creían poder burlarse de su justicia, construyendo una torre, para librarse de un nuevo diluvio: Vamos á ver lo que hacen los hombres (Genes. 11: 5). Es el Dios que ha declarado tener sus delicias en los hijos de los hombres (Prov. 8: 31); y que las tiene, no solo colectivas sino individualmente con ellos, como lo demuestra, entre otros hechos biblicos, lo sucedido con Job. Segun el pensamiento de San Agustin, en su admirable *Ciudad de Dios*, pensamiento de que se apoderó Bossuet, haciendole servir de comentario á el *Discurso sobre la Historia Universal*, todo lo que sucede en el mundo no es mas que el cumplimiento de aquel decreto, segun el cual la Sabiduria eterna *juega en el orbe de la tierra* (Prov. 8: 31). Hace pocos dias, un distinguido

publicista francés, Leon Aubineau, definía la historia diciendo, que ella «no es más que una série de esfuerzos que Dios ha hecho y hace para salvar á las almas.»

Pero San Agustin vá mas allá. Segun él, Dios ama tanto á una alma, que por salvarla haría lo que ha hecho por salvarlas todas. Bossuet tradujo este pensamiento, en su elocuente oracion fúnebre de la reina de Inglaterra, que se considera como una de sus obras maestras de oratoria sagrada diciendo: «que por salvar á una sola alma, Dios permite á veces en los Estados políticos unas revoluciones tan grandes, que los conmueven hasta en sus mas profundos cimientos.» Pero ¿qué más? ¿No dice San Pablo que por él, como por cada uno de nosotros, el Hijo de Dios y de Maria se entregó á la muerte? Si hasta la vida ha dado el Divino Salvador, por una alma sola, aunque esta sea la mas pecadora é indigna ¿cómo extrañar que colme de sus favores á ciertas almas, de cada una de las cuales El dice en los Cantares: «Hermana mia, Esposa mia, tu has herido mi corazon» (Cant. 4: 9); se entiende, con la saeta del amor.

Antes he citado diversos pasages, los mas notables del Antiguo testamento, en apoyo de mi tesis; la cual es, que no solo existe el órden sobrenatural, sino que nada es mas *natural*, que el que Dios intervenga en las cosas humanas, de una manera sobrenatural. Bastaria reflexionar, que hay una línea de separacion entre lo natural y lo sobrenatural, no obstante que lo uno y lo otro está entre sí unido por numerosos vínculos. Pero observese, que, segun la economía establecida por Dios, si bien lo natural meramente material y lo espiritual en el órden puramente natural, como son las operaciones naturales del alma humana, lo gobierna Dios

por medios naturales, lo sobrenatural que hay en la creacion, como es el orden de la gracia para el alma humana, lo gobierna Dios por medios sobrenaturales. Las gracias mas ordinarias, mas comunes y al parecer mas pequeñas, todas corresponden al orden sobrenatural. Su origen, su operacion, su progreso y sus resultados todos son sobrenaturales. Lo que parece mas material, mas visible, mas tangible en la religion, no solo está completamente impregnado de lo sobrenatural, sino que todo lo que hay en esas cosas de material, no es mas que un símbolo, un vehículo de lo sobrenatural. Esto sucede en los Sacramentos, en los Sacramentales, en los ritos, en las ceremonias, en la palabra evangélica, en las bendiciones, en la oracion, en todo. Separad en todo lo sobrenatural, y nada os queda, ó si os queda algo, no es más que una mímica. Si negais, si os mofais de los fenómenos extraordinarios por los cuales obra Dios, en ciertas almas, para producir en ellas efectos sobrenaturales, ¿no veis que con eso dais armas á los enemigos de la fé, para que nieguen ó se burlen del admirable mecanismo sobrenatural, con que Dios á cada momento, está obrando en las almas por los sacramentos ó por los demas vehículos de su gracia?

No se diga que bastando estos, que son los medios ordinarios, de que Dios se vale para obrar en las almas, ¿qué necesidad hay de los medios extraordinarios, cuales son los éxtasis, revelaciones, visiones etc.? A esta objecion, que es la única algo seria, que se pudiera hacer en esta materia, hay que dar dos respuestas igualmente satisfactorias. La primera. ¿Quién puede decir á Dios que *bastan* los medios ordinarios, de que él se digna valerse para hacer obrar á su

gracia en las almas? ¿Queremos nosotros erigirnos en consejeros de Dios? ¡O pretenderemos poner límites á su poder ó diques á su infinita bondad! Cabalmente el respeto que debemos á Dios, es un prejuicio en favor de esos fenómenos extraordinarios. Y si no digase, en igualdad de circunstancias, ¿no se da Dios á sí mismo, mas gloria obrando esos fenómenos, que si no los obrara? En efecto, ¿no se muestra Dios mas poderoso cuando obra uno de esos fenómenos que no obrandolo? ¿No hace Dios una manifestacion mas admirable de su sabiduría, y no dá una prueba más tierna de su bondad, cuando obra así, que en el caso de que, por evitar el escándalo farisaico de los impíos, ó por no alarmar á los pusilánimes, dejara de obrar así? Para todo hombre de buen sentido, esta explicacion no tiene réplica. Es congruente pensar de Dios, lo que mas aumenta su gloria. Luego es congruente pensar en que Dios ha hecho que hace y hará muchas cosas extraordinarias especialmente con las almas sencillas, con las almas humildes, con las que son nada á los ojos del mundo, para demostrar que El es el Dios fuerte, que se vale de los instrumentos mas débiles, para llevar á cabo sus mas grandes designios; que El es el Dios altísimo, que esconde sus secretos á los sábios y prudentes del siglo, revalandolos á los pequeñuelos (Luc. 10: 21); y que es Aquel que manda no se prohíba á los niños ir á El, porque de los que á ellos se parezcan, es el reino de los cielos (Mat: 18).

La segunda respuesta es todavía mas concluyente, porque está fundada en hechos que se encuentran consignados en el nuevo Testamento de un modo, si se quiere, mas brillante que en el Antiguo. Sin duda Dios no tuvo por bas-

tantes los medios ordinarios, cuando desde el nacimiento mismo de la Iglesia, puso en juego los medios extraordinarios. La vocacion de los gentiles, tuvo lugar por un doble medio sobrenatural; la aparicion del Angel al Centurion Cornelio (Act. 10: 3-6), y la vision que tuvo San Pedro en Joppe (Ibid. 10: 16). La conversion de San Pablo, fué resultado de un fenómeno extraordinario (Act. 9); así como otro fenómeno de esa clase fué el que determinó á Ananías á buscar á Sáulo (Id. ibid). Ademas el mismo San Pablo fué diversas veces objeto de fenómenos semejantes. La revelacion del Evangelio, que le fué hecha no por medio de los hombres, sino por el mismo Dios, de un modo extraordinario (Ad. Galat. 1. 2.^a Cor. 12); su rapto hasta el tercer cielo y lo que allí oyó (2 ad Cor. 12: 1); el fenómeno de su estigmatizacion, que ha servido de prelude al de tantos otros Santos y Santas (Ad Galat. 6: 17); fenómeno fué tambien de esta clase la vision del diácono San Estevan en el acto de morir (Act. 7: 55), y el rapto del diácono San Felipe, despues de haber bautizado al Eunuco de la Reina de Candaces (Act. 8: 39). Todo esto consta en el nuevo testamento; todo esto ocurrió en el establecimiento de la Iglesia. De consiguiente no solo seria irreverencia decir á Dios que se abstenga hoy de hacer cosas extraordinarias, porque bastan los medios ordinarios de su gracia y de su prudencia, sino que es una especie de heregia decirlo, una vez que esa censura recae nada menos que sobre actos obrados por el mismo Dios, en las personas de los Apóstoles y de los varones Apostólicos.

No se puede decir que lo que entonces era oportuno ó necesario, á juicio del mismo Dios, puesto caso que lo hizo,

ha dejado de ser necesario ú oportuno en los siglos siguientes. A esta nueva objecion, opondré tambien otras dos razones. Sea la primera, la que fué última contra la objecion, anterior, á saber, los hechos. Ahí estan los escritos de los Padres, para atestiguar que, lejos de haberse interrumpido en la Iglesia esa série de fenómenos extraordinarios que vemos concurrir con el establecimiento de la misma Iglesia, y contribuir á la propagacion del Evangelio, al contrario, esa série de fenómenos se vá prolongando por todos los siglos, hasta llegar á nuestros dias. San Ireneo afirma que, en su tiempo, habia en la Iglesia fieles que contemplaban el porvenir y que tenian visiones (Cap. 57). San Justino en su *Apología*, opone á los paganos, como una prueba de la Divinidad del Cristianismo, el don de profecía que la Iglesia habia recibido. Orígenes, en su primer libro contra Celso, asegura que muchos paganos se habian hecho cristianos, por consecuencia de las visiones que habian tenido; y que el Espiritu Santo habia cambiado de tal manera, sus disposiciones, que instruidos y fortificados, por esas mismas visiones, ya en sueños ya despiertos, no temian morir por una doctrina que hasta entonces habian visto con horror. Afirma ademas Orígenes, que habia visto muchos casos de esa clase, poniendo á Dios por testigo de que es verdad lo que dice. San Justino refiere de sí mismo lo propio, en su diálogo con Trifon. San Gregorio Niseno y San Gregorio Taumaturgo, dicen otro tanto. Aquella epopeya de tres siglos, en que mas de diez y ocho millones de mártires dieron generosamente su sangre en testimonio de la verdad de la fé, está llena de hechos análogos, comprobados por el dicho de los mismos mártires, cuyo testimonio no se puede recusar como hacia observar el jansenista Pascal.

Mas aun; el heroísmo de los mártires, á lo ménos en muchos casos, no se explica sino por los fenómenos extraordinarios con que Dios los sostenía y confortaba. En la carta de la Iglesia de Esmirna, sobre el martirio de San Policarpo se dice: «Para un gran número de mártires, los azotes, la tortura y las llamas parecían dulces y agradables. Ellos no dejaban escapar ni un solo suspiro de sus pechos, mientras la sangre corría de todos sus miembros. Su cuerpo destrozado, dejaba ver hasta sus entrañas; tanto que el mismo pueblo pagano, no podía contener sus lágrimas, en vista de aquel espectáculo. *Es que el Señor que vela sobre las almas, y las protege* HABLABA CON ELLOS *endulzaba sus males*, Y LES PONIA DELANTE DE LOS OJOS *la corona celestial que debía recompensar su paciencia.*» El Martir San Victor, animaba á sus compañeros diciendoles: «En medio de los tormentos mas crueles, yo he invocado al Señor misericordioso, con ruegos y lágrimas, y hé aquí que de repente *le he visto yo llevando en su mano la cruz y diciendome: LA PAZ SEA CONTIGO, VICTOR; NO TEMAS NADA. YO SOY JESUS, y yo soy el que envió la confusion y los suplicios á mis santos.* Esta voz ha derramado en mi alma tal fuerza, que todos los tormentos me parecen nada.» Otro martir mas ilustre, San Cipriano, segun nos refiere en su vida el diácono Poncio, algun tiempo antes de morir, tuvo una vision en la cual el Señor le reveló su martirio y las circunstancias de él. San Pion, estando en la cárcel, haciendo oracion; vió que el sería llevado con los suyos; y llegado el momento se puso una cuerda al cuello, para que los verdugos le hallasen preparado, cuando vinieran á buscarle. San Mariano que sufrió el martirio en Numidia con San Jaime, hácia la mitad del tercer

siglo, vió un trono resplandeciente, en el cual estaba sentado un juez. Frente por frente habia un palenque para los confesores que habian de ser juzgados. Una voz fuerte exclamó: *Traed á Mariano*. El subió á la tribuna. Cipriano sentado á la diestra del juez, le dijo sonriendo: Ven á sentarte cerca de mí. Sentóse mientras que los otros confesores eran interrogados. Levantase el Juez y es llevado á su tribunal. El camino que conduce á él es delicioso, porque atraviesa unas praderas plantadas de cipreses y de pinos; entre los cuales serpentea un arroyo, que se divide en muchos arroyuelos. Cipriano toma una copa, la llena con el agua de la fuente; y despues de haber bebido, la llena segunda vez y la presenta á su compañero. Este bebe con placer, dá gracias á Dios y se despierta. Jáime, su compañero, tuvo una vision semejante. Vió un joven de elevadisima talla y de una fuerza extraordinaria, cubierto con un manto de luz tan brillante que los ojos no podian soportar su vista. Sus piés no tocaban á la tierra, su cabeza se perdía más allá de las nubes. Aquel gigante arrojó al confesor de Cristo dos fajas color de púrpura, una para él, y otra para su compañero diciendole: *seguídme prontamente* (1).

¿Por qué no he de mencionar á Santa Ines, de cuya vida hizo casi un poema San Antonio; á Santa Ines que ha tenido en nuestros dias la gloria de que se consagren á celebrar sus virtudes dos de los hombres más eminentes del siglo XIX, el uno con la pluma, que es el cardenal Wiseman en *Fabiola*, y el otro con la voz más elocuente que se ha oído en el púlpito contemporaneo, que es el P. Ventura en *La*

(1) GOERRES. La Mystique divine. Tom. 1. Liv. 1. Chap. 4.

muger católica? San Ambrosio no era un espíritu débil, ni un hombre crédulo y fanático; como no lo han sido los muchos que, imitándole, se han llenado de entusiasmo al ver las actas del martirio de esta ilustre Santa (1). San Ambrosio creyó en las visiones de Santa Ines. Terminantemente nos dice que la Santa Virgen alargaba las manos, en medio del fuego, á Cristo á quien veía presente. Las piedras preciosas y las demas joyas á que la Santa se referia como recibidas de su divino esposo, ¿que otra cosa significan en la teologia mística, sino los regalos y favores que Dios se digna conceder, de una manera fenomenal y extraordinaria, á ciertas almas predilectas?

Si San Ambrosio, en sus elogios á Santa Ines, autoriza la creencia en los favores sobrenaturales que Dios hizo á esta ilustre esposa suya, San Agustin en los diversos sermones que predicó en la fiesta de Perpétua, confirma la relacion escrita por ella misma, de lo que Dios hizo de extraordinario para confortarla y consolarla. Las visiones de Perpétua son á cual más bellas é instructivas. Apenas Perpétua se hace cristiana, es llevada á la cárcel, donde sufre un calor horrible. Es madre y su hijo vá á morir sofocado en sus entrañas. Su hermano á fuerza de dinero, logra para ella algun alivio. Se le dá más libertad. Entonces su mismo hermano le dice: «Ya estas tu bastante adelantada en la gracia, para pedir á Dios que te revele si sufriremos el martirio, ó seremos puestos en libertad.» Ponese la Santa en

(1) Estas *Actas* han sido publicadas en Roma por Monseñor Domingo Bartolini, Secretario de la Sagrada Congregacion de Ritos. Esta es una nueva prueba de la autenticidad á los favores sobrenaturales que Dios hizo á Santa Ines.

oracion y vé una escala que llegaba hasta el cielo; pero tan estrecha que una sola persona podia subir por ella. Al lado de esta escala habia espadas, lanzas, garfios y otros instrumentos; de modo que el que tardaba en subir ó dejaba de mirar hácia lo alto, era herido ó destrozado por aquellos instrumentos. Al pié de la escala un enorme dragon, que ponía asenchazas á los que subian por la escala, procurando entre tanto intimidarlos. Satur, así se llamaba el hermano de Perpétua, no estaba todavía preso. El mismo se puso en las manos de los verdugos. Sube el primero la escala, llega á lo alto, se vuelve á los circunstantes y dice: «Perpétua, yo te »espero, mas ten cuidado no sea que te devore el dragon.» «En el nombre del Señor, respondió la Santa, el dragon no »me hará mal.» El monstruo se levanta lentamente, cual si temiera á Perpétua; pero ella que ya levanta el pié para colocarlo sobre el primer peldaño de la escala lo pone sobre la cabeza de la bestia y sube valerosamente las otras gradas de la escala. Llegada á lo alto, descubre un jardin inmenso, en medio del cual está un anciano vestido como un pastor. El anciano era grande..... y al rededor de él se veían muchos millares de personas vestidas de blanco. El anciano levantó la cabeza, miró á Perpétua y le dijo: «Salud hija mia.»

Hé aquí lo que los Padres de la Iglesia veían, lo que admiraban, lo que celebraban con una elocuencia, á la vez sencilla y tierna, enérgica y conmovedora. ¿Por qué ha de ser ridiculo, ni peligroso, que nosotros creamos y celebremos, algunos fenómenos del mismo género?

No se diga tampoco que se concibe bien que eso sucediera en los tiempos heróicos de la Iglesia; cuando, como hacia observar San Agustin, si la Iglesia se hubiese establecido

sin milagros su mismo establecimiento hubiera sido el mayor de todos los milagros. No; porque esa tradicion de fenómenos sobrenaturales, se ha continuado en la Iglesia, sin interrupcion, hasta nuestros mismos dias. En efecto, lo que sucedió con los mártires, pasó tambien con los anacoretas. Desde San Pablo, primer Ermitaño, y San Antonio Abad, que puede decirse fué el Padre de aquella inmensa familia de anacoretas y cenobitas del Oriente, hasta los últimos tiempos en que estos florecieron, fueron comunes, muy comunes entre ellos, los fenómenos de esta clase, los cuales estan referidos como ciertos, por testigos de mayor excepcion. San Gerónimo lo es, en lo relativo á San Pablo; y San Atanasio en lo que toca á San Antonio. El don de milagros, el de profecía, el de discernimiento de espíritus, el ver á distancia, el poder sobre los animales, eran frecuentes entre aquellos millares de solitarios. El éxtasis era casi el estado normal de alguno de ellos. Repito que si hubiese de citar ejemplos, me haria interminable. El que quiera puede consultar facilmente la historia de los Padres, donde verá confirmado lo que voy diciendo.

He llamado una tradicion la perpetuidad de estos fenómenos sobrenaturales en la Iglesia. Los monges de Oriente, no carecieron de ellos, antes de que el cisma los separese de la Comunion Católica. Así, se dan ellos la mano con San Benito, patriarca de los monges del Occidente. Desde el mismo San Benito, hasta San Bernardo, no faltaron en los monasterios hombres dotados de todos esos dones extraordinarios. Si es en los monasterios de religiosas, no solo muchas santas canonizadas y conocidas, especialmente Santa Hildegarda y Santa Gertrudis, sino tambien otras muchísi-

mas, cuyos nombres no estan en el matirológico, ni siquiera hay mencion de ellas, sino es en algunas monografías especiales, tuvieron del modo más frecuente y en el mas alto grado, las gracias llamadas *gratis datas*. Es curioso sobre todo, lo que pasaba en el monasterio de Unterlinden, cerca de Colmar, en la Alsacia. El Cartujo Jauner de Fribourg y Per en el octavo tomo de la *Biblioteca ascética*, han publicado la relacion que Catalina Gebswieller, Priora de aquel monasterio y muger distinguida por todos titulos que habia vivido setenta y cuatro años en aquella comunidad, hizo de lo ocurrido en el mismo monasterio durante un siglo. No era una ni dos, sino casi todas las religiosas, las que tenian algo de extraordinario. En primer lugar ellas vivian en tal inocencia de costumbres, que el mayor pecado que una de ellas habia cometido, era el haber deseado, siendo muy niña, verse vestida de desposada y ser llamada Señora. La mayor falta de otra, era un poco de envidia que habia experimentado al entrar en el coro, viendo que siempre llegaban las otras antes que ella. El trabajo, la meditacion y la oracion, llenaban el tiempo de aquellas religiosas. El pescado y los lacticinios rara vez aparecian en su refectorio. Su único móvil en todo era el espíritu de Dios y el zelo de la perfeccion cristiana. El éxtasis era allí frecuente. Adelaida Rheinfelden se vió en un raptó, purificada de toda mancha, por un fuego que venia de lo alto. Ilustrada por una luz superior, ella se vió muchas veces sin forma, en la pureza de su ser, elevada sobre su cuerpo y brillando con una claridad inefable. Lo mismo le sucedió á Henburga de Herkenheim. Un dia, que habia ido al jardin para orar, su cuerpo fué inundado de una dulzura celestial, como si procedie-

ra de una fuente viva; y vió á su alma elevarse á lo alto, como un águila que bate fuertemente las alas. Margarita de Breisach, que se distinguia de sus hermanas por su austeridad, vivia en una union continua con Dios; y por la contemplacion frecuente de la Santísima Trinidad, llegó hasta la uniformidad divina. Lo mismo pasaba con Benita de Bogensheim y Matilde de Winsenheim, que frecuentemente tenia éxtasis y se elevaba un codo sobre la tierra. Las visiones eran tambien frecuentes en aquel convento. Un dia de Pentecostes, mientras que la comunidad cantaba el *Veni Creator*, Gertrudis de Colmar oyó caer del Cielo, con estrépito, una llama que llenó el coro; la cual durante todo el tiempo que duró el canto del himno citado, iluminó á las hermanas con un resplander celestial, tanto que parecía que estaban ardiendo. La citada Adelaida de Rheinfelden, atravesando un dia el convento, vió el cielo abierto y una claridad tal, que nada podía expresarla. Otra vez vió el purgatorio, con todos sus tormentos, y el número casi infinito de las almas que allí sufren. Otra vez se le apareció el Señor atado á la Columna, inundado de sangre, llevando en las manos y en los piés las señales de sus llagas. Ines de Blozenheim vió toda la Pasion del Señor, desde el momento en que los judios lo prendieron en el Huerto de los Olivos, hasta la Crucifixion. Ella en esa ocasion, como Gertrudis de Bruck en otra, oian los golpes del martillo de la Crucifixion. Gestrudis de Kerkenheim, vió á Nuestro Señor bajo la figura de un leproso y le dió de beber. Las mas de las veces se les aparecía bajo la forma de niño. Adelaida de Rheinfelden le vió en el copon bajo la forma de un niño de ocho años. Otras le vieron llevado por su Madre Santísima. Tambien

recibían otra clase de favores. Isabel de Ruffach, en su última enfermedad, se puso á cantar un nuevo cántico sobre Dios y sobre el Cielo, que nunca habia oído antes. Gertrudis de Sajonia entonaba cánticos sobre la Trinidad, la Encarnacion y la bienaventuranza del cielo, que conmovian á los que la escuchaban. Isabel de Senheim, que acostumbraba oír armonías celestiales en la oracion, recibió de Dios el don de entender las Sagradas Escrituras. Lo mismo le sucedió á Ines de Ochsenstein, la cual penetraba, con una luz superior, todos los asertos de los profetas. N. de Colmar, que habia recibido el mismo don le perdió al cabo de dos años, por una palabra presuntuosa. Ana de Winech estuvo inundada de dulzura durante tres años, perdiendo este favor por haber gustado un poco de vino en el lagar. Adelaida de Sigobsheim era frecuentemente inundada de tal dulzura, que le parecia que la llenaba Dios; y los ardores de su corazón se manifestaban al exterior por una traspiracion abundante. Algunas veces se arrojaba en un arroyo helado; otras veces se estaba hasta el amanecer en oracion, á la puerta del coro, desnudos los piés, y con un simple manto; mas á pesar de todo eso, estaba interiormente tan inflamada, que corrian arroyos de sudor por sus miembros (1).

(1) GOERRES; *La Mystique divine*. Tôme 1.^{er} Liv. 1.^{er} Chap. 10. Toda esta larga cita acerca del Monasterio de Unterlinden está tomada de la citada obra de Goërres. Este autor, magistral en la materia, es poco conocido en España. Es aleman y seglar. Como publicista, rayó muy alto. Convertido de veras á Dios, durante una persecucion que por uno de sus escritos le hacia el gobierno prusiano, consagró sus talentos eminentes, como otros compatriotas suyos, al servicio de la Iglesia. Su obra que consta de cinco tomos, está dividida en tres partes: *La Mistica divina*, *la Mistica natural* y *la Mistica diabólica*. Recomendando mu-

Acaso se alegará contra esto que la imaginacion de las mugeres es muy impresionable, por lo que no hay que hacer mucho caso de lo que á ellas les sucede, verdadera ó solo imaginativamente, sobre este particular. Ciertamente en la muger hay dos cosas. Por parte de su organismo, más susceptibilidad y facilidad para aprehender y representarse con viveza las cosas, especialmente las cosas espirituales y sobrenaturales; lo cual sin ser un argumento contra la realidad de los fenómenos místicos que en ella tienen lugar de vez en cuando, únicamente prueba la necesidad de examinar más atenta y rigurosamente esos fenómenos cuando aparecen en una muger que cuando se observan en un hombre. Lo segundo que hay que decir sobre esto es, que Dios muchas veces escoge con preferencia á las mugeres, para hacerlas esta clase de favores, por varias razones. La primera es la misma debilidad del sexo, porque proponiendose Dios al operar esos fenómenos, principalmente su propia gloria, Dios se honra tanto más á sí mismo, cuanto más débil es el instrumento de que se vale. La segunda es que en la muger hay mucha más piedad, por punto general, que en los hombres. La tercera que, especialmente en la época moderna, hay mucho más espíritu de abnegacion y sacrificio, á la par que mucho mayor zelo por la honra y gloria de Dios y por el bien del prójimo, en la muger que en el hombre. En fin, no es de despreciarse una cuarta razon, que es el haber perte-

cho á los eclesiásticos y especialmente á los estudiantes de teología, la lectura de esta obra; porque así como decía Proudhon que en el fondo de toda cuestion política hay una cuestion teológica, pudiera tambien decirse que toda cuestion teológica es ó de *Mística divina*, ó de *Mística diabólica*.

necido al sexo femenino, aquella que, entre todas las meras criaturas, no solo es la más santa de todas, sino que es la que más padeció con Jesus y mejor imitó á Jesus. Quizas entre los merecimientos de Maria, hubo alguno que Dios tenga especialmente en cuenta, para conceder, como concede, mayor número de gracias *gratis datas*, á las mugeres que á los hombres.

Mas no se diga en son de burla, que esas son cosas propias solo de mugeres; y que de consiguiente, los hombres serios no deben ocuparse del exámen de esa clase de fenómenos, ni en si ni en otros. Discurrir así es acercarse un poco á la impiedad, así como es mostrar no poca ignorancia de la historia. Ya he citado antes, tomado del libro de los Hechos Apostólicos, lo que ocurrió con algunos de los Apóstoles, como San Pedro, San Pablo y San Juan en su Apocalipsis; y lo que pasó con los Santos Diáconos Estevan y Felipe, en hechos del mismo género. Los Santos Mártires, solitarios y anacoretas que he citado tambien eran igualmente hombres. San Benito y San Bernardo, en quienes se continuó la tradicion de esos fenómenos, no eran mugeres. No lo eran tampoco, Santo Domingo y San Francisco, que cierran la edad media, y abren por decirlo así, la época moderna. En ambos santos y especialmente en San Francisco cuya influencia fué tan práctica y tan provechosa, no solo en el orden religioso, sino tambien en el literario y en el civil(1), se

(1) Se han publicado doctos é interesantes trabajos en nuestros dias sobre San Francisco. Los mejores son los estudios de Ozanam sobre los poetas franciscanos: la *Historia de San Francisco*, por Chavin de Malar; y la *Historia popular* del mismo Santo, por el Conde Anatolio de Segur.

verificaron muchos de esos fenómenos. Es cosa notable que el Santo de las Llagas, sea el que verdaderamente creó la lengua italiana, y fué el verdadero iniciador de la poesia italiana, que en su cántico al sol preludió al Dante y que influyó en el génio del autor de la *Divina Comedia*, así como influyó también su prestigio en crear el verdadero arte cristiano, en la pintura y en la arquitectura. Quitad á San Francisco la parte sobrenatural de su vida, y no solo la mutilareis, sino que casi la hareis ininteligible, por no decir imposible. Desde la vision de las cruces, hasta su estigmatizacion, la vida de San Francisco es una serie de fenómenos extraordinarios.

El principio, el fin, los principales hechos de su vida, estan relacionados estrechamente con esos favores. Mas tarde sucede lo mismo con los más grandes hombres del cristianismo. San Ignacio, que es el hombre práctico por excelencia, y el que más deseaba que sus hijos fuesen por las vias ordinarias, fué objeto también de esos favores extraordinarios, sin los cuales el gran fundador de la Compañia de Jesus, no seria lo que es, ni habria hecho lo que hizo. La aparicion de San Pedro en Loyola le convierte. La intuicion de la Santísima Trinidad, con lo demas que le ocurrió de extraordinario en Manresa, le hace autor de los ejercicios, cuyo libro es la verdadera turquesa en que se han vaciado los hombres grandes de su instituto, así como los mayores Santos de los tiempos modernos. La aparicion de Jesus en Vicenza, prometiendole serle propicio en Roma, le llevó allá para afirmar bien los cimientos de su obra, que tan fecunda ha sido y es en todo el universo, para la gloria de Dios y el bien de las almas.

Despues de San Ignacio, el otro Santo eminentemente práctico y enemigo jurado ds cosas singulares, es San Felipe de Neri, su contemporaneo y amigo. Pues bien, leed con atencion la vida del apóstol de Roma (1), y encontrareis, no solo la frecuente renovacion de esos fenómenos en el Santo, sino que ellos influyen decisivamente en su vida. La efusion del Espíritu Santo en la catacumba de San Sebastian, que le rompió las costillas, dejandole vivir solamente por milagro; sus arrobos, sus éxtasis, sus coloquios con la Santísima Virgen, todo esto no solo adorna la vida de San Felipe, sino que se encarna en ella, la profundiza y la explica.

Contemporaneos de San Ignacio y de San Felipe, eran San Cayetano de Siena. á cuyas manos vino en una Noche Buena el Niño Jesus, á regalarle con su presencia. Lo mismo hizo con San Felix de Cantalicio, otro contemporaneo amigo de San Felipe, al cual llamaba su *teólogo*, no obstante que no era más que un simple lego Capuchino, sin estudios y sin letras; lo cual prueba en cuanta estima tenia San Felipe, las gracias *gratis datas*, sin las cuales no habria sabido San Felix lo que sabia. La vida de San José Calasanz, otro contemporaneo de aquellos grandes santos, está sembrada de fenómenos análogos á los citados; y ¿que diré de San Juan de la Cruz y de San Pedro de Alcántara; por no hablar de aquella mujer que era un grande hombre, por emplear una frase feliz de Chateaubriand, esto es, de Santa Teresa de Jesus? ¿Tendreis valor ahora para reiros de esas cosas extraordinarias, como de puerilidades ridículas; ó para censurar como

(1) Hasta el dia de hoy conserva este título, justísimamente merecido, el glorioso fundador del *Oratorio*.

crédulos á los que se ocupan de ellos? ¿No veis como estan intimamente ligados esos fenómenos, no solo con las vidas, sino con las obras inmortales y gloriosas de los ilustres fundadores de la Compañia de Jesus, del Oratorio y de las Escuelas Pias; asi como con las de los no menos ilustres reformadores del órden de los menores y del órden del Cármen?

Pues si pasamos del siglo XVI, al XVII y de éste al XVIII y aun al XIX en que vivimos, hallaremos continúa esa tradicion en los más ilustres Santos. San Francisco de Sales fué objeto de profundo respeto. San Vicente de Paul, si no los tuvo, por lo menos hizo de ellos el caso que debia. San Alfonso Maria de Ligorio, cuya gran figura basta para llenar él solo el siglo XVIII, recibió admirables favores de este género, bastando citar el de la aparicion de la Santísima Virgen, cuando estaba predicando y su bilocacion; por la cual estuvo al mismo tiempo en Santa Agueda de los Godos (reino de Nápoles) y en Roma, asistiendo en sus últimos momentos al Papa Clemente XIV. como se comprobó en el proceso de la canonizacion de aquel ilustre Doctor de la Iglesia. Su gran contemporáneo San Pablo de la Cruz fundador del penitente órden de Pasionistas, fué objeto de fenómenos iguales. De los siervos de Dios del siglo XIX, cuyas causas de beatificacion penden en Roma, ó se introducirán tal vez algun dia, pudieramos citar al cura de Ars, al abate Duffrich Desgenetes, y al ilustre P. Faber, que más ó menos pueden contarse entre las almas favorecidas con esa clase de gracias *gratis datas*.

En cuanto á las mugeres, despues de Santa Teresa, viene Santa Maria Magdalena de Pazzis, y en pos de esta Santa

Verónica de Julianis, la Beata Margarita Maria Alacoque, cuyas visiones y revelaciones no solo llenan el siglo XVII, sino que constituyen el grande apostolado de la devocion al Corazon de Jesus, la cual es no solo la más admirable escuela de la piedad, sino la mayor, por no decir la única esperanza de la Iglesia en los actuales tiempos, á juicio del inmortal Pontífice Pio IX. Santa Francisca de las Cinco Llagas, la Venerable Madre Maria de Agreda, Ana Catalina Enmerich, Ana Maria Taigi, Maria Moerl, Dominica Lázzari, muertas estas cuatro últimas en este siglo, y hoy mismo Luisa Lateau y Palma de Oria, ambas estigmatizadas y dotadas de otros favores extraordinarios, forman un grupo, al cual pudiera yo todavía añadir otros nombres para probar la verdad de mi aserto, esto es, que el usar Dios de estos medios extraordinarios, para el cumplimiento de sus altísimos designios, forma una verdadera y no interrumpida tradicion en la Iglesia.





CAPÍTULO II

CONTINUACION DE LA MISMA MATERIA

ME ha sido necesario detenerme tanto en los hechos, que debia dar por respuesta á la objeccion que se hace contra los fenómenos extraordinarios de la vida espiritual que me pareció necesario, ó por lo ménos conveniente, formar capitulo aparte, porque lo merece, el argumento que se funda, primero en la naturaleza misma de la vida espiritual; y segundo en lo que sobre la existencia perpétua de las gracias habituales en la Iglesia, nos enseña el Evangelio.

Algunos teólogos enseñan que el éxtasis el cual entre los fenómenos sobrenaturales, es uno de los más extraordinarios, constituye el estado natural del hombre, por-

que Adam fué creado en él; de modo que las operaciones místicas que suelen tener lugar en ciertas almas, no hacen más que sacarlas del estado imperfecto á que el pecado nos ha inducido, para llevarlas á el estado perfecto en que Dios quiso crear al primer hombre. El objeto de la venida del Divino Salvador al mundo, no ha sido más que el de reparar los estragos del pecado, no solo restituyendo al hombre su dignidad primitiva, sino elevandolo á una dignidad todavía más alta; como todos los días lo hace decir la Iglesia en la Santa Misa, por aquellas palabras con que se bendice el agua al mezclarla con el vino para la ofrenda: *Deus qui humanæ substantiæ dignitatem mirabiliter condidisti, et mirabilius reformasti.....* En los oficios del Sabado Santo la misma Iglesia llama FELIZ, á la culpa de Adam; en lo cual no habria exactitud, si por consecuencia de la Redencion, el hombre hubiese tenido algo ántes de la culpa, que despues de la culpa no hubiese podido recuperar con ventaja. Ahora bien, si Adam fué creado en un estado fenomenal hoy, como es el éxtasis; si ese estado es una ventaja, un don, un honor, un verdadero bien, como indudablemente lo es; por consecuencia lógica se deduce que ese estado extraordinario y todos los otros dones especiales que tuvo Adam ántes de pecar, como el dominio sobre la naturaleza, la instruccion de las cosas ocultas, la ciencia infusa etc., etc., no solo deben subsistir hasta el fin del mundo entre los redimidos, sino que nada de extraño tiene que esos dones sean frecuentes y aun habituales, en las personas que se preparan para ello, muriendo al hombre viejo, crucificandose y sepultandose con Cristo; resucitandose del hombre nuevo que segun Dios es formado en justicia, santidad y verdad, viviendo no ellos, sino Cristo en ellos, segun

las espresiones del Apostol San Pablo tan exactas como significativas (Ad Galat. 2: 20).

Ahora, no solo piensan esos teólogos que el primer Adam fué creado en un estado hoy extraordinario, en el éxtasis, sino que ademas piensan que el segundo Adam, Nuestro Señor Jesu-Cristo, vivió en ese mismo estado sobrenatural. Siendo esto así, es mucho menos extraño que desde el principio de la Iglesia, haya sido frecuente hasta nuestros días, hallarse muchas personas virtuosas ó santas en estados extraordinarios. En el Evangelio, á cada paso se encuentran las pruebas de que Nuestro Señor Jesucristo vivia en efecto, como hombre, en un estado extraordinario para los demas hombres, despues de la caída de Adam. Por eso hay intérpretes que explicando el misterio de la Transfiguracion, dicen que no fué esta el fenómeno; que antes al contrario, lo extraordinario era que Jesus no apareciese siempre y en todas partes, tal cual se dejó ver en el Monte. Pues bien, este Divino Salvador, ha manifestado, con las palabras y con las obras, que su objeto era, así como él se habia hecho cual uno de nosotros al encarnar en las entrañas purísimas de MARÍA, que nosotros nos hicieramos como El. Léase sino con cuidado el Capítulo 14 del Evangelio de San Juan, donde el discipulo amado consignó aquel admirable discurso que siguió á la Cena, cuando, segun la expresion del Santo Concilio de Trento, el Señor parece que levantó los diques á su caridad para que inundase toda la tierra. Basta leer con una mediana atencion ese discurso, para convencerse de la verdad con que voy sosteniendo, que no solo no tiene nada de extraño el que sean frecuentes los estados extraordinarios de ciertas almas, en el seno de la Iglesia, sino que lo

extraño, lo opuesto al Evangelio, sería que esos estados extraordinarios desapareciesen, como parece que lo desean los que se burlan de ellos, los que tienen por simples y crédulos á los que creen que esos estados son posibles y, aun en cierto sentido, necesarios en la Iglesia de Dios.

En efecto, en ese discurso claramente nos manifiesta Nuestro Señor Jesucristo el designio formal de unir consigo, de identificar consigo, de transformar en si mismo á sus elegidos. Al anunciarles que rogará al Padre para que le dé otro Paracleto, formalmente dice que este «morará con ellos para siempre» (Joan. 14: 16); é inmediatamente añade, como si aquellas palabras tan terminantes no bastasen: «En vosotros permanecerá y en vosotros estará» (Ibid. 17). En seguida dice: «En aquel dia conoceréis que Yo estoy en el Padre, y vosotros en mí y Yo en vosotros» (Ibid. 20). Después, respondiendo á Judas, no el Iscariote, dijo: «Si alguno me ama, observará mi palabra, y el Padre lo amará; y vendremos á él y en él moraremos» (Ibid. 23). En el capítulo 15 el similitud de la vid y de los sacramentos indica claramente que el Divino Salvador no solo queria unir, sino identificar consigo á los hombres que en El creyesen, que en El esperasen y que le amasen (Joan. 15: 5-7). El capítulo 17, que contiene la oracion de Cristo al Padre, antes de dejar el Cenáculo, todavia confirma mas explicitamente esta verdad. «Padre Santo, conserva en tu nombre á esos que me diste para que sean uno, como lo somos nosotros» (Joan. 17: 11). «Santificalos en verdad. Tu palabra es verdad» (Ibid. 17). «Por ellos me santifico Yo mismo; para que ellos sean santificados en verdad» (Ibid. 19). «No pido solo para ellos, sino tambien para todos los que por su palabra creye-

ren en mí. Para que todos sean uno, como tú ¡oh Padre! estás en mí y Yo en Tí, así ellos en nosotros sean uno, para que crea el mundo que tu me enviaste. La claridad que tú me diste, Yó se la dí á ellos, para que sean uno como nosotros somos uno. Yó en ellos y Tú en Mí; para que sean consumados en uno y conozca el mundo que Tú me enviaste, y que los amastes á ellos como á Mí me amaste» (Ibid. 20: 23). El último verso de este capítulo, confirma lo que tan claramente se contiene en todos los anteriores. «Yo les he dado á conocer Tu Nombre; y haré conocer que el amor con que me amaste, está en ellos y Yo estoy en ellos mismos» (Ibid. 26).

Ahora bien, no solo tenemos aquí claramente dicho que el Divino Salvador quiere identificar consigo mismo y con su Eterno Padre, á sus Apóstoles y á todos los que creyeren en su palabra; sino que asegura el Señor ser conveniente esta indentificación, para que el mundo crea que El fué enviado por el Padre. Pues bien, la indentificación, supuesto que Nuestro Señor Jesucristo vivió en un estado sobrenatural y extraordinario (1), supone la frecuencia, por no decir la continuidad de ese estado en la Iglesia hasta el fin de los siglos; así como es indudable que los fenómenos á que ese estado dá lugar, son utilísimos para demostrar la divinidad de la Religión, esto es, que Nuestro Señor Jesucristo fué enviado por el Padre.

Esto es especialmente utilísimo en las épocas críticas para la fé, como es la que nosotros vamos atravesando. En

(1) GROWTH IN HOLINESS, *des Frederick William Faber*. D. D. Chapte XXIII. El P. Faber citando á los teólogos que sostienen esta opinion, parece que la adopta.

esas épocas y especialmente en la nuestra, además de los hereges y cismáticos, hay una multitud de hombres en el mismo estado en que estaban los paganos. A los judíos podían los Apóstoles citarles el Antiguo Testamento, como lo hizo el Apóstol San Pedro desde su primera predicación. (Act. 2: 16-21); y por el cumplimiento de las profecías que veían verificadas en Jesucristo y en la venida del Espíritu Santo, si no podían convencerlos de la divinidad del Salvador, por lo menos podían preparar su conversión. Mas no así á los paganos, que no conocían ni admitían la autoridad Divina de la Sagrada Escritura. El Padre San Gregorio explica esto perfectamente: «Se nos preguntará ¿por qué cuando nació el Redentor, se apareció un ángel á los pastores en la Judea; mientras que á los Reyes los trajo, no un ángel, sino una estrella? Esto era porque á los judíos, como seres racionales, debió predicarles otro ser dotado de razón, cual es un ángel; pero los Gentiles, como que no sabían usar de su razón son traídos para que conozcan á Dios, no por una voz sino por un prodigio. Por eso dice San Pablo: «Las profecías son dadas á los fieles; y los milagros á los infieles, no á los fieles. Las profecías son para los primeros, como fieles, no como infieles; y los milagros para los segundos, como infieles, no como fieles.» (Hom. 10 in Evag.)

Pues bien, que ahora el mundo paganiza, es una verdad generalmente sentida y por los sábios hasta la evidencia demostrada (1). No hay más que oír ó tomar en las manos los

(1) Léase la admirable obra titulada LA REVOLUCION, por Monseñor Gaume, en la cual se verá que desde el llamado *Renacimiento*, hasta hoy, el paganismo no solo se infiltra, sino que domina en las Sociedades modernas, tomando á veces las formas mismas de la idolatría.

discursos de los mas célebres oradores sagrados de nuestros dias, para persuadirse de que ellos estan convencidos profundamente de esta verdad. Lacordaire, Ravignan, Félix y Montsabré, que se han sucedido en el púlpito de la Catedral de Nuestra Señora de Paris, se han colocado en este punto de vista respecto á la culta sociedad contemporánea. La negacion de la revelacion es radical. Luego es preciso omitir todo argumento de autoridad. Ni es sola la Francia la que está en ese estado tristísimo. Ese mal ha cundido en Italia; el racionalismo domina la Alemania y ha penetrado en la Inglaterra, aun en las filas del Clero protestante, que todavia se dice cristiano, aunque una parte considerable de él niega la revelacion y desconoce la Divinidad de Jesucristo. Los demas pueblos no estan libres de esa plaga. Ella vuela en alas de la prensa, se infiltra por medio del libro, del folleto y del periódico; la novela es su emisario; el casino es su escuela; el café su tribuna. No hay que hacerse ilusiones. Tal es el estado presente de la sociedad (1).

Ahora bien ¿Se dejará Dios destronar? ¿Permitirá el Padre Eterno, siendo Todopoderoso, que se pierda el fruto de la sangre que su Divino Hijo derramó por las almas? ¿Per-

(1) Advierto sin embargo, especialmente al clero jóven, que se guarde de querer predicar en todas partes, como los oradores citados en el texto, han predicado en la Catedral de Paris. Allí mismo, no han sido esos discursos, sino las máximas eternas contenidas en los ejercicios de San Ignacio, las que han convertido las almas. En la excelente *Revue des Sciences Ecclesiastiques*, que fundó en Arras el célebre Canonista Domingo Bouix, se dice que ese género de predicacion filosófica, es *necesaria* en algunos lugares, *útil* en otros y *perjudicial* en no pocos. Lo primero que debe hacer el orador, es adaptarse á la capacidad y circunstancias de su auditorio.

mitirá el Hijo, siendo infinita su Sabiduría, que la falsa ciencia de los hombres, triunfe y se burle de él? ¿Permitirá el Espíritu Santo, que la obra del Amor inefable, que es el establecimiento de la Iglesia para la salvación de los hombres, sea sustituida por la obra del odio infernal, que es la impiedad, cuyo único objeto es la ruina de esas almas, criadas á semejanza de Dios y redimidas á tanto precio? Eso no puede ser y eso no será. Supuesto que las circunstancias hacen, por decirlo así, necesarios los milagros y los demás fenómenos extraordinarios, ellos se verificarán, se multiplicarán y se entrarán por los ojos de todos. Así ha sucedido, en efecto, como voy á hacer ver brevemente, apelando aquí al argumento histórico, en apoyo del razonamiento teológico.

En efecto llama la atención, la frecuencia y singularidad de los fenómenos espirituales que, en el espacio de ciento y cincuenta años, han tenido lugar en el mundo. Conocidísimo es lo que sucedía con San José Cupertino, religioso franciscano de la familia de los Conventuales. Este desde la edad de ocho años, comenzó á recibir esa clase de favores; siendo quizás el más frecuente en él, el éxtasis. La série de las conversiones célebres en Alemania, que contiene nombres tan ilustres como los del Conde de Stolberg, Schlegel, Hurter y otros, comienza por el nombre del Duque de Brunswick, el cual abjuró el protestantismo y se hizo católico, á consecuencia de haber visto extático en el aire, al citado San José de Cupertino. A San Alfonso Maria de Ligorio, le vió todo el pueblo que le oía predicar, con el rostro radiante, durante una aparición de la Santísima Virgen. En Roma, á principios de este siglo se hizo célebre el P. Bernardo, de la ór-

den de los Mínimos, por los fenómenos extraordinarios que en él se verificaban, edificando á los Italianos y á los extranjeros. Del mismo tiempo era Ana Maria Taigi, cuya causa de beatificacion pende en Roma; y que en su tiempo y despues, fué la admiracion y edificacion de todos especialmente de los ingleses de la alta Sociedad, no obstante ser ella esposa de un simple criado del palacio Chigi. Pero lo más notable ha sido que desde un siglo á esta parte, Dios ha cuidado de que asi como hay delante de Jesucristo Sacramento una lámpara que no se apaga nunca, como símbolo del amor con que debemos pagar el amor de un Dios, asi no falta delante de la justicia divina una persona, que reproduciendo en sí, de una manera viva, dolorosa y sangrienta, la Pasion del Salvador, aplaque la cólera Divina y atraiga sobre las almas torrentes de luz y de misericordia. Como este asunto se relaciona, bajo más de un aspecto, con la vida y mision de Sor Bárbara de Santo Domingo, voy á entrar en pormenores.

La primera de estas víctimas dolorosas y voluntarias no solo por el orden del tiempo, sino acaso tambien por la importancia de la mision, es Ana Catalina Enmerich, religiosa agustina en el convento de Dulmen, en Westfalia. En el orden de fenómenos extraordinarios se desarrollaron en ella las visiones, los éxtasis, la estigmatizacion y el don de profecia. Su vida fué rigurosamente examinada y su virtud probada por el ilustre Baron Droste de Wischerng, entonces Vicario general del Obispado de Munster, á cuya diócesis correspondia la sierva de Dios. Sabido es que este célebre personaje, fué despues Arzobispo de Colonia, donde sostuvo una polémica brillante contra las pretensiones del gobierno

prusiano, sobre la cuestion de los matrimonios mixtos. Fué perseguido y aprisionado. Gregorio XVI tomó su defensa; y al fin el gobierno prusiano tuvo que ceder. Bernardo Obberber, sacerdote distinguido por su despreocupacion, su ciencia y su piedad, fué el director de Ana Catalina. El famoso Obispo Aleman Sailer, la visitó y quedó convencido de la realidad de sus fenómenos.

Un gran literato aleman, Clemente Brentano, se impuso á si mismo el vivir en un pueblecillo, donde residia la sierva de Dios, para recoger de su boca sus revelaciones, que luego publicó él en parte y en parte dejó á la congregacion del Santísimo Redentor, para que á su tiempo se publicase, como se ha hecho, traduciendose la obra en casi todas las lenguas y leyendose por todas partes con avidez. Su vida ha sido escrita por muchos, siendo la mejor y más completa la que el P. Schegnaher, de la misma Congregacion, ha publicado hace poco; la cual como todas las visiones de Ana Catalina, han sido traducidas al frances, por el distinguido Abate Cazales. Hasta rivalidades ha habido entre la Francia y la Bélgica, sobre quien habia de publicar antes la traduccion de esa obra.

Esto en cuanto á las visiones. Respecto de las profecias, es notable en particular la relativa á la persona y pontificado de Pio IX. Muerta la sierva de Dios en 1824, sino es por el don de profecia, no podia ella saber que en 1846, aquel jóven Presbítero, en cuyo corazon vió ella obrarse una transformacion maravillosa, habia de ser elegido Sumo Pontífice; asi como tampoco nadie podia naturalmente prever los sucesos que habian de tener lugar en los azarosos tiempos de su pontificado. En cuanto á los éxtasis y la estigmatizacion,

baste decir que el primero casi era su estado normal; y que en los últimos doce años de su vida, sus pies, sus manos, su costado, su pecho y sus sienes, estaban heridos sobrenaturalmente y con frecuencia manaban sangre.

La policía francesa, mientras Napoleon I dominó en Westfalia, y la policía prusiana despues que el territorio de Dulmen entró bajo la dominacion del gobierno de Berlin, molestaron, persiguieron y martirizaron á Ana Catalina, de un modo que, solo el leerlo irrita é indigna. Una comision de médicos, tan impios como crueles, se apoderó por fuerza, de contado en nombre de la libertad y de las leyes, de aquella sierva de Dios. Ejecutado el rapto, la llevaron á otra casa distinta de la pobre en que vivia de limosna, porque tambien allá, en nombre de la libertad y del progreso, se habia arrojado á las religiosas de sus conventos. La examinaron, la interrogaron y la tendieron toda especie de lazos. Dios triunfó en ella del demonio y de sus agentes. La ciencia racionalista quedó confundida delante de los hechos, viendose reducida, como le sucede siempre en casos análogos, á decir un ridículo *No sé*, para escusar un limpio *No creo*.

La Alemania, antiguo foco de la oposicion del Estado á la Iglesia, durante los conflictos de los Papas con los emperadores por la cuestion de las investiduras, habia de ser en nuestros dias, de dos maneras, una nueva encarnacion del Antecristo. Primeramente por el racionalismo, cuyos corifeos fueron Kant, Schelling, Hegel y sobre todos Krausse; de quienes habian de tomar los franceses todas esas absurdas é ininteligibles teorías filosóficas, que encierran tantas impiedades y heregias, para vestirlas á la francesa, como lo hizo

Victor Cousin propagandolas despues en la Europa meridional.

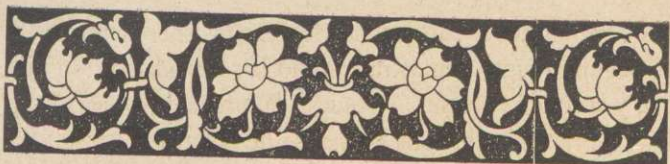
En segundo lugar, gracias á los errores de Napoleon III, la Alemania habia de disponer de una casi inmensa fuerza brutal, dara perseguir á la Iglesia, de acuerdo con la masoneria cosmopolita, no solo más allá del Rhin, sino donde quiera que puede hacerlo. Por eso parece que quiso Dios que continuase allí la expiacion y la intercesion, por medio de Maria Moerl y de Domínica Lázzari, ambas estigmatizadas tambien, y la primera casi perpétuamente estática. El pais donde los solidarios, que no quieren tener religion en vida ni en muerte, habian de obrar con más descaro, la Bélgica, ha tenido tambien y la tiene todavia una víctima de propiciacion en Luisa Lateau, estigmatizada y estática, que ha sido minuciosa y rigidamente observada, por las autoridades eclesiásticas y por un crecido número de médicos. Uno de ellos, Mr. Isambert, ha escrito sobre ella un libro notable, que no deja lugar á ninguna duda razonable, acerca de la realidad de esos fenómenos.

Basta de pruebas históricas. Antes de concluir este capitulo, aunque las citas que he hecho del Evangelio, bastan y sobran para probar que la voluntad de Dios es que esos hechos extraordinarios, se perpetúen y sean frucuentes en la Iglesia, voy á completar la demostracion de esta verdad, citando en apoyo de ella, algunos otros pasages del Nuevo Testamento. Desde el dia de Pentecostes, se ha creido en la Iglesia que ella no solo era depositaria de las gracias *gratis datas*, sino que, mediante quererlo así Dios, tenía derecho á esos dones. San Pedro en aquel mismo dia, y como principio de su predicacion, apeló al vaticinio del profeta

Joël: «Sucedará en los últimos tiempos, dice el Señor, que
 »Yó derramaré mi Espíritu sobre toda carne; y profetizarán
 »vuestros hijos y vuestras hijas, y vuestros ancianos soñar-
 »rán sueños. Y ciertamente derramaré mi Espíritu sobre
 »mis siervos y mis siervas y profetizarán» (Act. 2: 17 y
 18). Por eso á San Pedro, que vive siempre en sus sucesos,
 segun el pensamiento de San Ambrosio, no le sorprenden esos fenómenos en los siervos, ni en las siervas de
 Dios. Por eso no solo los admite en los procesos de beatifi-
 cacion y canonizacion de los Santos, sino que los aprueba
 en los decretos con que esas causas se sustancian y en las
 Bulas con que se terminan. Todavía mas; hasta los hace
 objeto de fiestas especiales, como la de las Llagas de San
 Francisco, para toda la Iglesia; la de las de Santa Catalina
 de Sena, para el órden de Santo Domingo, y la de la Trans-
 verberacion de Santa Teresa, para la órden Carmelitana y
 para las Diócesis de España y de la América Española. San
 Pablo, lejos de despreciar ni de alarmarse por esos fenóme-
 nos, como lo hacen hoy algunos que pasan por despreocu-
 pados ó que son meticulosos en demasía, supone en su
 Epístola á los Efesios (2-20), que esos dones, son uno de los
fundamentos de la Iglesia; y en su primera Epístola á los
 Corintios, no solo los enumera, sino que los elogia y hasta
 recomienda que se deseen. «A algunos, dice, los puso Dios
 en la Iglesia, primero como apóstoles; segundo como profe-
 tas; tercero como doctores; despues virtudes, luego con gra-
 cia de curaciones, de auxilios, de gobierno, de don de len-
 guas, de interpretacion de palabras ¿Por ventura todos han
 de ser Apóstoles? ¿Todos profetas? ¿Todos Doctores? ¿Todas
 virtudes? ¿Todos han de tener la gracia de curaciones? ¿To

dos hablarán las lenguas? ¿Todos han de interpretar? Desean ellos dones mejores» (1. Cor. 12: 28-31).

No obsta que, especialmente á consecuencia de las heregías de los últimos tiempos y del abuso que algunos hereges han hecho en la mística fingiendo cosas extraordinarias y hasta milagros, como lo hacian los Jansenistas en el Cementerio de San Medardo, sobre el sepulcro del Diácono Paris, muchos teólogos modernos, muestren una fuerte prevenicion contra todos los fenómenos extraordinarios, los califiquen casi generalmente de ilusiones, los atribuyan al histerismo ó les busquen otras causas psiquicas ó fisiológicas. Se ha dicho en el capítulo anterior que el abuso de una cosa, no es razon para condenar la cosa misma. El abuso es uno de aquellos argumentos, que en buena lógica, por probar demasiado, nada prueba. Si ese argumento valiese contra los fenómenos ordinarios de la gracia, se podria emplear contra sus medios y manifestaciones ordinarias. Así se acabaria con la frecuencia de los Sacramentos, con la oracion, con las mortificaciones y con todo lo que constituye ordinariamente la vida espiritual. Es, pues, falso zelo y prudencia segun la carne, aquella que hiere sin oír, y que condena sin admitir defensa, á los que ó son favorecidos por Dios con esos fenómenos, ó se inclinan en favor de ellos. Sigamos el consejo del Apóstol, y evitando todo extremo, nos pondremos en lo justo y conveniente: «No apagueis el espíritu. No desprecieis las profecías. Probad todo espíritu; y conservad lo que es bueno» (1. Thes. 5: 21).



CAPÍTULO III

DE COMO LO QUE HEMOS VISTO HASTA AQUÍ, DE LA VIDA Y DE
LAS OBRAS DE SOR BÁRBARA DE SANTO DOMINGO,
FORMA YA UN INDICIO EN FAVOR DE LA CREENCIA
DE LOS FAVORES EXTRAORDINARIOS
QUE DIOS LE HIZO.

AL comenzar este capítulo, me parece necesario, dividirlo en dos secciones. En la primera me ocuparé de la demostracion negativa que apoya la proposicion anunciada en su título; y en la segunda aduciré las pruebas positivas, que confirman esa proposicion. Mas claro, primeramente haré ver, que Sor Bárbara de Santo Domingo, no tenia ninguna predisposicion física ni moral para sufrir las ilusiones

que contrahacen ó parodian los fenómenos sobrenaturales; y en segundo lugar demostraré como la sinceridad de su piedad y la solidez de sus virtudes, la prepararon para que Dios derramase sobre ella esta clase de favores.

En cuanto á lo primero, hay que atender que hay personas física ó moralmente predispuestas á alucinarse y á alucinar á otras en materias espirituales. Las disposiciones físicas que á esto contribuyen, suelen ser un sistema nervioso demasiado pronunciado, un temperamento melancólico un carácter soñador por emplear una frase francesa traducida al español, una imaginacion exaltada, una fantasía fecunda ó un humor caprichoso; todo lo cual, aislada ó combinadamente, ya sea produciendo una enfermedad crónica, ya sea obrando transitoriamente, puede crear ilusiones, las cuales en las personas religiosas, naturalmente toman un tinte místico.

Pero nada de esto ocurría en Sor Bárbara de Santo Domingo. Sus enfermedades no eran de nervios, ni su temperamento fué nunca melancólico. Antes por el contrario, las religiosas que vivian con ella, si bien no le notaban movimientos bruscos y descompasados de alegría, la encontraban, si, conforme y tranquilamente contenta, no solo en sus enfermedades, sino aun en otras circunstancias mas críticas de su vida. Las religiosas benedictinas de San Clemente, cuando las Dominicas de Madre de Dios llegaron á su Monasterio, lanzadas del propio por la mano impía y brutal de la revolucion, como la fama de Santa precedia á Bárbara aun en vida, la conocieron sin preguntar su nombre, con solo ver la serenidad de su semblante. Menos era propensa Bárbara á soñar despierta, pues educada desde

niña en el trabajo y la pobreza, la vida no era para ella mas que una pesada realidad.

Tampoco tenía Bárbara una imaginacion exaltada ni una fantasía de fuego; y mucho menos habia tenido ocasion, como otras personas, de llenar esa imaginacion ó de recalentar esa fantasía con espectáculos ó lecturas adecuadas para ello. Jamas leyó una novela, ni asistió al teatro. Ni siquiera pudo darse á la lectura de muchas vidas de Santos, ni obras de mística que la pudieran dar idea relativa á los fenómenos extraordinarios de la vida espiritual; porque siendo pobres sus padres y pobre ella misma, ni habia en su casa copia de libros de esa clase, ni tampoco tenia tiempo para leerlos, porque estaba obligada á dedicarse al trabajo de manos, para ayudar á adquirir la subsistencia de la familia. En el convento tendria alguna mas proporcion para eso, porque allí no faltarian libros de esa clase; pero aparte de que no consta que Bárbara fuese demasiado aficionada á esa clase de lecturas, ni su director se la permitía para mejor asegurarse de su espíritu, basta saber á que miseria ha reducido la revolucion á las antiguas Comunidades religiosas, para que uno se persuada de que una religiosa de oficio como Bárbara, con una escasísima pensión y viviendo entre otras religiosas pobres, tendria que emplear en la labor de manos el escaso tiempo que le quedase libre, despues de cumplidas sus obligaciones.

Por último, recuerdese lo que, con otro motivo, queda dicho en el libro primero, esto es, que la obediencia destinaba á Bárbara, como cuando estuvo de enfermera, á oficios y ministerios que, por una parte no la dejaban tampoco libre, y que por otra, si no hubiese estado muy unida con Dios, y

si Dios no hubiera obrado en ella, no podian menos de romper la tela de cualquiera ilusion que, en otro caso, hubiese podido estar padeciendo. En cuanto á humor caprichoso, el testimonio unánime de todas las religiosas de Madre de Dios y de San Clemente, alejan como una injuria esta suposicion, que pudiera hacerse contra Bárbara de Santo Domingo.

Las disposiciones generales que predisponen á las ilusiones son, en primer lugar, la vanidad y estimacion propia. Nada de esto habia en Bárbara, que era una alma humildísima y que tenia de si propia el más bajo concepto. No hay un solo indicio de soberbia en toda su vida. La segunda predisposicion á las ilusiones es la desobediencia á los confesores, ó la pretension de hacerlos ir por donde uno mismo quiere. Tampoco tuvo jamas ninguno de estos defectos Bárbara; antes por el contrario, todo lo sujetaba, especialmente lo extraordinario de su vida, al criterio y juicio de su confesor; advirtiendo otras dos circunstancias, muy recomendables, en todas las almas, pero que en esta religiosa acaban de disipar todo temor de ilusion. La primera es que ella nunca anduvo variando de confesores. Cuando dejó de confesarla un religioso dominico, que la confesaba al principio de estar en el Convento de Madre de Dios, creyendose por humildad incapaz de dirigir un espíritu como el de Bárbara, no fué ella, sino el mismo Padre Dominico, sin saberlo ella, quien la designó confesor con anuencia de su Prelada. La segunda es que nunca varió despues de direccion, ni anduvo confesando frecuentemente con otros sacerdotes, muriendo asistida por aquel á quien la habia encomendado la obediencia. Es tambien disposicion para dar

en ilusiones, ser propensa una persona á decir lo que le pasa en el interior mismo, ó escudriñar con curiosidad lo que le pasa á los demas, ó sacar á plaza y traer á colacion, oportuna é importunamente las cosas espirituales, especialmente si tienen algo de extraordinario; pero en Bárbara no hubo nada de esto; antes bien, amante del silencio, el cual es ya de por si casi la mitad de la santidad, Bárbara aun para hablar alguna vez de cosas espirituales, á una jóven á quien su confesor le mandaba que la pidiese consejo, no se lo daba sino con prévio conocimiento y permiso de su propio director. Por último Bárbara no hacia consistir en nada extraordinario la verdadera solidez de la piedad; ni presumió jamas ser ninguna cosa, á pesar de la evidencian de los mismos favores que Dios le hacia, y de la estimacion que le mostraban las demas; ni nunca tuvo inclinacion á recibir favores extraordinarios del cielo, antes bien los reusaba con profundísima humildad; y solo apremiada por la obediencia á su Director los comunicaba á este con gran confusion y rubor.

Descartadas así todas las posibilidades razonables, de que Bárbara pudiese estar predispuesta á padecer ilusiones, veamos ya como, por el contrario, todo en su vida, la preparaba para recibir favores extraordinarios de Dios, si es que el Señor tenia á bien hacerselos. Pero antes de entrar en esta segunda seccion del capítulo presente, permítaseme hacer una digresion; si de digresion puede calificarse una série de observaciones que voy á presentar al lector, sobre la congruencia de que en este tiempo, en este país, en Sevilla y en la persona de Bárbara de Santo Domingo Dios hiciese ostentacion de sus misericordias favoreciendo extraordinaria-

mente en vida y glorificando en muerte á esta humilde y pura sierva suya.

Rara ó acaso ninguna vez, hace Dios estos favores, sin que tenga en mira el bien general. Esto es lo que dice Santo Tomas de los milagros; y su doctrina puede aplicarse á todos los fenómenos extraordinarios del orden sobrenatural. De consiguiente, no es aventurado querer encontrar esas congruencias entre las circunstancias de tiempos y lugares, y los fenómenos extraordinarios que ocurrieron á Bárbara de Santo Domingo.

En cuanto á los tiempos, basta lo dicho en el capítulo precedente, acerca de lo que es la época en que vivimos. Ya hemos visto como, providencialmente, en ella ha hecho Dios que se multipliquen los fenómenos extraordinarios en sus siervos y en sus siervas, así como se han multiplicado los milagros, los prodigios y especialmente las apariciones de la Santísima Virgen; entre las cuales son verdaderamente notables, por la debilidad y pequeñez de los instrumentos de que se ha valido Dios, la de la Saletta y la de Lourdes. Un niño y una niña, ámbos de corta edad, en la primera, y una niña de catorce años en la segunda, han sido los escogidos como Apóstoles de esas dos visitas que la Santísima Virgen ha hecho recientemente á la tierra, ya para hacer saludables amonestaciones, ya para prometer grandes beneficios. Ambas apariciones, con todas sus circunstancias han sido examinadas por la autoridad competente; pero sobre todo Dios las ha confirmado y las confirma todos los días con estupendos prodigios, que convencen á unos y confunden á otros entre los impíos, al paso que consuelan y confortan á los fieles.

Me detendré, pues, solamente en las circunstancias de lugar. La España, que ha sido la Nación Católica por excelencia, viene expiando hace ya un siglo, el pecado de haber condescendido demasiado con el cesarismo llamado aquí regalismo, cuando estaba en su apogeo durante el reinado de Carlos III. Como si no bastasen para castigar á una nacion noble y altiva por carácter, las vergüenzas del gobierno de D. Manuel Godoy, vino en pos de eso la invasion francesa, en la cual, sola entre todos los pueblos de Europa, que servilmente aceptaban el yugo de Napoleon I, la España se opuso á sus huestes victoriosas y las venció con lo que en ella quedaba de catolicismo. Pero no estaba todavia satisfecha la justicia divina. Lo que la revolucion francesa, hija del volterrianismo, así como este lo era del protestantismo, no pudo hacer por la fuerza de las armas, lo consiguió por medio de las ideas. Las Córtes de Cádiz, que al parecer resistian á la revolucion brutal, representada por Napoleon I, abrieron en la Constitucion de 1812 y en todos sus decretos innovadores, así como en sus diarios de Sesiones, ancho cauce á las ideas revolucionarias, que desde entonces envolvieron en una inundacion de falso y funesto liberalismo, á los españoles de ambos mundos. En vano la parte sana de la nacion, aquellos pueblos sencillos y católicos, que á costa de tanta sangre habian salvado la independencian de la patria, concibieron una vislumbre de esperanza en los dos cortos periodos de 1814 á 1820 y de 1824 á 1832. El mal habia echado profundas raices y no habia una mano bastante robusta para arrancarla de cuajo, como era necesario hacerlo. O más bien, repito lo que antes dije; España habia pecado y Dios queria castigarla. El impio Federico II de Prusia, que conocia bien á

los suyos, decia que si él tuviera que castigar una provincia de su reino, la pena que le impondria fuera la de enviarle gobernantes filósofos. Pues Dios conoce mejor á esa clase de gentes y sabe que para afligir á un pueblo culpable, no hay castigo mayor que abandonarle en manos de esas mismas gentes. Esperemos que, si á proporcion del castigo es el amor de Dios, debe amar mucho á la España, cuando ha permitido que, por más de medio siglo, la tiranizen los impíos.

Pero una nacion á quien Dios castiga, por exigirlo asi el rigor de su justicia, es una nacion á quien el mismo Dios, por su misericordia, dará almas santas, que con sus sacrificios le aplaquen, con sus virtudes suplan por lo que los demas no hacen, y con sus oraciones atraigan, en vez ó á la par de los castigos, gracias y bendiciones. Los principios de la revolucion habian ya salvado el Pirineo, y habian ganado no poco terreno en España, obrando de una manera hipócrita y vergonzante (1), cuando el Venerable P. F. Diego José de

(1) Para que no se crea que aventuro aserciones, remito al lector á dos obras no sospechosas. La primera la *Independencia de la Iglesia Hispana* del Cardenal Romo, y la segunda la *Historia de la Civilizacion Española* de D. Eugenio de Tapia. Alli se verá como los principios, que entonces estaban en estado de crisálida, por decirlo así, en el jansenismo y regalismo, vinieron á España traídos por Orrí, en tiempo de Felipe V, y como despues de un periodo de suspensión que fué el reinado de Fernando VI, en cuya época no pudo hacer progresos el mal por la piedad de la Reina Doña Isabel de Farnesio, cobraron nuevo brio en tiempos de Carlos III, hasta llegar á reinar en absoluto, encarnados en los ministros de aquel monarca D. Manuel de Ridela, D. José de Moñino, Conde de Florida Blanca, y sobre todos del Conde de Aranda, que habiendo sido embajador de España en Paris, se hizo volteriano. Véase en particular la lista de libros malos importados y traducidos en España, que trae Tapia en su obra citada.

Cádiz recorría la España, afirmando que no había estado en ninguna poblacion de ella, en que no hubiese encontrado alguna alma extraordinariamente buena. Solamente en Sevilla había, segun este Siervo de Dios, sesenta almas canonizables en aquel tiempo.

Sevilla, pues, tenía en cierto modo, derecho á que en ella no se interrumpiese esa tradicion de santidad; especialmente en los claustros de sus conventos, tantas veces embalsamados por el olor de las virtudes de muchos varones y mugeres eminentes. El mismo convento de Madre de Dios, donde profesó la Madre Santo Domingo había contado entre sus hijas otra religiosa célebre por su virtud y dones extraordinarios, cuyo sermon de honras fué dado á luz, con la aprobacion del mismo Venerable Padre Fr. Diego José de Cadiz.

Pero mas que derecho, tenía necesidad Sevilla de una alma Santa, que orase, intercediese y satisfaciese por ella; que si de toda la España se puede decir como el profeta de las lamentaciones lo que él decia de Jerusalem: «¿Cómo se ha empañado el oro y mudado el color excelente?», con mucha mas razon pudiera decirse esto de Sevilla. La capital de aquella tierra, que se ha llamado de MARÍA; una de las ciudades mas devotas de la Santísima Virgen; la que tenía la gloria de haber sido su Catedral primera metrópoli, y su Arzobispo primer Metropolitano de todo el nuevo mundo; la que celebra en sus anales la gloria de tantos hijos é hijas suyas, que han hecho servicios eminentes á la religion; la que ha tenido en su seno tantos santos y la que sobre todo tiene la gloria de que su prelado y Patron San Isidoro, diera el golpe de muerte al arrianismo y presidiera el estableci-

miento de la verdadera civilizacion cristiana y española en los Concilios de Toledo; Sevilla ha visto impávida á la revolucion conculcar sus mas puras glorias; destruir sus monumentos mas bellos; derribar sus templos ó convertirlos en cuadras; arrojar á las llamas preciosidades artísticas, solo porque representaban objetos santos; lanzar de sus asilos á las esposas de Cristo, y acometer á mano armada á alguno de sus Prelados y á muchos de sus Sacerdotes. Sevilla ha hecho mas; se ha asociado á muchos de esos actos de vandalismo. Ahí estan las actas de sus Juntas y Ayuntamientos revolucionarios. Todavía ha hecho más Sevilla. La parte rica, culta, á lo menos nominalmente católica, ha dejado que algunos de sus templos, inícuos y sacrilegamente arrebatados á la Iglesia se vendan á los protestantes, cuando con un poco de generosidad, ya que se vendian aunque injustamente, los católicos ricos han debido cotizarse para comprarlos, cosa que no le hubiera sido difícil ni mucho menos imposible, con solo que hubiese habido un poco de union y de desprendimiento.

Pero no es esto solo. Sevilla ha dejado que la masa de su infima poblacion, antiguamente tan devota, crezca en una crasísima y funestísima ignorancia de la religion, la cual ignorancia, no solo viene acompañada de una repugnante y hedionda corrupcion, sino que ha dado lugar á que los protestantes, los racionalistas, los demagogos y todos los impíos extravien y conduzcan á esas masas á lamentables excesos, precediendoles las doctrinas mas disolventes y absurdas. Así se ha creado en esas masas un odio negro contra la religion, ó por lo menos un desvio casi absoluto de la Iglesia, á que acompaña la desconfianza y la prevencion

contra sus ministros. Así una sociedad indiferente, ha creado á su lado una sociedad estúpida. Avidas ambas de tener y de gozar, no habiendo ya una Iglesia rica á quien despojar, esas dos clases se miran con odio, se acechan con recelo; y el día en que las bayonetas no protejan á la primera, ó que en el sable se escriba la palabra *socialismo*, la primera morirá ahogada en brazos de la segunda, cuyos individuos en seguida se devorarán los unos á los otros, en la hora de repartirse el botín, repitiéndose la célebre fábula irlandesa de los gatos de Kilkenny (1).

Ahora bien si, como dice el ilustre publicista Luis de Veuillot, los pueblos se han de salvar no por los héroes, sino por los Santos, teniendo Sevilla necesidad de una alma santa, ¿en qué categoría de la sociedad, en qué estado, en qué circunstancias, había de escogerla Dios? No hay categoría ni estado excluido de la posibilidad, y aun de la facilidad de santificarse, como se deduce, de que, según la palabra de San Pablo, dirigida á todos los fieles sin distinción, «la voluntad de Dios, es nuestra santificación» (1. Thes. 4. 6); pero eso no obstante, si en todas las circunstancias Dios prefiere á los pobres y á los humildes (Isai. 66: 2), en las particulares circunstancias de Sevilla, nada tiene de extraño que desechando á otras almas, la elección de Dios, se fijase en aquella pobre y oscura niña, que habia nacido y vivido desconocida y despreciada del mundo, en la torre de la

(1) Dos gatos comenzaron á devorarse el uno al otro, hasta no quedar mas que los rabos. Muchos individuos de la clase acomodada, lo son porque se enriquecieron con el despojo de la Iglesia. Los argumentos que contra ella se usaron, dice el Conde de Montalembert, son los que usa contra los ricos el Socialismo.

Giralda. Mas todavia; es posible y aun es probable, que quizas porque alguna ó algunas almas de otra clase, se hicieran sordas á las voces de la gracia, esta se dirigiese á Bárbara de Santo Domingo.

En efecto, hoy es muy comun que los individuos de las clases elevadas y acomodadas, ó se endurezcan contra las dulces y amorosas invitaciones de la gracia, ó se hagan ineptos para recibirlas. La educacion que se da á los niños, desde su primera infancia, sin hablarles de Dios; sin ver un buen ejemplo; sin vigilancia para que no los invada una corrupcion precoz; la condescendencia con todos sus caprichos; la falta de repension de sus defectos; el descuido en domar sus pasiones, desde que estas comienzan á levantar la cabeza; el lujo á que se les habitúa casi desde que nacen; el sibaritismo en medio del cual crecen; la ausencia de toda mortificacion, aun la de las prescritas por la Iglesia; sobre todo la lectura de novelas inmundas, la asistencia al teatro, donde con tanta frecuencia se representan escenas inmORALES; los bailes escandalosos; la libertad de relaciones entre personas de uno y otro sexo; la formacion de compromisos que la calidad ú otras circunstancias hacen imposibles de realizar; el hábito de vivir por la imaginacion en el mundo de las novelas, todo esto, ¿es por ventura una preparacion para que Dios escoja á las almas que pertenezcan á esas categorías, como objeto de sus favores, para aceptarlas como víctimas por una sociedad que continúa y descaradamente le ofende, para derramar sobre ellas y por ellas sobre los demas, sus gracias y sus misericordias?

Y como, segun ya he dicho con el célebre P. Petetot, la inmoralidad, como la irreligion, no asciende, sino que des-

ciende, vemos que al pueblo llegan, por lo que vé en las clases elevadas, el indeterentismo religioso, la corrupcion de las costumbres, el lujo desenfrenado, el sibaritismo escandaloso y todos los males que, cual hediondas llagas, reducen la Sociedad al estado mas lastimoso. ¿Será, pues, esta otra clase, aquella en la cual Dios buscará las almas, que han de ser objeto de sus complacencias, y que, por la reversibilidad de los méritos, como dice el Conde de Maistre, han de contribuir á salvar al mundo de los golpes de la divina justicia?

Otras dos clases quedan en la Sociedad, entre las cuales es mas fácil que se encuentren las almas de ese temple. La primera es la de las personas que practican la religion en el mundo. La segunda es la que pudiéramos llamar tribu levítica, á saber los sacerdotes y las religiosas.

Eu cuanto á la primera, desgraciadamente suceden dos cosas innegables. La primera es que su número es tan reducido, que á lo menos, entre los hombres, puede calificarse de insignificante; y la segunda, que entre ese corto número de personas que practican la religion en el mundo, hay poquísimas, si hay algunas, que pudieran llamarse perfectas, ó mejor dicho, que lo sean delante de Dios, aunque lo parezcan delante de los hombres, Porque la verdadera piedad, y mucho mas la perfeccion, no consisten solamente en ir á las Iglesias, ni en cumplir los mandamientos de la ley de Dios y los de la Iglesia únicamente en lo substancial, para evitar pecado grave; ni en hacer algunas ó muchas obras de misericordia, si no se hacen con el fin único y con el espíritu verdadero con que deben hacerse, en su principio, en su medio y en su término; ni en asistir á muchos sermones,

prefiriendo á los predicadores de moda y huyendo de los que nos hagan ver nuestros defectos; ni en frecuentar los Sacramentos por rutina, sin que jamas se note reforma, mejora, ni mucho menos progreso en la vida espiritual de esa clase de personas.

Seguir todos los caprichos de la moda en el vestir, é ir ostentando un lujo escandaloso hasta en la Iglesia; estar suscritos á periódicos, si no malos, por lo menos sospechosos; leer novelas, bajo pretexto de que no son inmorales; tener butacas en el teatro y silla en la Iglesia, para ir á ésta por la mañana y á aquel por la noche; dar convites en su casa para reunir la sociedad elegante, en que de todo se habla, de todo se trata y de todo se critica, sin perdonar ni al mismo Papa: y cuando no entregarse á una palabrería ociosa y por lo menos nociva y perjudicial; celebrar conventiculos con otras personas tenidas por más devotas, ó como en término provincial se dice, más *congregados*, cuya congregacion no obste para murmurar á lo divino de otras congregadas ausentes para echar á la plaza todo lo bueno que se hace, para charlar del púlpito, del confesonario ó de otros objetos sobre los cuales convendría callar; distinguirse poco, en cuanto á la suavidad, comodidad ó sibaritismo de la vida, en el comer, en el beber y en el vestir, de las personas del mundo; gobernarse en todo, ó en casi todo, por humor, por capricho ó por respeto humano, aun en lo más sagrado, como en la eleccion de confesor, ó en la preferencia de predicador, ó en la práctica de las buenas obras; desear ser tenidas por buenas ó alabadas como santas, ó si esto no se procura, por lo menos desear los aplausos, ó gozarse en ellos, sin descender nunca al conocimiento propio, y de la propia nada, ¿no es esto lo

que más comun y generalmente sucede? ¿Es esta clase de personas entre las que Dios ha de buscar aquellas á quienes ha de hacer extraordinarios favores?

No: la perfeccion exige mucho más que eso. Exige por base la humildad, una humildad sincera y profunda, que llegue hasta el desprecio propio y raye en el deseo de ser despreciada; su solidez consiste en la abnegacion propia y en la mortificacion continua, sin las cuales es imposible perseverar, y sin la perseverancia la perfeccion es ilusoria. Consiste en desnudarse, no solo del espíritu del mundo, sino tambien del espíritu propio; para no obrar sino por el impulso del Espíritu Santo, haciendolo todo en Dios, por Dios y para Dios. Consiste en huir del mal en todas sus formas; en aborrecer todo pecado, hasta el más leve; en no querer jamas servir á Dios y al mundo á la vez, lo cual está declarado imposible en el Evangelio (Math. 6. 24). Consiste en sacudir el respeto humano, no viendo ni buscando en todo sino á Dios. ¿Quien reune entre los que al parecer sirven á Dios en el mundo, todas ó por lo menos las principales de estas condiciones? *¿Quis est hic et laudabimus eum?* (Eccli. 31: 9). ¿Quien es el que ha sido encontrado sin mancha y que no ha esperado en el dinero y en los tesoros? Porque para ser perfecto, aun en el mundo, ni siquiera basta todo lo dicho. Se necesita mas, como claramente lo ha dicho Nuestro Señor Jesucristo en el Evangelio. Presentósele aquel jóven que le decia: «Maestro bueno, ¿qué cosa buena haré para entrar en la vida Eterna?—Si quieres entrar en la vida Eterna, le respondió el Divino Maestro, guarda los mandamientos.—Todos los he guardado desde mi juventud; ¿qué me resta, pues?—Si quieres ser perfecto, dijo el Salvador, vé,

«vende lo que tienes, y dalo á los pobres, con lo cual tendrás un tesoro en el cielo; y ven despues y sígueme» (Math. 19: 16-21). Luego, como dice el Padre Faber, para ser perfecto, aun en el mundo, se necesita practicar no solo lo que está ordenado por precepto, sino entrar en el estrecho camino de los consejos, poniendolos en práctica, á lo menos hasta cierto punto.

De consiguiente, si Dios ha de buscar y busca de hecho ordinariamente, entre las almas perfectas, las más perfectas para hacerlas objeto de sus especiales favores, no hay probabilidad ninguna de que sus divinas miradas se fijen para eso, en casi ninguna de las personas que pasan por cristianas prácticas en el mundo. Resta, pues, únicamente ver que probabilidades hay de que Dios escoja esas almas entre lo que pudieramos llamar la tribu levítica.

Respecto á los sacerdotes, ellos no solo pueden sino que deben ser perfectos. El religioso cumple con aspirar á ser perfecto, y con trabajar para serlo. Los Santos Padres San Ambrosio y San Juan Crisóstomo, aseguran que en el Sacerdote se necesita, por razon de su dignidad y de su ministerio, mayor santidad que en el simple religioso. Santo Tomas, resumiendo la doctrina de los Padres enseña esto mismo cuando dice: «Que en el Presbítero, en el Diácono y en el Subdiácono, se requiere mayor santidad interior que en el estado de religion; porque como dice San Dionisio: El estado monástico sigue al orden sacerdotal, no es superior á él, y aquel sube á las cosas divinas, á *imitacion* de éste» (1). Los

(1) 2.^a 2.^{ae} Quaest. 184, Art. 8. En las últimas siete cuestiones de la misma parte, agotó el Santo Doctor cuanto hay que decir sobre la perfeccion comparativa del estado sacerdotal y del estado religioso.

teólogos modernos, han pensado sobre este particular como los antiguos. Tronson dice que «por la perfeccion á que el Sacerdote está obligado, es de su deber, desprenderse del mundo, huir del espíritu mundano, condenar las máximas del mundo; pero si proponeis esto á algunos, quiera Dios que no sea á muchos eclesiásticos, ellos serán los primeros en oponerse con calor y vehemencia, á esas verdades, cuando por razon de su estado son los más obligados á defenderlas con vigor» (1). El P. Gurin, tratando del Estado de un sacerdote secular, dice que «ese estado exige toda la pureza de la vida religiosa y de los solitarios; por lo cual se engaña á sí mismo el sacerdote que para escusar el poco cuidado que tiene en aspirar á la más alta santidad (*la plus haute sainteté*), cuando alguien le habla de un punto de perfeccion, tal como el recogimiento, la oracion, la mortificacion y el zelo por la gloria de Dios, dice que eso es muy bueno para un Cartujo, un Capuchino ó un Jesuita, pero que él no aspira á tanto» (2).

Ahora bien, no se puede negar que si bien la revolucion ha hecho mucho mal al clero, privandole de los recursos y de la tranquilidad necesaria para hacerse tan sabio y perfecto como debiera, todavia hay en él no pocas almas santas, á quienes, en nuestros mismos dias, Dios ha dispensado grandes favores espirituales y hecho objeto de extraordinarios fenómenos. Bastaria citar, como ya he citado antes, al cura de Ars, muerto en 5 de Agosto de 1859, cuya causa de beatificacion, á pesar de lo reciente de su fallecimiento, está ya introducida en la Sagrada Congregacion de Ritos por so-

(1) ENTRETIENS, tom. 2, pág. 12.

(2) LETTRES SPIRITUELLES. Lettre 14.

lemne decreto de Su Santidad. Tambien he citado otro párroco, al Sr. Duffriche Desgenette, que, por medio de la devocion al Sagrado Corazon de Maria, renovó en lo religioso á Paris, á la Francia y á una gran parte del mundo. He citado igualmente al P. Faber, que aunque Felipense, no era regular, sino sacerdote secular; porque San Felipe Neri, ni fué, ni quiso que los Sacerdotes de la Congregacion del Oratorio, fuesen otra cosa que individuos del clero secular, por lo cual no solo no estableció, sino que prohibió los votos de religion.

Puedo tambien citar entre los Obispos, salidos del clero secular, al Excmo. Sr. D. Antonio Maria Claret, varon apostólico y ejemplar, cuya vida se acaba de escribir, llamandosele con razon *Siervo de Dios*; á quien, despues de su zelo en las misiones, de su desinterés y humildad en el Episcopado, de la integridad de sus costumbres en medio de una corte corrompida, de su amor á la pobreza y de su mortificacion continua, si algo le faltase para santificarse y aumentar su gloria, ahí tiene la de haber sido el blanco de la saña, de la calumnia y de la desvergüenza sin nombre de los impios y especialmente de los revolucionarios de Setiembre. El señor Flaget, Arzobispo de Bardstown, en los Estados- Unidos, era seguido en las calles por la multitud, en razon de la fama que tenia de hacer milagros. El Doctor Tomas Grant Obispo de Southwark, en Inglaterra, gozaba, aun entre los protestantes, la reputacion de Santo.

Sin embargo, de lo dicho, no suelen ser los sacerdotes y obispos, aquellos entre los cuales Dios escoje los individuos á quienes hace objeto de favores extraordinarios en el orden espiritual. Las mismas ocupaciones exteriores que ellos tie-

nen, las cuales son tan multiplicadas, especialmente en los tiempos modernos por la escasez de clero, les impiden tener muchas veces las disposiciones necesarias para eso. Explicando Goërres porque esos fenómenos han sido tan frecuentes en los monasterios de religiosas dice: «Entre la multitud que afluia á los monasterios, cuya mayor parte era atraida á ellos por una vocacion verdadera, necesariamente debian encontrarse muchas almas en quienes Dios, apoderandose de todas sus potencias, obraba con toda la fuerza de un instinto divino. Esas personas, una vez colocadas en aquellos piadosos retiros, encontraban alli todo lo que podia y debia desarrollar sus disposiciones. Tenian una vida separada del mundo, exenta de toda distraccion. Sus potencias estaban reconcentradas por el recogimiento, el cual aumentaba considerablemente su energía. Una disciplina, resultado de una larga experiencia, la cual contenia la vida dentro de los justos límites de la necesidad exterior, les ahorra muchas luchas inútiles. Una serie no interrumpida de ejercicios, practicados con zelo y fervor, desprendian mas y mas las alas de su espíritu, para que ensanchasen su vuelo. La meditacion y la oracion debian aumentar siempre en ellas y en las que las rodeaban, el fuego de la caridad; y las mismas indiferentes no podian escapar ciertamente de ese santo contagio. Las mas fervorosas, sintiendose sostenidas é impulsadas por el zelo de sus compañeras, encontraban un punto de apoyo en eso mismo, para elevarse aun mas de lo que estaban. Cuando de esa manera habian entrado, en el dominio de la mística, la obra misteriosa comenzada en el fondo de su alma, no era turbada por ninguna distraccion exterior; porque el mundo no se acercaba á aquellos piado-

sos asilos; á lo menos en los primeros años que seguian á la profesion monástica, los cuales son los mas peligrosos de la vida. La curiosidad, tan poderosamente atraída por todo lo que es extraordinario ó singular, no hallaba alimento en aquella vida recogida y solitaria. Se encontraban, pues, aquellas almas exentas de las tentaciones á que las sonámbulas naturales tienen costumbre de sucumbir en el mundo. Estas últimas se encuentran transportadas á una region que les es enteramente desconocida, donde no ven ningun sendero, ni tienen ninguna regla segura, ni guía ninguna que dirija sus pasos. Aquellas por el contrario marchan por un camino, en que otras muchas las han precedido. Siempre ligadas por la obediencia, nunca pierden pié, por decirlo así, ni aun en sus arranques mas sublimes. Dirigidas por sus confesores aprovechan todas las experiencias que se han hecho en este género. Sus situaciones se desarrollan, á la vista de sus directores, á quienes estan obligadas á descubrir los pliegues mas secretos de sus corazones; por lo que esos mismos directores pueden siempre estudiar y juzgar de esa manera lo que pasa en ellas. Pero si algo se les escapase á los directores, su inatención ó su ignorancia, serian siempre reparadas por la vigilancia exacta y continua de los otros miembros de la Comunidad que á la larga no podrian dejar de descubrir la ilusion si es que la hubiese. Si hemos de esperar algunos esclarecimientos sobre esos estados extraordinarios, *no pueden* venirnos sino de ese lado» (1).

(1) LA MYSTIQUE DIVINE, Liv. I. Chap. 10. Este pasage luminosísimo, es interesante en todas sus partes. Nótese en especial la fuerza y la intención del sábio y despreocupado autor, en la última cláusula. Se-

Concretando ahora todas estas observaciones al caso de Bárbara de Santo Domingo, yo estoy persuadido de que aun el lector que mas prevenido hubiese podido estar contra ella, ó que con mas indiferencia viese lo relativo á esta Sierva de Dios, no extrañará ya lo que, cumpliendo con el deber de historiador de su vida, tengo que decir en este libro segundo de su biografía. Largos han sido si se quiere, los preliminares de que he creído necesario hacer preceder esta parte de mi obra. Viendo á Bárbara, tan pura, tan humilde, tan obediente, tan despreciada, tan mortificada, tan caritativa, tan dada á la Oracion, tan fervorosa en la recepcion de los Sacramentos, tan unida á Dios, tan olvidada del mundo, tan despreciadora de los bienes terrenos y tan ávida de los eternos, no solo no le parecerá ridículo, sino que ni siquiera le parecerá extraño, al lector imparcial y discreto, que Dios la haya colmado de favores extraordinarios. Sin embargo, advierto, que no quiero imponer su creencia á nadie, ni esta creencia es, ni puede ser obligatoria, mientras no pronuncie sobre estos hechos su juicio la Iglesia; cuyo juicio no quiero prevenir, como de nuevo lo protesto, sometiendome desde ahora, entera y gustosamente á cualquier fallo que de su autoridad emane en este y en todos los otros pormenores, frases y calificaciones, como de Santo ó Santa, de milagros, de revelaciones y demas cosas análogas que se encuentren en este y en todos mis asertos.

gun ella, la más alta potencia del misticismo, hasta hacerle como típico, es el que se muestra en las religiosas. Ya he indicado lo que fué Goërres. El que conozca su biografía, apreciará mas la autoridad de su doctrina.



CAPÍTULO IV

FAVORES DE DIOS Á SOR BÁRBARA DE SANTO DOMINGO
OBSERVADOS POR VARIAS PERSONAS.

COMENZARÉ este capítulo, llamando la atención del lector hácia una frase de Goërres, que queda citada en el capítulo anterior. Segun este sábio autor, puesto caso que los directores de una religiosa pudieran engañarse, ahí estan sus compañeras para descubrir, á la corta ó á la larga, la ilusion si es que la hubiese. Esta observacion no es solo exacta, sino que es profunda, trascendental y mas concluyente de lo que parece. No se crea que es fácil, ni siquiera posible, inventar y conservar funcionando en una comunidad religiosa,

una impostura mística, por poco ni por mucho tiempo. En efecto, ya sea que se tenga, si no á la totalidad, á la mayoría de las religiosas, por almas piadosas y buenas, como generalmente las ha tenido y las tiene la Iglesia (1); ya sea que se las repunte por malas, como lo hacen los impíos modernos, en cualquiera de esas dos hipótesis, la subsistencia de una impostura de esa especie, es un imposible moral, como he dicho, en una comunidad religiosa.

En efecto, si son buenas las religiosas, es imposible que se presten á apoyar con un testimonio falso, una impostura de esa clase; ántes bien se creerian obligadas en conciencia á desmentirla ó denunciarla al superior. Ellas, no dejarían de hablar sobre esas cosas con sus confesores ó directores; á todos los cuales no se les puede suponer cómplices de la impostura, á menos de suponer una total y uniforme corrupcion en todos ellos, cosa verdaderamente imposible; mucho mas cuando, con el deber de no prestarse á ser cómplices de semejantes engaños, concurre el ningun interes que tendrían en eso los confesores de las demas religiosas, ni estas mismas. No se diga que si no tienen interes perso-

(1) No solo los impíos, sino muchos que se dicen católicos, creen que es punto de ilustracion, odiar á las religiosas, mofarse de su género de vida, ó mirarlas con indiferencia ó con desprecio. ¡Pobres hombres! San Ambrosio, San Agustin, San Gerónimo, San Gregorio, en los siglos primitivos, no solo respetaban, sino que veneraban á las monjas. A ellas apelaba San Agustin, como á una fuente de consuelo. San Gregorio atribuía á las Religiosas, el que Roma no hubiese sido destruida por los bárbaros. Benedicto XIV, á quien el mismo Voltaire juzgaba *despreocupado*, creía como San Gregorio que las religiosas habian levantado el azote de la epidemia de sobre la Ciudad de Bolognia.

nal, lo tienen de estado, lo tienen de corporacion y lo tienen de fanatismo, creyendo que eso favorece á la religion. Al contrario no hay sacerdote ilustrado que no sepa que eso, cuando es falso, perjudica á la religion; así como no hay sacerdote virtuoso que no prefiera la muerte, á hacer ningun bien por medio de un mal. Digo lo mismo de las buenas religiosas, respecto de su convento. Antes quisieran que e te pereciese, ó morir ellas mismas de hambre, que tener abundancia y honores, mediante una superchería. Las comunidades religiosas son hoy, si no las únicas, por lo menos las que principalmente no pierden de vista aquellas palabras de Nuestro Señor Jesucristo: «No esteis inquietos en vuestro ánimo sobre lo que habeis de comer, ni sobre lo que habeis de vestir..... Vuestro Padre sabe todo lo que necesitais. Buscad primeramente el reino de Dios y su justicia, y lo demas se os dará por añadidura» (Math. 6-24-32 y 33).

Consideraré la otra hipótesis de que las religiosas fuesen malas, como calumniandolas dicen los impios. En tal caso lo que en el supuesto anterior hiciera la virtud, en este lo haria la malicia. Si la virtud por delicadeza de conciencia descubriera la impostura, la malicia por envidia, por venganza ó por ligereza, haria lo mismo. ¿Cómo entre tantas se guardaria un secreto de esa clase? Mas tarde ó mas temprano, todo, hasta lo que se hace mas ocultamente, llega á descubrirse. Luego, aun suponiendo que las religiosas sean malas, como pretenden sus enemigos, si ellas atestiguan como ciertos los fenómenos extraordinarios, que en algunas de ellas tengan lugar, su testimonio no es de despreciarse.

Mas lo cierto es que, en todos sus descendientes pecó

Adam; y de consiguiente, si bien las religiosas no son lo que dicen maliciosa ó ignominiosamente sus enemigos; si aun á mas de eso las hay entre ellas muy virtuosas; si aun de algunas de ellas pudieramos decir lo que decía San Gerónimo de Santa Paula, que sus defectos, pudieran ser nuestras virtudes; lo cierto es que ellas son tambien mujeres, que tienen pasiones y que entre ellas si no escasean los méritos, tampoco son raros los defectos. Uno de ellos es la ambicion ó la envidia. No es esto decir que todas la tengan; pero sería un milagro que ninguna la tuviese. El testimonio, pues, de toda una comunidad, que sin discrepancia de uno solo de sus individuos, habla bien de una religiosa, es, dígase lo que se quiera, una prueba superior á toda escepcion, del mérito de esa religiosa. En honor de la Madre Santo Domingo, es unánime el testimonio de todas las religiosas, no de una, sino de dos comunidades distintas. Viendola á todas horas y tratandola frecuente é íntimamente, aseguran muchas de ellas, del modo mas explícito, que jamas notaron en ella ni la más leve imperfeccion. Una de ellas dice, que si el justo cae siete veces al día, solo Dios veria las caidas de Sor Bárbara de Santo Domingo. Otras no encuentran otras expresiones, sino la de decir, que era un ángel, para manifestar que siempre y en todas ocasiones, la vieron practicar la mas admirable perfeccion. «Ni el don de milagros, que hubiera tenido me llamara tanto la atencion, como esa constante perfeccion, sin haber podido, por más que observaba, notarle un defecto ó descuido en ninguna obra por comprometida que fuera; y esta es la verdad, lo he visto y lo ví hasta su muerte, y ahora que escribo esto lo veo delante de Dios, y mi conciencia me lo manda manifestar.» Así se expresa Sor

María de la Concepcion de San Luis, religiosa de la Comunidad de Madre de Dios. La R. M. Abadesa del Monasterio de San Clemente, se expresa en estos términos: «¿Qué podré yo decir sino cuanto ellas dicen (todas las Religiosas de las dos Comunidades de Madre de Dios y San Clemente), y mucho mas que es imposible decir, practicado (por la Madre Santo Domingo) á nuestra vista? No me asombra el haber estado tantos dias su bendito cuerpo sin corrupcion, ni los instrumentos de penitencia que se han encontrado despues de su muerte, *ni los favores extraordinarios que le ha hecho Su Magestad*; pues todo esto es consiguiente á su extraordinario modo de vivir ó de practicar las virtudes todas en un grado heróico, no solo las principales de caridad tan completa, de humildad suma, de obediencia ciega, de pureza angelical, de pobreza extremada, de abnegacion absoluta de si misma, que creo no hizo accion en que no se negara completamente. Esto siempre igual y con una constancia tan admirable, que es como imposible descender á casos particulares, porque fué su vida un tegido de ellos sin interrupcion, con una prudencia y tino tan extraordinario para salir de todos los acontecimientos que ocurrían imposible de expresar. Su fortaleza era invencible, pues no conocia el amor propio; ya se sabia que por difícil que fuera de arreglar un asunto, entregandosele á ella podia una estar tranquila de que lo habia de hacer tal como se deseaba, sosteniendose como una roca con una clase de dulzura, que hacia que todas quedaran contentas, aunque vencidas, siempre practicando lo justo y lo que querian los superiores. Por mas que he examinado si le oí alguna sola palabra ociosa, no he podido recordar ninguna; y cuidado que

estoy escribiendo esto, con todo el peso que ello tiene.»

He citado estos dos testimonios, casi literalmente reproducidos por otras varias religiosas, advirtiéndole que cada una escribió por separado, sobre la Madre Santo Domingo, para que se vea que bien sabían las personas que refieren haber observado fenómenos extraordinarios en ella, que la verdadera virtud y la santidad positiva, ni requiere indispensablemente esos fenómenos, ni va siempre acompañada de ellos, ni siquiera consiste en ellos. Además esas religiosas han escrito con la conciencia de que no es lícito mentir por nada; y que suponer falsamente favores de Dios en sí mismas ó en otras, sería un gravísimo pecado. Por último todas ellas han escrito estando prontas á ratificar bajo juramento lo que han dicho. De consiguiente, es digno de respeto su testimonio.

Pero veamos ya que observaron otras personas en Sor Bárbara de Santo Domingo. Su madre, que vive todavía aunque tiene ya setenta y un años de edad, ha hecho una relación del nacimiento, infancia y juventud de esta sierva de Dios, manifestando que está también dispuesta á ratificar su contenido bajo juramento, si se lo manda la autoridad respectiva. De esta relación he extractado ya, en el libro primero, lo conducente para dar á conocer algunos pormenores de la vida de esta religiosa. Ahora solamente extractaré, lo relativo á los fenómenos extraordinarios ó á favores singulares, que, observándolo su Madre, tuvieron lugar en Sor Bárbara de Santo Domingo.

«Desde que principió á hablar», dice esta testigo, pariente sí, pero de mayor excepción por su edad y buenas costumbres, «cuando tenía como tres años, manifestó la

niña una singular piedad; é invitaba á su misma Madre á rezar y á otros piadosos ejercicios, siendo particularmente devota de la Santa Cruz, de las Cinco Llagas y en extremo de la Santísima Virgen. Rezaba en cruz el Rosario y si su madre se lo impedía respondía la niña: *¡Cómo me quiere!*» He sublineado estas palabras, que no lo están en el original de la relacion, escrita por mano del confesor de la Madre Santo Domingo, porque de ellas resulta, que desde la temprana edad de tres años, la niña debió tener algo de extraordinario, cuando refiriendose á la Santísima Virgen, exclamaba: *¡Cómo me quiere!* A esa edad ningun niño ha oido probablemente, ni mucho ménos ha podido encontrar por sí mismo de un modo natural y ordinario, las razones teológicas que hay, para decir que la Madre de Dios nos ama mucho, porque es al mismo tiempo nuestra madre, en el orden espiritual.

Desde la edad de seis años, Bárbara manifestó el deseo de ser religiosa; mas la pobreza suma de su familia, que ella refería á quien la ignoraba, para humillarse, como refieren varias religiosas, hacia imposible su entrada en ningun monasterio, por no haber quien la diese un dote (1). Pues bien algo tiene de extraordinario, lo que acerca de esto dice la madre: «Aprendió la música y el piano, con pocas lecciones que

(1) Dotar una religiosa, cuando tiene vocacion y se hace perfecta, es como encender una lámpara que siempre arde en la divina presencia, decia un piadoso sacerdote. Mas eso es como poner un pararrayos para detener los golpes de la divina justicia, ó como procurar un riego fecundo de gracias sobre los individuos y las familias. Hoy que nunca se mortifican, ni oran, ni practican la virtud los seglares, ellos debian tener *viciarios*, en las almas que se santifican en el claustro, pero es por desgracia cuando menos lo hacen.

le dió el célebre organista de la Catedral, San Clemente (1), y despues otro eclesiástico, encargado por éste. Su madre admiraba su comprehension y su talento. Era un angel de capacidad. Sin que nadie la enseñara aprendió á leer, escribir y todas las labores. Nunca fué á la escuela. Ella enseñaba á su hermano, mayor que ella dos años, á leer y la gramática, que aprendió por sí sola y principalmente en la doctrina y prácticas de devocion, no de rutina sino con explicacion é inteligencia de los misterios, especialmente el del Santísimo Sacramento y el de la Sagrada Pasion de Nuestro Señor Jesucristo. Decia que solo suspiraba por visitar los Santos Lugares, y despues sufrir el martirio para irse al cielo. Se ocupó de un modo especial de la educacion religiosa de su hermano.»

Aprender sin maestro, instruirse sin recursos y enseñar sin haber aprendido, no son cosas ordinarias. En una niña nacida en los últimos rangos de la Sociedad y que no habia ido á ninguna escuela la noble aspiracion de visitar los Santos Lugares y de morir martir, prueban que, desde muy temprano habia mucho de extraordinario en Bárbara de Santo Domingo. ¿Qué sabe una niña, no educada, sobre el interes anejo á los Santos Lugares? ¿Qué podia saber ella respecto al mérito del martirio?

Siempre que bajaba á la Catedral, iba á visitar á la Virgen de los Reyes; y una tarde orando delante de esta Imá-

(1) Debemos notar como una singularísima coincidencia, la de que Sor Bárbara de Santo Domingo recibió sus lecciones de música en esta casa calle de Farnesio (antes San Antonio) número 1, donde hoy se encuentra el establecimiento tipográfico que publica su biografía. (Nota del editor.)

gen, en compañía de su madre, de repente abrió los brazos, y con gran fervor exclamó: *Madre mia, en tus manos está el dote; damelo.* ¡Cosa particular! á este mismo tiempo salía de la Capilla el Sr. canónigo D. José Morodo, y acercándose á ella, dijo á su madre: «¿Esta niña quiere ser monja?» Contestando afirmativamente la Madre, el canónigo dijo: «Irás al Convento de Madre de Dios, en donde hay vacante una plaza de organista;» ofreciendo costear los gastos, como lo hizo generosamente. El lector en su buen criterio, decidirá si esto debe calificarse de ordinario ó de extraordinario. Por lo que soy yo, voy á concluir estos extractos de la declaración de la Madre de Sor Bárbara, refiriendo que ella afirma haber visto, el día de la profesion de su hija, una paloma que por más de tres veces, se dirigió del coro al altar mayor, recorriendo todo el espacio de la Iglesia, porque el coro está al pié de ella. Asegurase además que aquel mismo día, el predicador aunque llevaba estudiado su discurso, varió de idea al subir al pulpito, y no pudo hacer otra cosa que explicar, sino que la profesa era el Angel del Señor.

Respecto á esa misma época de la vida de Sor Bárbara de Santo Domingo, una religiosa que, vivió doce años en la misma celda que ella, Sor Carlota Maria de la Ascension, muy al principio de su relacion dice estas palabras: «Confieso que el día que Sor Bárbara fué á ser vista por la comunidad, noté en su humilde semblante una cosa que llamaba al interior. Se veía en ella algo angelical y sus pocas palabras edificaban.» Despues de enumerar y comprobar con hechos, las virtudes que en el más alto grado practicó la Madre Santo Domingo, dice esta testigo: «Todos los días desde Junio de 1861, despues de la Sagrada Comunion y empezada la

Misa, le daban unas suspensiones que consistían en echarse hacia atras; y como yo siempre estaba detras, la sostenia para que no se lastimara. No cerraba las manos y su calor era natural. Casi siempre volvia en si á la bendicion de la Misa. Dos ó tres veces, despues de la Misa, la vi hincada sin movimiento, con los ojos cerrados, y siendome preciso pasar muy cerca de ella, por cinco ó seis veces, para quitar las cosas del comulgatorio, no tuvo movimiento. Yo me fui y ella quedó lo mismo. Tardó despues una media hora en ir á la celda. Aquí en este monasterio de San Clemente, aunque he estado más retirada de ella, por los oficios, la he visto con dos suspensiones durante la Misa, en el primer año; y en este de 1872, estando en Completas el día antes del Corpus, la noté el rostro affigido y se conocia que estaba sufriendo (1). Al empezar la SALVE cantada, cuando se llegó á las palabras *Eja Ergo*, á las cuales la Comunidad se pone de rodillas, ella lo hizo cerrando los ojos, y de este modo permaneci6 cerca de dos horas, quedandose con ella sola la Prelada. En estos últimos meses de su vida estaba toda la Misa como una estatua. En dos funciones la vimos hincada de rodillas, desde que concluyó el segundo Salmo de Tercia, hasta acabarse la funcion con su sermon. Yo no le vi el rostro, pero dicen tenia los ojos fijos en el Santísimo, que estaba expuesto. Una cosa me llamaba la atencion, pareciendome desdecia de su perfeccion; y era no tener empeño por el coro, no porque dejaba de ir cuando debia; pero se le nota-

(1) La fiesta del Corpus, como las de la Semana Santa, convertidas en especulacion y en espectáculo, especialmente en Sevilla, son la renovacion incruenta de la Pasion del Señor. Viendo en ellas á Jesus tan ultrajado, se comprende porque sufria la Madre Santo Domingo.

ba que se hacia violencia (1). Yo la vi, particularmente en Completas, poner la cara unas veces triste, otras sonreirse y fijar la vista como si viera algun objeto.»

Sobre lo sucedido ese dia anterior al del Corpus, dice lo siguiente Sor Josefa del Santísimo Rosario, religiosa dominicana: «En la víspera del Corpus la notamos una cosa particular. Nos hincamos en la Salve, que tenemos despues de Completas. Concluida esta nos levantamos todas. Ella se quedó que parecia no estar en esta vida, con sus brazos cruzados, la cara muy sonrosada que parecia un serafin. De este modo estaria algo mas de dos horas.» Sor Antonia de Jesus Nazareno, religiosa de la misma orden dice: «La he visto en el coro, en el oficio divino, muchas veces muy afligida, casi llorando, y de pronto ponerse la cara color de azufre. Otras veces la he visto riendose, particularmente en la SALVE despues de Completas. Otro dia la ví caída, acabada de comulgar. Algunas veces estando de Hebdomadaria, fijó los ojos en la Santísima Virgen, hasta que fué necesario avisarla que se levantase para el *Asperges*. Otro dia se quedó de rodillas en dicha Salve, sin poder conseguir que se levantara, hasta pasada una hora. La he visto de rodillas hincada dos horas, sin el mas leve movimiento, y esto repetidas veces.» Sor María de Santa Rosa, religiosa de velo blanco de la misma Orden, afirma lo siguiente: «La he visto en la misa, muchas veces, que parecia que no existia en este mundo, pues movimiento ninguno la veia, por lo que creo estaria en Dios.»

(1) Esa violencia era, sin duda, la que ella hacia á su humildad. Favorecida por Dios en el coro, delante de las otras religiosas, costaba-le trabajo, por su misma virtud, ir á aquel sitio donde era vista.

Las Religiosas de San Clemente, aunque no tuvieron ocasion de ver lo que pasaba en el coro, durante el oficio divino, á la Madre Santo Domingo, porque ellas rezan á otra hora, por ser de órden diferente, sin embargo varias de ellas atestiguan algunos hechos análogos á los anteriores, añadiendo la relacion de otros que acreditan como Dios se dignó hacer á esta sierva suya, favores especiales de mas de un género. Sor Dolores Elizaga dice: «En el coro estaba ella como una estatua, sin movimiento; pero cuando era preciso, no perdía una ceremonia.» Esa misma religiosa vió á la Madre Santo Domingo, por Pascua de Resurreccion, llevada en el coro por el aire, como recostada, con semblante dulce y amable. Sor Trinidad de San Benito, lega del monasterio de San Clemente, que ya ha muerto, afirmaba despues del fallecimiento de la Madre Santo Domingo: «El día que la trajeron mala á la enfermería, estando yo en el coro, se me presentó delante como un serafín, con el rostro muy resplandeciente y riendose, con los ojos que parecian dos luceros. No se me olvidará nunca. Yo asombrada no le dije palabra ni ella á mi, sino la estuve mirando un rato. Lo mas admirable aquí es, que soy ciega de un todo. Yo estuve dudosa, si era que venia contenta á padecer, ó si se iba á morir; mas siguió la enfermedad, y yo oyendo que estaba tan mala, le dije á una persona que estaba allí junto que le dijera que si necesitaba algo, me lo dijera, que yo con la gracia de Dios haria lo que me dijera. Se murió y vine á rezarle y estando rezandole me respondió con ponerme delante un pedazo de cielo celeste y blanco muy hermoso; que fué decir que no necesitaba nada que estaba en el Cielo.» Esta religiosa era anciana y

respetable. Como se vé su testimonio respira candor y sencillez.

Otro fenómeno extraordinario notaron algunas religiosas en Sor Bárbara de Santo Domingo, que era el de penetracion de espíritus; el cual en ella no se puede atribuir á una causa natural, tanto porque las causas naturales no alcanzan á producir por si solas ciertos efectos, como por las circunstancias personales de esta sierva de Dios. Cuando se ha tratado mucha gente, se ha observado mucho, ó se ha leído mucha historia, eso aguza el ingénio, y por la regla que nos dá el sábio: *¿Quid est quod fuit? ipsum quod futurum est* (Eccl. I), no es extraño que acertemos en nuestros cálculos, sobre lo que los hombres piensan ó sobre lo que pasa en su interior. Pero Bárbara, aunque ya he dicho que estaba dotada de un recto entendimiento y de una penetrante comprension, habia nacido en una condicion humilde, no habia tratado gentes, no habia leído mas historia que la sagrada, y de consiguiente, no tenia motivo ninguno natural para conocer á los hombres, ni menos para penetrar el interior de otras personas. Pues sin embargo de eso, Sor María de la Concepcion de San Luis, religiosa dominicana dice acerca de esto, lo siguiente: «A gloria de Dios lo digo: estando yo en cama enferma y padeciendo en mi espítitu una afliccion grande, que solo Dios y yo sabiamos, me la veo entrar por la enfermería, en la hora que acostumbraba; y acercandose á mí, con su acostumbrada dulzura, me preguntó como estaba. Yo la contesté: ¿Quién te ha traído, Santo Domingo? Ella me respondió muy natural: Dios, hermanita; y para disimular la inspiracion me dice: Parecía que los piés me traian para aquí; queria seguir mi camino y

no podia, y me preguntó: Qué tienes? Yo se lo manifesté y dió tanto consuelo y tranquilidad á mi alma, que pude caminar sosegada hasta que hablé al guía de mi alma, como ella decia. Pero sus palabras eran tan llenas de caridad, que se veia se abrasaba su corazon solo por la honra de Dios.»

Sor María Angela de Jesus, religiosa cisterciense del monasterio de San Clemente, dice: «Me admiraba como una niña tan jóven, criada con tanto recogimiento, comprendia tan veloz y claramente, no solo las condiciones de las personas con quienes trataba, sino que tambien preveia las consecuencias desagradables que pudieran ocurrir. Las que precavia siempre aun á costa suya; y esto con aquel modo tan sencillo y dulce, que le era natural y con el que robaba á todas el corazon... Otra cosa para mí admirable era, como en la íntima union que tenia con Dios, en cometiendo algun defecto las personas que tenia á su cuidado para corregirlas, por leve que fuese luego lo advertía, con todas las circunstancias interiores y exteriores de la persona que lo cometía, como á mi misma me sucedió, que manifestándole una falta en el silencio que me habia propuesto guardar, me contestó: *Tu intencion era esta*; y era verdad, aunque en mis palabras aparecía todo lo contrario.» Finalmente Sor María de Santa Rosa, religiosa lega del orden de Santo Domingo, dice: «En la Sagrada comunión era (Sor Bárbara) la que daba la paz, y cuando yo llegaba á besarla, me servía de confusion el pensar que veia mi interior, pues en tanto grado de santidad la consideraba.»

Antes de concluir este capitulo y para completarle, hablaré de lo que se observó exteriormente, acerca de la guer-

ra especial que el demonio hacia á la Madre Santo Domingo. Ya he citado en otro capitulo, la autoridad, verdaderamente respetable, del Padre Ravignan, de la Compañía de Jesus, el cual decia, que uno de los más peligrosos artificios del demonio, es hacer creer que él no existe ó que no se mezcla en los negocios de los hombres. El Abate Monin (hoy Jesuita) en su sabia y bellísima biografía del Cura de Ars, ha tratado largamente de la guerra exterior que el infierno hizo á este siervo de Dios. Reianse unos eclesiásticos de esto en una mision que daban con el Cura de Ars, y muy á su costa, hubieron de desengañarse, porque lo experimentaron en sí mismos. Otra vez el demonio puso fuego á la pobre cama del Siervo de Dios. Los fenómenos diabólicos del espiritismo hacen, por último insensata y nécia, cualquiera burla que de esto quisiera hacerse. Si el Evangelio abunda en hechos análogos y la historia eclesiástica está llena de ellos, ¿por qué juzgar ilusorios esos ataques del enemigo infernal á las personas que fielmente sirven á Dios? Sin ser santos, ¿no nos advierte el príncipe de los Apóstoles San Pedro, que estemos todos vigilantes, porque nuestro adversario el diablo, anda al rededor de todos nosotros, como leon rugiente, buscando á quien devorar? (I. Pet. 5-8) Es verdad que el Santo Apóstol se refiere principalmente á los ataques interiores é invisibles, que da el demonio á las almas; pero no excluye los exteriores y visibles, los cuales suelen ser mas frecuentes en unas épocas de la historia que en otras. La que nosotros hemos alcanzado, es sin duda una de aquellas en que Dios, por sus justos juicios, da mas licencia al demonio que en otras (1).

(1) No son uno, sino muchos, los teólogos eminentes y los dis-

«En la muerte de una monja, dice el confesor de la Madre Santo Domingo, al amortajarla, la dió un espanto tal, que echó á correr desatentada, con la vista fija como si viera una cosa extraordinaria. Al fin comenzó á exclamar: «¡Ah! ¡qué feo! ¡qué cochino! y con su guitarrilla.» Otras veces era el demonio quien al embestirla la decia: «Ven, ven que te ponga como San Bartolomé» á lo cual ella le contestaba: «Vete, feo, cochino.» En una ocasion, estando en la enfermería, un animal, raro por su figura, se le apareció, y la perseguía. Examinada esa figura, nadie pudo conocer la especie á que pertenecía.» Hasta aquí, en lo relativo á este particular, el confesor de la Sierva de Dios.

tinguidos publicistas católicos, que no solo han creído que el demonio trabaja hoy mas activamente que nunca en el mundo, sino que han deducido de ahí, con mas ó menos probabilidad, que las postrimerias del mundo se acercan. El Conde José de Maistre, cuyo solo nombre hace autoridad, qué calificaba de *Satánica* á la revolucion francesa, que ha sido el preludio, el modelo y la madre de la revolucion, hoy cosmopolita, al morir en 1820, dijo: «Muero con la Europa.» Monseñor Gáume, no ha dejado de sostener, en varias de sus obras, esa misma tesis. ¿Quién ha olvidado los elocuentes y fatídicos gritos, que el sentimiento ó la conviccion de esto mismo, arrancaba á Donoso Cortes? Citaré para concluir esta nota, un hecho que refiere en sus *Instituciones litúrgicas*, el abate Noël, el cual cree, como tantos otros sábios, en las manifestaciones externas del demonio en nuestros dias. «Durante la revolucion de 1848, un pobre cura se vió atacado en un pueblo de Francia, por una turba desenfrenada, que se dirigia á su casa, sin haber quien la detuviese. En aquel apuro, no quedandole otro recurso, púsose su sobrepelliz, tomó la estola, el agua bendita y el ritual; y desde dentro de su casa, comenzó á exorcizar á aquellos energúmenos. Disminuyeron los clamores, cesaron las amenazas, retiróse la turba y cesó el peligro.» ¿No es evidente en este caso la intervencion diabólica?

Su hermana de religion, Sor Antonia del Santísimo Sacramento dice: «La oí hablar en su celda un dia, en hora de silencio y habiendome llamado la atencion, por ser una cosa muy extraña en ella, al acercarme un poco mas, oí un terrible golpe. Queriendo cerciorarme mas de lo que era, fijé más la atencion; y la oí decir, en una voz muy inteligible: Déjame, cochino. Esto repitió hasta la tercera vez y al mismo tiempo sonaba un golpe, cada vez mas fuerte. Despues se quedó callada un rato, y pasada como media hora, la oí quejarse con Nuestro Señor y decirle: No puedo mas, Dios mio. Esto lo repitió muchas veces. No puedo decir con seguridad el tiempo, por ser hora de coro» (1). Los que han leído con atencion la Sagrada Escritura, especialmente el libro de Job, y la grande obra titulada ACTA SANCTORUM, escrita con tan rígido criterio por los Bollandos, no extrañaran que el demonio se atreviese y que Dios le permitiese, para mayor confusion suya, y para mas gloria de esta su sierva, que la embistiese y maltratase como hemos visto. Ella misma nos dirá en otro capítulo algo mas sobre esta materia.

Finalmente, para terminar con lo extraordinario que observaron otros en la vida de la Madre Santo Domingo, citaré dos hechos ocurridos en el monasterio de San Clemente.

(1) He copiado textualmente las palabras despreciativas que, por excepcion y solo contra el demonio, profirió en esas ocasiones la Madre Santo Domingo. Los teólogos dicen que no solo es lícito despreciar de palabras y obras al demonio, sino que para ahuyentarlo suele ser el mas eficaz remedio el desprecio, por lo mismo que él es espíritu de soberbia y que por la soberbia es demonio. El arte cristiano, como se vé en las imágenes de San Antonio Abad, representa al demonio bajo la forma de ese animal inundo, llamado *cochino*.

Había allí un reloj, de tal modo descompuesto, que nunca, ni por nadie, pudo ser arreglado. Dijolo la abadesa, que atestigua este hecho, á la sierva de Dios. Acercóse ella, le tocó ligeramente no se sabe donde ni como, y al instante comenzó y continúa andando aquel reloj, cuya compostura con razon se tiene por cosa extraordinaria. El otro hecho es que se buscaba y no parecia una receta. Dijeron á la Madre Santo Domingo que la buscara, y al instante la encontró, en el mismo sitio en donde muchas la habian buscado antes. Si bien este último hecho, en otra persona y en otras circunstancias, nada tendria de extraño, y aun pudiera prestarse á la supercheria, en la Madre Santo Domingo, especialmente combinado con todos los anteriores, no debe despreciarse ni verse con indiferencia.

Si me es lícito añadir aquí un hecho de que he sido testigo y en el cual aun me pudiera llamar actor en parte, diré lo que me ocurrió con ella el dia antes de su muerte. El 17 de Noviembre de 1872, á la hora de las diez de la mañana, llegaba yo á la sacristia de la Iglesia de San Clemente, para predicar el panegirico de Santa Gertrudis la Magna, cuya fiesta celebra ese dia la Comunidad de San Clemente, con todo el orden Cisterciense. Aunque ya estaban revestidos el Preste y los Ministros para salir al altar, se dijo que lo suspendiesen, para que entretanto yo entrase al Monasterio, con objeto de auxiliar en sus últimos momentos á la Madre Santo Domingo, que al parecer iba á espirar, no hallandose allí su confesor. Despues de haberme cerciorado de la pureza angelical de su vida, en el corto espacio de tiempo que duró su confesion, hice entrar á las dos Preladas y advirtiéndoles que ella no era nada, ni por si valia nada, la en-

cargué que si iba á la presencia de Dios, le suplicase que no se suprimiese en Sevilla ningun otro convento de religiosas; sino que al contrario, levantandose los obstáculos que la revolucion opone, se aumentasen las comunidades existentes, dando para esto el Señor á muchas jóvenes vocaciones verdaderas. Aceptó la moribunda el encargo. No seria ella sin duda la única que haya pedido esto á Dios; mas vease cuales han sido y estan siendo los resultados de esto, tan visibles como inexplicables solo por medios humanos. La revolucion que desde hace cuarenta años viene tratando de hacer desaparecer las instituciones monásticas, porque el demonio que la informa, sabe bien cuanto hace perder con eso á la gloria de Dios y al bien de las almas; la revolucion que para proseguir esa obra de destruccion se ha valido hasta del Concordato de 1852, el cual siendo al parecer un tratado de paz, no ha sido ni siquiera una tregua, sino que ha sido un pacto leonino, no cumplido por el Estado; la revolucion que recrudecida en Setiembre de 1868, bajo auspicios todavia más desfavorables, que en todas las evoluciones y etapas anteriores (1), se ensañó de nuevo contra los institutos monásticos, lejos de cesar en su curso ni de cambiar de rumbo,

(1) Todos hemos cometido una falta de locucion al decir la *Revolucion de Setiembre*, como si ella fuese una cosa nueva y aislada. Lo cierto es que así como el volcan es uno mismo aunque sus erupciones sean varias, así sucede con la revolucion. La revolucion es hija del protestantismo, como éste es hijo del demonio, como lo confesaba sin rubor el mismo Lutero, primer protestante del mundo, padre y corifeo del protestantismo, que nos refiere en sus obras sus entrevistas con el diablo y lo que este le aconsejaba para llevar á cabo su empresa. No hay publicista católico que no reconozca como auténtico este árbol genealógico de la revolucion. Bossuet ya lo habia indicado. ¡Buen padre tiene pues

se hizo cada día más audaz, más impia y más intolerante y rapaz contra la Iglesia. Como era lógico, de los moderados debía pasar el poder á los progresistas; escapandose de estos para ir á los republicanos. Una vez llegado á ese punto, debió girar de nuevo, pasando de sus manos á los más exaltados, hasta que les llegase el turno á los cantonales, socialistas y petroleros, rabiosos todos ellos contra los ricos y acomodados; pero todavía mucho más rabiosos contra la Iglesia, por parecerles que no se puede ser verdaderamente republicano, sin ser al mismo tiempo ateo (1).

Así mismo hemos visto en Cadiz á un hombre que declaró no ser cristiano ni tener religion, echar de sus conventos á las monjas; desterrar de las escuelas la enseñanza religiosa; prohibir que se administrase el bautismo á los expósitos y hacerse el campeón franco y descarado del ateísmo. Al mismo tiempo se reprodujeron análogos excesos en otras muchas partes. En Sevilla misma, la población toda estuvo un mes entero temblando por su suerte, y las religiosas en particular estuvieron expuestísimas á ser atropelladas. ¿No lo fue-

la revolucion! Vean ahora como se las arreglan los que pretenden *cristianizarla*.

(1) Está tan lejos de ser cierto que para ser verdadero republicano es necesario ser ateo, que la proposición contraria es la cierta. «Ningun »ateo puede ser buen republicano.» La razón filosófica es obvia: el gobierno de todos por todos y para todos exige en todos más virtudes, que bajo otras formas de gobierno. Es así que el ateo no puede tener virtudes, porque para tenerlas es indispensable creer algo, esperar algo y temer algo, no solo de los hombres sino de Dios, pues que nada más fácil que burlar á los hombres, los cuales no saben reconocer el precio de la virtud; luego el ateo que no cree en Dios, ni espera nada de Dios ni teme á Dios, no puede tener virtudes, ni ser buen republicano.

ron en Setiembre de 1868, cuando figuraban en la Junta revolucionaria Condes y Marqueses, hijos de familias distinguidas, literatos, abogados y propietarios que tenian á gala (por supuesto convirtiendo en ella el sambenito) suprimir de una plumada casi la mitad de los monasterios; lanzando despiadada, violenta y perentoriamente, contra el Concordato, contra las reglas de la moral, contra los sentimientos de humanidad, contra el pudor y la vergüenza, á sus inofensivas moradoras, muchas de ellas ancianas, achacosas, enfermas y tal vez casi moribundas? Si esto hizo la *aristocracia* de la revolucion, lo más espigado de ella, ¿que no es de temer de la *democracia*, de la *demagogia*, de las capas últimas de ese volcan de cieno que se llama revolucion?

Una de dos, ó el salvarse los conventos de Sevilla durante el cantonalismo, prueba una intervencion providencial á su favor, ó demuestra que la revolucion hace de los pechos que debian ser mas nobles, el nido de los sentimientos mas bajos. Si es lo primero, hé aquí, que no fué vana la recomendacion hecha en momentos supremos á la Madre Santo Domingo. Si es lo segundo, ¡qué leccion para los pueblos! ¡qué enseñanza para la historia! Bajen los ojos esos hombres, cuyos abuelos les legaron blasones. Rómpanlos. Pongan en su lugar dentro de la cornisa, un campo negro sin empresa. Asi lo hizo la antigua república de Venecia, con su infiel Dux Marino Falieri. En la sala de los quinientos del Palacio Ducal de la ciudad de las lagunas, se vé sin retrato de forma humana, el cuadro que corresponde á aquel desgraciado jefe del Pueblo de San Marcos. Si un dia las clases altas de la sociedad, hoy enervadas en mucha parte por el sibaritismo ó extraviadas por el liberalismo, llegan

á regenerarse, los futuros nobles que lo sean de abolengo, tendran que velar muchos retratos, en la galeria de sus antepasados.

Entretanto ¡oh pueblo! no te dejes engañar por falaces teorías. ¿Quieres ser feliz? Sé católico. Que te lo alcance de Dios la Madre Santo Domingo, que hija tuya fué y nunca tuvo vergüenza de serlo. Elevada por su vocacion á la dignidad de Esposa de Jesucristo, supo serle fiel hasta la muerte. Regalada por su divino Esposo con extraordinarios favores, ella fué siempre humilde; y Dios que ensalza á los humildes, como lo cantaba en un raptó de divino entusiasmo la mas humilde de las criaturas (Luc. 1), la ha hecho mas santa en vida y mas gloriosa despues de muerta, que muchos y muchas que se mecieron en cunas de marfil y de oro, cerca del sitio en donde ella nació sobre una pobre estera, y cuyos restos mortales descansan en espléndidos mausoleos, no lejos del lugar en donde sus reliquias venerables esperan la apoteosis que quizas algun dia les consagrará la Iglesia.





CAPÍTULO V

DE COMO COMENZARON LOS FAVORES EXTRAORDINARIOS
QUE DIOS CONCEDIÓ Á SU SIERVA BÁRBARA
DE SANTO DOMINGO.

IGNORO completamente la vida interior y mística de Bárbara, en los años que pasó al lado de sus padres, así como en los once años primeros que estuvo en la religion. Ni fui su director, ni el que lo fué pudiera hacer otra revelacion de lo que ella le decia en confesion, que lo que no fuera culpa alguna, ni aun ligera de su penitente. Sin embargo esto no obsta, supuesto lo dicho en el libro primero de esta monografia, para afirmar que la vida interior de la Madre

Santo Domingo era verdaderamente perfecta, cuando en su vida exterior, lejos de notarse imperfecciones, no tuvieron mas que admirar virtudes, aquellas personas que con ella constantemente vivieron y que mas inmediata y frecuentemente la trataron. El árbol se conoce por sus frutos. Los frutos buenos dan á conocer que el árbol es bueno (Luc, 6: 43 y 44). Si yo por tantos testimonios unánimes é imparciales, no me hubiese convencido de la sólida y elevada piedad de la Madre Santo Domingo, ningun género de compromiso, me hubiera obligado á escribir su historia. Mas aun: lo mismo extraordinario que se me decia hallarse en su vida, me habria retraido de tratar esta materia, por la razon de que la veo expuestísima á ilusiones. Sin embargo, ocupado yo en esta obra, me ha tranquilizado mucho lo que un célebre hagiógrafo contemporáneo, Leon Aubineau, ha escrito dando en venta un libro análogo al que yo voy componiendo. Hé aquí sus palabras: «Las vías por donde van los santos son árduas, y en ellas las almas débiles que leen su historia podrian padecer vértigos. Los espíritus mas vulgares, fortificados por la gracia del bautismo, pueden llegar a contemplarlas sin turbacion. Pero es necesario saber conducir las á esas alturas, suavemente y por grados. Una narracion sencilla, verídica, bien estudiada y bien comprendida, escrita si es necesario de rodillas como Mr. de Lantage escribió *la vida de la Madre Ines de Jesus*, es el mejor camino para llegar á aquellas eminencias y familiarizar con ellas á los lectores. Una relacion ¿no es mas edificante y mas interesante que una argumentacion? La vida de un santo es un poema que se escribe. Necesita, pues, una obra de esta clase tener ciertas condiciones literarias. Su interes debe ser sostenido, sus

caracteres desarrollados y puestos en juego, con un estilo sencillo, elevado y siempre justo, en que no se debiliten ni la emocion ni el respeto. En una obra de esta clase no hay lugar mas que para los hechos del héroe y los sucesos de su vida. Los razonamientos del historiador, son supérfluos. Apesar de eso los biógrafos de los Santos, casi todos tienen una tendencia á argumentar, á discutir y á explicar, lo cual es mas fácil, muchas veces, que hacer una narracion á la par sobria y llena, moderandola á veces y á veces precipitandola, para mantener despierta la atención del lector y hacerle ver al héroe bajo todas sus fases, en los detalles minuciosos de su vida espiritual y de sus comunicaciones con Dios. Cuando un autor se esfuerza en demostrar sobreabundantemente que el Santo personage de quien habla, ha tenido razon de obrar de tal modo mas bien que de otro, y que la conducta de Dios ha sido justa, saludable y legitima ¿puede uno dejar de sonreirse? Cualesquiera que sean el carácter y la dignidad del escritor, se siente uno movido á decirle: Amigo mio, no os esforceis tanto. Mostradnos solamente la vocacion de Dios, que ya veremos como ella es justa y razonable. Fiad del lector, no olvidando que su alma es naturalmente cristiana. Escondeos vos mismo, para que brillen los hechos de ese siervo ó sierva de Dios. Su elocuencia es mas penetrante que la vuestra. Mas aun; no son los santos quienes hablan y obran. Es Dios quien lo hace por ellos: *Gesta Dei per Sanctos*» (1).

(1) L' UNIVERS, Paris le 31 Août 1874 *Bulletin Bibliographique*, colonne 8.^e y 9.^e par Leon Aubineau. Es de notar, primero que el *Univers* es el primer periódico religioso de Francia, cuyo director en jefe Mr. Luis Veuillot, ha sido honrado en diversas épocas difíciles, y lo ha

Siguiendo, pues, estos consejos que son los de la ciencia y los de la experiencia, voy á comunicar al lector las impresiones que en mí ha causado la lectura de toda la correspondencia espiritual, que medió entre Sor Bárbara de Santo Domingo y su director, por el espacio de tres años. Sea que antes del año 1869 no hubiese habido entre los dos mas que comunicaciones orales, sea que antes de esa fecha, no hubiese comenzado la série de fenómenos extraordinarios, que despues tuvieron lugar en la vida de esta religiosa, es lo cierto que debemos limitarnos, para no usar mas que de documentos auténticos en esta parte de su vida, al citado periodo de tres años.

Y conviene notar aqui, para que realze la humildad de Sor Bárbara, las dos causas de que esta comunicacion de su espíritu fuera por escrito; la primera porque, no disponiendo su confesor del tiempo suficiente para oirla en el confesonario,

sido muy recientemente, con varios *Breves* de Su Santidad. Así lo que se publica en este diario, hace autoridad en el mundo católico. En segundo lugar, que el pasage citado en el texto se refiere á la *Vida de la Madre María Teresa*, fundadora de la órden de la *Adoracion reparatriz del Santísimo Sacramento*, en la cual intervinieron muchas cosas extraordinarias, como visiones y revelaciones, hechas á esta Sierva de Dios, y á otra piadosa Carmelita María de San Pedro, religiosa del Convento de Tours. Todo esto ha ocurrido desde el año 1848 acá, con conocimiento de los Prelados, que han fomentado y fomentan esa misma devocion, que tiene su origen en fenómenos sobrenaturales. Entre lo que sufrió María de San Pedro y Bárbara de Santo Domingo, hay mas de un rasgo de semejanza. ¿Por qué lo que se publica en Francia, ha de edificar y admirar á los católicos, y lo que se publica en España, siendo análogos los hechos, escandaliza ó los deja indiferentes?

le ordenó que le escribiese lo que le ocurriera de particular, y despues el dia de confesion le manifestaria su parecer. Y la segunda fué por la gran repugnancia y vergüenza que le costaba el comunicar de palabra los favores extraordinarios. En esto obraba compélida por la obediencia.

En 1869 el confesor y director de la Madre Santo Domingo se hallaba en Roma, desempeñando el cargo de Consultor Pontificio del Concilio Vaticano. Esta sierva de Dios, le escribia por lo regular cada quince dias. Sus cartas son largas, mas no difusas, aunque contienen una exacta cuenta de su conciencia. En su redaccion se nota, sin exceptuar ninguna de ellas, primeramente gran candor y suavidad; y en segundo lugar humildad y obediencia. No asoma, en ninguna de ellas, que Sor Bárbara tuviese elevada ó ventajosa, ni siquiera buena opinion de si misma. Jamas se daba en nada la razon á si propia. No tenia acritud ninguna contra las que le hacian padecer, ni menos contra su superiora; aunque esta, con una prudencia que la honra y un tino que no es comun, jamas fomentó en ella ninguna idea de mérito personal, ni le dijo cosa en que pudiera apoyar la ilusion sobre fenómenos extraordinarios. Al contrario, la humillaba con frecuencia, la reprendia con aspereza, la hacia ver que la verdadera virtud consiste en el cumplimiento de los deberes y en la negacion de sí misma.

Aquí, para que nadie con ligereza juzgue desfavorablemente de la Prelada, es de advertir que esto sucedia despues de la revolucion de Setiembre, que vino casi á consumir la serie de expoliaciones que la revolucion ha cometido contra la Iglesia y que especialmente como es sabido, se ensañó contra las indefensas é infelices religiosas. No solo arrojó de sus

conventos á muchas de estas, como lo hizo con las de la Comunidad de Madre de Dios, á que pertenecía la Madre Santo Domingo, sino que negandose á pagar, ó no pagando de hecho las cortas pensiones, que como una mezquina indemnizacion de lo mucho que les ha quitado, les prometió el Estado, la misma revolucion ha obligado á las monjas ó á mendigar ó á trabajar asiduamente para no morir de hambre. En cuanto á mendigar, ya se sabe como reciben y despachan las suplicas de las religiosas muchos de los que pudieran socorrerlas, y especialmente casi todos aquellos que con los bienes quitados á los monasterios y comprados al Estado por viles precios, se han hecho ricos y poderosos. Estos que más que una obra de caridad, harian una obra de justa y necesaria reparacion socorriendo á las religiosas, son los que ven con más indiferencia su suerte; y mientras ellas se mueren de hambre ó se alimentan de tal modo que no se sabe como pueden vivir así, abreviando su existencia por alimentarse mal, ellos se sientan á mesas espléndidas, cuando antes de hacerse dueños de lo arrebatado á las monjas, quizas no tendrian un mendrugo de pan que llevar á su boca. (1). Mas sea de esto lo que fuere, el hecho es que las Monjas estan pereciendo; y que la necesidad las obliga á trabajar asiduamente de manos para llenar la obligacion natural de la propia subsistencia. La Prelada pues, no hacia mal en retener casi todo el dia á Sor Bárbara en el trabajo de manos, tan es-

(1) Se ha dicho y lo recuerda la Madre Santo Domingo en una de sus cartas, que los enemigos de las monjas, las acusan de flojas. Por la règle *Odisse quem lesseris*, que recuerda Tácito, ordinariamente los mayores enemigos de las Monjas, aunque muchas veces lo son embozadamente, son los que se han enriquecido á sus espensas.

casamente retribuido en una muger; y la sierva de Dios gustosamente se conformaba con lo que su Prelada la ordenaba, mostrando segun dice una de sus compañeras, muchas habilidades que ni siquiera se sospechaba pudieran existir en ella, atendida la falta de enseñanza que tuvo en su juventud. Quejábase ella á su director, aunque siempre manifestando la más ejemplar paciencia, de que esto la privaba de comunicar con Dios. «Mejor, le decia alguna vez, que vivir en una Comunidad donde no hay vida comun, seria haberme quedado en mi casa.» Fuese por esto, ó lo que es más probable, porque el demonio queria inquietarla, meses enteros estuvo luchando con la idea de pasarse á las Capuchinas. Pero era tan delicada su conciencia, que en una de sus cartas, manifiesta temor de que por haber deseado tener doce mil reales para que le sirvieran de dote, á fin de entrar en el Monasterio de Capuchinas, pudiera haber cometido una falta contra la pobreza; de aquí podrá deducirse, que seguridad de conciencia tendran aquellas religiosas que, no para un objeto tan santo, quisieran tener y tengan peculios y considerables ahorros, si es que algunas los tienen. Por lo demas, no solo conocia Bárbara, que este deseo debia estar sujeto á la obra divina, sino que Dios no le ocultaba que aun los deseos buenos y que el mismo Dios inspira no deben ser acompañados de inquietud. Asi se lo manifestó el Señor respecto de los deseos de otra religiosa, acerca de un objeto que ella no descubrió á su propio confesor; solo le manifiesta que á Dios le desagrada la demasiada vehemencia, aun en los buenos deseos, sin duda, por lo que en ella se mezcla el propio juicio y el amor propio (1).

(1) Al fin Sor Bárbara desechó el importuno pensamiento de pa-

Otra circunstancia se nota en esta sierva de Dios; y es que, á diferencia de otras almas, muy versadas en el conocimiento de lo que les ha sucedido á los Santos por la lectura de sus vidas, Bárbara, casi no tenia noticia de esto. Esta circunstancia es tanto más digna de tenerse en cuenta, cuanto que ella elimina la hipótesis, posible en otras almas, de que afectadas por la noticia de los fenómenos extraordinarios que han leído en las vidas de los Santos, se puedan alucinar creyendo que á ellas les suceda algo semejante. Sea por la humilde condicion en que nació y por la pobreza de sus padres, que no la permitieran adquirir libros para instruirse; sea porque en el convento siempre tuvo mucho que trabajar, ya en su oficio de organista, ya supliendo por la cantora, ora sirviendo de enfermera, ora ocupandose en las labores de manos que la encomendara su Prelada, lo cierto es que, por lo que se desprende de sus cartas, Bárbara no conocia las vidas de los Santos. Esto, hasta cierto punto, es reparable en ella. Lo diré no por hacerla un cargo, sino para disipar del todo esa sospecha, la única que pudiera formarse un poco razonablemente contra sus cosas extraordinarias, atribuyendolas á la influencia de una voluntaria ó involuntaria inclinacion á creerse tan favorecida como los Santos. Ademas de esto debe tenerse presente que su director, por una prudente cautela, le habia prohibido leer ningun libro de mística. Bárbara en su dilatada y minuciosa correspondencia, no habla mas que de Jesus y de María. De Jesus casi siempre; de Maria algunas veces. De Santos no nombra uno siquiera, sino es á Santa Catalina de Sena; y eso por sarse á las Capuchinas, tan pronto como su director se lo mandó, y le manifestó que era una sugestion del demonio para inquietarla.

incidente, para encargar á su confesor y director, estando este en Roma, que hiciese una visita al altar donde descansa el cuerpo de la ilustre Virgen dominicana, para pedirla por la Comunidad de Madre de Dios. Mas no resulta, ni de su estilo, ni de otra ninguna circunstancia, que Bárbara hubiese leído los escritos de Santa Catalina, y mucho menos cuando ya lo habia prevenido su director, ni los de Santa Teresa ni otros análogos. Su estilo es propio de una persona como ella, natural y sencilla, sin adornos de ningun género; aunque de vez en cuando sin saberlo ni quererlo ella, llega hasta á ser su modo de expresarse pintoresco, por la viveza de la narracion y por la exactitud y belleza de las comparaciones.

Cuando por la primera vez aparece algo de extraordinario en la correspondencia de la Madre Santo Domingo, es á fines del año 1868 con ocasion de no haber podido comulgar sacramentalmente un dia en razon de que la Comunidad de Madre de Dios, no tiene mas que dos ó tres comuniones cada semana (1).

(1) Lo mismo sucede en otras comunidades religiosas, como en las de Carmelitas Descalzas, aunque muchas de ellas han alcanzado dispensa para comulgar con mas frecuencia. Por cierto que las opuestas á estas dispensas, se escudan nada menos que con la autoridad de Santa Teresa. Pero esto es un doble error. Es error, en cuanto al hecho; porque no Santa Teresa, sino un capítulo celebrado en Alcalá de Henares, es el que prohibió á las Carmelitas comulgar con más frecuencia que lo hacen. El segundo error es que eso mismo que se pretende conservar, es contra el deseo y el espíritu de Santa Teresa. Véase la admirable obra intitulada: «LA SAGRADA COMUNION, SU FILOSOFÍA, SU TEOLOGÍA Y SU PRÁCTICA, escrita por el sábio y piadoso Padre Dalgaisus, amigo, discípulo y sucesor del P. Faber; y se verá que antes del siglo XVI,

Oigase lo que ella escribía á su confesor el 10 de Diciembre 1868. De sus palabras, que parecen referirse á una cosa nueva para ella, puede deducirse que entonces comenzaron para ella, á lo menos apercibiéndose de ello la misma sierva de Dios, los fenómenos extraordinarios, que tan frecuentes fueron en los últimos años de su vida. «No sé, si lo »que le voy á decir á V. será de Dios ó del demonio. Es- »tando en el Santo Sacrificio de la Misa, era día en que no »teníamos comunión. Estaba yo con unos deseos vehemen- »tísimos de recibir la sagrada comunión; pero como no po- »día ser, hice la comunión espiritual. Estando en ella, co- »menzé á sentir una paz muy grande en mi alma y á fijarse »mucho mi mente en mi Dios, tanto que me parecía lo es- »taba viendo. Mi corazón parecía querer salirse del pecho. »Sentía un ardor muy grande; tanto que estando yo casi »siempre pálida, cuando fui á la celda, creyeron que estaba »mala, pues me decían que aquel color no era natural en mi »y que yo algo tenía. Aunque yo dije que no tenía nada, no »me creían. Es una cosa rara, porque yo estaba en mis sen- »tidos y no podía moverme. Parecía que estaba fijo en mi »Dios. Pero ¡qué hermoso era y qué cariñoso se me mostra- »ba! Parecía que me convidaba á que descansara en su dul- »císimo corazón. Me ponía sus brazos para que me reclinara-

se comulgaba muy poco aun por las personas religiosas, y por eso hay tan pocas comuniones de las llamadas *de regla*, en los antiguos institutos. San Felipe Neri y San Ignacio de Loyola fomentaron cuanto pudieron, la frecuente comunión, como dique á los males de su tiempo, mayores el día de hoy. Santa Teresa se animó del mismo espíritu. Por eso ordenó dos comuniones. Si hoy viviera, la ordenaría mas frecuente. Oponerse á esto es acercarse al jansenismo.

»ra en su amante pecho; y parece le oí decir: Ven y descansa
 »en mi corazon. No puedo explicar lo que mi alma gozaba.
 »Estaba en una tranquilidad muy grande. Todas esas an-
 »gustias que yo tengo, porque me parece que en todo ofen-
 »do á Dios, entonces desaparecieron y me quedé en una
 »paz inalterable. Así estuve hasta que se acabó la Misa que
 »tuve que hacerme una violencia muy grande para venir á
 »la celda, pues todo me parecia tan feo y tan raro, que yo
 »no puedo explicarlo. Cuando me hablaban, parecia que lo
 »extrañaba. Casi toda la mañana, parecia lo estaba viendo.»

He citado este pasage de la correspondencia de la Madre Santo Domingo, porque es el primero de su género que ocurre en ella, segun el orden del tiempo; y porque en él se vé que no solo la cogió de nuevo aquel fenómeno, sino que ella ni siquiera imaginaba pudiera sucederle tal cosa. En el curso de la misma correspondencia, tambien se descubre que lejos de creerse con mérito para eso, se humillaba profundamente, no solo delante de Dios, sino tambien delante de los hombres. A su confesor le escribía casi siempre despues de haber invocado el auxilio divino, para acertar en lo que iba á descubrirle, y por lo comun, especialmente en los últimos tiempos de su vida, concluia sus cartas en estos términos, que todavía se encuentran en la de 29 de Octubre de 1872, despues de la cual ya no le escribió ninguna otra: «Pida V. mucho por la mayor pecadora del mundo, »que de rodillas le pide su bendicion.»

Si esto no parece tan extraño, atendida la dignidad del Sacerdote, si lo es el mero convencimiento que Sor Bárbara manifiesta casi de ordinario en sus cartas, de ser ella la criatura mas miserable que habia sobre la tierra. «El caso es, de-

»cia, que busco el pecado en particular que haya cometido, »cuando me siento indigna de comulgar; y por mas que »lo busco, no lo encuentro.» Mas todavía, en cierta ocasion mostrósele el Señor cubierto de llagas, diciendole que se las habian hecho las religiosas; en otra vió á algunas almas consagradas á Dios, insultando é hiriendo al Señor en el acto de comulgar. Una de ellas, dice, le colocó una corona de espinas en la cabeza, y se retiró muy ufana (1). En medio de esto Bárbara decia: «Yo soy peor que todas ellas.» Encargandole Dios, en una de esas apariciones, que manifestase á cierta Prelada, los defectos que debian corre-

(1) No se extrañe lo que Dios se sirvió manifestar á su sierva Bárbara de Santo Domingo. No quiere decir el Señor, en un sentido absoluto, que los pecados de las religiosas y de las almas que le estan consagradas, sean mas graves, que los de los seglares; pero sí que esos pecados son relativamente mas graves y que de ellos recibe el Señor una ofensa especial, por las gracias particulares que ha hecho á esas mismas almas. «Al que mucho se le ha dado, mucho le será pedido; y á quien se le ha confiado mucho, mucho se le exigirá» (Luc. 12-48). Poco antes habia dicho el Divino Maestro: «Aquel siervo que conoce la voluntad de su dueño, y no se prepara, ni obra segun su voluntad, será muy azotado. Pero al que no conoce, si hace algo digno de castigo, se le azotará poco» (Ibid. 47 y 48). Conforme á esta doctrina, es la de San Bernardo, segun la cual lo que en un seglar puede ser una chanza, en un sacerdote puede ser un sacrilegio. La doctrina de San Agustín es igual á la de San Bernardo. La Madre Santo Domingo se muestra en varios pasages convencida, de que lo que en su tiempo padecian las religiosas era efecto de que tenian agravado á Dios, y se maravillaba de que, aun en medio de esos castigos, todas no se resolviesen á ser santas. Seria prolijo copiar todos los pasages de su correspondencia, en que expresa esta convicción; reputandose, sin embargo ella misma, como la peor y mas pecadora de todas.

girse en una comunidad, fué grandísimo su sufrimiento. Mas el Señor insistió en que había de hacerlo y, previa consulta de su director, lo hizo, venciendo y humillandose. La Prelada, con su acostumbrada prudencia le contestó: «Eso que tu me dices, que te ha dicho Dios, lo dicen los libros,» manifestandole al mismo tiempo cierta indiferencia ó desprecio, sin duda, por temor de que ella entendiese que la daba crédito, á fin de evitar toda tentacion de vanidad.

La Prelada no la conocia bien. El alma de Bárbara era humildísima. Pocas personas se han despreciado tanto como ella se despreciaba á sí misma en medio de los mas evidentes favores que Dios la hacia. Cuando se le mostró llagado por las imperfecciones de las religiosas, el Señor le decia: «Tu me sanas esas llagas con tu amor.» En una ocasion mostrandose á ella traía sobre su corazón una corona de flores y le dijo: «Esta corona me la has puesto tú.» Otra vió á Jesus salir del sagrario y venirse derechamente á su corazón diciendole como en otras varias ocasiones: «En ti encuentro mi descanso.» Orando una mañana delante del Santísimo Sacramento, el Señor se le dejó ver crucificado, mandandole se acercase á su divino costado, en cuya actitud estuvo largo tiempo aun despues de salir del coro. En este se sentó el Señor á su lado en una ocasion, oyendo á la sierva de Dios la cual rezaba entonces el oficio divino con las demas religiosas; siempre que en los salmos ocurría la palabra *Señor* ú otra análoga, Jesus le decia: «Ese soy Yo.» La timidez de Bárbara y sobre todo su humildad, la retraian de dar á Jesus el nombre de Esposo. Manifestóla el Señor que aquella timidez era excesiva, mandandola le diese ese dulce

título, que por si solo bastaría para obligar á una religiosa á hacerse Santa (1).

Pero era tan profunda la humildad de la Madre Santo Domingo, que aun despues de haber recibido tan ámplio y expreso permiso para llamar á Jesus su esposo, rara vez lo hace en el curso de su correspondencia; dandole sí, muchas veces el título de *mi Dios*. Esto descubre su espíritu eminentemente católico, pues los quietistas habian desterrado de las almas esta humilde, dulce y agradecida confianza que dá á las almas valor para decir al Divino Salvador, como le dijo Santo Tomas despues de haber tocado su divino Costado: *Mi Señor y mi Dios* (Joan. 20-28).

Otros muchos favores de esta especie recibió del Señor esta humildísima sierva suya. Entre ellos son de notar las muchas veces que, en la sagrada comunión, se le dejó ver de una manera sensible, en el fondo de su alma. Otra veía el sagrado corazón de Jesus en medio de la forma consagrada; ora esta forma desaparecía y ella no veía mas que ese mismo sagrado corazón, todo rodeado de llamas. Alguna

(1) Es observacion de San Leonardo de Puerto Mauricio hecha á otro propósito, que entre el Esposo y la esposa debe de haber *quandam æqualitatem*. La de naturaleza, dignidad y méritos no puede existir entre Jesus y el alma que se le ha consagrado. Debe, pues ser la de santidad. El es el Santo de los Santos; luego sus esposas deben trabajar seria y asiduamente en santificarse. Mas aun; jamas deben creerse suficientemente perfectas, atendida la infinita perfeccion de su Divino Esposo. Por eso las religiosas que comprenden la responsabilidad que sobre ellas pesa por serlo, como lo comprendia la Madre Santo Domingo, jamas dicen *basta*. Al contrario; sin perder tiempo ni desperdiciar ocasion, cooperan constantemente con la gracia, para perfeccionarse cada vez mas.

vez tomaba Jesus fuego de su corazon, para arrojarlo en el de Bárbara. Vióle una vez venir, en dia que ella no podia comulgar sacramentalmente, revestido con ornamentos sacerdotales, para comulgarla. En esas comuniones de deseo diversas veces experimentó en el paladar lo mismo que si hubiese comulgado sacramentalmente. Era Bárbara una alma verdaderamente eucarística. Casi nunca pedia ella nada para si, ni siquiera cosas espirituales. A diferencia de algunas religiosas imperfectas, que quieren hacer de sus confesores una especie de procuradores, para conseguir limosnas dispensas ú otras cosas análogas, Bárbara no pedia al suyo ni siquiera que fuese á oirla en el confesionario mas de una vez á la semana; cuando hay algunas monjas ó beatas, que molestan á sus confesores todos los dias. Menos le pedia, que fuese á cantar misas, ni á predicar en funciones solemnes; pero si le pedia con insistencia, cuando estaba su Director en Roma, que obtuviese de la Santa Sede la facultad de que su comunidad pudiese comulgar todos los dias, para hacerlo ella, satisfaciendo el ardiente deseo que tenia de unirse á su Dios en el sacramento de su amor. Mas no se crea por esto que hubiese en ella presuncion de ningun género, ni que se creyese digna de comulgar. Al contrario manifiesta muchas veces el temor que la asaltaba de cometer un sacrilegio. Examinaba su conciencia y por mas que hacia, no encontraba en ella pecado. Entonces rendida á la obediencia del confesor, que le habia mandado comulgar, se acercaba á recibir la Eucaristia. En el capitulo siguiente, diré lo que hacian los demonios para impedirle la comunión. Ella sin embargo triunfó de todo; y en la comunión y por la comunión, recibió torrentes de gracias y especiales

favores de Dios, que ella supo aprovechar para hacerse cada día mas perfecta.

Antes de pasar á otra cosa, ya que hablo de los favores que Sor Bárbara recibió por medio del Señor Sacramentado, este es lugar de oír como ella misma refiere lo que le sucedió la vispera del Corpus, en el último año de su vida. Ya hemos visto lo que las religiosas de su comunidad observaron aquella tarde; era evidente que algo extraordinario la habia sucedido. He aquí en que términos dá cuenta de esto á su director.

Sevilla 2 de Junio de 1872.

Mi venerado Padre: la vispera del Corpus, estando rezando Visperas, me sentí abrasar el corazon del amor hacia mi Dios. Al mismo tiempo senti un dolor agudísimo en mi corazon; tanto que tuve momentos que parecia se me partia de la violencia del dolor. Esto me impedia el poder rezar con diafanidad; pues me fatigaba mucho la respiracion. Al mismo tiempo parecia que toda me abrasaba. Este fuego verdaderamente quema; pero ¡con que suavidad, dulzura y paz! Así estuve sufriendo mucho para que no me conocieran nada, hasta el final de Completas. Entonces ya no pude mas; pues casi perdí el sentido, por la fuerza del amor que sentia y la violencia que me hize para disimular.

«Como llevo dicho, estandose acabando las Completas, me quedé hincada de rodillas sin accion; el corazon parecia se me queria salir del pecho, por los fuertes latidos que daba. Estando así, parecia se me manifestaba en el interior de mi alma mi Dios; llenandola de tanto amor, que mi pobrecillo corazon se aniquilaba y como que desfallecia á fuerzas del amor. Pero cuando estoy así, me siento llena de una profundísima

humildad, veo todas mis miserias y pecados con mucha claridad, y esto me hace conocer lo que soy con mas viveza. Estando contemplando y amando á mi Dios, yo me humillaba mucho en su divina presencia, y postrada mi alma á sus divinos piés, contemplaba su hermosura, su amor, su caridad, lo muchísimo que se humilló por mí, y todas sus bondades, que son sin límites. Con esto mi corazon se abrasaba y consumía con la abundancia del amor. Todos los efectos que esto producía en mi alma, no me es posible poderlos decir.»

«Ya comprende V. lo que experimenta el alma cuando ama de veras á Dios. Yo siento en mi una pureza muy grande. Estoy muerta para todo, y solamente viva para amar. En algunas ocasiones, que se me presentan, conozco que estoy muerta para todo lo de este mundo, sin voluntad para nada, pudiendo decir, que no tengo más querer que el de mi Dios. Como he dicho á V., permanecía á los piés de mi buen Dios, y estando así me dijo en lo interior de mi alma: *Hija no quiero que estes á mis piés; ven á mi corazon, pues quiero descansar en El*. Entonces parecia me levantaba mi Dios y me introducía en su Divino Corazon. Cada vez me encontraba mas encendida, y al mismo tiempo humilladísima; pero amando tanto, que parecia no tenia fuerza para soportar tanta abundancia de amor, y tuve momentos que, si Dios no me hubiera fortalecido, hubiera muerto.»

«Las dulzuras de que gozó mi alma en esta ocasion, fueron tantas, que yo no las sé explicar. Estando así, le pedía á mi Dios me librara de ser engañada del demonio con sus ilusiones; pronunciaba el dulce nombre de Jesus y de Maria; pero experimentaba en mi alma una paz tan grande y una seguridad de todo lo que pasaba por ella, que parecia ser Dios

el que comunicaba en mi alma tanta abundancia de amor. Mientras pasaba en mi todo lo que llevo dicho venia como una turba de demonios para tentarme; pero todo pasaba en el exterior; estuve así como una hora, poco mas ó menos; y cuando estuve capaz de hablar, me dijo Madre: *Hija, ¿con que estas nerviosa?* Yo le contesté: *Un poquillo*. Me trageron una poca de agua fresca y con ella me alivié algo del ardor tan grande que sentia. Yo me alegré hubiesen creido era nervioso; pues sentia pudieran comprender lo que era en realidad.»

«Despues me quedé con mas ansias de amar á mi Dios, y de que todas las criaturas lo amen mucho. La presencia de Dios la tengo mas clara. Antes de esto había seguido, como V. me dejó. Ahora se aumentaron más las penas interiores, sufriendo extraordinariamente; pero mientras mas se aumenta el padecer, mas y mas deseo yo su aumento y duracion. El mayor consuelo y alegría que me puede dar Nuestro Señor es enviarme muchos trabajos y tribulaciones. En ellos encuentro todo mi consuelo; pues me hallo cada vez con nuevas ansias de amar á mi Dios. Al paso que se aumenta en mi corazón este amor, crece extraordinariamente el deseo de nuevas penas. Yo no comprendia antes de mi conversion, como podian las almas desear con ansias los trabajos; pero ya no solamente lo creo, sino que digo, hablando de mi, que me es como imposible vivir sin tener mucho que padecer. Mas sufrir lo que Dios quiera. No tengo la menor inclinacion á cosa alguna. Todo mi gusto y querer está en hacer la voluntad de mi Dios en todo.»

«El sábado, despues de haber recibido la Sagrada Comunión, me sentí llamada á la contemplacion de mi Dios. Me

quedé toda absorta en El; y estando así, parecia contemplaba con mas viveza las perfecciones divinas. Estuve un poco así con la presencia de Dios mas clara, amandole mucho, y ví á la Santísima Virgen con mi Dios Niño en sus brazos. A la Señora no la veía muy clara; pero al Divino Infante lo contemplaba con mas claridad. Este Dios dejó los brazos de su Madre y se vino á mi corazon, y me dijo: «Aquí encuentro Yo mi descanso.» Me parece fueron estas sus palabras; pero no lo puedo asegurar. ¡Cuántos fueron los consuelos que recibió mi alma y mi corazon, cuando mi buen Dios se dignó comunicarse á mí! Parece goza mi alma de un paraíso anticipado, todo muy puro. Todo el dia estuve sintiendo en mi corazon el contacto santo de Dios.»

«El trato de las criaturas se me hace cada dia mas insoportable, y todo lo de este mundo es un martirio para mi. En nada encuentro gusto. La comida cada dia puedo tomar menos. Me encuentro tan alimentada y fortalecida, despues de recibir la Sagrada Comunión, que si no fuera por obedecer, no tomaría nada. Los dias que tomo pan y agua, siento una dulzura que se parece á la que experimento cuando recibo á mi Dios Sacramentado; y apesar de ser bien poco lo que tomo, me encuentro tan fuerte, como si hubiera comido alimentos de mucha sustancia.»

«Recordará V. le dije el lunes, me encontraba un poco mala: pues no me he aliviado todavía. Yo pienso es causado esto por la fuerza del amor, que siento hácia mi Dios; porque cuando lo siento mas fuerte y estoy mas encendida en esas ansias de amar á mi Dios, entonces conozco yo que no tengo todo el espacio que necesita este amor; y por eso me siento que parece se me parte el corazon; y el pecho y todo

mi interior parece lo tengo en una prensa. Esto creo me produce una poquita de calentura algunos dias; mas no me dá cuidado alguno, porque de lo demas me siento bien. Lo que yo siento es que me conozcan algo. Hermana Angelita, como dije á V. el otro dia, me lo ha conocido; pues dice que tengo algunos dias mal color, y yo no se lo he podido negar. Yo no queria decirlo; pero no se cómo contestarle, que ni le diga la verdad, ni mienta. No sé qué hacer; ella quiere que tome manzanilla; pero si la tomo quizas me haga daño, por no ser, á lo que yo conozco, remedio para lo que tengo. Dios cuidará de todo.»

«Queda pidiendo á Dios por V. su hija, la grande pecadora, *Santo Domingo*.»





CAPÍTULO VI

LUCHA DE SOR BÁRBARA DE SANTO DOMINGO CON LOS
ESPIRITUS INFERNALES.

NADA es más comun que encontrar personas que sinceramente desean salvar sus almas; pero que á pesar de su buena fè, hacen dudar de la sinceridad de ese deseo, porque quieren salvarse sin condiciones; ó fijando ellas á Dios, siquiera sea implícitamente, las condiciones con que las ha de salvar. Una de esas condiciones es, para muchos, que Dios ha de revocar para ellos aquella ley general, que establece como premio de justicia, la concesion de la bienaventuranza, ofreciendo la corona, únicamente á los que pelean

legítimamente (2 Timoth. 2-5). Trabajar como buen soldado de Cristo (Ibid. 3), trabajar en todo (Ibid. 4-5), hacer lo que el agricultor que come los frutos de la tierra, porque antes ha trabajado (Ibid. 2-6), son cosas desconocidas muchas veces, aun por personas que parecen piadosas, las cuales se olvidan de que aun antes de que Nuestro Señor Jesucristo viniese á enseñarnos con su ejemplo, que al Cielo no se entra sin ser antes tentado (Ibid. 4-15), ya el espíritu Santo nos habia advertido, que si queremos acercarnos al servicio de Dios, debemos prepararnos para la tentacion (Eccli. 2-1). Lejos de extrañar pues que las personas buenas sean objeto de los ataques del demonio, se puede asegurar, que la fuerza é insistencia de estos ataques, está en razon directa de la bondad de esas mismas personas. El mejor será más frecuente, más récia y mas tenazmente combatido por el enemigo de todo bien.

Esto es lo que sucedió con Sor Bárbara de Santo Domingo. Basta la noticia que tenemos ya de sus virtudes, para que no extrañemos la guerra cruel que le hicieron los espíritus infernales. Ellos la atacaron, no solo de la manera ordinaria en que acostumbran atacar á todas las almas, sino tambien de muchos modos extraordinarios ó fenomenales. En cuanto á las tentaciones ordinarias, no solo la combatian con pensamientos de vanidad, de estimacion propia y de desobediencia, sino que la acometian con tentaciones que parecian extrañas en una alma como la suya, que casi totalmente ignoraba el mal en muchas de sus especies. Hay una certeza moral, de que ella fué siempre Virgen de cuerpo y de alma; y sin embargo Bárbara se queja en diversos pasages de sus cartas á su director, de las tentaciones de impureza que la afligian.

En cuanto á la ira repetidas veces se lamenta de que, aprovechando *su natural de fiera*, la tentaba el demonio á encolerizarse contra los demas; «que si me valiera, decia, despedazaria hasta las paredes.» Por de contado ese *natural de fiera*, que nadie le conoció, pues su madre dice que en su casa era un ángel, y las monjas afirman que jamas la vieron alterada, ó es una creacion de su humildad, ó es que el demonio la tentaba con tal fuerza, que ella creia tener ese génio iracundo que nadie le conoció. Mas en todas estas tentaciones ordinarias el demonio salia vergonzosamente vencido por la Sierva de Dios.

Entonces Dios, para mayor mérito de Bárbara, permitió á los espíritus infernales que la probasen de otra manera; reservandose el Señor acudir por su parte, como lo hizo, al socorro de su esposa con favores extraordinarios. Siempre he creido, que lo uno se explica por lo otro, en la vida de la M. Santo Domingo. Si los demonios no se hubieran empeñado tanto contra ella, quizas Dios no la habria favorecido tanto. Bárbara compró pues á gran precio, las gracias especiales que el Señor derramó sobre ella. No habiendo ella puesto cortapisa ninguna á su generosidad para con Dios, ni siquiera la de no tener que combatir tan rudamente con los demonios, el Señor que no se deja vencer en generosidad por nadie, fué generosísimo para con ella.

Tres clases de lucha tuvo que sostener Bárbara con los demonios. La primera en la sagrada comunión; la segunda en las tentaciones á pecar, bajo formas visibles; la tercera en los malos tratamientos personales. En la primera tenia la sierva de Dios que hacerse superior á graves amenazas que

la hacían si se acercaba á comulgar. Mostráronle una vez un foso lleno de fuego, amenazandola con que caería en él si se acercaba al comulgatorio. Amenazaronla otra vez de herirla con una espada desnuda, si iba á recibir la Sagrada Eucaristía, persuadiendola de que estaba en pecado mortal y se condenaría. Ella sin embargo comulgaba, obedeciendo rendidamente á su director. Pusieronse alguna vez como en centinela al lado mismo de la craticula para retraerla de acercarse.

En cuanto á la segunda clase de esfuerzos diabólicos, para perder á Bárbara, dejábonsela ver los demonios en las formas mas provocativas haciendo entre si cosas pésimas, para inducirla á que ella hiciese lo mismo; y en esto, aparte de la sinceridad del horror con que ella daba cuenta á su director, de lo que le pasaba, debe considerarse la pureza de su vida constantemente acreditada, para creer en la intervencion satánica, una vez que sin ella es naturalmente imposible que formase una fantasmagoria sobre objetos de que ni siquiera tenia idea. Ninguna idea hay en el entendimiento, acerca de los objetos exteriores, sin que haya pasado por los sentidos; y Bárbara habia llevado siempre una vida pura é inocente, sin ver ni oír nada que pudiera darle idea de lo que los demonios le hacían ver. Luego es necesario reconocer que habia en esto un fenómeno extraordinario que tenia por autor al espíritu maligno; y que Dios permitía esto, para probar y acrisolar á su sierva, haciendola merecer mucho. Una ó dos veces aparece en sus cartas, que despues de aquellas luchas, para ella las mas sensibles de todas por su exquisito amor á la pureza, se quejaba ella á Dios, preguntandole donde estaba El, mientras duraban aquellos

recios combates; á lo cual el Señor se dignaba responderle: «Estaba dentro de tí.»

En cuanto á la tercera clase de combates, esto es, á los malos tratamientos que Bárbara recibía del demonio, ya hemos visto en el capítulo 3.^o de este 2.^o libro, lo que refieren testigos presenciales. En su correspondencia ella no alude espresamente á esto, lo cual se explica por uno de dos motivos. El primero es por que ella hablaría en el confesonario sobre esto con su director; el cual, segun se vé por muchos pasages de esas mismas cartas, le habia mandado despreciar á los demonios, que es uno de los mas eficaces medios de vencerlos, por lo mismo que ellos son demonios por la soberbia. Asi lo dice ella terminantemente en una de sus cartas, asegurando que nada le es mas sensible al espiritu infernal, como que se le desprecie; pero este desprecio no debe ir acompañado de presuncion, sino de una gran desconfianza de nosotros mismos y de una ilimitada confianza en Dios. Si no llena estas dos condiciones nuestro desprecio del demonio, lejos de servirnos ese desprecio para vencerle, seremos por él facilmente vencidos, tan pronto como confiemos en nosotros mismos, ó desconfiemos de Dios.

El segundo motivo que probablemente tuvo la M. Santo Domingo, para no hablar de esto en su correspondencia, es el amor constante y ardiente que ella tenia de sufrir. Muchas veces ya fuese hablando de sus enfermedades, ya de la contradiccion que le hacian las criaturas, ya de la molestia que le ocasionaban las enfermas, ya de los demas trabajos de la vida, los llama regalos y beneficios de Dios; añadiendo que padecer era su delicia, y manifestando no estar satisfecha con lo que ya sufría, sino que deseaba padecer mas y no de-

jar de padecer ni un solo momento hasta la muerte. Asi como otras piden á Dios las libre de penas y trabajos ó les alivie los que ya experimentan, Bárbara de Santo Domingo pedia á Dios justamente lo contrario.

En los primeros meses del año 72, su vida se encontraba en gran peligro. Atacada de una enfermedad mortal con una hinchazon cuya causa era desconocida, habia esta invadido ya sus piés, de modo que sin calzado se acercaba, sostenida por otras religiosas, á recibir la sagrada comunión, pudiendo asistir á este sagrado acto, porque su habitacion estaba muy cerca del coro. Mas bien era que su espíritu inflamado en el amor de Dios, la llevaba y sostenia casi moribunda como estaba en aquellos sagrados momentos. Ocurrió entonces un suceso extraordinario de que hubo testigos entonces en las Comunidades de Madre de Dios y San Clemente, que fué mandarle su confesor y director, por obediencia, pidiese á Dios la prolongacion de su vida. Obedeció, pidió la salud y la recobró de tal manera que, cuando parecia tan próxima su muerte, según la opinion unánime de los facultativos, convaleció en tales terminos, que no solo pudo continuar desempeñando sus obligaciones de religiosa en el coro, sino que, con gran contentamiento de su alma, pudo volver aun á la enfermeria, desempeñando todos los oficios de enfermera, con la exactitud, puntualidad, esmero y dulzura de que antes habia dado pruebas y que le habian granjeado el amor y la gratitud de todas las enfermas. Pues bien, alegrandose todas de su convalecencia, que reputaban como un milagro que en ella habia obrado la obediencia, ella sola se entristecia, por dos motivos: uno era, porque la desaparicion de su enfermedad, hacia que fuesen

menores sus padecimientos. Era el otro la vehemente ansia de su alma de verse libre de los lazos del cuerpo mortal para unirse eternamente con su Dios. Alguna vez le decia humildemente á su confesor como en son de queja, que por el precepto que él le habia impuesto estaba aun privada de aquel sumo Bien; y cuando aquel le decia que esperase á cumplir la edad de Nuestro Señor Jesucristo, respondia con gran pena: ¡Oh cuan largo es! Todavía le faltaban cuatro años para llegar á los treinta y tres. Pero se resignaba gustosa con la idea de padecer mas y mas por amor á su Dios. No es pues extraño que Bárbara, en medio del horror que tenia á los demonios, considerase como una gran felicidad, sufrir lo que ellos repetidas veces la hacían padecer. Todo su cuidado era no contaminarse con el pecado. Conseguido esto, de todo lo demas se aprovechaba, ora para mortificarse, ora para dar mayor gloria á Dios.

No eran uno ni dos, sino por lo que resulta de la correspondencia de Sor Bárbara, eran muchos los demonios que la acometian, ya interior ya exteriormente. Mas de una vez dice que sufría *lluvias* de tentaciones. En cuanto á los ataques exteriores, ella no precisa el número ni siquiera dá un dato aproximado, ó que pueda servir para formar una idea de cuan grande era el número de espíritus infernales, que con ella combatian. Sin embargo, debieron de ser no pocos.

Hubo de durar esta lucha, poco mas ó menos, el espacio de cuatro años; y aunque en ella Bárbara triunfó siempre, no fué sin grandes sufrimientos morales y físicos que alcanzase ella la victoria. Su alma sufría con las torpes é inmundas representaciones; al paso que ella en su cuerpo tomaba

una especie de santa venganza, de lo que nunca llegó á hacer contra Dios, perseverando en una rigidísima penitencia. Hacianla mas fácil triunfar de los demonios sus ayunos continuos, llevados á veces hasta un punto que parecia imposible que pudiera sostener su vida; y sobre todo parecia mas imposible que tratandose así, estuviese apta para los trabajos y quehaceres propios de la Comunidad, á los cuales sin embargo nunca faltó, ni en poco ni en mucho, y con tal prontitud y ligereza que como ella manifestó á su confesor, lejos de sentir cansancio, su cuerpo parecia como hecho de plumas. Sus demas mortificaciones, cuyos instrumentos con sola su vista, nos dan una idea del continuo y cruel martirio, á que se condenó á sí misma esta Sierva de Dios, ayudabanla á alcanzar una constante victoria contra el infierno, que así veia frustrados todos sus esfuerzos, por la eficacia de la gracia que obraba en el alma de Bárbara y á la cual esta siempre fielmente correspondia.

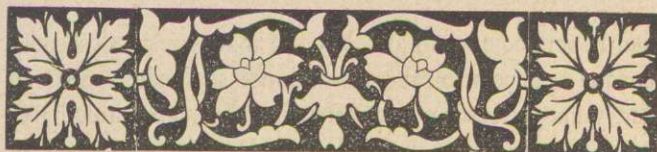
Humildad y obediencia, ayunos y mortificaciones, hé aquí el arsenal en que la M. Santo Domingo se proveia y en que todos nosotros podemos proveernos, de las armas necesarias para vencer á esos astutos y perversos enemigos, que sin cesar rodean de dia y de noche en torno nuestro, ya como leones rugientes para devorarnos (I. Pet. 5. 8), ya como astutas serpientes, para seducirnos con sus engañosos silbidos, ó para inocularnos su ponzoñosa baba.

Si las defecciones son hoy tan numerosas entre los cristianos, si el demonio multiplica sus triunfos aun entre los que parecen buenos, la culpa no está tanto en aquel infernal enemigo, cuanto en nosotros mismos. Nos falta valor para usar las únicas armas con que podemos vencerle y con que

es indefectible nuestra victoria. No le acusemos, pues, á él; acusemonos á nosotros mismos. Dios, para confusion de muchos, que deberían ser esforzados atletas y que no son sino miserables tráfugas ó víctimas vergonzosas del infernal enemigo, presentará algun día á la vista de todo el universo, una legion de almas nobles y generosas, que encerradas en cuerpos frágiles, han conseguido del demonio victorias espléndidas, las cuales prueban lo que Dios puede hacer con las almas y lo que las almas pueden hacer con Dios, para confundir y humillar al infierno, burlandose de toda su furia y riendose de toda su malicia.

Esas seran las almas sencillas y puras, modestas y humildes, pacientes y mortificadas, entre las cuales sin duda, ha de brillar Sor Bárbara de Santo Domingo, que en el siglo XIX, viviendo como los Padres del yermo, y rabiosamente combatida como ellos por los espíritus infernales, como ellos los venció con la oracion y el ayuno (Math. 17-20), con la práctica de la humildad y la obediencia.





CAPÍTULO VII

DEL DON DE DISCERNIMIENTO DE ESPÍRITUS Y DE LA
PRUDENCIA ADMIRABLE, QUE DIOS CONCEDIÓ
Á SOR BÁRBARA DE SANTO DOMINGO.

LA vida en comunidad, por mas que sean buenas religio-
sas las que la componen, exige de parte del alma que
quiere ser perfecta, ademas de una continúa abnegacion
propia, una gran prudencia y discernimiento. Sin abnega-
cion no puede haber paz, porque las contradicciones que no
pueden menos de experimentarse, donde quiera que este-
mos con otros, pronto producirán discordias y faltas de
caridad, las cuales aun cuando en sí no sean graves, impi-

den la perfeccion religiosa. No está todo en condescender, porque es necesario saber hasta donde se puede condescender, y en que casos y circunstancias no es permitido hacerlo; una vez que las indebidas condescendencias, son frecuentemente la causa de que se relaje la disciplina y se pierda la exacta observancia, que es el alma de las comunidades religiosas. Quizas no hay peores enemigos de ellas, que aquellos de sus individuos, que por un falso amor á la paz ó por no malquistarse con nadie, condescienden con todo sin oponerse nunca á los abusos, alegando por excusa que nada se adelanta, ó que el oponerse es exponerse á mayores males.

No obsta el que una religiosa no sea superiora. Si lo es, su responsabilidad es mucho mas grave, si indebidamente condesciende con lo que no debe condescender, ó tolera lo que no debe tolerar; pero aun no estando en prelación, el cargo de velar por la integridad de la disciplina á todas incumbe, porque se cruza en esto de por medio la mayor gloria de Dios y el bien de las almas. Es verdad que el primer modo de cumplir este deber, es observar uno mismo lo que ha ofrecido á Dios en su profesion, procurando la perfeccion propia; que si todas las que esto han ofrecido lo cumplieran cual deben, todas serian perfectas, resultando de la perfeccion de cada una la perfeccion de la comunidad. Mas como por desgracia no todas llenan este sagrado compromiso, hé aquí por qué es el deber de cada una procurar por su parte, no contentándose con trabajar asiduamente en su propia perfeccion, contribuir á la perfeccion de las demas. Porque si á cada uno pedirá Dios cuenta de su prógimo (Eccli. 17-12), mucho mas rigurosa cuenta pedirá Dios á

cada religiosa, no solo de lo que no haya hecho por santificarse á sí misma, sino de lo que no haya hecho por la santificación de las demas.

Es pues, este un deber; pero un deber, por otra parte, difícilísimo de cumplir. «¡Cuánto escándalo y desedificación para otros, cuánta fátua importancia dada á si mismos, han resultado de tener algunos hombres una errada teoria sobre la correccion fraterna, que es el mas difícil de los deberes y la mas oscura de las obligaciones!» En estos términos se explica uno de los mas hábiles maestros de espíritu, el ilustre Padre Faber. Dedúcese de aquí, por consiguiente que para cumplir este deber, se necesita hasta cierto punto, el don de discernimiento de espíritus y una constante y consumada prudencia.

Que Dios dió ambas cosas á la Madre Santo Domingo, resulta de todo lo que sabemos de su vida. Aun desde niña ¿como hubiera podido esta atraer á su hermano mayor que ella dos años, para que aprendiera lo que ella, sin que nadie se lo hubiera enseñado, habia aprendido y le enseñaba, sujetando la volubilidad de la edad, y venciendo el desprecio con que naturalmente debia aquel niño ver los esfuerzos de otra niña, menor y naturalmente tan ignorante como él, si Dios no hubiese dado para esto á Bárbara un don particular? En el convento Dios habia permitido que hubiese una monja, que ella llamaba con propiedad *mandona*, como no faltan especialmente entre las que las Preladas tienen mas á su lado, la cual, sin mision alguna, se queria arrogar la autoridad de mandarla, mezclandose especialmente en sus prácticas de mortificación. Esta ú otra religiosa «me la tenia ya prometida, para cuando fuese Prelada», dice con sencillez

y candor la sierva de Dios; lo cual prueba de cuanta prudencia y de cuanto discernimiento tuvo Bárbara necesidad, para no faltar jamas, como no faltó, ni á la humildad, ni á la paciencia, conservando la paz con esta y con todas las religiosas.

Colocada en el delicado oficio de enfermera, cuyo buen desempeño no se limita á la esmerada asistencia material de las enfermas, sino que se extiende principalmente á que se santifiquen por medio de su misma enfermedad, cosa difícilísima pero que es quizas el fin principal con que Dios se la envia, la persona que las asiste, á mas de tener una grande y activa caridad, necesita mucho discernimiento y prudencia. La Madre Santo Domingo se mostró siempre dotada de ambas cualidades. Ninguna enferma estuvo jamas disgustada con ella; pues si alguna mostró estarlo por poco tiempo, esto mismo sirvió para que ella duplicando su solitud y adivinando por qué brecha entraría mas fácilmente á su corazon, la ganaba casi inmediatamente y conseguia de ella lo que queria. Esto no era natural en ella, porque ella misma repite muchas veces que habiendole Dios dado un carácter iracundo, tenia que hacer grandes vencimientos propios. Tampoco era esto resultado de la educacion, que enseña una especie de diplomacia doméstica á las gentes del mundo; porque ya sabemos que la humilde condicion en que nació Bárbara, la impidió recibir una educacion esmerada y esa especie de enseñanza diplomática, que tampoco basta ni en mucho, sea dicho de paso, para reemplazar al discernimiento y á la prudencia que vienen de Dios. El cálculo no puede hacer lo que hace la gracia, ni la diplomacia, puede suplir por la virtud.

Sin embargo, hay todavía algunos otros datos mas, en los documentos que me sirven para escribir esta monografía, que inducen á creer, que Dios habia infundido, de una manera sobrenatural, en el alma de Bárbara de Santo Domingo, el don de discernimiento de espíritus. A mas de la manifestacion particular que Dios se dignó hacerle, como he dicho en uno de los capítulos anteriores, del estado de las almas con quienes vivia, se conoce por su correspondencia, que para ella eran patentes las disposiciones de ciertos espíritus. De uno de ellos, que era por cierto un sacerdote escandaloso, dice ella misma, que cuando pedia frecuentemente á Dios por esa alma, el Señor la dió á entender como que estaba reprobada; y que dirigiendose á MARÍA, como Refugio de pecadores, para que intercediese por aquel infeliz sacerdote, la Santísima Virgen la dijo: «Ese no es mi hijo», aludiendo sin duda á que en medio de sus lamentables extravíos, aquel individuo ni siquiera conservaba, lo que aun los renegados y apóstatas suelen conservar, que es un resto de devocion á la Madre de Dios y de los hombres. Ocurrió esto en las últimas semanas de la vida de Bárbara, siendo de notar el empeño con que ella insistia delante de Dios, para que perdonase á la España haciendo cesar el castigo que viene pesando sobre ella, especialmente de seis años á esta parte.

La discrecion y prudencia de que Dios habia dotado á la Madre Santo Domingo, se manifestaba en todas sus acciones, asi como en sus palabras y hasta en sus mismos modales; y quizas era en estos mas notable si se atiende á la humildad de su nacimiento y á las dificultades de su educacion. No solo las religiosas de su Comunidad, que tantos

años vivieron con ella, sino tambien las de San Clemente, en cuya compañía pasó cuatro años, jamas notaron en ella exceso ni defecto, ya en el hablar, ya en el callar, ora en el pedir, ora en el conceder, sino que en todo la encontraron siempre discreta y prudente, sin afectacion, sin timidez, sin dureza, sin encogimiento; lo cual no podia ser en ella natural. La misma monja *mandona*, que yo no sé quien es, pero que debe ser una de las que han dado los testimonios de la vida de Sor Bárbara, á que me he referido en el primero y aún en el segundo libro de esta historia, no recibió nunca de ella muestra alguna de desagrado ni de disgusto, no obstante que tanto la ejercitaba.

Yo he querido hacer capítulo aparte sobre estas dos cualidades especiales de la Madre Santo Domingo, porque entre los favores extraordinarios que Dios le hizo, este del discernimiento de espíritus y de la prudencia, es entre todos los dones de Dios, uno de los que mas contribuyen á la divina gloria, al bien del alma que lo posee y al provecho de los prógimos. Ser una persona prudente y discreta, es mas, en cierta manera, que hacer milagros; y en todos, pero especialmente en las mujeres, tener esas dos cualidades, es un gran milagro.



CAPÍTULO VIII

DE OTROS FAVORES ESPECIALES QUE RECIBIÓ DE DIOS SOR
BÁRBARA DE SANTO DOMINGO, INTERVINIENDO EN
ALGUNOS DE ELLOS LA SANTÍSIMA VÍRGEN;
Y ESPECIALMENTE, DE SU DESPOSORIO
ESPIRITUAL CON DIOS.

Y A he advertido, que los cuatro últimos años de la vida de la Madre Santo Domingo, pero especialmente los cinco últimos meses que ella pasó sobre la tierra, fueron una casi no interrumpida série de fenómenos espirituales, cuya narracion minuciosa fatigaria al lector, porque casi todos ellos son uniformes, contribuyendo todos á formar la mas íntima union entre el Señor y su sierva. Absorta esta muchas veces en Dios, estaba en el oficio divino, en sus ministerios y en todas las ocupaciones de su profesion, casi

sin saber como podia llenar sus deberes, porque Dios la ocupaba toda. Lo mas extraordinario entonces era que pudiese hacer todo lo ordinario, sin faltar en nada, por una parte; y por otra, que lo hiciese sin que notaran las circunstancias que casi no estaba en sí. Hallábase ya como si su espíritu no estuviese en su cuerpo. Mas aún; su espíritu se encontraba ya como fuera de este mundo. Las funciones orgánicas le parecían extrañas. Extraña la luz material, que heria sus ojos; la cual sin duda le parecia pálida y opaca, en comparacion de la luz interna que inundaba su alma. El trato de las criaturas la parecia extraño; sin embargo de lo cual jamas faltó á ninguna de las conveniencias sociales de su estado.

En cuanto á las funciones orgánicas, la vida de la Madre Santo Domingo, era verdaderamente fenomenal en su postrer período. Se ha indicado que estuvo á la muerte á mediados del año 1872. «Estoy incapaz, ahogandome y con los cáusticos», escribia ella á su confesor en 16 de Junio de aquel año. «Gracias á Dios, añadía dos dias despues, sigo sufriendo bastantes dolores. Tengo muy fatigosa la respiracion. El cerebro tambien está penosillo. Hoy me ha dicho el médico es largo, á lo que alcanza. Los cáusticos no actuan bien... Todavía estoy sin poderme acostar. Las noches las paso sin poder descansar, sufriendo mucho. Me acuerdo mucho de todo lo que pasó mi Dios por mí; y tengo mucho gozo en poderle ofrecer esto poquisimo, que su misericordia me regala.»

El 26 de Junio, aquella enfermedad que al médico le parecia larga y contra la cual parecia impotente la ciencia, no obstante que ella encontró siempre á la Madre Santo Domingo dócil á sus prescripciones, por dolorosas que fueran, ha-

bia terminado de un modo extraordinario. «Ninguna medici-
 »na me alivia» escribia ella á su confesor ese dia. «Solamente
 »la Santa Obediencia es la que me ha vuelto á encarcelar en
 »este mundo. Ya usted me entiende. Desde que me dijo us-
 »ted el Santo Evangelio y me mandó pidiese á Dios mas vida
 »ha cesado el mal que me causaba la muerte, ó si hablo con
 »verdad, no ha cesado; pero Dios me sostiene, porque la obe-
 »diencia me lo manda. Quiere Dios que esté capaz de seguir
 »la comunidad, sin que me conozcan lo que padece mi inte-
 »rior. Con esto estan las monjas mas contentas. En esta oca-
 »sion he conocido lo muchísimo que me tiene mi Dios sujeta
 »á su voluntad; pues á pesar del grandísimo deseo que tiene
 »mi alma de salir de este mundo y de unirse para siempre con
 »Dios, y de ver que parecia que Dios tambien lo deseaba y
 »me lo queria conceder, por lo cual mi alma se abrasaba cada
 »vez mas en su amor; estando así me manda usted lo contra-
 »rio, y que yo lo he de pedir. Ya no pienso en nada mas que
 »en obedecer, ya no tengo voluntad, y así lo pido y mi Dios
 »me pone capaz de seguir como estaba antes. Ya estoy yen-
 »do al coro y al oficio, con trabajo; pero lo oculto, para que
 »solamente Dios sepa mis trabajos. Estoy tomando alimen-
 »to mas sencillo y solamente el que puede llevar mi estóma-
 »go. El desayuno me hace daño; pero no me determino á
 »dejarlo, por no saber la voluntad de usted. Algunas estan
 »en que lo que yo he tenido es, como dije á usted el otro
 »dia, por falta de alimento: pero en conciencia y con verdad
 »digo á usted que no siento la menor novedad en mi estó-
 »mago. Lo siento perfectamente bueno; y mas digo, que
 »cuando me dan alimentos buenos, siento bastante caimien-
 »to y fatigas, ademas del grandísimo daño que esto le causa

«á mi alma. Cuando tomo el alimento sencillo, me siento
 »mas fuerte y ágil para todo. Esto si yo lo dijera á las mon-
 »jas ó al médico, no lo creerian.... El médico más bien me
 »cree que las monjas, pero le dicen tanto, que lo vuelven á
 »su parecer.»

Antes de esa última época de la vida de Sor Bárbara, ya habia sucedido lo mismo. Un día que ayunaba, no por obligacion, se empeñaron en que almorzara. Púsose mala por esto, y el médico reconoció, cosa no frecuente en los de su profesion, que el ayunar le aprovechaba y le perjudicaba el comer. La Madre Santo Domingo tuvo esto por un favor especial de Dios, para que pudiera continuar sus rigurosos ayunos y demas penitencias. Constantemente asegura de que el mortificarse la robustecia. Sobre todo, en varios pasages de sus cartas asegura el fenómeno de que el poco de pan que tomaba con agua, por todo alimento, tres dias cada semana, no solo le daba mucho mas vigor que el que tuviera si hubiese tomado un abundante y sustancioso alimento, sino que le dejaba en el paladar un delicioso sabor, como si se hubiere alimentado de miel.

En medio de esto, Dios queria mas bien para hacer gozar á su sierva en este mundo, algo de lo que le habia de dar en el cielo, hacerla sufrir en la tierra, para tener ocasion de darle mayor gloria despues de la muerte. Asi es que en la citada carta de 26 de Junio dice la Madre Santo Domingo: «Parece ha conmutado Dios Nuestro Señor el haberme concedido mas vida, con este grande sufrimiento de espíritu; pues el padecimiento interior del alma, no se puede comparar con ninguno. Es un sufrir tan prolijo, que solo Dios que lo manda y el alma que lo experimenta, saben lo grande de

este padecer.... Las tentaciones se aumentan, y las representaciones feas y horrorosas de los demonios vienen con mas frecuencia. El desamparo de mi Dios es muy grande, llenando mi alma de muchas amarguras. Parece que mi Dios me ha abandonado y que está muy enojado conmigo. No tengo ni un poquito de reflejo de Dios. Estoy enteramente á oscuras; pero en medio de tanto padecer, aun ando mucho. Mientras mas retirado ú oculto está mi Dios á mi alma, mas lo ama, mas se aumentan los deseos de padecer, y mas y mas unida y estrechamente ligada estoy con su divino querer. No tengo mas empeño que hacer en todo la voluntad de mi Dios. En eso y en padecer mucho por mi Dios, es en lo que encuentro todas mis delicias. Seria para mi un consuelo muy grande, poder padecer todo lo que mi Dios quiera, si es su voluntad, hasta el fin del mundo, si es que en esto doy gusto á Dios. El corazon permanece doliendo de continuo, el ardor es mucho y la hinchazon continua; pero el alma se regocija en todo lo que es sufrir.»

Estos sentimientos de conformidad absoluta con la voluntad divina y el insaciable deseo de padecer por Dios, aunque no elevados á tan alta potencia como lo fueron en el último periodo de la vida de Sor Bárbara, la animaron siempre aun desde su primera infancia, pues ya hemos visto que entonces manifestaba ansias por sufrir el martirio. El Señor aceptó los deseos de su sierva. En una ocasion le mostró una gran cruz, colocada en un lugar oscuro, por donde ella entendió que habia de sufrir mucho. Esto fué despues de dejarse ver de ella con la cruz en las manos; mas ella le pidió la cruz, deseosa de aliviarle de su peso, y su Divino Esposo le concedió este favor el cual significaba que habia

de padecer mucho. En otra ocasion se encontró la Madre Santo Domingo como en el infierno. No se deduce de su relacion, que Dios permitiese esto para amedrentarla, ni menos para retenerla en la práctica del bien, por el temor de las penas eternas. No; Dios habia dado otro temple de alma á esta su sierva. Ella con generoso desprendimiento se muestra dispuesta á servirle y darle gloria, aun cuando Dios quisiere separarla de sí para siempre. Ultimamente, contemplando la Pasion, Sor Bárbara experimentó en su alma los dolores que su Divino Esposo habia experimentado en su sacratísimo cuerpo.

En medio de esto, para fomentar en ella la Santa humildad, Dios le hizo el favor especial de que se viese tal cual era, aun cuando sus faltas pudieran ser la perfeccion de otras muchas almas. En 16 de Julio de 1872, escribia ella á su confesor. «Cuando me siento interiormente llamada de Dios, para comunicarse á mi alma, me lleno de ún temor muy grande y estoy como asustada, temiendo sea obra del demonio. Llamo con muchas ansias á mi Dios y no me llega ningun favor, pues sabe que yo solamente lo que deseo es padecer mucho. Le digo, Señor yo no merezco favores: soy muy mala. Dadme muchos trabajos. Tengo mucho miedo de ser engañada del demonio. Digo muchas veces el dulce nombre de Jesus y repito Ave Maria purisima muchas veces, diciendo: «Jesus mio no permitais sea engañada del demonio;» y á la Virgen: «Madre mia libradme de los engaños del demonio.» Cuando estoy pidiendo esto, viene con mas fuerza y mayor claridad el favor de Dios..... Estando en oracion, se me vino la memoria de mis enormes pecados y tuve deseo de entender todo lo que yo habia martirizado á mi

Dios con mis horrorosas culpas. Apenas hube tenido este deseo, cuando se me manifestó mi divino Redentor, todo desfigurado. Sus divinas y virginales carnes, todas estaban desgarradas; y una niña muy ruin, estaba á su alrededor, martirizandolo de muchos modos. Ya le escupia, ya le daba puntapiés, ya lo abofeteaba ó lo azotaba. Para decirlo de una vez, todo lo que yo he leído en la Pasion de mi Señor Jesucristo, que hacían los verdugos con su Divina Magestad, otro tanto ejecutaba esta miserable niña, en la persona de este Dios amante. Por último le vi colocar á mi Dios sobre la Santa Cruz y enclavarlo en ella. Yo no puedo explicar todo lo que sentí en mi alma, mientras presenciaba todo esto. Una pena inexplicable se apoderaba de mi alma y corazon. Al mismo tiempo me sentia arder en el amor de mi Dios, y tuve momentos en que parecia iba á agonizar del dolor que experimentaba en mi alma y corazon, viendo á mi Dios padecer por mis enormes pecados. Asi estaba padeciendo mucho todo el tiempo de la oracion. Era tanto que yo no lo sé decir. Cuando me vi obligada á dejar la oracion, por haber tenido que acudir al cuidado de la enferma, fué haciendome una gran violencia; pues en aquella hora no estaba para hacer nada y mucho menos para hablar. La grande pena que tenia en mi alma, me tenia como fuera de mí. Tuve que hacerme una violencia muy grande, para que no me conocieran nada. Asi he seguido penetrada de un dolor muy agudo de mis enormes pecados; pues mientras mas luz recibo de mi Dios, para conocer su gravedad y lo mucho que le he ofendido con ellos (1), mas y mas se aumenta en mi alma el

(1) He citado este largo pasage de la correspondencia espiritual de la Madre Santo Domingo, porque es tan bello por la revelacion que in-

deseo de padecer muchísimo por su amor. Este es tan grande, que quisiera padecer todo lo que han sufrido los mártires y todos los santos, lo que padecen las almas en el purgatorio, y si fuera posible padecer hasta el fin del mundo todas las penas del infierno. Y aun todavía me parece poco, pues mi alma jamas se vé satisfecha. Es muy vehemente el deseo de padecer y nunca dice basta.»

Ya en otro lugar he hablado del vehemente deseo que Nuestro Señor Jesucristo manifestó, especialmente en la vispera de su muerte, de unirse estrechamente con las almas. Ordinariamente el deseo del Divino Salvador se cumple, por medio de la gracia á la cual sirven de canal los Sacramentos. El Bautismo y la Penitencia, que encuentran á el alma separada de Dios, por el pecado, destruyen este obstáculo á la union con Dios, y llevan hácia El á el alma, la cual desde entonces, queda unida al mismo Dios, cuya union se perfecciona y consume por medio de la comunión. Mas observese que á esta consumacion de la union del alma con Dios, de una manera ordinaria, precede el pasar la misma alma por dos vias, que los teólogos denominan *purgativa é iluminativa*, en las cuales se está mas ó menos tiempo. En la primera el alma se purifica del pecado. En la segunda conoce mejor á Dios, y qué debe hacer para llegar, acercarse y unirse á Dios. Hecho esto entra el alma en la via *unitiva*, en la cual si bien desde el principio está ella unida á Dios, cada vez se estrecha mas y mas esta union;

conscientemente hace ver la hermosura de su alma, como instructivo para el comun de los fieles y aun para algunas almas consagradas á Dios, que rara vez, saben *reconocer* y mucho menos se resuelven á *expiar* sus faltas.

hasta llegar á hacerse, de Dios y del alma, una misma cosa por amor.

Pues bien, en la manera extraordinaria con que Dios quiere obrar su union con algunas almas, que es lo que se llama la vida mística, hay tambien esta distincion de vias. Hay vida mística *purgativa*; la hay *iluminativa* y la hay *unitiva*. A la via mística *purgativa* corresponden las mortificaciones y penitencias corporales, que pudieramos llamar extraordinarias, para distinguirlas de las comunes que debe practicar la generalidad de los fieles; las cuales en las almas que lleva Dios por caminos desusados, sirven como para espiritualizar el cuerpo, disminuyendo su peso, que agrava á el alma (Sap. 9. 15), atrayendola hácia la tierra é impidiendola tener, como debiera, su conversacion en el Cielo (Philip. 3. 20). Da un paso mas el alma en esa misma via mística *purgativa*, por el valor y la resignacion en la adversidad. El ejercicio de las obras de caridad, es un paso mas en esa misma via. Sigue á esto el recogimiento de las potencias por la oracion; y entonces suelen comenzar los fenómenos extraordinarios, que haciendo entrar á esas almas en la via *iluminativa*, las conducen varias veces hasta las mas elevadas alturas de la mística divina (1).

Hemos visto ya en el curso de esta monografia, como

(1) GOERRES, *La Mystique Divine*. Este célebre autor aleman, no solo reconoce la exactitud de esta division de la mística divina, en las tres vias, *purgativa*, *iluminativa* y *unitiva*, sino que segun ella, divide él la primera parte de su grande obra sobre la mística divina, humana y diabólica. Confirma Goërres además, con muchos ejemplos la exactitud de esta division; manifestando como Dios ha llevado como por la mano á muchos de sus siervos y de sus siervas, haciendoles recorrer esas tres vias.

Dios hizo que se preparara Bárbara de Santo Domingo, recorriendo la escala de la mística *purgativa* é *iluminativa*, para llegar á aquel estrechísimo grado de union con El, á que tambien la hemos visto arribar, y aún á otro mas íntimo, del cual todavía tengo que hablar. Sus austeridades y penitencias eran extraordinarias y continuas, como recordará el lector. Su caridad era heróica, como atestiguan las enfermas que fueron objeto de ella. Su recogimiento en la oracion fué tambien grande, como otras religiosas y ella misma refieren. No habia pues, obstáculo para que se consumase la union de Dios con su sierva. La misma humildad de esta, que era al parecer el grande y ya el único obstáculo para esa union, debiera acelerarla; porque es la humildad profunda y sincera un poderoso iman para que venga á unirse con el alma, aquel Dios que no se hubiera hecho hombre, si no hubiese encontrado en MARÍA, la mas humilde de las criaturas para ser su Madre; que escogió sus apóstoles, entre los mas humildes de los hombres, y que daba gracias á su Eterno Padre, porque lo que habia ocultado á los prudentes y á los sábios, esto es á los soberbios, lo reveló á los pequeñuelos, es decir á los humildes (Math. 11. 25).

El 4 de Agosto de 1572 escribía Bárbara á su confesor: «Un día de estos despues de haber recibido á mi Dios Sacramentado, se me mostró su Divino Corazon ardiendo. Se unia con el mio y lo encendia ó abrasaba, arrojando llamas encendidas de su divino corazon en el mio; así estuve contemplando este corazon sagrado, como fuera de mi; gozando mi alma, mientras duró esta presencia del divino corazon, de mucha paz y un amor que me consumia. Despues

me quedé en el estado de padecer como antes y aún mas. Las tentaciones se aumentan y vienen con mas fuerzas; pero con la divina gracia y la santa obediencia, me parece que son vencidas.»

El día 9 del mismo mes y año añadía: «Ayer desde que entré en el coro para comulgar, me encontré fuertemente recojida. Al mismo tiempo se aumentaba el dolor del corazón. Las ansias de amar á mi Dios crecian y parecia no cabia mi corazón en mi pecho. Al llegar el sacerdote al comulgatorio se me manifestó mi Dios todo lleno de llagas. Mi alma se vió penetrada de un dolor agudísimo. Parecia que estaba como fuera de mí, viendo á mi Dios tan maltratado. No puedo explicar cuan grande fué la violencia que tuve que hacerme para llegar al comulgatorio, sin que se me conociera nada, pues no podia ni andar; pero Dios me fortaleció para que pudiese sufrir tantas penas, viendo á mi Dios tan maltratado. Despues de haber recibido á mi Señor Sacramentado se avivó la presencia de mi Dios, pero en la forma dicha. Mi corazón estaba penetrado de un dolor agudísimo; y se me dió á entender estaba así mi Divino Redentor por tanto como le ofendian las religiosas..... Yo temia fuera ilusion del demonio y le rogaba me librara de los engaños del demonio; pero mientras mas pedia, con mas claridad se me mostraba mi Dios de un modo tan lastimoso, que no habia corazón para mirarlo. Se me dió á entender cuales eran las religiosas mas imperfectas y las menos y esto fué mostrando-me la grandísima violencia que mi Dios se hacia para penetrar en sus almas sacramentado. Me vi penetrada de un dolor agudísimo, viendo cuanto padecia mi Dios por nosotras. Yo estaba humilladísima. Todo lo que comprendia de las

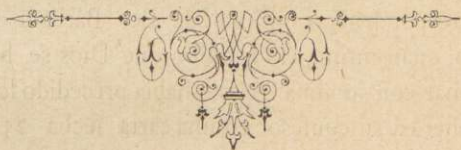
otras religiosas me parece pequeño en vista de mis pecados.»

En la misma carta dice: «Estando en oracion se me manifestó mi redentor como cuando andada predicando por el mundo, y me dijo me reclinara en su divino pecho. Allí me tuvo todo el tiempo de la oracion, gozando mi alma de una dulzura celestial. Se dignó mirarme con unos ojos tan divinos y hermosos que llenaron mi alma de un gozo y dulzura extraordinaria. Todos estos favores producian en mi una luz especial, para conocer mis pecados y vivir humilladísima. He ayunado los tres dias á pan y agua y todas las mortificaciones que V. me mandó. Padre, es una cosa admirable y que no la cree quien no la haya experimentado. Desde el momento de empezar á obedecer á V. en las mortificaciones, me encontré con tanta fuerza y tan ágil para todo, como si estuviera muy buena, trabajando mucho, pero sin dejar de sentir los dolores interiores, en particular el del corazón, que es agudísimo, pues á veces no puedo ni respirar. Todo se aumenta cuando recibo algun favor de Dios, pues como siento tan vehementes ansias de amar á mi Dios, esto causa el ardor y dolor del corazón.»

En 15 del mismo mes de Agosto añadia: «Siempre tengo presente á mi Dios llagado, como dije á V. en mi anterior. Lo mismo me está sucediendo con esto, como otras veces que ha tenido alguna alma del Purgatorio necesidad de algunos sufragios, que no me ha dejado hasta que la he rezado lo que queria; y entonces se me ha quitado aquella presencia clara que tenia del alma necesitada.»

Mas adelante dice en la misma carta: «Otro dia, despues de haber recibido á mi Dios Sacramentado, ví á mi Divino

Salvador. Yó al punto me postré á sus pies, y allí humilladísima amaba y gozaba extraordinariamente. Estando así, ví que empezaba á salir mucha sangre de las llagas de sus divinos pies, la cual corria sobre mi cabeza. Cuando esta sangre divina caía sobre mí, me sentia mas unida con mi Dios; y comprendia yo le era mas agradable, por la pureza que esta Sangre comunicaba á mi alma. Cuando estoy así, no sé donde estoy, pues me quedo incapaz de entender en nada de por aquí. Parece que no vivo y mi alma está tan en Dios, que yo no lo sé explicar mas que diciendo, que es como si estuviera en el cielo. Yo le pedí á mi Dios derramara su Sangre divina sobre las religiosas. Al momento empezó á caer con abundancia sobre todas; pero observé, con bastante dolor de mi corazon, que algunas se retiraban para que no les cayera ese rocío Santo. ¡Que dolor!!!»





CAPÍTULO IX

CONTINUACION DEL MISMO ASUNTO.

Y A se ha visto, por los extractos que he hecho de la correspondencia espiritual de Sor Bárbara de Santo Domingo, cuán íntima era la union que Dios se había dignado formar con su alma. A esto había precedido lo que ella misma refiere á su confesor en una carta fecha 25 de Diciembre de 1871, que voy á copiar aquí dejando al buen sentido del piadoso lector y, sobre todo, al juicio de la Iglesia, lo que deba pensarse de ella. Mero narrador, ni afirmo, ni niego la veracidad de los detalles que en ella se contienen, asegurando sí, que la perfecta buena fé y la sólida vir-

tud de la Madre Santo Domingo, excluyen toda idea de voluntaria impostura. Dice así la carta citada.

«Diciembre 29 de 1871. Mi venerado Padre; despues de haber recibido á mi Dios Sacramentado, vi á Nuestro Señor que venia hácia mi, y con una cadena que traia, prendió mi corazon con una punta de la cadena, y la otra la llevó y unió con su Divino Corazon, y me dijo: «Hija, esto hago para que estés tan unida con mi voluntad en todo, que no tengas mas querer que el mio, y seas una cosa conmigo.» Desde este momento me encuentro tan encadenada y estrechamente unida con mi Dios, que suelo decir, que entre Dios y yo no hay mas que una voluntad. Hace algun tiempo que le digo á V. me encuentro estrechamente unida con la voluntad de mi Dios: pues no tiene comparacion con la union tan intima, que tengo desde este dia. Estando contemplando á mi Dios despues de haber aprisionado mi corazon con la cadena, y dichome lo que llevo dicho, vi á la Santisima Virgen María, toda vestida de blanco, hermosísima, el rostro era divino; pues aunque lo vi un poco confuso pero tuvo algunos momentos que se dejaba ver con mas claridad. Dios Nuestro Señor permaneció allí, y la Santísima Madre me decía: «Recréate y descansa en el Corazon de mi Hijo.» Las dulzuras que estaba experimentando mi alma mientras esto, fueron muchas; y al mismo tiempo un conocimiento muy grande de mi meseria y de mi nada. Cada vez me encuentro mas confundida y humillada; y al mismo tiempo se abrasa mi alma y corazon en deseos de amar á mi Dios. Despues de haberme dicho esas palabras la Reina del Cielo, vinieron dos que yo no vi bien, por llevarse toda mi atencion mi Dios y su Madre; pues no sabia ni donde es-

taba, y toda estaba absorta y embebida, ó como fuera de mí: pues como iba diciendo, estos dos que vinieron, me pusieron un velo blanco por la cabeza muy hermoso, y una corona; y despues de esto, me llamó la Santísima Virgen y me acercó á mi Dios. Entonces Nuestro Señor se quitó un anillo de los que tenia en su mano, y me lo puso en el dedo, y me dijo, que en adelante le nombrara siempre con el nombre de Esposo; pues no le agradaba el verme tan temerosa para nombrarle así. Yo le dije era, porque como le habia ofendido tanto, no tenia determinación para nombrarlo así; pero que si esa era su voluntad, ya siempre lo haria así! Entonces me encargó tuviera mucho cuidado en conservar el velo intacto; pues lo tenia que entregar sin lesion alguna. Me parece eran ángeles, los dos que me pusieron el velo; y despues de esto, me pusieron un cinturon muy hermoso y me ciñeron con él; y me parece me dijo mi Divino Esposo, tendria desde entonces mas poder, para vencer ciertas tentaciones; pues aunque vinieran con mucha fuerza, no me harian impresion ninguna. Ni tengo tiempo, ni palabras para poder explicar todo lo que sentí en mi alma, mientras pasaba por ella todo esto; pero V. comprende perfectamente, sin que yo se lo diga, todo lo que pasa por mí.

«Otro dia me parece ví á mi Dios, y me presentó un camino muy estrecho, y á un lado de él, habia un rio muy caudaloso, pero sus aguas estaban muy asquerosas. La orilla de este rio estaba llena de fuego, de modo que se veia mucho fuego entre el agua. Al otro lado habia como un campo muy grande, pero muy oscuro y tenebroso. Parecia que aquella tierra no la cubria el cielo. Habia en ella unos hombres que mas bien parecian demonios. Estos estaban peleando.

do y como queriendo matarse los unos á los otros; y tambien querian asirse de todos los que pasaban por el camino. Otras veces pretendian arrojarlos en el rio y que los consumiera el fuego. Estando viendo esto, parecia me decia mi Divino Esposo: «Hija, es preciso pases por este camino. Muchos trabajos te esperan, pero no temas: pues aunque te parezca que vas sola, es porque así te conviene, para que sufras mas; pero yo no te desamparo.» Estando yo pidiendo á mi Dios que me librase de ilusiones del demonio, como V. me mandó, vi á mi Dios muy amable, y me dijo: «¿Por ventura no tengo yo poder para obrar en tí como quiera? Si te amo, ¿no he de querer comunicarme á tí? ¿por qué temes? ven y descansa en mi corazon.» Despues de haberme dicho esto, estuve un rato como reclinada ó descansada en su divino Corazon.

«No tengo mas tiempo, pues tengo unas enfermas, y son cerca de las dos de la noche.

«Le pide su bendicion su indigna hija, que B. S. M. *Santo Domingo.*»

No fué esta la única ocasion en que la Santísima Virgen María, intervino en los favores que Dios se dignó hacer á Sor Bárbara de Santo Domingo. El 7 de Enero de 1872 ella escribió á su confesor: «Un dia de esta semana que no teniamos comunión, me sentí con unas ansias de recibir á mi Dios, y vi á Nuestro Señor venir á mí con una forma en sus divinas manos y me dijo: Las criaturas te impiden que me recibas; pues aquí me tienes. Parecia venir mi Dios á mí, y senti el mismo sabor que cuando recibo en realidad á mi Dios Sacramentado. Tambien me preguntó si le amaba, y yo le contesté: «Señor yo no sé si os amo, Vos lo sabeis.»

Cuando dije esto, sentí que el corazón se me movía. No era el latido que otras veces he sentido, sino un movimiento que parecía como si quisiese salirse mi corazón del pecho é irse con mi Dios... La víspera de Reyes, después de haber recibido á mi Dios Sacramentado, ví á la Santísima Virgen, con su Divino Hijo en los brazos, como cuando lo adoran los Santos Reyes; y me dijo la Soberana Reina: Hija, aquí tienes á mi Hijo, para que te recrees con El; ámale. No puedo decir, como quisiera, todo lo que sentí en mi alma y corazón, viendo con los ojos de mi alma aquellas hermosuras. En esta ocasión también sentí movimiento en mi corazón. Esto me lo causa la fuerza del amor. Así estuve hasta el día siguiente. A la misma hora ví otra vez á la Soberana Reina, con su Divino Hijo; y mirandome me dijo: Aquí tienes á mi hijo, gózate y descansa en El. Parecía que el Divino Infante se venía conmigo, muy contento. Yo lo recibí con reverencia, pero le ví tan hermoso y tan cariñoso que no pude contener los afectos del amor y le estreché en mi pobre corazón. Mientras tanto me sentía arder en amor; y mucho más cuando este Divino Niño me dijo: «Dame tu corazón.» Yo le contesté: «Ahí le teneis. Haced lo que quisiereis de él. Bien sabeis que toda soy vuestra.» Entonces empecé á sentir un dolor muy agudo en mi corazón; y como si se levantara ó hinchara el pecho. Vi que tomaba mi corazón en sus manos; y como gozándose en tenerlo se lo acercaba y estrechaba entre sus brazos. Otras veces lo miraba muy atento. La Divina Reina permanecía allí muy gozosa. Yo estaba embriagada de la vehemencia del amor que sentía en mi alma. Cuando me ví precisada á salir del coro le dije: Señor me precisa irme, pues ya me llama la obediencia.

cia; y me contestó: «No tengas cuidado, que me voy contigo.» No sé como pude andar, ni hacer tanto como tengo en la enfermería, disimulando para que no me lo conocieran. Todo el día estuve como una máquina. Mi cuerpo estaba trabajando y mi alma como absorta, viendo á mi Dios. No tenía tino para nada. Sufrió mucho por la grande violencia en que estaba. Así pasé todo él día, como fuera de mí.»

«El día de la Asuncion de la Santísima Virgen, dice en otra carta de Agosto de 1872, estando oyendo la Santa Misa, se me manifestó mi Divino Redentor, y me dijo: Ven, hija mia, y descansa en mi corazon. En la actualidad estaba yo padeciendo muchas penas interiores. Cuando mi Dios me dijo esto, comunicó al mismo tiempo á mi alma una paz muy grande, y la llenó de una dulzura del Cielo, descansando mi alma en Dios, como en su verdadero centro. Estando así contemplando á mi Dios y amandole muchísimo, pues me siento abrasar con su amor, me dijo mi Divino Señor: «Te voy á mostrar una poquita de la gloria que goza mi Madre en el Cielo;» y se me manifestó un hermosísimo trono, todo lleno de luz como de oro. Es una cosa divina, la cual no la sé yo explicar. En medio de él estaba la Santísima Virgen divinísima, que no hay lengua que sepa hablar de esto como merece, mucho menos yo que soy tan ignorante. Todo aquel día estuve en Dios.»

«El día de la Natividad de la Santísima Virgen, dice en carta de Setiembre del mismo año, tuve una alta contemplacion sobre este misterio. En ella parecia que veia á la Virgen Santísima, como cuando acababa de nacer. Era divina, toda llena de resplandores y rodeada de ángeles que la obsequiaban. Me parece la ví en el corazon de mi Dios. Así

estuvo algun tiempo, que parecia estaba en el Cielo. Este mismo dia, cuando estaba mi Dios Sacramentado patente, parecia que de la Sagrada Forma salian rayos y venian á mi corazon. Entonces sentía que me abrasaba con este fuego. A veces parece que se me acaba la vida de la fuerza de este amor.»

«Estando en la funcion de Nuestra Madre del Rosario, escribía el 6 de Octubre del mismo año á su confesor, me quedé recogida interiormente, y le pedia á mi Dios por los desgraciados pecadores y por el triunfo de la religion. Parecia que veia á la Santísima Virgen junto á mi Dios. Yo le rogaba por los pecadores y le decia que se acabara ya tanta heregia que se lo pidiera á su Santísimo Hijo. «Madre mia, le decia yo, que sea hoy el último dia de tantos males, que triunfe la religion. Pedirselo á mi Dios.» Cuando yo le suplicaba tanto, ví á esta Soberana Reina, que hincada de rodillas delante de mi Dios, le pedia el remedio para tantos males; y este Señor le dijo: «Madre mia, me tienen muy ofendido los pecadores. Estoy como queriendo llevar mi religion á otras tierras, en donde me sean más agradecidos.» (1). Entonces pedia yo con mas esfuerzos; y me en-

(1) Cuando se observa el rápido y asombroso progreso que el catolicismo hace en algunos paises, que hasta nuestros dias estaban fuera de la unidad de la Iglesia, ó que carecian del benéfico de la fé, no puede uno menos de alarmarse al ver la frialdad é indiferencia de la masa de los fieles en ciertos paises católicos. No solo se persigue descaradamente á la religion en casi todos ellos, sino que muchos que pretenden pasar por católicos, se asocian á los perseguidores, por la comunidad de ideas y de intereses, como sucede con los que secundan las miras de los perversos. Ademas de eso la mayor parte de los que no estan contaminados de errores dogmáticos, ni ligados por el lazo

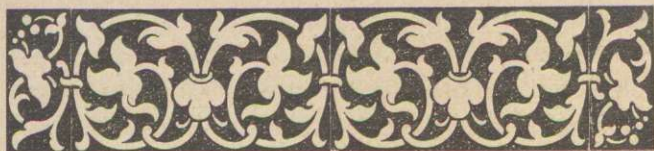
cargó mi Dios que se le rogara mucho, pero que fuera por medio de su Santísima Madre; pues esta Señora es la que nos ha de sacar de este estado tan triste, de tanta heregía y tantos males como nos rodean. Mucho le pedía por cierto Sacerdote, el cual está haciendo tanto daño á la religion, y precipitando tantas almas en el infierno, con sus discursos venenosos. Yo le decía: «Madre mia, ¿Se han de perder tantas almas? Pedid por este infeliz que tanto daño hace; y me dijo esta Señora: «Ese no es mi hijo. Tiene gravemente ofendido á mi Divino Hijo.» Como que me daba á entender esta Señora que ese Sacerdote está reprobado; pero yo todavía tengo esperanza, porque esta Madre de misericordia rogará por él. Yo quisiera que él hubiera oído, como yo, lo que la Santísima Virgen me dijo; y ciertamente se hubiera convertido al saber el peligro en que se encontraba su alma.»

No es extraño que Sor Bárbara de Santo Domingo se interesara tanto con Dios por el alma de este Sacerdote tan necesitada de que se ruegue por él, como lo harán sin duda los que lean esta monografía; porque segun informes fidedignos, vive aun ese Sacerdote, y todavía no se ha convertido. La Madre Santo Domingo, que tanto amaba á Dios, no podia menos de amar con exquisita caridad al prógimo: y ella que tantos sacrificios, hasta el de su propia vida, hizo por la salud corporal de los enfermos confiados á su cuida-

del interes material á la revolucion, la dejan hacer lo que quiere, unos por cobardía, otros por amor al quietismo y otros por la fuerza de la inercia que los domina. No es extraño, pues, que hallandose la España en ese caso, digese la Madre Santo Domingo lo que refiere en esta carta.

do, ardía en zelo por el bien de las almas. Prueba de ello es lo que escribía á su confesor con fecha 20 de Agosto de 1872: «Vsted recordará que le he hablado algunas veces de una alma, aunque haya sido de paso, á quien su confesor le mandó que hiciera lo que le mandara, cuando viera que convenia para el bien de su alma. Me dió V. licencia para esto y yo lo hacia con toda tranquilidad. Le decia yo lo que debía hacer para destruir todos los pecados é imperfecciones, que en esto era, y es Dios, no yo, quien la aconseja; pues como todo lo que hago es á mayor gloria de Dios, siempre pidiéndole me dé luz para ganar esa alma para Dios, que si mil vidas tuviera, todas las daria, si supiera que con esto podia evitar en una alma siquiera un leve pecado. Confiada en mi Dios la aconsejo, lo que mi Divino Redentor me inspira; pues siendo yo tan ignorante como usted sabe, nada podría si Dios no me iluminara. Pero se abrasa mi alma en deseos de ganar almas para Dios. Asi es que cuando veo que alguno ofende á mi Dios, recibe mi alma una pena tan grande que quisiera yo poder evitar hasta la mas mínima imperfeccion.»

Basta lo dicho para demostrar, cuanto era el zelo de que esta sierva de Dios estaba animada, así por la mayor gloria de Dios, como por el bien de las almas. Ella deseaba vivamente, no solo la conversion de los pecadores, cuyas almas veía caer en el infierno *como lluvia*, segun sus propias expresiones, repetidas en varias de sus cartas; sino tambien el adelantamiento, progreso y perfeccion, de las almas que quieren amar á Dios y salvarse. Ni podia ser de otra manera. No hay verdadero amor de Dios sin zelo, ni zelo verdadero sin accion práctica y constante.



CAPÍTULO X

ULTIMAS PRUEBAS QUE DIOS HACE CON SU SIERVA SOR BÁRBARA
DE SANTO DOMINGO. POSTREROS FAVORES QUE SOBRE
ELLA DERRAMA.

ALGUNAS veces puede profetizarse la muerte de una persona, si el fervor la devora y le abruma el divino amor.» He aquí una sentencia del Padre Faber que se verificó en la Madre Santo Domingo. Ya hemos visto que, en los primeros meses del año 1872, la enfermedad, ó lo que la ciencia calificaba en ella de tal, puso en grave peligro su existencia. Entonces mismo, no era un mal físico, sino la fuerza del amor divino, la que amenazaba romper pronto el lazo misterioso, que uniendo el alma y el cuerpo, constitu-

yen lo que en este mundo llamamos la vida. Pero intervino la obediencia, ó lo que es igual para las almas buenas y sobre todo para las almas perfectas, intervino Dios, y Bárbara, cuyo cuerpo parecia un edificio en ruina, pronto á desplomarse del todo, volvió á la salud, recobró sus fuerzas, pudo entregarse al trabajo y aun continuar, bajo la obediencia de su confesor y con aprobacion espresa de Dios, sus rigorosísimas penitencias y mortificaciones. Entre tanto, lo que en vez de disminuirse se habia aumentado en ella, era el amor de Dios, fuego activo y poderoso, que seguía minando su constitucion. Se consideraba como en una cárcel, segun su propia expresion, y suspiraba por el dia de la verdadera libertad, el cual debia ser para ella, el dia de su muerte. Ya la hemos visto, en los capítulos anteriores, tan unida con Dios y á veces tan regalada por El, que se creia como en el Cielo; mas mientras una alma, especialmente una alma llamada á una alta perfeccion, está sobre la tierra, no solo no la pueden faltar penas y tribulaciones, sino que á proporcion que la obra de su perfección adelanta, mas duras serán las pruebas á que Dios la somete. Dos razones, igualmente instructivas para todos los cristianos, hay para esto. La primera razon es que, por pura que sea una alma, aunque vuele rápidamente por las regiones de la perfeccion, cargada está casi siempre la atmósfera de los vapores de la tierra, que mas ó menos la contaminan. Es necesario que esa alma sacuda el polvo que, llevado por el soplo de los vientos, por mas que ella se remonte, se posa sobre sus alas; y este polvo le sacude el alma perfecta, poniendo sus pies en la roca árida de la desolacion, ó sumergiendose en las aguas amargas de la tribulacion, ó atravesando el vacio del aparente abandono de

Dios. La segunda razon es, que toda la perfeccion consiste en la imitacion que el alma hace, con mas ó menos fidelidad, del modelo divino que nos ha dejado Nuestro Señor Jesucristo, y especialmente Jesucristo Crucificado; porque el Oráculo divino dice: «Haz segun el ejemplo que se te ha mostrado en el monte» (Exod. 25. 40. Act. 7. 44). Los dolores, las penas y las angustias de ese Divino original, fueron mayores y mas amargas á proporcion que avanzaba en su carrera y se aproximaba al término de ella. No es, pues, extraño que esto mismo haya sucedido á los Santos. Lo extraño seria, que no les sucediese. Si á nosotros no nos sucede, es porque estamos muy lejos de imitar á los Santos; es porque no nos anima su espíritu.

En todo el Evangelio, desde sus primeras páginas, hay un divino patético, que arroja una luz santamente melancólica, hasta sobre los dulces y tiernos misterios de la Santa Infancia del Salvador; pero se observa que ese divino patético, crece por momentos y llega hasta hacerse sublime en las últimas páginas del Evangelio, envolviendo en una especie de luminosa oscuridad los misterios de la Pasion y Muerte del Divino Salvador. Mas aun; en estos misterios, la influencia de ese divino patético, se hace mas sensible á proporcion que el Redentor sufre mas y que mas se acerca el momento en que ha de decir: CONSUMMATUM EST. Dios quiso que en Bárbara de Santo Domingo, se verificase algo de esto mismo. Muda por decirlo así muchos años, por espacio de cuatro nos ha hablado de Dios y de si misma con un language en ella tanto mas notable, cuanto menos esmerada habia sido su educacion. Nos ha dicho lo que Dios hacia en ella y por ella y lo que ella hacia por Dios. Nos ha informado de

como la prevenia con sus gracias y la colmaba de sus favores. La hemos visto en su Tabor; vamos ahora á asistir, por decirlo así, al Calvario de la Madre Santo Domingo.

En 14 de Julio de 1872, escribia ella á su confesor: «Dios me colma de beneficios, con darme muchos sufrimientos. En particular con el grandísimo que me ofrece en esta pena interior de mi espíritu, que es en lo que mas sufre el alma. ¡Verse privada de lo que ama! ¡De su Dios! ¡Que pena tan grande! No se puede comparar con ninguna otra. Dios me hace un beneficio muy grande, en darme este pesar tan prolijo. El sabe lo mucho que yo deseo padecer, pues cada dia se aumentan en mi alma estas ansias. La desolacion se ha aumentado mucho. Algunos dias parece llega al extremo. Las tentaciones son terribles. En la sagrada comunión y oración, parece no hago nada bueno; y me viene la idea de que ofendo á mi Dios en hacer ambas cosas. En todo lo que hago, me veo ofendiendo á mi Dios gravemente. Esto se me da á entender con tanta claridad y tan cierto, que si no fuera por lo que V. me tiene dicho, ya hubiera dejado el camino emprendido; pues en todo veo pecado y no adelanto nada. Parece que me dicen: «El tiempo se va y no vuelve y tu no haces nada, sino añadir pecados á pecados. Tienes engañado á tu confesor; y así todo lo que haces es perdido.» Todo esto como si fuera una inspiración divina, lo veo tan cierto, que si no hago caso de esto, parece que voy á cometer un nuevo pecado; y al mismo tiempo experimento este abandono de mi Dios, que parece es causado de lo que anteriormente llevo dicho. Además esta sequedad, oscuridad, tedio y desolacion, todo este penar parece que confirma lo que acabo de expresar. Está mi alma cubierta de unas angustias

muy grandes. Me acuerdo de las que mi Dios pasó en el Jardin de las Olivas y de las veces que estuvo agonizando, causado de la grande afliccion de su Santísima Alma. Veo que mis pecados fueron la causa. Esto me atormenta, por haber cooperado yo con mis enormes pecados á aumentar las penas de mi Dios.»

Dos dias despues decia: «Todas mis pasiones y malas inclinaciones parece tienen doble dominio sobre mi y se esfuerzan extraordinariamente para que yo me deje engañar de sus encantadores, pero en realidad venenosos silbos.... El demonio me tiene llena de dudas sobre el estado de mi espíritu. Seria imposible querer yo referir á V. todas las razones que él me sugiere para convencerme del mal estado de mi alma.»

En 4 de Agosto añadia: «El sufrimiento de mi espíritu sigue. Algunos dias se aumenta tanto, que si mi Dios no me fortaleciera, me era imposible poderlo sufrir. ¡Que cierto es que las penas interiores, no tienen comparacion con ninguna otra! Ciertamente es un sufrir que no se comprende, mientras no se experimenta, pero ¡que gozo experimento en mi alma con el padecer! Es para mi un consuelo extraordinario verme padeciendo algo por mi Dios. En esto tengo todas mis delicias, pero para mi el sufrir es gozar. Solo para decirlo á V. y que comprenda el estado de mi espíritu, es lo que me obliga á darle el nombre de trabajos ó sufrimientos; pues si no fuera asi les daria el nombre de regalos y delicias de mi alma. Ciertamente en los trabajos tiene mi alma su mayor gozo y felicidad. Mi corazon se enciende mas en el amor de Dios, y mientras mas se retira mi Dios de mí y mayores aflicciones y trabajos me cercan, mas y mas amo á mi Dios.

Parece que mi corazon se aniquila y se consume con la fuerza de este amor. Yo no sé explicarme; pero siento una cosa en mi corazon, que me consume. Al mismo tiempo me abra-so y ansío por amar mucho á mi Dios. Estas ansias se au-mentan y jamas las puedo satisfacer.»

En 1.º de Setiembre decia: «Desde el martes hasta el jueves, he estado padeciendo mucho en mi espiritu. Estoy experimentando una desolacion muy grande en mi alma. Ademas se halla cubierta de unas angustias tan prolijas, que parece en algunas ocasiones voy á agonizar, pues no se pueden comparar estas angustias ó agonias de muerte con otra cosa. Son muy vehementes. Ademas se aumentan la aridez, el tédio y la sequedad, y todo esto acompañado de un des-amparo muy grande de mi Dios. Parece que no hay Dios para mi, pues está conmigo como si estuviera muy enojado por alguna grave ofensa, que yo le hubiera hecho.... No tengo á donde volver los ojos. Si busco á mi Dios, que es en donde tengo yo todo mi consuelo y descanso, no lo encuentro; pues se oculta tanto que no encuentro mas que tinieblas y angustias por todas partes. En todo lo demas nada busco ni lo quiero. Todo está de mas para mi, fuera de mi Dios. Todo lo que no es Dios me causa hastio. En todo lo que no encuentro algo de Dios, es para mi el mayor tormento que puedo experimentar. No encuentro ni hallo el mas mínimo consuelo ó descanso, si no es en mi Dios; y en cuanto este Dios se retira y oculta me deja en un lago de terribles angustias, desolacion y demas sufrimientos que llevo dicho. A todo esto se unian terribles tentaciones de los demonios, con las cuales quieren ellos separarme del amor de mi Dios. Las criaturas tambien me atormentan pues me acechan y obser-

van, como se hiciera con un hombre criminal. Además el trato y las palabras también me hacen sufrir, pero no todo lo que yo deseo; pues mientras más tengo que sufrir, más ansias siento de amar á mi Dios y de padecer mucho por su amor.»

En 16 de Setiembre del mismo año decía: «Padezco tanto en mi espíritu y parece que está mi Dios tan enojado conmigo, dejándome algunos días tan sola, que de esto se vale el demonio para vencerme. Dice que la mejor prueba que puedo tener para creer todo esto (*que estaba engañada*), es el desamparo tan grande en que me deja mi Dios en algunas ocasiones; pues ya cansado de tanto como me sufre, viendo que no tengo remedio, me abandona del todo: que es en vano todo lo que hago (*sus mortificaciones y penitencias*); y que no me sirve de otra cosa, que de asegurar mi condenación; pues además de hacerlo con vanidad, porque me tengan por santa, tengo el gran pecado de ir contra la voluntad de la Prelada (1), y que en esto no debo tener la menor duda, que

(1) Obsérvese que este es discurso del demonio. No es cierto que la Madre Santo Domingo desobedeciese en nada á su Prelada; antes bien ella era un modelo de obediencia, como hemos visto en el libro I de esta monografía. En una nota de su confesor, agregada á su correspondencia, se lee lo siguiente: «Cuando la Prelada le dice que es muy soberbia, que hace su gusto en todo y otras palabras ásperas y aun injuriosas, bien á solas, bien delante de otras, lo hace para probarla, humillarla etc., como siempre lo ha hecho. Pero Santo Domingo no contesta ni una palabra, ni se altera en lo más mínimo interior ni exteriormente, antes bien se humilla, y se goza en padecer y ser humillada. Lo mismo sucede con otras monjas que la maltratan.» Por lo demás, todo el contexto del discurso copiado arriba, demuestra que es del demonio; y que los fenómenos que experimentaba Sor Bárbara, eran

ciertamente yo no obedezco, que esto mismo le decia á la Beata Dolores su padre y mire el fin que tuvo. Parece una lluvia de razones, las que me trae el demonio, con las cuales trata de hacerme creer estoy engañada y engañando á usted. Me hace cargo hasta del alma de V. ¡Ah Padre! ¡Qué tinieblas tan grandes me han cercado esta semana! Parecia que estaba en un lugar sumamente tenebroso; y llegaba algunas veces á tal extremo, que parecia no tenia ni fe. Estaba en el mayor desamparo; pero mi alma en medio de todo gozandose en padecer. Sentia en lo interior de mi alma, á pesar de estar con tanta desolacion, nuevas ansias de padecer, y mientras mas desamparada parecia estaba de mi Dios y mas sufria con lo dicho, mas y mas se abrasaban mi alma y corazon en ardientes deseos de padecer mucho por mi Dios.»

En 22 del mismo mes escribia: «Yo estoy en un lago de padecimientos. Me da mi Dios á beber hasta las heces de este caliz amarguísimo.» Cuatro dias despues añadia: «El combate ha tomado mas aumento. Me encuentro cada dia en mayor desamparo. Las tentaciones son muy fuertes; pero principalmente en lo que ha empleado el demonio toda su astucia, ha sido en querer convencerme á que abandone la vida que tengo y me vuelva al siglo, pues dice que ciertamente estoy condenada; y asi todo lo que hago es en vano, pues de nada me sirve estando reprobada; que es una tonte-
ría me esté mortificando tanto, sin esperanza de premio;

realmente favores de Dios. Si no, ¿por qué el demonio habia de trabajar por persuadirla lo contrario? El demonio nunca trabaja por el bien contra el mal. Lo que él dice que es falso, eso es verdadero; lo que diga ser verdadero, eso es falso.

que huyendome del Convento, podría gozar mucho de las delicias del mundo; y siquiera tendria cuanto apetece nuestra naturaleza, y no que la tengo crucificada sin mérito ninguno, pues todo lo que hago es para aumentar mi infierno: ademas que si quiero, puedo gozar algunos años de las delicias que ofrece el mundo; y despues tengo tiempo para hacer penitencia, pues todavía soy jóven. Cree lo que te digo; mas le agrada á Dios un pecador arrepentido, que una alma que haya vivido toda su vida en la inocencia y practicando todas las virtudes.» Esto me dice el demonio, para que abandone la vida que tengo. Tambien me asegura que esta clase de vida, va á ser la causa de mi condenacion, pues ninguna hace lo que yo, y con esto me voy á ensoberbecer, pensando que soy mejor que las demas, y lo que á otra le servirá para santificarse, á mi me ha de servir para mi eterna condenacion. Yo á todo resisto ayudada de la divina gracia y de la obediencia; pues parece estoy oyendo de continuo, todo lo que V. me tiene dicho; asi es que con estas poderosas armas desprecio al demonio.»

¿Quien no vé resplandecer en estas sencillas páginas la verdad y la virtud de la Madre Santo Domingo? No es asi como se inventa. Candorosa como una niña de cinco años, refiere sencillamente lo que le pasa. Si es tan difícil, aun en las ficciones poéticas, inventar y mucho mas sostener los caracteres, ¿quien podrá imaginar que una jóven sin malicia, sin instruccion, sin lectura, pudiera forjar, ni menos mantener, una ficcion como esta? Las expresiones de la Madre Santo Domingo, llevan consigo el testimonio de su certeza. ¡Cuanta instruccion util y aun necesaria se encierra en ellas! Mas yo las he citado largamente, porque ellas nos dan una

idea de la larga y dolorosa prueba, á que, para acabarla de purificar, y para hacerla adquirir nuevos y mayores méritos, quiso Dios someter á esta sierva suya. Si alguna alma, al leer los favores extraordinarios de que Dios la colmó, ha concebido una secreta envidia, ó ha dicho dentro de sí: «De ese modo, también yo sería Santa,» aquí tiene el precio á que se compran esos favores, aquí las condiciones con que Dios los otorga y los fines por qué los concede.

Sin embargo no solo hacia Dios estas duras pruebas con su sierva, para acrisolarla mas y mas en el último período de su vida, sino que para sostenerla en el combate, mucho mas que para premiar su admirable fidelidad, continuaba haciéndola diversos favores extraordinarios; ó mas bien dicho, su vida era una alternativa de tribulaciones y de gracias. Las gracias la hacian llevaderas las tribulaciones. Las tribulaciones hacian que no se enorgulleciese por las gracias, ni se apegase á ellas. Así se vé cuan sabia y misericordiosa es, á la vez, la divina providencia, especialmente para con sus escogidos. No es mi ánimo narrar aquí, y mucho menos con las palabras de la Madre Santo Domingo, los favores que Dios le hacia en el mismo tiempo que mas la probaba. Basta hacer unos extractos, de las cartas que ella escribió á su confesor, en el mes de Octubre de 1872, penúltimo de su vida.

En la de 6 de Octubre decia: «Voy á vencerme manifestando á V. las gracias ó favores que recibo de mi Señor. Mas violencia me hago en esto, que si tuviera que decir en medio de una plaza pública, todos mis gravísimos pecados; pero la obediencia lo vence todo. Habia yo acabado de recibir á mi Dios Sacramentado, cuando se me manifestó este divino Se-

ñor como otras veces. Así que mi alma lo divisó, se empezó á encender mas en su santo amor. Siempre que se deja ver este Señor á los ojos de mi alma, es de la edad de treinta y tres años. Parece que lo estoy viendo, como cuando estubo en este mundo, pero muy hermoso. Estando contemplando y amando á mi Dios, me dijo este divino Señor: «Hija mia, dame tu corazon.» Yo le contesté: «Señor ahí le teneis, pues es vuestro.» Entonces tomandolo en sus divinas manos, me dijo: «Quiero grabar en él mi imagen.» Entonces vi, con gran consuelo de mi alma, se iba esculpiendo en mi corazon la imagen de mi Dios, es decir, que vi en él á mi Dios, tal como se manifiesta á los ojos de mi alma.... Esto duró el tiempo de la Santa Misa, que es bastante larga, segun dicen las hermanas, pues á mi me parece muy corta, aunque persevero toda ella de rodillas. No lo entiendo, ni echo de ver la molestia que causa esta posicion á mi cuerpo, que siendo por naturaleza delicado y sensibilísimo para sufrir cualquier molestia por pequeña que sea, en estas ocasiones no lo entiendo; pues como tengo toda mi alma y corazon abismado y consumido de Dios, no estoy capaz de entender en nada mas. Mi corazon es ya todo de Dios, no se encuentra mas que en Dios, ni halla descanso sino en este sumo Bien. En otra ocasion se me manifestó mi Dios y traia una cruz y algunas espinas en sus divinas manos. Me las mostró y me dijo: «Hija, quiero hacer tu corazon semejante al mio;» y colocó sobre mi corazon la Santa Cruz, rodeandolo con las espinas como si fuera una corona. Así es que quedó mi corazon entre espinas y cruz; y me dió á entender este divino Señor, que en adelante tendria mucho que sufrir, pues queriendo fuese mi corazon semejante al suyo,

tenía que pasar por muchas penas y amarguras á semejanza de este divino modelo..... Otra vez se me hizo visible á los ojos de mi alma este Dios de misericordia; y me mostró una cruz que tenía en sus manos divinas. Esta era pequeña. Cuando lo vi, se aumentó en mi alma el gran deseo que tengo de padecer mucho por mi Dios. Yo vi que cuanto mas se aumentaba en mi alma este deseo, tanto mayor se iba poniendo la cruz; de modo que la Santa Cruz creció tanto, como aumentó en mi el deseo de padecer. De este modo creció hasta hacerse una cruz muy grande. Entonces me la dió mi Dios, dandome á entender que no habia de tener en adelante mas que cruz; y que habia crecido tanto la Santa Cruz en señal de lo mucho que le agradaban las ansias que tengo de padecer; y me dijo mi Dios cuando me dió la Santa Cruz: «Tómala como una prueba de mi amor.» Yo la tomé con reverencia y la adoré, amandola tiernamente. Desde este dia empezó á caer sobre mi una lluvia de sufrimientos, pues como Dios quiere que me purifique, aumenta la sensibilidad en mi, de un modo tan extraordinario, que todo para mi es un martirio. Por pequeñas que parezcan las cosas, son grandes para hacerme sufrir. Sabe mi Dios darles un peso extraordinario, que si mi Dios no me sostuviera, ya hubiera conseguido el demonio de mi cuanto desea. Pero no es así, porque mi Dios me libra y defiende de sus garras. Las criaturas tambien me hacen sufrir mucho pero con lo que me veo mas expuesta es con los grandes temores que me vienen sobre esto y por consiguiente sobre mi salvacion. Entre el demonio y las criaturas procuran sumergirme en un mar de dudas y temores; pero no, porque la obediencia es mas poderosa y me sostiene. Gracias á Dios, cada dia se aumentan los sufrimien-

tos. El desamparo de mi Dios es tan grande, en ciertas ocasiones, que parece voy á agonizar. Parece que no tengo fé y que voy caminando contra toda esperanza. Mucho sufro y he sufrido esta semana, y mas cuando me encontraba tan llena de dudas y temores. Para que beba hasta las heces del caliz de amargura que mi Dios me regala, me decia una hermana que no cumplia con la principal obligacion y que habia desobedecido. En fin, entre el demonio y las criaturas, me ponen en un estado de sufrimientos y desconfianza, que ya parece estoy en el infierno y que no hay remedio para mi, pues todo me lo pone muy cierto; y parece que hasta Dios lo quiere, ó que Dios es el que me lo hace. Con esto pretende engañarme el espíritu de tinieblas; pero Dios está conmigo, y por recias que sean las batallas, no me separan en lo mas mínimo de la obediencia, ni me hacen caer en desconfianza. El mas del tiempo de esta semana he estado como he dicho á V. Mucha desolacion tengo tambien. Despues de haber recibido á mi Dios Sacramentado en mi alma, parecia vi á mi Dios, con un vestido muy hermoso, todo lleno de piedras de mucho valor; y me dijo mi Dios: «Este vestido me lo has formado tu con tu amor y los trabajos que sufres. Por eso está tan adornado con estas piedras.»

En 9 de Octubre escribia: «Habia yo recibido á mi Dios Sacramentado hoy; y estando toda recogida en mi interior se me manifestó á los ojos de mi alma el divino Sacramento, y en medio de la Sagrada Forma descubrí á mi Dios, como lo veo cuando se me representa en forma de Salvador, ó sea en su Humanidad Santísima. Estando viendo á este divino Señor, vi que salian muchas llamas, y se puso todo como un horno encendido. Mi alma y corazon se

encendian mucho mas en el amor de mi Señor; y este divino Señor me miró con amor y me dijo: «Ven hija mia, que quiero te consumas conmigo y seas una cosa en mi.» Entonces me acerqué á mi Dios y senti me abrasaba toda en el amor de mi Dios. Este divino fuego me consumia y unía tan estrechamente con mi Dios, que al poco tiempo de estar ahí, ya no me veía á mí, sino solamente á mi Dios; y no solamente no me veía, sino que me encuentro tan completamente perdida toda en Dios y como transformada en El, que puedo decir, con toda verdad, que no sé si vivo. Creo estoy muerta, pues no vivo mas que en Dios. Desde este dia, me encuentro mas estrechamente unida con mi Dios. Es una union mucho mas íntima que la que yo tenia, pues ya toda estoy en Dios. En esta ocasion me dió mi Dios un preciosísimo collar; y me dijo era por las ansias tan vehementes que tenia de recibirlo Sacramentado, y el grande amor que tengo á este Divino Sacramento. Yo no puedo explicar la humillacion tan grande que esto produce en mi alma, pues veo á mi Dios tan humillado por mí. Por esto le decia yo á mi Dios: Señor, ¿por qué á mí tantos favores? ¿Qué veis en mí que os pueda agradar, pues no tengo mas que pecados? En otra ocasion me mostró su Divino Corazon y me dijo: Mira como lo tengo por los pecadores. Estaba este Divino Corazon encendido en vivas llamas de amor. Vi padecer á este Divino Corazon toda la Pasion; y cuando sufria la flagelacion, ví el divino Rostro de mi Dios, todo desfigurado, cárdeno, y con una palidez mortal. Lo mismo en todos los demas martirios, pero en lo que se manifestó mas su grande padecimiento fué cuando le crucificaron. Entonces se dejó ver su divino semblante cual no se

puede explicar. Sus divinos ojos ya sin vida, sus labios entre morados y pálidos, en fin, todo como un cadáver. Así lo estuve viendo toda aquella tarde y el otro día (fué el jueves por la tarde y el viernes). Cuando mi Dios padecía tanto, sentía yo tanta pena y un deseo tan ardiente de padecer todo aquello por mi Dios, que quisiera yo haber vivido en aquel tiempo, para haber padecido algo por mi Dios. Pero aunque no es lo que mi alma desea, siquiera alguna cosa me concede mi Dios; pues esta semana me ha dado á gustar un poquito de las angustias que este Divino Señor padeció en su Pasion Santísima. He tenido algunos días de experimentar unas angustias tan grandes en mi alma, que parece iba á agonizar. Yo me acordaba de lo que mi Dios padeció en el Huerto de las Olivas; y parecía que entonces se aumentaban más. Al mismo tiempo el desamparo era muy grande, pues no sabía si había Dios para mí. Crecía la desolacion, aridez, tedio y todo, pareciendome estaba en un total abandono de Dios. Las tentaciones se aumentaron, en particular la desconfianza, de querer hacerme creer el demonio, que todas las comunicaciones que tengo con Dios son falsas; pero yo lo desprecio y vivo asegurada con la obediencia. ¡Qué poder tan grande tiene esta santa virtud para vencer al demonio! Todo lo experimento muy á menudo; pues cuanta mas prontitud tengo en obedecer, mas confuso queda el demonio. Otro día toda la Santa Misa estuve gozando de la presencia de mi Dios. Mi alma se unía cada vez mas con este divino Señor. Estando así le pedí me diera á entender cual era su voluntad respecto á una alma, que está dudosa de si agrada á mi Dios en lo que hace ó no; y me dió mi Dios esta inteligencia sobre esto: que lo

que le desagradaba era el demasiado empeño que tiene en hacer ciertas cosas: que la quiere mas desprendida de todo aunque sean cosas buenas y que siga con tranquilidad la voz de la obediencia... Todo esto me parecia lo oía yo de la boca de mi Dios... Otro dia cuando salí de las Horas, ví á mi Dios con un ramo de azucenas en sus divinas manos, y me dijo: «Quiero que tengas la candidez y pureza de esta flor.»

En 22 de Octubre escribia: «Estaba en el coro y ví á mi Dios delante de mi, como es de costumbre muy hermoso y me dijo: «Quiero que te asemejes á mi y que experimentes lo que la uva en el lagar;» por lo que comprendí que me vendrian muchos trabajos. Yo me alegré mucho, pues las ansias de padecer se aumentan cada dia. Estoy deseando que llegue la hora de padecer grandes cosas por mi Dios; pues aunque padezco bastante, como tengo tanto gusto en ello, este gozo que yo tengo en el sufrir, no me deja sentir, todo lo que yo quisiera la mirra del padecer. No puedo vivir sin sufrir. Pero hágase en todo lo que Dios quiera. Alguna cosa hay de parte de las criaturas. Los demonios me atormentan mas, con terribles tentaciones de impureza. Me quieren hacer creer que todo lo que pasa en mi alma es engaño y que tengo á V. engañado, que no obedezco, ni cumpla con ninguna de mis obligaciones. Al mismo tiempo experimento una repugnancia tan grande para cumplir con todas mis obligaciones, que tengo necesidad de hacerme una violencia muy grande, para haber de cumplir aun con la mas mínima. Pero en lo que tengo que violentarme mas es en obedecer. Quiere el demonio que no obedezca; y así emplea todas sus fuerzas en apartarme de la obediencia. Pero gra-

cias á Dios, cada dia me sujeto mas á lo que V. me tiene dicho, sin salir en lo más minimo de ello... Mientras mas fuertes son los trabajos, mas contento y alegría tengo en ellos, y esto es muy cierto; encuentro mas contento y gozo cuando Dios me llena de aflicciones, que cuando me recrea con dulces consolaciones. Yo no quiero esto ni aquéllo, pues como he dicho á V. estoy muerta para todo, y por consiguiente sin voluntad; pero siento en mi alma un deseo tan grande de padecer y un gusto en ello, que cuando tengo poco que sufrir, estoy como el pez fuera del agua, sin poder vivir.»

La última carta que escribió la Madre Santo Domingo á su confesor, tiene fecha 29 de Octubre de 1872. Veinte dias despues, el 18 de Noviembre, Dios la llevó al cielo, por cuya posesion tan ardientemente suspiraba, no tanto para descansar de sus trabajos, cuanto para unirse para siempre con su Dios. Voy á hacer algunos extractos de esta carta, la cual comienza en estos términos. «Mi venerable Padre: estando yo en el coro, á la hora que las religiosas de esta casa (las de San Clemente) recibian á mi Dios Sacramentado, y privada de tan gran beneficio, por no tener mi comunidad (la de Madre de Dios) comunión este dia, desahogaba yo las ansias y afectos de mi alma y corazón á solas con mi Dios, manifestándole mis ardientes deseos y lo mucho que sufro cuando me veo privada del dulce manjar de mi alma. Cuando estaba pidiéndole á mi Señor que viniera á mi alma, pues lo deseaba ardientemente, vi á mi Dios, delante de mi, con un caliz en sus manos divinas, y me dijo: «Bebe de este licor que engendra vírgenes, para que tengas mas poder para vencer las tentaciones de impureza.» Entonces sentia abrasarse mi al-

ma y corazon en el amor divino, pero con una pureza del cielo. Está la siento yo en mí; pues aunque sufro terribles tentaciones sobre esta santa virtud, pero es como si no fueran conmigo, ni me hacen la menor impresion. Desde este dia me siento con mas poder para vencer al demonio, ó mejor dicho á los demonios, pues rara vez me tienta uno solo. Por lo regular vienen muchos.... Tambien me sirve de mucho el tratar á los demonios con mucho desprecio; pues cuanto mas los desprecio, mas pronto se van. Conozco que son cobardes. Huyen cuando el alma está animosa. ¡Que grande es Dios! Y ¡cuan bueno conmigo que tanto lo he ofendido!»

Da cuenta despues de otros favores que, en aquellos mismos dias, habia recibido de Dios; y luego añade: «Todo el dia del miercoles, jueves, viernes y sábado, los he pasado sufriendo unas penas muy prolijas en mi espíritu. El tedio era muy grande, acompañado de una tristeza, angustia, aridez y mas trabajos de espíritu. Pero la tristeza y angustia es muy grande. Sufro mas en una hora de estos padecimientos interiores, que en un mes de terribles persecuciones de las criaturas. No se puede explicar lo mucho que sufre el alma, cuando se deja sentir este Dios enojado; y despues de esto se ausenta, dejando á el alma en un completo desamparo. Mientras esto, acude el demonio con razones, al parecer muy verdaderas, para que caiga en desconfianza, tentaciones fuertísimas contra la castidad, otras para que desobedezca á V. y otras muchas de que ahora no me acuerdo, todo para apartarme de mi Dios, pues está este espíritu malo muy rabioso conmigo; pero yo lo desprecio y con esto huye avergonzado.»

Esta carta termina como casi todas las últimas dirigidas por la Madre Santo Domingo á su confesor, con estas palabras, que no son una mera fórmula, sino la expresion de los sentimientos de su corazon y de las disposiciones de su espíritu: «Pida V. mucho por la mayor pecadora del mundo, que de rodillas le pide su bendicion y B. S. M. Santo Domingo.»

Confianza en la fuerza de la oracion: *Pida V, mucho*; conocimiento propio y desprecio sincero de sí mismo: *por la mayor pecadora del mundo*; profunda humildad y sumo respeto al sacerdocio: *que de rodillas le pide su bendicion*. ¡Alma dichosa! á quien Dios y los hombres bendijeron, antes y despues de que la Suma Bondad la recogiese á su misericordioso seno, por medio de una santa y preciosa muerte, de la cual, así como de la prolongada incorrupcion de su cadaver, de su funeral, del respeto y admiracion de los fieles hácia sus despojos mortales, y de los efectos extraordinarios que han producido ya su intercesion, ya sus reliquias, hablaré en el tercero y último libro de esta monografía.





LIBRO TERCERO

CAPÍTULO I

DE LA MUERTE DE LA MADRE SANTO DOMINGO; DE LA
INCORRUPCION PROLONGADA DE SU CADÁVER; DE
SUS FUNERALES Y DEL RESPETO PÚBLICO DE QUE
HA SIDO Y ES OBJETO.

LA Madre Santo Domingo habia recobrado la salud, á lo menos aparentemente, en el mes de Junio de 1872, despues de haber estado tan mala que apenas apoyada y sostenida por otras dos religiosas, podía acercarse á recibir la Sagrada Comunion, que era como hemos visto, todo el objeto de sus ansias. Cierva herida por la saeta del amor,

casi moribunda ya, no pudiendo ir por sí á la fuente de las aguas, calificaba de un grande acto de caridad, el que la llevasen al comulgatorio. En ese estado, su confesor que penetró en la clausura, para oírle de penitencia, porque ella no podía ir al confesonario, le ordenó, en virtud de obediencia, que pidiese á Dios la prolongacion de su vida. Ella lo hizo costandole esto un gran sacrificio, porque tanto cuanto desean la mayor parte de los mortales vivir, ella deseaba morir, con el objeto de unirse para siempre con su Dios. El Señor la oye, y ella, sin sanar, se encuentra tan fortalecida, que deja de ser enferma para volver á ser enfermera. Asiste al coro, toma parte en el trabajo y para todos, menos para ella que sabe lo que Dios ha hecho, y siente lo que Dios ha dejado de hacer en ella, aquello es, no una convalecencia, sino una recuperacion casi completa de la salud. Yo no sé que diria la ciencia respecto de aquel fenómeno, despues de haber declarado que la enfermedad debia de ser larga. Si sé lo que dijo la piedad. Las religiosas que todo lo habian presenciado atribuian aquel cambio á la oracion que, por obediencia, habia hecho Sor Bárbara, pidiendo la prolongacion de su vida. Asi es que, cuando el Domingo 17 de Noviembre, hallandome yo accidentalmente en la Iglesia de San Clemente, fuí dos veces llamado con premura, porque al parecer se moria la Madre Santo Domingo, no estando allí su confesor ordinario; me daban algunas de ellas quejas contra este, porque no le volvía á mandar, bajo obediencia, que pidiera al Señor alejase de nuevo la muerte de ella. Mas habia llegado ya su hora. El operario es digno de su salario (Luc. 10. 7). Sor Bárbara habia trabajado mucho. Es verdad que era jóven. Treinta años recién cumplidos era su edad,

cuando Dios la retiró de este mundo. Pero sus días habían sido llenos (Ps. 72-10). La ancianidad no se computa por los años (Sap. 4. 8). Ella era una de aquellas almas que en pocos años, hacen mas que otras en muchos (Ibid. 13). La tierra perdía mucho con que ella muriese; puesto que el mundo no perece, porque todavía hay en medio de él almas justas; pero ella ganaba mucho, porque saliendo del destierro entraba en la pátria.

Para que muriese la Madre Santo Domingo, bastaba que Dios hiciese cesar aquel fenómeno con que, por espacio de seis meses, le había prolongado la vida. Mas el mismo Dios quiso dar una nueva ocasion de merecimiento á su sierva; y en ella, un motivo á nosotros de admirar el heroismo de su caridad: «No hay mayor amor, dice el Divino Maestro, que el de aquel que da la vida por sus amigos» (Joan. 15-13). Una religiosa de la Comunidad de San Clemente, había sido atacada del *tifus*. Sus días estaban en peligro. La Madre Santo Domingo ofreció á Dios su vida por ella, y Dios aceptó este sacrificio. La enferma sanó del peligro y Sor Bárbara atacada de la misma enfermedad, sucumbió á ella.

No voy á entrar en los pormenores de su enfermedad, ni en los detalles de su muerte. Basta saber que Sor Bárbara no solo no se desmintió á sí misma, como sucede á tantas personas enfermas, que en la cama pierden la humildad, la resignacion, la paciencia, la prudencia y hasta la caridad; sino que en aquellas circunstancias supremas, ella supo poner una corona digna á toda su vida. Diré sólamente la impresion que á mi me causó su vista. Yo no la conocía. Por las primeras y últimas veces, la ví y la hablé en dos ocasiones

consecutivas, que entré á auxiliarla, en la mañana del 17 de Noviembre de 1872. Nadie tuvo tiempo de prevenirme. Una parte de las dos comunidades estaba en el coro, porque en aquella misma hora se celebraba la fiesta de Santa Gertrudis la Magna. Las dos Preladas estaban al lado de la moribunda con las enfermeras y algunas pupilas; mas no solo por lo crítico del lance, que en cualquiera persona causa impresion, sino tambien por el dolor particular, que causaba á todas sin excepcion, la pérdida de un tesoro como el que tenian en la Madre Santo Domingo, ninguna pudo decirme ni siquiera una palabra en recomendacion suya. Yo las mandé salir á todas, para entenderme con la enferma, cual si hubiese sido una religiosa cualquiera. Tranquila y serena á pesar de lo mucho que padecia, pudo responder á todo lo que le pregunté. La hice que recorriese con la memoria todo el curso de su vida, en la cual yo no encontré una sola cosa grave, que pudiera ser materia de absolucion. Aquella alma á mi juicio, no solo será del número de las que vestidas de blanco siguen al Cordero á donde quiera que va (Apoc. 14. 4), sino que se habrá presentado á las nupcias eternas con la estola de la inocencia bautismal, sin haberla jamas manchado. Haciame el efecto de un manso cordero, que no despliega los lábios durante su sacrificio, esta sierva de Dios en su lecho de muerte. Esta, al acercarse no habia alterado su semblante. La Madre Santo Domingo no era un tipo de belleza fisica. Toda su hermosura era interior (Sal. 44. 14). Sin embargo, tampoco presentaban los rasgos de su fisonomía, ni en conjunto, ni separados, nada de repugnante. Si su virtud no hubiese iluminado su semblante, este, ó hubie-
ra parecido feo, ó por lo menos no habria pasado de vulgar.

Advierto que, á mi entender, ni la fotografia hecha sobre su cadáver, durante los nueve dias que estuvo insepulta, ni los retratos hechos despues por varios artistas distinguidos se parecen al original. Quizas permitió Dios esto para que de Sor Bárbara de Santo Domingo no quedase otro retrato que el cuadro de sus virtudes, trazado en el testimonio que de la perfeccion de su vida, han dado sus hermanas de religion y sus compañeras de convento; y sobre todo, pintado por ella misma, inconscientemente, en su correspondencia espiritual con el director de su alma.

Asegura el confesor de la Madre Santo Domingo que esta, antes de morir, tuvo una vision de Nuestro Señor Jesucristo, que se le apareció con todos los instrumentos de su Pasion, indicandole que habia de sufrir todos los tormentos de ella, como en efecto sucedió, segun el testimonio del mismo confesor. El que leyere, que ya conoce el espíritu de Bárbara y su vida, no tendrá por inverosimil, antes bien le parecerá congruente que, antes de sacarla de este mundo, el Señor quisiera darle este último rasgo de semejanza con su Divino Hijo. Lo que yo, con relacion á esto, puedo asegurar como testigo de vista, es que oí decir, que siendo ella monja calzada, fué necesario dejar descalzo su cadáver, por tener los pies puestos el uno sobre el otro, á manera de Crucifijo. Poco antes de darle tierra, habiendo yo entrado con otros dos respetables eclesiásticos para aquel acto, la levantaron el extremo del hábito; y vi que, en efecto no solo tenia los pies en la forma dicha, sino que ellos formaban una curva, á la manera que el arte cristiano representa al Salvador muerto en la Cruz. El peso de todo su cuerpo adorable, gravitando sobre sus sacratísimos pies, hizo que estos for-

masen esa curva, que tambien se notaba en el cadáver de la Madre Santo Domingo. Ademas uno de sus hombros parecia hundido, como sucede con el crucifijo, porque el Divino Salvador, reclinando su adorable cabeza hácia aquel lado, le hizo tomar esa posicion.

Sor Bárbara esperó plácidamente á las seis de la mañana del dia 18 de Noviembre de 1872. Ningun motivo humano habia para que su fallecimiento fuese un suceso notable. Sus padres, ya lo hemos visto, eran pobres y pertenecian á la clase mas humilde del pueblo.

Poco tiempo antes de que ella muriese, su padre habia sido recogido en el Hospital de la Santa Caridad de Sevilla, donde falleció despues de haber recibido de su piadosa hija, una carta en la cual, ademas de manifestar esta su ternura con estas expresiones: «Sabe V. que siempre le he querido,» le da los mas saludables consejos en la forma mas respetuosa y llena de afecto, para que conformandose con la voluntad de Dios, se prepare para hacer el gran viage á la eternidad.

Cuando murió aquel, supo este triste acontecimiento su hija antes de que nadie se lo dijera; y solo porque se lo prohibió su Prelada, no asistió ella á la Vigilia que cantó la comunidad en sufragio del difunto. Viuda desde entonces su Madre, fué recogida por caridad en una pequeña habitacion de la portería del convento de San Clemente; favor que sin duda agradeció mucho la Madre Santo Domingo, porque aquella pobre anciana, se encontraba totalmente desamparada. Pero al mismo tiempo, temiendo que el estar tan cerca su madre, fuese para esta una tentacion de querer verla y hablarla con frecuencia, lo cual podria ser una causa de disipacion para su espíritu, Sor Bárbara le hizo decir que, ya que

no habia sido capuchina, en cuyo caso jamas la habria vuelto á ver, por lo menos deseaba que no la llamase, sino de tarde en tarde para hablarle.

Siendo, pues, sus padres tan pobres y oscuros y no teniendo parientes inmediatos, ó teniendolos en las mismas condiciones, no se podia deber al influjo de la familia, el ruido que hizo el fallecimiento de la Madre Santo Domingo. Tampoco podia esto nacer de la circunstancia de ser ella religiosa. «Muere el justo y ninguno hay que en su corazon piense sobre esto» (Isa. 57. 1). Chateaubriand, aun en los tiempos en que los institutos religiosos eran una parte, la mas importante de la vida cristiana de los pueblos, decia que parecidos á los rios del desierto, los cuales silenciosamente atraviesan las campiñas, fecundandolas, y calladamente entran en el mar, aumentando el volumen de sus aguas, asi los individuos de aquellos institutos, hombres y mujeres, escondidos en el claustro y mas aun con Cristo en Dios (Colos. 3. 3), vivian desconocidos é ignerados de los hombres, fecundando el campo de la vida presente con sus oraciones y buenas obras, y aumentando el tesoro de la eternidad con sus méritos. Si, pues, aun en los tiempos verdaderamente católicos, la muerte de una simple religiosa, no podia ser un acontecimiento, por razones ordinarias y segun los medios naturales, mucho menos pudiera serlo en las actuales circunstancias, tan desfavorables, ó mas bien dicho, tan hostiles á los institutos religiosos y á sus individuos. Ya he descrito, en otro lugar de esta obra, lo que es la sociedad moderna. Esa sociedad está en parte sumergida en la mas crasa ignorancia de la religion católica, contra la cual tiene una estúpida prevencion, siendo esa prevencion mayor aun contra

los institutos religiosos; y por otra parte esa misma sociedad está dominada y corrompida por un sibaritismo escandaloso, que tiene horror á la abnegacion, á la penitencia y al sacrificio. ¿Por qué, pues, esa sociedad se conmovió al fallecimiento de una jóven y humilde religiosa, que no habia sabido mas que negarse á si misma, mortificarse asombrosamente y hacer de su vida una serie no interrumpida de sacrificios? La explicacion única de este fenómeno, está en el prestigio que la virtud, y especialmente una virtud extraordinaria y eminente, ejerce aun sobre los espíritus menos preparados para sentir su saludable influencia. Dios quiere glorificarse en sus siervos. Dios quiere ensalzar á los que se han humillado, mostrandose en esto, si cabe, aun mas grande que cuando con un soplo de su boca derriba de su trono á los soberbios que temerariamente desafiaban á su poder, no contentos de su misericordia.

Pero pasemos de las reflexiones á los hechos, y para proceder con método, los dividiré en dos clases. La primera es la de aquellos que demuestran la extraordinaria influencia que la muerte de la Madre Santo Domingo ejerció sobre las almas buenas. La segunda es la de aquellos que hacen ver la influencia que ese mismo acontecimiento ejerció sobre las personas indiferentes.

En cuanto á lo primero, no hay sacerdote de los que confiesan religiosas en Sevilla, que no pueda dar testimonio de la influencia poderosísima que tuvo la muerte de la Madre Santo Domingo, en todas las religiosas. No creo que puedan encontrarse entre ellas muchas relajadas. Si las hay, la noticia de lo que era Sor Bárbara, debe haber despertado en el fondo de sus almas, mas de un remordimiento saludable,

mas de un sentimiento de profunda confusion, gérmenes que mas tarde ó mas temprano han de dar fruto. En cuanto á las tibias, que no dejaría de haberlas, el conocimiento de la vida de la Madre Santo Domingo, que empezó á esparcirse cuando ella falleció, aunque de un modo imperfecto é incompleto, produjo en ellas una santa reaccion hácia el bien, que probablemente las hizo, por lo menos, concebir vivos deseos de ser fervorosas. En cuanto á las que ya lo eran ¿quien podrá decir los efectos admirables que en ellas produjo el fallecimiento de la Madre Santo Domingo? ¡Cuanta sed de mortificaciones en unas! ¡Cuanto vencimiento propio en otras! Quien al oír las penitencias extraordinarias que hacía esta sierva de Dios, importunaba á su confesor para hacer otro tanto. Quien confundida, al saber su admirable mortificación interior, reformaba enteramente su natural, haciendose de iracunda, mansa; de vana, humilde; de disipada, recogida; de locuaz, silenciosa. Pocas, ninguna que yo sepa, envidiaba á la Madre Santo Domingo, los favores especiales que Dios la hiciera; pero todas, llenas de santa emulacion, deseaban de veras imitar sus virtudes.

La muerte de la Madre Santo Domingo hizo mas bien en las comunidades religiosas de Sevilla, que diez séries consecutivas de Ejercicios. En estos, el instrumento es un hombre, que, hablando, enseña lo que acaso el mismo no practica. Muerta la Madre Santo Domingo, ella hablaba verificandose en la muerte de esta sierva de Dios, como se habia cumplido en su vida, lo que el Apostol dice del justo Abel: «Por la fé Abel ofreció mayor hostia á Dios que Cain, consiguiendo por esto el testimonio que él dió á Dios con sus ofrendas; y por esa misma fé, él aun muerto habla» (Heb. 11.

4). A la religiosa que no habia hecho tantos sacrificios por Dios, como la Madre Santo Domingo, muerta esta le parecia que escuchaba su voz, estimulandola á ser mas generosa en adelante.

No se concretaba esta muda, pero elocuente predicacion del cadáver insepulto é incorrupto de la Madre Santo Domingo, solamente á las religiosas que la veian y á las que no la veian, sino que se extendia á los seglares. Sucesiva y rápidamente se propagó entre ellos la noticia de que, en el convento de San Clemente, habia muerto una monja Santa. El cadáver despues del funeral, que se celebró el martes 19 de Noviembre, no fué bajado á la sepultura, porque al despojarle del Rosario, se sintió su pecho lleno de calor. No se calificó esto de milagroso, pero si muchas personas inteligentes lo tuvieron por extraordinario, en razon de que habian pasado ya treinta horas desde la espiracion de Sor Bárbara; por lo cual se resolvió en el acto, conservarla depositada en una sala interior del Convento, por lo menos hasta que el mismo cadáver comenzase á dar señales de corrupcion. Visitaronle y examinaronle dos médicos que diariamente entraban al convento, para asistir á otras religiosas enfermas; y ellos, como los no facultativos, reconocian que en el cadáver no habia alteracion. Asi pasaron todos los dias de aquella semana y los dos primeros de la siguiente, de modo que la Madre Santo Domingo, estuvo nueve dias insepulta. Esto es tanto mas notable, cuanto que, ademas de haber muerto ella, por lo menos aparentemente, del *tifus*, la descomposicion y corrupcion de su cadáver, debió ser pronta, rápida y completa. Ademas aquellos dias llovió mucho y el Convento de San Clemente, edificado por el Rey

San Fernando sobre las márgenes mismas del Guadalquivir, es tan húmedo que sin duda por eso, ó por otras causas análogas, en aquel monasterio se han multiplicado las enfermedades y las defunciones en estos últimos años, siendo una de las víctimas la misma Madre Santo Domingo. Sin arrogarme yo la autoridad de juzgar un punto de mera higiene y salubridad, respecto del cual me declaro desde luego incompetente, someto esta observacion al buen criterio del lector; si en climas ó estaciones secas, es fácil conservar incorruptos los cadáveres de aquellas personas que fallecen de enfermedades no pútridas, lo contrario debe naturalmente suceder con un cadáver, como el de la Madre Santo Domingo, muerta de una enfermedad pútrida, en un sitio húmedo y en una estacion lluviosa. Si esta observacion es cierta, no puede negarse que hubo algo de extraordinario, en que ese cadáver se conservase incorrupto por tantos días.

El concurso que, durante esos días afluía al Monasterio de San Clemente, no puede decirse que iba movido única y exclusivamente por la curiosidad; aun cuando, siquiera hubiese sido así, siempre sería un problema el por qué aquellas personas se daban la molestia de ir hasta uno de los extremos mas remotos de la ciudad, si en el objeto de su curiosidad no hubiese habido algo de extraordinario. Pero no podia ser la curiosidad el único, ni siquiera el principal móvil de aquella gente, porque el cadáver de la Madre Santo Domingo, retirado al interior de la clausura, no podia ser visto por los curiosos de fuera. Ademas aquella gente, aun cuando hubiese deseado ver el cadáver, no lo pedia, porque sabia que á esa solicitud no era posible acceder. Lo que ve-

nian á pedir era que se tocasen al cadáver ora diversas flores y plantas, ora rosarios y objetos de devocion; ó suplían que se les diese, como reliquia, algun objeto que hubiese pertenecido á la difunta sierva de Dios. Era, pues, el olor de sus virtudes el que atraía aquella multitud. Comenzaba á formarse, ó mas bien dicho, empezaba á extenderse aquella fama de santidad, que la Iglesia tiene tan en cuenta, cuando se trata de la beatificacion ó canonizacion de los siervos ó siervas de Dios. Esta fama se ha mantenido haciendose trascendental á otros puntos y lugares, de donde se han pedido noticias ó reliquias de Sor Bárbara, experimentandose tanto dentro como fuera de Sevilla, así la influencia de su ejemplo, como la eficacia de su intercesion para con Dios. En el capítulo siguiente, resultará comprobada esta última verdad con varios hechos.

Durante esos dias que permaneció incorrupto el cuerpo de la Madre Santo Domingo, la hicieron fotografiar, prévia licencia de la autoridad eclesiástica; y estos retratos, abundantemente multiplicados, han contribuido no poco á extender su fama y casi iba á decir su devocion. A propósito de lo cual debo advertir que la devoción no supone el culto. Aquella es permitida, este sería reprobado por la Iglesia. Ella, no tolera, que se venere como Santo ó Santa al siervo ó sierva de Dios que todavía no esten beatificados ó canonizados; pero si permite que, aun antes de eso, nos encomendemos á sus oraciones, y les pidamos nos alcancen el remedio de nuestras necesidades. Así se obran los milagros que, comprobados despues, sirven para su beatificación ó canonizacion. En este sentido digo que pueden los fieles tener devoción á la Madre Santo Domingo, sin que por eso puedan tributarles culto.

Intentóse también en aquellos días, que se predicase la oración fúnebre de la Madre Santo Domingo, como se había hecho en casos análogos en esta misma ciudad de Sevilla; y como el célebre Padre Ventura y otros, lo han hecho hasta en la ciudad de Roma. Mas necesitándose para esto especial licencia de la Superioridad, esta la rehusó, por razones poderosas que sin duda tuvo, que yo respeto y de las cuales aun me alegro hoy. En efecto, lo que yo habría podido hacer entonces en el púlpito, no habría sido otra cosa que un trabajo oratorio; el cual apoyado en la vista de aquel cadáver, en cuya incorrupción Dios se glorificaba, habría conmovido mas ó menos al auditorio, más no hubiera podido dar á conocer lo que fué esta sierva de Dios. Sabe el mismo Dios cuán sério estudio y cuán improbo trabajo, me ha costado escribir esta monografía; en la cual, después de todo, he tenido que suprimir no poco del rico material, que tenía á las manos, para formar esta obra. Si el trabajo de semanas enteras ha dado tan poco resultado, ¿qué hubiera sido el de pocos días, ó mas bien el de breves horas? Así se vé que Dios dirige á los Prelados para que de sus providencias resulte el mayor bien, aun en aquello mismo que nosotros no sabemos explicarnos. La oración fúnebre de la Madre Santo Domingo, habría sido acaso un motivo para que no se escribiese su vida, contentándose el público piadoso con los rasgos generales y las escasas noticias que pueden darse en una obra oratoria de aquel género. La falta de la oración fúnebre, hizo necesaria la monografía. Si alguno me censura por haberla escrito y esto necesita alguna excusa, yo daré la que el desgraciado Clemente XIV, daba después de haber suprimido la Compañía de Jesus: *Compulsus*

feci; con la diferencia de que aquella supresion fué un mal para muchas almas, mientras que la publicacion de la vida de la Madre Santo Domingo, ha de ser un bien para no pocas.

El noveno dia de su fallecimiento, es decir, el martes 26 de Noviembre, se celebró nuevo oficio fúnebre por el alma de esta sierva de Dios, con asistencia de un numeroso clero y con un concurso extraordinario de pueblo, que llenaba la Iglesia de San Clemente, ávido de ver el cuerpo de la sierva de Dios, expuesto de nuevo en el coro, sobre un modesto y pobre féretro. En la tarde del mismo dia se le dió sepultura en el pavimento del claustro, á los piés de un crucifijo, delante del cual acostumbraba ella á orar, casi á la entrada del coro. Lo cual no pudo verificarse por la mañana á causa del extraordinario concurso del pueblo y hubo que hacerlo por la tarde á puerta cerrada.





CAPÍTULO II

DASE CUENTA DE ALGUNOS SUCESOS EXTRAORDINARIOS
OCURRIDOS DESPUES DEL FALLECIMIENTO DE LA
MADRE SANTO DOMINGO, QUE TIENEN
RELACION CON ELLA.

YA he protestado desde el principio de esta obra, que mi ánimo es someterme en todo á las disposiciones de la Iglesia y en especial á los decretos del Papa Urbano VIII; los cuales prescriben que cuando se trata de calificar la Santidad de una persona, ó de apreciar algunos de sus hechos como milagros, el autor ó escritor que de eso va á

hablar no debe querer prevenir el juicio de la Iglesia, ni menos influir en sus futuras decisiones. Toda la fè que su dicho merece, es una fè meramente humana, mientras la misma Iglesia no se pronuncia en el particular de cada hecho y en lo general de la virtud, méritos y santidad de aquel siervo ó sierva de Dios. Comienzo, pues, este capítulo renovando de corazon aquella protesta. Por la misericordia de Dios, no solo soy católico, sino que tengo por mi mayor honra la de serlo; y así estoy pronto á retractarme y desdecirme, ó mas bien, desde ahora me desdigo y me retracto de todo aquello que la Iglesia encuentre errado, inexacto ó menos conforme á su espíritu y doctrina; en todo cuanto llevo escrito y escriba, no solo en este libro, sino tambien en todos cuantos han salido ó salgan de mi pluma. No me cuesta esto ningún sacrificio ni hago en ello un acto de humildad; antes bien creo honrarme sintiendo y haciendo lo que sentía y hacía San Agustin, cuando decia: «Despues de la gloria de no errar, no hay gloria mayor que la de reconocer que se ha errado, confesando y retractando el error.»

Este es el primer preliminar que, en conciencia, yo debia hacer preceder á la insercion de los diversos documentos que se me han presentado, respecto á ciertos hechos fenomenales ó extraordinarios, ocurridos despues de la muerte de la Madre Santo Domingo. Yo no digo, ni puedo decir, sin faltar á la protesta que precede, que esos hechos son milagrosos. Pero no lo digo, porque respeto los derechos de la Iglesia, y porque no quiero prevenir su juicio; que de las burlas insensatas de los que se rien de los milagros, yo no hago ningun caso. El milagro es *posible*. el milagro es *razo-*

nable; mas aun, el milagro, en muchos casos, es *necesario*. Pero, sobre todo, el milagro es frecuentemente, y mucho mas en nuestros dias, un hecho visible, palpable, en el cual y contra el cual toda denegacion es una fatuidad ó un absurdo.

El milagro es *posible*, porque es obra de Dios, á cuya omnipotencia nadie puede señalar límites, ni poner condiciones. El milagro es *razonable*, porque Dios que lo obra, sabe infinitamente bien, cuando conviene hacer, con un fin digno de si mismo, algunas excepciones á las reglas que El mismo liberrimamente impuso á la naturaleza creada por El; reglas que El mismo liberrimamente puede cambiar cuando le plazca, ó cuando asi cumple á sus soberanos designios. El milagro es *necesario*, cuando la razon no basta para sacar al hombre del error ó del vicio. Ya lo advierte el Padre San Gregorio: «A los que no saben usar de la razon, Dios no les habla con voces, sino por medio de milagros;» y por eso en nuestros dias, en que el racionalismo hace que los hombres no sepan usar de su razon, Dios multiplica mas que en otros tiempos los milagros. Niegan los hombres la existencia del órden sobrenatural. Dios le afirma con prodigios. Si no ¿por qué tantos milagros en la Saleta y sobre todo en Lourdes? «Los ciegos ven, los cojos andan, los sordos oyen, los leprosos quedan limpios» (Luc. 7. 22), puede decirse allí, como en la Palestina se decia, cuando en carne mortal andaba recorriendola Nuestro Señor Jesucristo. En vano la ciencia despechada, trata de negar los milagros. Cada uno es un *hecho*, que solo un fatuo puede poner en duda y cuya negacion es un absurdo. Por eso aun el mismo Juan Jacobo Rousseau, que aunque protestante primero, deísta

despues é impio por último, no era ni fatuo ni necio, no solo admitia, sino que públicamente confesaba, la posibilidad y existencia de los milagros.

Esto supuesto, sin calificar de tales algunos hechos, que, con relacion á la Madre Santo Domingo, han ocurrido despues de su fallecimiento, voy á consignarlos aqui como cronista. Dejo, pues, la palabra á los interesados.

José Molero Rodriguez, natural de Lucena y residente en Sevilla hace ya diez y seis meses, de estado viudo, de edad de setenta y cuatro años, que vive en la Plaza de San Francisco número treinta y dos, declara lo siguiente, ante un respetable sacerdote que le intimó dijese en conciencia la verdad del hecho. Dice pues, que hacía mas de seis años que padecia una enfermedad en la vista con un síntoma especial, á saber, que de dia podia ver fácilmente, pero cuando entraba la noche no podia ver absolutamente nada, ni aun los bultos; por cuya razon tenia que recojerse en su casa antes de anochecer; porque no podia caminar con seguridad. Ni aun con la luz artificial podia ver mas que bultos confusos cuando estaban próximos al velon ó quinqué que alumbraba en su casa. No trató de curarse ni de consultar á ningun médico por su estado de pobreza, pues vive á expensas de su buena hermana Isabel Molero y Rodriguez, de modo que nunca usó medicina alguna para la curacion de su enfermedad de ojos.

En este estado tuvo noticia de la muerte de la religiosa Sor Bárbara de Santo Domingo Jurado, Dominica en el Monasterio de San Clemente de esta ciudad, y de las circunstancias extraordinarias y, al parecer, prodigiosas que en ella ocurrieron. Esta noticia se la comunicó á su hermana Isabel

una tal María de la Salud Delgado, hija política de Antonio Roman, que fué sacristan y portero de dicho Monasterio; noticia que le fué confirmada por su paisano el Presbítero don Rafael del Rey, Beneficiado Cantor de esta Santa Iglesia Catedral, que asistió al funeral de la Venerable Religiosa su discípula que fué de canto; añadiendole dicho señor Rey que no se le habia dado sepultura despues del funeral porque el cuerpo conservaba calor en el corazon.

La arriba citada María de la Salud dijo á la hermana del enfermo ciego, que su padre habia entrado en el Monasterio para preparar el enterramiento, y que habia tocado al rostro y manos del cuerpo de Santo Domingo un gran puñado de varias flores, las cuales conservaba. Entonces la Isabel le suplicó que la diese unas pocas para conservarlas en una bolsita, como reliquias. Y en efecto, se las concedió, y no fué ella á recogerlas á casa de Salud, sino su hermano el paciente José Molero. Recibió unas pocas envueltas en un papel; al volver á su casa, en la calle, arrimó el papel á la nariz por dos ó tres veces, y percibió un olor tan fragante, raro y extraordinario que le causó gran sorpresa y alegría; circunstancia que hizo notar á su hermana cuando llegó á su casa. Aquel mismo día, el José Molero, movido de mucha fé y devocion hácia la Venerable difunta (era el quinto día despues de su muerte, cuando aun seguía el cuerpo incorrupto), dijo á su hermana Isabel: «Echame una rosa de estas en una taza de agua esta noche, para mañana por la mañana lavarme los ojos con ella;» y al mismo tiempo dijo en su interior con mucha fé y devocion: «Santa mia de mi alma, como me deis vista para que yo pueda ver de noche, os rezo todos los dias un Padre nuestro, siempre que me acuer-

de.» Son palabras textuales y sencillas del paciente. Y efectivamente, á la mañana siguiente se lavó los ojos con el agua de la taza y repitió lo mismo por la noche, á la mañana y noche del siguiente dia, haciendolo con mucha fé, y como él mismo dice, con mucho corazon. En la segunda noche, ó sea la cuarta vez, en que se lavó los ojos, que entonces fué por la tarde, estando en la cocina de su casa, abrió una ventanita que hay en ella, miró al cielo y vió con perfecta claridad la constelacion del grupo de siete estrellas, que llaman vulgarmente las *siete cabrillas*, y todas las demas estrellas claras y rutilantes, cual estaban en aquella despejada noche. Fué tal su sorpresa y alegría, que exclamó y dijo á las personas que estaban en el comedor inmediato á la cocina: Bendita sea mi Monja, que me ha dado la vista; hacia seis años que no veia las estrellas y ahora las veo claras; esto es un milagro patente!... Aun despues de este suceso se lavó los ojos dos ó tres veces más, y una se los tocó con la rosa que estaba dentro de la taza. Desde aquel dia, añade el paciente, reza todas las noches un Padre Nuestro á su Santa, como él dice con cristiana sencillez, segun habia prometido, y continúa invocandola todos los dias en sus devociones.

Este buen ciego para cerciorarse mas de que veia claro de noche, hizo la experiencia de irse una tarde al puente, y contra su costumbre de recojerse antes de anocheecer, porque no veia sino de dia claro, se detuvo alli hasta bien entrada la noche, y ya bastante oscuro se retiró á su casa, recorriendo varias calles, como la de San Pablo, la del Angel, Plaza del Salvador y otras; veia muy bien carruages chicos y grandes, las personas y demas objetos que encontraba al

paso. Al llegar á su casa, su hermana Isabel le reconvino sériamente porque andaba de noche por las calles, exponiéndose á una caída y á un atropello desgraciado; y el viejo curado le contestó que no tuviese cuidado, que veía muy bien por el milagro que habia hecho la Santa. Y el buen anciano continúa conservando su vista de día y de noche.

Debe advertirse que requerido este para que dijese la verdad pura, sin ninguna clase de exageracion, contesta con natural ingenuidad que está pronto á jurar lo que ha dicho aunque sea delante del Santo Padre de Roma. Es un anciano honrado, sencillo y buen cristiano. No firma de su mano esta relacion porque no sabe escribir. Hoy 31 de Enero de 1873.

La que suscribe, Doña Emilia Perez Martin, de edad de 21 años, hija de don Manuel Perez y de doña Maria de la Encarnacion Martin, de estado soltera, residente en esta ciudad de Sevilla en la Plaza de Santa Cruz número 2, declaro con toda la verdad y en caso necesario estoy pronta á afirmar con juramento: Que en diez y nueve de Noviembre de mil ochocientos setenta y dos, se me formó una úlcera en el ojo izquierdo. En veinte y cinco del mismo principié á usar medicamentos para su curacion, y en efecto se curó á los pocos dias, aunque el ojo quedó bastante delicado. Pocos dias despues volvió á formarse una nueva úlcera en el mismo ojo, sin poder hacer uso de él para nada, ni se hizo medicamento alguno, por la mucha molestia y dolores que sufría al aplicarmelo, durante seis ú ocho dias. La úlcera se iba aumentando cada vez mas, juntamente con una fuerte inflamacion y agudo dolor. En este estado la noche del 30 de Diciembre de las nueve á las nueve y media, angustiada yo

por este molestísimo malestar del ojo, acordandome de la Venerable Sor Santo Domingo, y con mucha confianza en su valimiento delante de Dios, tomé una pequeña reliquia de esta sierva de Dios y me la apliqué al ojo enfermo. Al momento senti un leve escozor, y quedé sana; desapareció al instante la inflamacion y la úlcera, de modo que descansé y dormí tranquilamente, lo cual no pude conseguir la noche anterior. Mi hermana Matilde vió el ojo sano aquella misma noche y mi madre al dia siguiente. A los dos dias principié á coser y el ojo sigue bueno y sano.

En testimonio de ser verdad, lo firmo de mi puño y letra en Sevilla á 13 de Febrero de 1873.—*Emilia Perez y Martin.*

Yo el infrascrito don Rafael del Rey, Presbítero, Beneficiado y Salmista de la Santa Iglesia Catedral de Sevilla:

Para gloria de Dios y honra de sus escogidos, declaro, que habiendo padecido por espacio de doce años dolores reumáticos articulares hasta el extremo de haber estado el año anterior por espacio de cincuenta dias sin poderme mover y habiendo agotado todos los medios que la ciencia humana alcanza, fui invitado para cantar en el entierro y honras de Sor Bárbara de Santo Domingo Jurado, religiosa dominica del extinguido Convento de Madre de Dios y que residia ahora en el de San Clemente de esta ciudad. Mas habiendo pedido á sus hermanas de la órden unas flores de las que habia tenido su cadáver, me remitieron unas pocas y ademas un pedacito del velo y otro del hábito.

Llegó la época en que fui atacado el año anterior, que fué la noche del dia 20 de Febrero de este año, y fui atacado de un modo tan violento que me tuvieron que meter en

cama, pues yo no tenia accion para nada. Esto ocurrió como á las once del dia referido. Tomé el pedazo de hábito ya antes dicho, y me lo apliqué en el lado del dolor, que era en el pie derecho, invocando la proteccion de esta sierva de Dios; me quedé dormido y con asombro mio y el de todos los de mi casa me levanté á las seis de la mañana del dia siguiente habiendo dormido toda la noche sin haber sentido dolor alguno y habiendo celebrado el Santo Sacrificio de la Misa aquel dia sin entorpecimiento alguno. Desde esa fecha hasta el dia seis de Abril estuve bien de los dolores, mas ese dia que fué Domingo de Ramos, cuando me levanté de la cama advertí que tenia un bulto por bajo de la rodilla derecha con bastante dolor aunque no tan intenso como el anterior. Me puse el referido pedacito de hábito invocando con fé la proteccion de la sierva de Dios y principié á sentir alivio, tanto que á la noche del mismo dia no tenia dolor ni bulto. Doy á Dios las gracias y á la referida Sor Bárbara de Santo Domingo, pues por su intercesion me encuentro sin dolores desde el dicho tiempo hasta la fecha. Sevilla Julio 23 de 1873.—*Rafael del Rey*.

Estando á principio de Cuaresma mala en la enfermeria, una noche temprano, sentí de pronto un dolor tan agudo en un oido que solo puede compararse con un fuerte dolor de muelas. Viendo la religiosa que está de enfermera que no cedía, me hizo varias medicinas y con ninguna se me aliviaba. Del mismo modo pasé toda la noche y parte de la mañana. En la noche me ocurría varias veces si aplicando al dolor alguna cosa de nuestra Venerable Hermana Sor Bárbara de Santo Domingo se me quitaria. Yo no recordaba tener nada de su uso, aunque creo que si lo hubiera tenido

tampoco lo hubiera aplicado, pues me inclinaba á que fuese inspirado por Dios á otra persona y tuviera tambien el mérito de la obediencia. Estas y otras reflexiones hacia interiormente. Entre otras enfermas que estaban en la misma enfermería, se hallaba Sor Angela Gomez, y visto que no podia sosegar, me dice: te voy á mandar un pedazo del velo de nuestra hermana Santo Domingo, aplicatelo al oido y vamos á decir un Padre nuestro para que el Señor por los méritos de su sierva, te alivie si conviene. Serian de seis á siete de la mañana. Le recibí, me lo apliqué y en el acto cesó el dolor completamente. No se puede explicar la clase de consuelo que sentí en el oido al aplicarme el referido velo. Solo he podido, para hacerlo comprender á las personas que la conocian, compararlo con el modo que ella tenia de servir á las enfermas, y aun á todas las demas que la ocupasen; y asi parece quiso hacerlo por su sagrado velo, para demostrar sin duda que ella obraba el milagro intercediendo con su Divina Majestad para mi salud.

Protesto decir la verdad. Monasterio de San Clemente de Sevilla 2 de Junio de 1873.—*Sor Isabel Castro*,

Curacion de la señorita doña Concepcion Franzon y Lago, hija de don Santiago y de doña Teresa, de edad de diez y seis años, natural de esta ciudad y vecina de la calle de la Alcoba número 24, por invocacion y contacto de la reliquia de la Venerable Sierva de Dios Santo Domingo Jurado.

Estando esta jóven en cama siete dias con fuertes dolores nerviosos que la tenian sin poder moverse, y teniendo que darle de comer á manos, fué llamado el médico, que fué don Juan Rebollo, el cual dijo que estos dolores eran muy

duraderos y que había de tardar lo menos cuarenta dias en sentir alguna mejoría. Le mandó una uncion que se puso varias veces y no causó alivio alguno á la doliente, y presentandole el retrato de la Venerable Sierva de Dios Santo Domingo Jurado, y habiendole tomado entre sus manos quedó dormida lo que no había podido conseguir en todo el tiempo que llevaba mala y cuando despertó se encontró tan aliviada que comió perfectamente, no habiendole vuelto los dolores.

Está levantada; el facultativo se despidió viendo el pronto restablecimiento de la enferma; y tanto ella como toda la familia no tienen duda de que esta curacion ha sido un milagro hecho por la intercesion de la Santa. Sanlúcar de Barrameda 1.º de Abril de 1873.—*María de la Concepcion Franzon*.—Su madre, *Teresa Lago Merino y Mariscal*.

Relacion de la curacion de doña Felisa Gomez, cuya enfermedad era calenturas intermitentes.

Habiendo sido atacada de dichas calenturas por espacio de cuarenta dias, y no encontrando alivio con ninguna clase de medicinas, invocando la mediacion de la Venerable Madre Santo Domingo Jurado, tomé una taza de yerba-luisa de la que tuvo la Venerable sobre su cadáver en los dias que estuvo incorrupta, y al momento se me quitaron, habiendo amanecido la mañana siguiente limpia de calentura; y así continuo sana hasta esta fecha, y en testimonio de ser verdad lo firmo de mi puño y letra en Sevilla y Junio 14 de 1873.—*Felisa Gomez*.

El señor Cura Párroco del pueblo de la Rinconada, escribe al confesor de Sor Bárbara de Santo Domingo, la siguiente carta.

Rinconada 16 de Junio de 1874.—Despues de manifestar el gusto y satisfaccion que mi corazon siente al tomar parte en un asunto de tanta importancia para gloria de Dios y de su Sierva, voy á participarle el resultado del minucioso exámen que para ello he hecho, el cual irá tambien para su validez y veracidad sellado con el propio sello de esta parroquia de mi cargo.

Despues del correspondiente aviso, se presentaron en mi despacho en la noche del día 16 de Mayo último mis feligresas Trinidad Suarez, Maria de los Dolores Tirado y Maria de los Dolores Carmona, testigos del hecho de que nos ocupamos y juntamente la paciente Cayetana Eusebia Lopez, casada con Santiago Gonzalez, natural de la villa de la Algaba y de esta vecindad, y haciendolas ver con razones claras y sencillas el deber de *conciencia* que tenian de decir la verdad por tratarse de una materia de gran consideracion en todos sentidos, en primer lugar tomó la palabra la Cayetana Eusebia Lopez diciendo: que al punto que por mano de Maria de los Dolores Carmona se aplicó á su cuello un poco de pelo propio de Sor Bárbara de Santo Domingo que falleció en el Convento de San Clemente de Sevilla, invocando á la vez su mediacion, sintió en su interior un movimiento tan extraordinario, que le hizo salir felizmente del paso del parto peligroso, desapareciendo el peligro que la amenazaba como á lo que naciese y que por tanto cree que la salud de su hija Maria Josefa, nombre que se impuso al bautizarse, como tambien la suya, la cual una y otra goza y disfruta hasta la fecha, se la deben á Dios por intercesion de su sierva que tan de corazon invocó todo el tiempo del peligro; esto lo repitió varias veces como señal y prueba sin

duda de su conviccion: añadiendo tambien, que en cuanto á lo demas que antecedió, no podia dar razon cierta, sino lo que habia oido decir; porque desde que su estado empezó á presentar graves temores, no pensaba mas que en su situacion.

Viendo, pues, que la paciente á causa de su mal estado en aquel entonces no podia hacer mas extensa su declaracion acerca de las circuntancias especiales de su parto, me dirigí á las expresadas asistentes, y haciendolas algunas observaciones á fin de que en sus declaraciones nada se aumentase ni omitiese, cada cual contestó con entera libertad á mis preguntas, que por ser en su esencia una misma las declaraciones de todas y por otra parte no sabiendo firmar más que la Maria de los Dolores Carmona, las he reducido á una sola, y es como sigue:

Desde la madrugada del dia diez y seis de Setiembre de mil ochocientos setenta y tres (así todas hacen su declaracion), Cayetana Eusebia Lopez, ya mencionada en otro lugar, empezó á sentir ciertos síntomas que indicaban su próximo parto; ellas viendo que la paciente se agravaba mas y mas, usaron de los medios conocidos como necesarios en tales casos; pero considerando que todo era inútil por la tardanza, ó mejor dicho, porque el acto se presentaba de una manera no comun, y de consiguiente peligroso, acuerdan á eso de la una del dia poco mas ó menos llamar al facultativo de esta villa residente en el pueblo de Alcalá del Rio; pero antes la Maria de los Dolores Carmona, sea por aquello que se llama casualidad, palabra que para mi es bien nula y principalmente en los asuntos de la misma naturaleza del que nos ocupamos, ó sea por permission divina, re-

cuerda que tenia en su poder un retrato y un poco de pelo de Sor Bárbara de Santo Domingo que ella misma habia recibido del Convento de San Clemente por tener en el mismo una hija en clase de doncella; toma ambas cosas, y colocando con luz en una mesa, que habia en la habitacion de la enferma, el retrato, se acerca con mucha confianza á la cama de la paciente y aplicando en el cuello de la misma el pelo invocando una y otra la mediacion de la referida sierva de Dios, llamandola por su propio nombre, se vió al punto, segun aseguran las mencionadas asistentes, el efecto de la peticion, la cual nunca dejó la enferma de repetir hasta que desapareció su peligro y nació felizmente la niña, cuyo nacimiento por su rareza sorprendió á todas ellas, porque en vez de venir de cabeza, que es lo ordinario, se presentó con los piés doblados ó de rodillas y la mano derecha levantada hácia la cabezita; entonces Trinidad Suarez, viendo á la criatura engargantada, estiró los piés y colocó la mano, es decir con ligereza la pone natural, teniendo despues que sangrar á la criatura y aplicar un poco de cebolla en su nariz porque presentaba señales de muerte, debiendose decir en honor de la verdad, que en estas operaciones no se dejó de nombrar á Sor Bárbara de Santo Domingo.

Terminada que fué la declaracion de todas las asistentes ya mencionadas bajo la forma y manera que en este caso como en muchos de esta misma clase se hace necesario, volví á interrogar asi á la madre como á las demas por segunda y tercera vez sobre si habia alguna exageracion en lo que declarado quedaba, y me contestaron que no solo era la pura verdad lo manifestado, creyendo que por intercesion de la

sierva de Dios se salió felizmente del paso, sino que se ratificaban en ello, y para que tuviese toda validez en donde pueda convenir algun día, daban ámplias facultades á la María de los Dolores Carmona para que á nombre de todas á la vez de por sí firmase á causa de no saber.

Lo cual aceptó y hace juntamente conmigo en esta villa de la Rinconada á diez y seis de Junio de mil ochocientos setenta y cuatro años.—Por sí y las demas, *María de los Dolores Carmona*.—*Vicente García y Alonso*, Cura.—Está sellada con el sello de la parroquia.

Hemos referido los hechos mas notables, omitiendo otros varios de menos importancia, y otros cuyas relaciones no han podido recojerse de las personas favorecidas con curaciones extraordinarias por la invocacion ó contacto de las reliquias de la sierva de Dios Santo Domingo.





CAPÍTULO III

DEL ESPÍRITU QUE ANIMABA Á SOR BÁRBARA DE SANTO
DOMINGO, MANIFESTADO EN SU CORRESPONDENCIA
ESPIRITUAL.

DE Montesquieu hartó celebrado por los incrédulos y que ha hecho mucho más daño, que otros más malos é impíos que él, se ha dicho, que á su tristemente célebre obra titulada, «*De l'esprit des lois*,» se le debía más bien llamar «*De l'esprit sur les lois*.» Para conocer la oportunidad y profundidad de esta observación, advierto en obsequio de los lectores que no saben francés, que la palabra francesa *esprit*, es equívoca, porque significa unas veces *espíritu* y

otras veces *agudeza* ó *ingeniosidad*. Asi lo que, con mucha razon y justicia, quiso dar á entender el crítico de Montesquieu, es que su citada obra, no contiene el espíritu verdadero de las leyes, sino agudezas ó ingeniosidades de Montesquieu sobre las mismas leyes; ó lo que es igual, que esa es una obra superficial á su manera, y sobre todo, mañosamente compuesta, con un plan preconcebido para trastornar y corromper la antigua legislacion, sustituyendola, como se ha hecho, con una legislacion revolucionaria. Probablemente Montesquieu, que aunque contaminado de los errores modernos y respirando la atmósfera de la sociedad francesa corrompida por el hábito pestilente de Voltaire, no era del todo impio (1), no calculó todo el mal que iba á hacer su obra; mas, lo cierto es, que él hizo mas daño del que podia calcular. Aun los mas moderados, entre los que formaron los Estados generales de 1789, de donde nació el horrible mónstruo, de la gran revolucion francesa, estaban alucinados con las máximas de Montesquieu. Los políticos liberales de nuestros dias, pertenecen á esa escuela, muchas veces condenada por la Iglesia. Su primera condenacion está en el decreto de la Santa Sede, que pone en el Indice la citada obra de Montesquieu, prohibiendo su lectura, bajo pena de excomunion, *ipso facto incurrenda*. La coleccion de Breves de Pío VI contra las novedades que segun el espíritu de Montesquieu, introdujeron en las cosas Eclesiásticas las Asambleas francesas, son otras tantas condenaciones de di-

(1) Una noche hubo quien encontrara á Montesquieu, con un farol en la mano, por las calles de Paris, que iba en busca de un *Jesuita* para que auxiliara á un pariente ó amigo suyo que estaba muriendose.

cha escuela. Prescindo de hablar del *Syllabus*, de los decretos del Concilio Vaticano y de los Breves, Cartas y Alocuciones de Pio IX; en las cuales no solo ha condenado Su Santidad al liberalismo hipócrita, diciendo que *los males que él hace son mayores que los que hizo la Commune de Paris*, sino que añade que, si fuera necesario, lo condenaría cuarenta veces mas.

Antes que Montesquieu, otro hombre funesto para la Iglesia, pero que afectaba ser amigo de un Santo, Pedro Camus, Obispo de Belley, y uno de los fautores del jansenismo, habia escrito otra obra, titulada: «*El espíritu de San Francisco de Sales*;» obra de la cual pudiera tal vez decirse, como de la de Montesquieu, que su contenido son *Agudezas é Ingeniosidades sobre San Francisco de Sales*. El que quiera conocer al Santo Obispo de Ginebra por la obra de Camus, no le conocerá; ni el mismo Camus era capaz de conocerlo. Entre el Obispo Santo de Ginebra y el Obispo jansenista de Belley mediaba un abismo. Ni en el corazon ni en la cabeza, pero mucho menos en la ortodoxia y en la piedad se parecían el uno al otro.

¿Por qué he citado estos dos ejemplares? Porque no se piense que al intitular yo este capítulo «*Del espíritu de la Madre Santo Domingo*,» voy á hacer lo que hicieron aquellos dos escritores franceses. Yo no voy á hacer otra cosa que á extractar, sin plan preconcebido, ni mucho menos con el objeto de hacer efecto, algunas de las máximas principales de esta sierva de Dios, tales como se hallan en sus cartas. Estos extractos, en que nada substancial quitaré ni pondré, acabaran de dar á conocer mejor y mas cumplidamente, el espíritu que animaba á esta sierva de Dios.

Cuando Sor Bárbara no recibia aun ningunos favores extraordinarios, escribia en 22 de Octubre de 1869 á su confesor: «Pida V. mucho á Nuestro Señor que me humillen mucho y me contradigan en todo; que me envíe muchos trabajos; y que no tenga yo en esta vida ni un solo instante de descanso, sino que todo sea padecer y mas padecer. Yo no puedo vivir sino padeciendo y sufriendo muchísimo por mi Dios; y que no sea lo que yo quiero, sino lo que Dios quiere, y de le manera que quiera; y que no le ofenda yo en lo mas mínimo.»

En carta de 29 de Junio del mismo año dice: «Padre, el sueño me combate mucho en el coro. A mi me parece si será tentacion del demonio. A mi me sirve para mortificarme, pues las monjas me dicen tantas cosas, que me mortifican bastante; que no voy al coro mas que para dormir; que más valiera que escrupulizara en esto. Algunas veces me dicen que he estado durmiendo; y á mi me parece que no. Yo no me entiendo, pues cuando ellas me dicen que duermo, á mi me parece que estoy despierta. Con que no sé lo que será. Yo se lo digo á V. que sabrá lo que será.»

En 14 de Mayo del mismo año escribia: A mi me parece que como mi Dios es tan bueno, me ayuda para que no caiga. Esto lo creo, pues si no era imposible que una criatura tan mala como yo, pudiera resistir á tan fuertes combates..... Mucho me ayuda la lectura del Kempis.»

En 4 de Enero del mismo año decia: «Padre, bien lo sabe V. que yo no quiero hacer mas que lo que sea voluntad de mi Dios. Mire V. que se lo digo de todo corazon, que no quiero sino lo que Dios quiera. Si V. vé que no es voluntad de mi Dios, no me dé V. licencia (para ciertos ayunos). Mire

V. que no tengo empeño en nada mas que en dar gusto á mi Dios. Esto se lo digo á V. porque como tanto me dicen que el demonio engaña muchas veces en las cosas buenas, y que la propia voluntad es la que reina en mí, que yo debo ir por el camino carretero y no hacer nada extraordinario, no sea que esté yo engañada del demonio; pero diciéndoselo á V. quedo muy tranquila. Estoy muy contenta porque sufro algunas humillaciones, aunque no es todo lo que yo quisiera. Si toco el órgano, con el fin de alabar á Dios y ayudar en algo á la comunidad (de San Clemente), siempre hay una de las nuestras que me dice alguna cosa que me humille y me mortifique. Una religiosa que es sorda, me dijo que cuando estuviera oyendo el Santo Sacrificio de la Misa, avisara cuando habia de persignarse y cuando alzarán; y porque le avisé, me dijo que era fuerza de génio mio, y que lo que yo hacia era distraerla y otras cosas que yo no me acuerdo.....»

En 8 de Junio de 1870 decia: «Voy á comulgar como una estatua, mas fria que un marmol. Parece que lo hago por costumbre. ¿Qué se yo? Es una cosa rara, porque el dia que no tenemos Comunion, sufro mucho, pues cuando veo que las de este convento (el de San Clemente) la reciben y yo no, cuando veo que mi Dios está tan cerca y que se va sin que yo lo reciba, es para mi un martirio. Mi alma se va detras de mi Dios y el corazon parece que se me quiere salir del pecho para irse con mi Dios, Solamente la obediencia es la que me sujeta, para que no me llegue á comulgar; porque me dan unos ímpetus muy grandes, pero digo, la obediencia no me lo permite, esta será la voluntad de Dios. Otras veces pienso que mi Dios no quiere venir á mi todos los dias por mis grandes pecados.»

En 6 de Diciembre de 1869, referia una cosa digna de tenerse presente, por ser un fenómeno, mas místico que natural: «Me ha sucedido una cosa rara. A mi me parece que es trama del demonio. V. recordará que le dije que habia vuelto á la enfermeria. Con este motivo he tenido que asistir en su última enfermedad á una religiosa de San Clemente. El dia que estaba de cuerpo presente le dijo una hermana á Madre (la superiora), que me mandara almorzar. Eran ya las once de la mañana. Yo fui sin replicar, aunque no me gustó que se hubiera metido en lo que no tenia para qué. Pero se lo ofrecí á Dios, por lo mismo que venia de quien ningun dominio tenia sobre mi. En cuanto tomé el alimento, me puse muy colorada y se me empezó á quitar la vista, y me dió una especie de locura: pues empecé á correr, y no permitia que nadie se acercara á mi. Me di algunos golpes en la cabeza. Me lastimé un poco una mano y rompí un pañuelo. Esto me lo han dicho, pues yo no me acuerdo. Estando asi llegó N. (1) para otra enferma y lo llevaron á que me viera; y dijo era el alimento, pues me hacia mucho daño. No tengo que decirle á V. nada del alboroto de las monjas. Lo que yo pienso de esto es que el demonio rabioso porque no ha podido vencerme, en que yo deje de hacer las mortificaciones, se vengó en que me diera eso; para que las monjas se alborotaran y me impidieran el que ayunara. Pero como mi Dios es tan grande y tiene tanto po-

(1) Aquí cita la Madre Santo Domingo el apellido de uno de los médicos más conocidos de Sevilla; pero como este señor, segun tengo entendido, en un caso análogo, no quiso que figurase su persona ni menos concurrió al esclarecimiento de un hecho extraordinario ocurrido en Sevilla, me ha parecido suprimir su nombre.

der, permitió que dos médicos que me vieron, dijeran que no tenía nada: que lo que me convenia era tomar muy poco por la mañana y por la noche, pues no debía violentar mi naturaleza en lo mas mínimo, con ninguna medicina, cuándo las monjas esperaban que me hubieran dicho que no ayunara. Se quedaron disgustadas, diciendo que el médico queria darme gusto; pues no me impedía que ayunara, que era lo que ellas querian.»

Razon tenía la Madre Santo Domingo, de ver en esto la intervencion de Dios. ¡Dos médicos ayudandola para que pudiera seguir su vida de admirable mortificacion! No es menos providencial que quedaron burladas, en su porfía, aquellas religiosas que, sin quererlo, ni saberlo, estaban ayudando al demonio, empeñado en apartar á la Sierva de Dios del camino de la penitencia. ¡Cuántas hay, especialmente entre las que se llaman Madres de celda, que inconscientemente hacen el mismo oficio! El efecto que produjo la intervencion de aquella monja, que dijo á la Prelada mandase á la Madre Santo Domingo desayunarse, fué causar en esta una momentánea locura. La falsa prudencia de unas y la pretendida caridad de otras, en casos análogos, produce un efecto peor; porque retrae á muchas almas del ejercicio de la mortificacion exterior, la cual es indispensable muchas veces para reprimir las pasiones y siempre es necesaria para progresar en la vida interior y llegar á la perfeccion. ¡Cuánta responsabilidad tendrán pues delante de Dios, aquellas religiosas que imiten á las que estaban empeñadas en apartar á la Madre Santo Domingo, de aquel camino que la llevó á una continua union con Dios y á un alto grado de santidad!

En 7 de Agosto de 1869 decia: «Padre, V. me encarga que no deje mis ejercicios espirituales. Mucho ha trabajado el demonio por conseguirlo, especialmente la oracion, que es lo que mas ódia, por ser la piedra fundamental, en donde estriba toda la vida espiritual. Con bastante pena le digo á V. que lo que, gracias á Dios, no ha podido conseguir el demonio, lo han conseguido las criaturas; pues como le dije á V. en la anterior á esta, me lo impiden mis Preladas, no dejandome tiempo. Ni de dia, ni de noche, me dan tiempo ni para leer, ni para la oracion. Las mortificaciones, las puedo hacer, porque no tengo que pedir tiempo para ellas. Algunos dias se me pasan sin tener siquiera media hora de oracion. Yo no puedo pasar así, pues aunque yo en la oracion estoy como un jumento, pero muy bien que conozco en los combates, cuando no tengo oracion.... En la oracion no puedo recojerme, y algunas veces ni decir Jesus.»

Por aquí conocerán los Prelados y las Preladas, en que responsabilidad incurrén, si por su parte, en vez de impedir, no facilitan á sus súbditos, la práctica de la oracion, si bien los superiores de la Madre Santo Domingo, pueden tener, hasta cierto punto, la excusa de la pobreza de la comunidad, que muchas veces las obligaria á emprender largas y trabajosas labores de manos, en que es necesario que todos ayuden para poder vivir. Pero aun así, claro está que, pues no vive el hombre de solo pan material (Math. 4. 4), es necesario dejarle tiempo para proporcionarse, en la comunicacion con Dios, el pan de la inteligencia; porque escrito está: «Acercaos al Señor y sereis iluminados» (Sal. 33-6); como tambien está escrito: «En la meditacion se enciende en mí el fuego» (Sal. 38-4). La luz es el pan de la inteligencia; y la

caridad es el alimento del corazón, como el pan es el alimento del cuerpo. De estas tres clases de alimento, el último es el menos noble y aun el menos necesario, en cierto modo; por lo cual es un contrasentido, preferir esta última clase de alimento, á los dos primeros. Por lo demás aquí tienen los súbditos, en la conducta de la Madre Santo Domingo, un gran modelo que imitar. Su Prelada la impedía practicar aquello que, después de la Sagrada Comunión, hacia todas sus delicias; y ella se sometía, sin murmuración y sin queja á esa dolorosa privación. Dios sin duda le premiaba ese sacrificio, derramando sobre su alma, mientras ella estaba en el trabajo por obediencia, preciosas gracias, acaso en mas abundancia, que alcanzaria en la oración. Ninguna víctima es tan agradable á Dios como la obediencia (I Reg. 15-22).

En la misma carta refiere Sor Bárbara un hecho que dá á conocer mejor su espíritu. «Padre, decia, tengo una enfermedad, que tienen escrúpulo de ella, porque les parece que está ética. Yo, aunque soy mas jóven que ella, no tengo ninguno y la asisto en todo. Madre es una de las que tienen mucho escrúpulo y me dice que me lave mucho las manos, después de hacerla alguna cosa. Como tengo tan mala memoria, con el laberinto que yo tengo en mi cabeza, un día se me olvidó; y en lugar de lavarme con afrecho, me lave con agua; y tambien se me habia olvidado ponerme el delantal. Me preguntó si lo habia hecho, y le dije la verdad. Con esto se disgustó mucho y me dijo que yo todo lo componia con ayunos y otras cosas; que lo principal era la obediencia y en ella faltaba; que yo no sabia obedecer; que cuando no me acomodaba una cosa, aunque me lo mandara quien me lo

mandara, no lo hacía: que yo creía que servía á Dios y que á quien servía era al demonio; pues no hacia mas que lo que yo queria; que me costaba mucho obedecer; y otras muchas cosas, de que yo no me acuerdo. Yo no me disculpé, no dije que se me habia olvidado, sino que lo sufrí; y me quedé con mucha pena, porque como me dijo que habia faltado á la obediencia, eso era lo que yo sentia.»

Caridad admirable para con una enferma. Sinceridad que confiesa una falta material, cometida por olvido. Paciencia al recibir una reprensión inmerecida. Temor de haber faltado contra la obediencia. Ningun resentimiento, ninguna excusa, ninguna queja. Hé aquí lo que se encuentra reunido en este breve pasage de la correspondencia espiritual de la Madre Santo Domingo.

«Otro dia, añade en la misma carta, me reprendió Madre con mucha aspereza, porque llevé para la sangria de una religiosa, unas tohallas que á mí me parecieron que estaban bien para religiosas; y ella queria que hubiera llevado otras mas lujosas. Pero yo no sabia que se llevaban aquellas; y delante de religiosas, que sabia me tenia de mortificar, me reprendió ásperamente y me dijo: que no era capaz de nada, ni servia para nada y que no cumplia con mi oficio; que no sabia para que me habia dado este oficio, pues no era capaz de desempeñar este ni ninguno. Y una religiosa de velo blanco, que estaba alli tambien me dijo todo lo que pudo. Esto lo hace Madre todas las veces que quiere al dia; y siempre procura haya delante aquellas personas que conoce me han de dar más vergüenza. Mientras mas trabajo en la celda ó en comunidad, mas me reprende y mas me humilla. La carne se resiste, pero mi espiritu gana en esto,

y el día que tengo menos que sufrir, no estoy yo contenta; pues me parece que es porque mi Dios está disgustado conmigo. Me parece si será malo que yo no quiero que le falte á la enferma nada de lo que dice el médico, pues una de las que estan con ella es algo miserable y amiga de mandar. Yo procuro que me dé lo preciso para la enferma; y como veo que no tiene mucho gusto en ello y yo se lo pido, por eso me parece si será malo.»

Dejando al lector que aprecie la humildad y paciencia de la Madre Santo Domingo, así como la idea exacta que ella tenia de la diferencia que hay entre el espíritu de verdadera pobreza y la tacañería, solamente creo necesario, para salvar la responsabilidad de la Prelada que así la trataba, recordar lo que ya he dicho antes, fundandome no solo en lo que dicta la prudencia, sino en lo que atestigua el confesor de la misma Madre Santo Domingo, esto es, que aquella Prelada la trataba así para probarla; apreciando, al mismo tiempo, su virtud y su capacidad en el mas alto grado. En la carta que escribió despues de la muerte de Sor Bárbara, su Prelada decia que esta era sus piés y sus manos; expresion gráfica, que á la vez significa, no solo la aptitud que Dios le habia dado para todo, hasta para hacer y enseñar lo que no le habian enseñado; sino tambien la buena voluntad con que se prestaba á hacerlo todo, no solo lo que la incumbia por obligacion, sino todo cuanto se le pedia, con tal de que en ello no hubiese ofensa de Dios. Por eso concluye la citada carta de 7 de Agosto, con estas palabras: «Pida V. muchísimo por su indigna hija, que yo no ofenda á mi Dios, que esas son mis grandes penas, el pensar si le ofendo, pues el padecer para mí es gozar, en no ofendiendo

yo á mi Dios. Cada vez tengo mayores deseos de padecer muchísimo por mi Dios.»

En una carta sin fecha, pero que segun una nota de su confesor, fué escrita en Junio de 1871, decia: «Padre, una espada de dos filos atraviesa mi alma, cuando pienso que mi Dios misericordioso me llamaba con tanto amor; y yo, ingrata, mas que los demonios, despreciaba sus llamamientos y le volvía las espaldas, correspondiendole con grandes ofensas. Esto no lo puedo pensar, pues parece que el corazon se me parte de pena: aunque los efectos que esto causa en mi alma, no son otros que unos deseos vehementísimos de amarle mas; y hacer en todo su santa voluntad, pues no tengo otra. Pero ¡qué distinto se vé todo cuando Dios viene á el alma! Digo esto, porque me parece que siento á mi Dios dentro de mi alma, tan unido Dios con el alma y el alma con Dios, que no tiene ya mi alma mas querer ni no querer que el de Dios. Que me digan ó no me digan, que me traten bien ó mal, ya me tenga Dios en desolaciones ó en consuelos, para mí no hay voluntad en nada, pues no tengo otra que la de mi Dios. Yo no sé explicarme, pero siento á Dios tan cerca de mí, lo siento como si estuviera en mi alma; así es que mi corazon se deshace en deseos de amarle. Yo digo todo lo que siento. Estos deseos por el interes de la gloria, son puramente por Dios. Así es que si no hubiera cielo, lo amara lo mismo, pues lo amo sin interes ninguno; tanto que si yo supiera que le podia servir de gloria el que yo padeciera las penas del infierno por una eternidad, le ama mi alma tanto, que las padecería muy contenta, con tal de que mi Dios tuviera esa mas gloria. Bien sé yo, que mi Dios no quiere eso; pero lo digo porque tengo unos deseos de

padecer mucho por mi Dios, y son tan grandes que todo me parece poco, y tambien porque sepa V. todo lo que pasa en mi corazon.»

Mas adelante, añade en la misma carta: «Mirandome tan llena de pecados, parece que el alma se me arranca de pena de haber ofendido á mi Dios tan bueno; pero con mucha confianza en su misericordia y mas ansias de amarle y de que todas las criaturas le amen y no le ofendan.» Por aquí se ven los admirables efectos que la contricion habitual produce en las almas. En la vida irrepreensible, que desde muy niña, llevó la Madre Santo Domingo, parece que no habia motivo razonable para ese dolor; el cual ademas de ser verdadero nada tenia de exagerado, esto se explica, no solo por la delicadeza de conciencia que Dios comunica á las almas fieles, á las cuales les da una sensibilidad exquisita, para experimentar un gran dolor aun de las faltas mas leves, sino tambien por la comunicacion de las luces divinas, que les hacen conocer como, atendida la santidad infinita de Dios, en cierto modo no hay falta ni defecto que en su divina presencia sea pequeña. Si el comun de los fieles con tanta dificultad concibe verdadero dolor de sus pecados, siendo muchas de sus confesiones por falta de este dolor, ó sacrílegas ó inválidas, no solo se vuelve esto á dureza de corazon, sino tambien á una carencia de conocimiento de lo que es el pecado. Esta falta de conocimiento debe atribuirse á la escasez de instruccion religiosa; y á que antes de confesarse muchos no piden á Dios luz para conocer, no solo cuantos y cuales son sus pecados, sino tambien la fealdad y gravedad de esos mismos pecados. Aquí verán tambien las personas piadosas y que frecuentan los Sacramentos, cuanto ganarian, especialmente

para sacar de esa misma frecuencia de sacramentos grandes ventajas, si pidieran á Dios y fomentaran en sí mismas, como lo hacia la Madre Santo Domingo, el don de la contrición habitual.

Aunque pudiera yo multiplicar estos extractos tan bellos como edificantes, de las cartas de la Madre Santo Domingo, bastan los que hasta aquí he presentado al lector, para que forme idea del espíritu de la Madre Santo Domingo. Su alma se revela en ellos. Sobre todo el lector verá que yo he cumplido con este capítulo un propósito de no hacer ingeniosidades ni explicar agudezas, que son siempre de mal gusto y que son aun de peor ley, cuando se trata de una cosa tan seria, como la de dar á conocer las virtudes de una alma amante y amada de Dios. Ella misma, descubriendo su interior por obediencia, con mas rubor que si públicamente hubiese tenido que confesar enormes y multiplicadas culpas, que por la gracia y la misericordia de Dios no habia cometido, nos ha revelado cual era el espíritu que la animaba, y hemos visto que ese espíritu era el espíritu de Dios.





CAPÍTULO IV

CONCLUSION DE ESTA MONOGRAFIA. REFLEXIONES GENERALES
SOBRE EL CONTENIDO DE ELLA.

Los antiguos autores acostumbraban poner á sus obras una magnífica portada. Los modernos no lo hacen, por que se dan á si mismos tanta importancia, que poniéndose ellos al frente de su libro, creen que con eso basta y que toda asociacion está demas. Buscaban los autores antiguos un poderoso Mecenas que cobijase bajo la sombra de su proteccion al libro y al autor; y despues de escojer con este objeto un personage mas ó menos influyente en las cortes de

los Principes ó en la república de las letras (1), la dedicatoria dirigida á un personage ocupaba muchas páginas, con pomposos elogios de la sangre, de la genealogia, de los hechos y virtudes, si virtudes tenia, del Mecenas á cuyos pies se ponía la obra. Los modernos, afectando *autonomía*, palabra cuya etimologia y significado ignoran algunos que hoy escriben libros, porque para escribirlos en esta nuestra época no se necesita saber mucho, no elogian á nadie, sino que se elogian á sí mismos; ó, como suele ser frecuente, se hace elogiar por otros que valen tanto como ellos y á quienes ellos pagarán en la misma moneda. La adulacion, de la cual decia el viejo casi jansenista Rollin, que era un comercio, en el cual está de un lado la vanidad y del otro el interes; se ha extendido tanto en este nuestro siglo de comercio libre, en que todo se vende y se compra, que nadie alaba, sino para ser alabado, ó con la esperanza de ser de otra manera paga-

(1) Perdonenme las letras que, por emplear una expresion clásica, asócie con su nombre la palabra república, propia, precisa y exacta, en su origen, como diría el insigne humanista Hermosilla; pero muy impropia, porque la *cosa pública* no es cosa mas que de unos caantos; no precisa ni exacta, porque no se sabe en realidad lo que significa; puesto que lo mismo se llama república un pais en anarquía, como un pais bajo la mas despótica dictadura. La confusion de las ideas, no solo causa la confusion de las palabras, sino que hace confusas las voces por otra parte mas claras. La palabra latina *Res pública*, de donde por contraccion se formó la voz República, significan una comunidad de intereses, en cuanto concierne á todos los que forman una sociedad civil. Por eso los ingleses tradujeron esta palabra república por la de *Common Wealth*, eso es, *bienestar comun*. Ninguna lengua moderna, ha reproducido mejor que la inglesa, no lo que son, porque ordinariamente son lo contrario, sino lo que deben ser las republicas; esto es, sociedades organizadas en bien de todos.

do por su alabanza. Asi se vé que ningun diario habla, sino de los libros compuestos por los amigos, ó en interes del partido á que el diario pertenece, ó á tanto la línea de los elogios; haciendose si falta algunas de esas condiciones, contra el libro y el autor, lo que en la gerga contemporánea, pero no sin razon, se ha llamado la *conspiracion del silencio*.

Pues he aquí que yo arrojo, al medio de ese mar de la publicidad, hoy que no se leen sino periódicos y novelas, la vida de una alma virtuosa y buena. Este libro, cuya composicion me ha costado mas trabajo que la de otros, por lo mismo que no he querido engañar al público ni engañarme á mi mismo, va sin Mecenaz, va sin dedicatoria, va sin recomendaciones de ningun género. Ni una triste carta de alabanza, ni una letra de aliento, ninguna frase de aprobacion, fuera de la del Ordinario del lugar donde se imprime, pedida no para hacer la obra mas respetable, sino para cumplir la sabia y respetable prescripcion del Santo Concilio de Trento, que manda no se imprima nada, sobre materias religiosas, sin la prévia licencia del Obispo respectivo ó de su Delegado. Asi vá este libro á manos de los lectores; y sin embargo vá con la confianza del autor. ¿En que la funda este?

Los autores antiguos, para confiar apelaban á la benevolencia del lector, procurando curarse en salud, calificando de rígidos aristarcos, á los que censurasen sus obras. Estuve yo para principiar, no el prólogo, sino este último capítulo, con la frase casi sacramental de los antiguos, *amigo lector*; pero me retraje, porque si es tan difícil encontrar un amigo, que el Espíritu Santo llama bienaventurado al que le halla verdadero (Eccli. 25. 12.), me parece imprudente llamar amigo y tratar como tal á cualquiera conocido ó no conoci-

do, en cuyas manos pueda caer este libro. Como el número de los necios es infinito (Eccles. 1, 15), probable es que á ese número pertenezca mas de uno de los que lean esta obra, en cuyo caso yo no quiero tener á esos tales por amigos, puesto que «el que se hace amigo de los fatuos, viene á ser semejante á ellos» (Prov. 13. 20). Siempre tengo presente aquella máxima del humanista Iriarte, que él puso en verso y yo reproduzco aquí en prosa: «Si el sábio no aprueba, malo; si el necio aprueba, peor.»

Mas vamos, claros; á esta palabra *sábio*, le ha sucedido lo que á esa otra palabra de que acabo de hablar en una nota, es decir, que se ha vuelto una antífrasis, significando lo contrario de lo que debía significar. *Sabio* se llamaba, cuando esta voz no era una antífrasis, al hombre de talento y de buen sentido, que á costa de trabajos, de estudios y de sacrificios no solo habia allegado un gran caudal de conocimientos, sino que por decirlo así, los habia digerido, convirtiéndolos en sustancia propia. Llegado el caso, él comunicaba lo que poseia; y la familia, ó la sociedad ó la Iglesia, tenían en él no solo un ornamento, sino un recurso; la juventud hallaba en él una guia; el ignorante, consejo; el desvalido, proteccion; otros sabios un amigo; Dios, un servidór; la religion un apologista, un defensor, ó por lo menos una alma dócil; que por lo mismo que sabia, conocia que era mucho mas lo que ignoraba; y sobre todo, sabia que sabia infinitamente menos que Dios y que la Iglesia, á quien Dios ha hecho guardadora de su revelacion y maestra de los hombres todos, sin distincion de sabios y de ignorantes. Hoy es otra cosa. Sábío es el que dejó los estudios y se metió á periodista, esto es, á maestro de todos, reyes y pueblos, grandes y pequeños; y á

oráculo infalible, casi profético, enciclopédico, é irrecusable, que lo mismo habla de religion que de política, trayéndolo todo al tribunal de su razon, á Dios y á los hombres, siquiera su razon nunca haya podido formar ni comprender un racionio; ó esté medio nublada por el vino á resultas de las copiosas libaciones del banquete en casa del ministro, del diputado, del banquero, ó de ciertos amigos como él. Dicho se está que cuando he repetido con Iriarte á propósito de este libro: «Si el sabio no aprueba, malo,» no me refiero á esta clase de sabios; por mas que no dejen ellos de creerse competentes, competentisimos, para juzgar de su materia, de su forma y de todos sus accidentes. ¿No lo hacen los periodistas de Paris? ¿No se han burlado y se burlan alli *Le Siecle*, *Le Journal des Débats* y otros diarios del mismo calibre, de las apariciones de la Santísima Virgen de La Sallete y Lourdes, asi como de las estigmatizaciones de Luisa Lateau y de Palma de Oria, y de otros muchos hechos del orden sobrenatural? ¿Porqué no ha de caber igual suerte á Sor Bárbara de Santo Domingo y á su biografia, por parte de alguno ó algunos de los muchos escribas de la prensa, que creen que lo mejor que puede hacer un hombre en España, es traducir en gabacho lo que escriben en frances algunos renegados Volterianos? Pero á mi me ha dado hace tiempo la mania, si mania puede llamarse, de no querer dejarme enseñar por tales maestros, desde que oí á un hombre de talento, una frase que merece esculpirse no en bronce sino en granito: «Yo no leo periódicos, ni hago caso de ellos; porque aunque sepa poco, sé mas que la mayor parte de los periodistas.»

Tambien recuso, en cuanto á ser jueces de este libro, á aquellos otros que creyendose sábios porque han estudiado

la teología positiva y aun la escolástica, no han hecho lo mismo con la teología mística. Teólogos son todos, como se llaman ingenieros todos los que pertenecen á esta clase de la sociedad; mas no es lo mismo el ingeniero de caminos que el de minas, ni el de obras militares, que el de construcciones urbanas. Lo propio sucede con los teólogos. Si ellos han estudiado ya, ó se ponen á estudiar, la teología mística, ciencia vasta, profunda y delicada, cuyo campo de accion y de especulacion es aquella misteriosa y extensa region, que Dios, como dice el Padre Faber, ha sembrado de piedras preciosas, ocultas á los ojos del mundo, y casi solo perceptibles á su ojo divino y á los ojos de los ángeles, vengan enhorabuena, vengan y juzguen con extricta imparcialidad; que si, llenas esas condiciones, ellos encuentran algo ó mucho reprehensible en lo que he dicho, pronto estoy á retractarlo. Pero sin eso, abstenganse de censuras precipitadas y sobre todo de burlas insensatas. El eclesiástico que desprecia lo sobrenatural, casi respira ya la atmósfera mortífera del racionalismo, ademas de mostrarse ignorante de las vias que Dios en todos tiempos, y especialmente en los nuestros, se digna seguir para contrarrestar la audacia de la impiedad y equilibrar los esfuerzos del mal, pues como dice el Padre Faber: «El mal está por donde quiera minado por el bien. Se vé el mal, porque es de su naturaleza manifestarse, subiendo á la superficie de la sociedad, cual sube la inmundicia á la del estanque, cuando se remueven sus aguas; mientras que es de la naturaleza, es de la esencia del bien, ocultarse, porque dejaría de ser virtud, la virtud que no fuese humilde, ó que no se ocultase con el velo de la modestia.»

Y no piense nadie que con esto, yo quiero parar, antes

de que se disparen, aquellas saetas que pudieran lanzarse contra mí, calificandome de crédulo, porque he juzgado, si no del todo como ciertos, porque esta calificación corresponde solo á la Iglesia, á lo menos como probables, y por lo mismo dignos de respeto y aun de estudio, los hechos fenomenales, en que abunda la vida de la Madre Santo Domingo. El término correlativo de la palabra *crédulo*, es la de *incrédulo*; palabra tan horrible y tan funesta, que el solo temor de merecerla, debería retraernos de colocarnos nunca en un predicamento, que pudiera dar motivo á que se nos calificase con esta última palabra. «No quieras ser incrédulo sino fiel» (Joan. 20. 27), dijo Nuestro Señor Jesucristo; y aunque esto en rigor no se refiere sino á las verdades que componen el Símbolo católico y á los hechos aprobados como verdaderos por la Iglesia, la verdad es que el mostrarse recalcitrante á creer que Dios es bueno y admirable en sus Santos (Ps. 67, 33), es una especie de predisposición remota para la verdadera y completa incredulidad; mientras que por el contrario, puede decirse que casi nunca será incrédulo, hasta el punto de rechazar las enseñanzas de la fé, el que esté siempre dispuesto á creer que Dios, cuyo brazo no se ha abreviado, hará siempre ostentación de su poder, de su sabiduría y de su amor á los hombres, empleando para esto, con el objeto de confundir á los sábios y á los poderosos del mundo, los instrumentos mas débiles y mas insignificantes (1. Cor. 1, 27).

Con esto he concluido mi trabajo. Dignese Dios, por su bondad infinita bendecirlo. Despues de todo, una esperanza me anima. En resumen, yo no he atendido á otra cosa que á su gloria. Fuera de esto, por la misericordia divina, nada

me importa. ¡O Bárbara! Aprenda yo de ti á hacerlo y sufrir-
lo todo gozoso *DUMMODO LAUDETUR JESUS*
CHRISTUS.





ÍNDICE

	PÁGINA.
<i>Licencia del Prelado.</i>	V
<i>Advertencia del Editor.</i>	VII
<i>Prólogo del Autor.</i> —Por qué y para qué se es- cribe esta Biografía.	XIII

LIBRO PRIMERO

<i>Capítulo I.</i> —Del nacimiento é infancia de Sor Bárbara de Santo Domingo.	I
<i>Capítulo II.</i> —De la juventud de Bárbara y de su vocacion al estado religioso.	II
<i>Capítulo III.</i> —De la admision de Bárbara en el Monasterio de Madre de Dios.—De su pro- fesion y circunstancias extraordinarias que concurrieron en ella.	24
<i>Capítulo IV.</i> —De como una vez profesa, Bár- bara siguió progresando en todas las virtu- des.	32
<i>Capítulo V.</i> —De la caridad que animaba á Bár-	

	PÁGINA.
bara de Santo Domingo.	47
<i>Capítulo VI.</i> —De la asombrosa mortificacion practicada por Bárbara de Santo Domin- go.	59

LIBRO SEGUNDO

<i>Capítulo I.</i> —De algunas nociones preliminares sobre la Teología Mística, necesarias para apreciar lo que en este libro se va á decir, sobre los favores espirituales que Dios se dignó hacer á Sor Bárbara de Santo Do- mingo.	73
<i>Capítulo II.</i> —Continuacion de la misma mate- ria.	96
<i>Capítulo III.</i> —De como lo que hemos visto hasta aquí, de la vida y de las obras de Sor Bárbara de Santo Domingo, forma ya un indicio en favor de la creencia de los favo- res extraordinarios que Dios le hizo. . . .	110
<i>Capítulo IV.</i> —Favores de Dios á Sor Bárbara de Santo Domingo observados por varias personas.	131
<i>Capítulo V.</i> —De como comenzaron los favores extraordinarios que Dios concedió á su sierva Bárbara de Santo Domingo.	153
<i>Capítulo VI.</i> —Lucha de Sor Bárbara de Santo Domingo con los espíritus infernales. . . .	173
<i>Capítulo VII.</i> —Del don de discernimiento de espíritus y de la prudencia admirable, que Dios concedió á Sor Bárbara de Santo Do- mingo.	182

<i>Capítulo VIII.</i> —De otros favores especiales que recibió de Dios Sor Bárbara de Santo Domingo, interviniendo en algunos de ellos la Santísima Virgen; y especialmente de su desposorio espiritual con Dios.	188
<i>Capítulo IX.</i> —Continuacion del mismo asunto.	201
<i>Capítulo X.</i> —Últimas pruebas que Dios hace con su sierva Sor Bárbara de Santo Domingo. Postreros favores que sobre ella derrama.	210

LIBRO TERCERO

<i>Capítulo I.</i> —De la muerte de la Madre Santo Domingo; de la incorrupcion prolongada de su cadáver; de sus funerales y del respeto público de que ha sido y es objeto. . . .	229
<i>Capítulo II.</i> —Dase cuenta de algunos sucesos extraordinarios ocurridos despues del fallecimiento de la Madre Santo Domingo, que tienen relacion con ella.	243
<i>Capítulo III.</i> —Del espíritu que animaba á Sor Bárbara de Santo Domingo, manifestado en su correspondencia espiritual. . . .	258
<i>Capítulo IV.</i> —Conclusion de esta monografía. Reflexiones generales sobre el contenido de ella.	272



FUÉ IMPRESO ESTE LIBRO EN SE-
VILLA EN LA TIPOGRAFÍA DE CÁRLOS DE
TORRES Y DAZA, CALLE FARNE-
SIO I; ACABÓSE Á LOS XXVII
DIAS DEL MES DE AGOS-
TO, AÑO DE NRO. SAL-
VADOR XPO. DE MIL
OCHOCIENTOS
OCHENTA
Y OCHO
AÑOS



LAUS DEO.

